



Aproximaciones a la diversidad juvenil

Gabriel Medina Carrasco
Compilador

EL COLEGIO DE MÉXICO

APROXIMACIONES A LA DIVERSIDAD JUVENIL

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

APROXIMACIONES A LA DIVERSIDAD JUVENIL

Gabriel Medina Carrasco

Compilador



EL COLEGIO DE MÉXICO

301.431

A654

Aproximaciones a la diversidad juvenil / Gabriel Medina Carrasco, compilador. -- México : El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2000.
357 p. ; 21 cm.

ISBN 968-12-0936-2

1. Jóvenes-Condicionen sociales. I. Medina Carrasco, Gabriel, comp.

Portada de Irma Eugenia Alva Valencia

Ilustración de portada: Natascha de Cortillas,
Entre el otoño del vuelo invernal, 1998,
tinta y lápiz sobre madera, 1.20 × 90 cm

Primera edición, 2000

D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0936-2

Impreso en México

ÍNDICE

Presentación. Abrir caminos en la reflexión sobre la condición juvenil. <i>Gabriel Medina Carrasco</i>	9
--	---

PRIMERA PARTE

Las culturas juveniles: un campo de estudio. Breve agenda para la discusión. <i>Rossana Reguillo</i>	19
Los espacios y los tiempos de las culturas juveniles. <i>Carles Feixa Pàmols</i>	45
Jóvenes ciudadanos: ¿realidad o ficción? <i>César A. Cisneros Puebla</i>	61
La vida se vive en todos lados. La apropiación juvenil de los espacios institucionales. <i>Gabriel Medina Carrasco</i>	79

SEGUNDA PARTE

De instituciones, drogas y jóvenes. <i>Alfredo Nateras Domínguez</i>	119
Sexualidad juvenil: su construcción en una comunidad cañera. <i>Gabriela Rodríguez y Benno de Keijzer</i>	143
Embarazo en adolescentes: aproximaciones social, cultural y subjetiva desde las jóvenes. <i>Noemí Ehrenfeld Lenkiewicz</i>	179

Identidad, cultura y afectividad en los jóvenes punks mexicanos. <i>Maritza Urteaga Castro-Pozo</i>	203
Las malas palabras como paradojas. La transgresión de la normatividad social y la ética en los jóvenes. <i>Laura Hernández Martínez</i>	249
Estudiantes y cultura escolar en la secundaria. <i>Etelvina Sandoval Flores</i>	263
La ingratitud de la calle o la construcción social de la cárcel. <i>Alejandro Stuardo</i>	293
Visiones y versiones. Los jóvenes y las políticas de juventud. <i>José Antonio Pérez Islas</i>	311
Bibliografía general	343

PRESENTACIÓN.

ABRIR CAMINOS EN LA REFLEXIÓN SOBRE LA CONDICIÓN JUVENIL

La emergencia de los nuevos temas en la reflexión científica obedece a diversos fenómenos que en las últimas décadas han venido alterando los escenarios académicos y sociales. A nadie escapa el hecho de que las transformaciones que se observan en todas las dimensiones de lo social provocaron el colapso de los referentes que otrora permitían a los sujetos concretos orientar sus acciones por los espacios sociales y tener certidumbre de su trayectoria futura. Como consecuencia de este proceso, la “torre del saber” está perdiendo el monopolio en la producción del conocimiento en tanto se asiste al declive de los paradigmas epistémicos hegemónicos, que han devenido insuficientes para acometer la investigación de las problemáticas sociales contemporáneas.

La actividad intelectual se ha visto forzada a replantear no sólo las preguntas que hace a la realidad social, sino también las propiedades comprensivas —analíticas— de las plataformas teóricas desde las cuales se interroga. Es posible, entonces, que estemos viviendo tiempos en los que —como sostenía Michel Foucault— importe más construir una *épistème* que una gran plataforma teórica. Sin duda, velocidad, diversidad y evanescencia son rasgos de las realidades sociales actuales que imponen la necesidad de articular marcos epistemológicos específicos para las sociedades latinoamericanas. Obviamente, este desafío conlleva un trabajo continuo que presenta dificultades teóricas y metodológicas. La superación de estos obstáculos requiere un análisis crítico del conocimiento construido sobre las realidades latinoamericanas en función de las especificidades socioculturales del presente.

Una mayor comprensión de la complejidad social y cultural de la experiencia finisecular obliga a poner en cuestión a la propia forma de pensar y de teorizar los procesos históricos de los sujetos sociales. Es

tiempo de colocar a los modelos dominantes de la producción académica en el “banquillo de los acusados”. Con base en la delimitación tanto de sus contribuciones como de sus errores —dogmas— y limitaciones analíticas, es posible abrir el saber académico a nuevas reflexiones sobre qué ideas pueden aparecer en el horizonte social, qué ciencias se pueden constituir, qué experiencias pueden ser reflejadas por el conocimiento científico, qué racionalidades se pueden formar quizás sólo para disolverse y desaparecer al cabo de un corto tiempo. Esta lectura del trabajo académico del siglo XX debe sustentarse en una exégesis del conocimiento producido en referencia a las realidades socioculturales observadas, por tanto, es una mirada que alude a las plataformas epistémicas utilizadas y, de manera más precisa, a la forma de incorporar el contexto sociohistórico de los fenómenos estudiados: todo ello, con la premisa de que todo saber es una construcción teórica circunscrita a fenómenos efímeros y mutables en el tiempo.

Una propuesta de trabajos sobre el mundo joven latinoamericano representa un pequeño pero significativo paso en la tarea científica de construir saber sobre las realidades sociales de fin de siglo. En lo principal, implica asumir que los jóvenes, en tanto sujeto social e histórico, siguen siendo una gran interrogante para las ciencias sociales. No obstante que los primeros trabajos sobre la juventud continental se remontan a los inicios del siglo XX, lo que en un principio ofreció la posibilidad de hacer visible su emergencia social como un sujeto con especificidades históricas y culturales, con el tiempo devino en una mirada estereotipada que sepultó su pluralidad sociocultural bajo una lectura que hizo énfasis en los gradientes de integración social a los proyectos de desarrollo impulsados por los grupos hegemónicos de cada país.

Frente a este desolado panorama latinoamericano, éste libro es, en gran medida, tributario de los esfuerzos que algunos investigadores mexicanos comenzaron a desarrollar a fines de los años ochenta. Apenas entonces aparecieron en América Latina los primeros trabajos que se abocaron a develar la existencia de distintas juventudes, ya sea en el medio rural como en el urbano. Estas iniciativas, más que ofrecer respuestas hoy se plantean como un ejemplo a seguir. Las radicales y progresivas transformaciones de nuestras sociedades (desde la propia conformación del orden social hasta la creciente complejidad que comporta la generación de sentido de la vida en sociedad) han incrementado el desconocimiento que existe sobre la condición juvenil. Toda respuesta abre nuevas preguntas, la

claridad alcanzada sobre algunas manifestaciones juveniles —sobre todo las “espectaculares” que se expresan en la estética del vestido y del lenguaje— inaugura otras que siguen en una total nebulosa. Así, en nuestros días la diversidad juvenil continúa en la oscuridad cognitiva. Esta situación compele a asumir el desafío de descubrir miradas que permitan acceder de forma más comprensiva a la condición del sujeto joven. Como todo proyecto epistémico pasará mucho tiempo antes de institucionalizarse como campo de análisis. Posiblemente, el desafío mayor para dicho cometido sea la ausencia de referentes teóricos surgidos en la propia realidad latinoamericana. En este sentido, más que un obstáculo, dicha ausencia debe asumirse como parte de un desafío que debiera erigirse transgresor, no tanto de lo instituido sino de la forma de elaborar el propio saber.

No sería errado afirmar que el escaso conocimiento existente en la temática obedece a que los paradigmas prevaletentes en la observación científica han configurado imágenes juveniles alejadas de sus realidades sociales y de sus universos simbólicos. Ello, en gran parte, se debe a la imposibilidad del mundo adulto para traspasar sus propios marcos de observación, sus códigos y estructuras de valores, lo que se ha traducido en la articulación de tres estereotipos juveniles (en torno a los cuales han diseñado las estrategias de intervención).

De una parte, en términos sociohistóricos y culturales, siempre se ha conceptualizado a la juventud como un *sujeto de cambio*. Esta imagen vincula al sujeto joven a la rebeldía y a la transgresión social (cfr. rechazo al *statu quo*) y se representa en sus manifestaciones colectivas más espectaculares, como los movimientos estudiantiles de inicios de siglo (Cuzco, 1909; Córdova, 1919) o las expresiones estéticas del vestido, la música (punks, jipitecas, rockeros, góticos) y la intervención sobre el propio cuerpo (tatuajes). La imagen del cambio y la transgresión aparece en los primeros escritos latinoamericanos que aluden a la juventud. El intelectual uruguayo José Enrique Rodó planteó en *El Ariel* (1900) que la juventud era la encargada de dirigir el proceso de transformaciones que comportaba la modernización de las sociedades latinoamericanas.¹

¹ José Rodó, como buen intelectual de la época, influido por el proyecto modernizador de la Ilustración, no está pensando en un sujeto joven que comporta especificidades históricas y diferencias socioculturales (dentro de cada realidad nacional); su idea de sujeto de cambio está asociado al “joven ilustrado”; es decir, al estudiante perteneciente a los grupos medios y altos. En consecuencia, en las primeras reflexiones que abordan al sujeto Joven se niega sus universos pluricultural y social.

De otra parte, con base en la visión sociológica se han configurado dos imágenes de la juventud, que son construcciones contrapuestas que giran en torno a la trayectoria social de los sujetos jóvenes. En primer lugar, se ha elaborado una imagen conservadora de la juventud, al menos de la parte de ella más funcional al discurso hegemónico. Esta imagen remite al joven integrado o en el “buen camino” que, independiente de los obstáculos que enfrenta en su medio socioeconómico, dedica sus energías a desarrollar competencias para disponer el máximo de capital social y cultural cuando llegue el momento de ingresar al mundo adulto. La otra imagen —más extendida que la anterior— es negativa y asocia juventud con problemas, desequilibrio o insuficiencia afectiva, delincuencia, anomia. Es decir, iguala juventud a problema social. Esta visión predomina respecto a la vida de los jóvenes que pertenecen a los grupos de menores recursos y, como en nuestras realidades son los grupos mayoritarios, se ha constituido en la imagen dominante sobre el mundo joven. Ambas representaciones responden a la idea de que la condición joven no tiene “en sí” atributos sociales constituyentes, sino que existe socialmente como un periodo de moratoria entre la infancia y la vida adulta. Quizás en ello radique su ceguera. A lo largo de los trabajos del libro, se presenta una rica exposición sobre la irrelevancia de la búsqueda de una esencia social, como si la determinación (conceptualización) de un núcleo sólido e inmutable no estuviera desligada de la mirada —científica— que le atribuye tal condición al sujeto o proceso social en observación. Planteado este análisis en términos históricos, se puede detectar que los jóvenes nunca han esperado a la vida adulta para erigirse como sujetos sociales concretos, con necesidades específicas y con experiencias sociales y subjetivas que los distinguen socioculturalmente: aunque en ocasiones su rastro es casi invisible, sin embargo, hasta nuestros días llegan sus huellas indelebles vistas desde las instituciones sociales y desde las estructuras simbólicas, en torno a las cuales se han organizado las sociedades.

De tal forma que toda iniciativa que se plantee desde los paradigmas tradicionales sería alimentar una tautología que en nada aportaría al descubrimiento de nuevas rutas de investigación. De ahí que tenga relevancia la existencia de quienes arriesguen incursionar en lo nuevo, en lo que no tiene inicialmente ningún precedente teórico pero que inaugura perspectivas y, en definitiva, constituye una forma de enriquecer el conocimiento científico. Para quienes asuman el oficio del científico social en complicidad con la búsqueda permanente, no extrañará tener

capié en las potencialidades que ofrecen los estudios culturales, y el otro resalta el enfoque biográfico como un camino metodológico para acceder a las subjetividades que conforman las culturas juveniles. A continuación, se reflexiona sobre la construcción identitaria juvenil en los espacios institucionales y otra sobre la ciudadanía en los jóvenes; en esta última se prioriza la dimensión epistémica y filosófico-política. En la segunda parte del libro se presentan los artículos que privilegian el análisis etnográfico y se aventuran en un terreno más arenoso, toda vez que buscan abordar ámbitos y fenómenos juveniles tan diversos como el lenguaje, la violencia de la calle, el rock, el embarazo entre adolescentes y el cortejo en el espacio rural. Esta parte finaliza con una revisión descriptiva de las políticas dirigidas a la juventud mexicana en las últimas décadas.

Si bien no es un eje articulador del libro, la mayoría de los trabajos recorren los marcos teóricos e instrumentos analíticos del enfoque ideográfico; es decir, la plataforma epistémica que destaca lo particular bajo la forma determinada por la historia. De esta manera, este libro es un aporte a la investigación que, en términos espaciales, dirige su mirada a los pliegues de los campos institucionales, y que en términos temporales mira a las discontinuidades en los procesos sociales que —en opinión de Foucault— fundan las regularidades sociohistóricas.

En definitiva, este libro se propone impulsar la discusión para abrir —dentro y fuera del espacio académico— nuevas aproximaciones a una realidad diversa y heterogénea, lo cual implica elaborar nuevas plataformas de análisis que renueven e incrementen el conocimiento disponible en la actualidad. Obviamente, estas plataformas —distanciándose de las perspectivas que asumen a los jóvenes como objetos de observación estática, basándose en la explicación de los patrones que orientan sus conductas en virtud de determinadas leyes exógenas al individuo— deben mudar su eje de análisis. Más que observar las manifestaciones de lo juvenil, deben plantearse analizar el *sentido* que los individuos atribuyen a sus acciones y a su entorno. En este escenario, las nuevas aproximaciones permiten abordar la diversidad juvenil desde una perspectiva situada (considerando tanto el lugar de partida como de arribo de la mirada), remarcando la dimensión subjetiva de los sujetos y realizando análisis que aluden al mundo juvenil como fenómenos fragmentados, heterogéneos y evanescentes.

Los lineamientos señalados más arriba han orientado la reflexión de los autores reunidos en este libro. Por lo tanto, la idea de presentar un repertorio amplio de investigadores que (desde distintas disciplinas académicas: antropología, comunicaciones, sociología, psicología social, medicina, filosofía) se han dedicado en años recientes a señalar o anunciar nuevas formas de abordar lo juvenil, es un intento de renovar la investigación desde una pluralidad de miradas que, abandonando los paradigmas dominantes en las ciencias sociales, incursionen en los márgenes del saber. Aunque la oscuridad social no ha cedido a los instrumentos que ha interpelado la academia, no podemos negar su existencia; más bien nos obliga a la articulación de nuevos saberes y, sobre todo, de nuevas formas de construir saber para iluminar lo que siempre ha estado a nuestro lado.

En este proceso de iluminar las oscuridades de nuestras experiencias, este libro busca constituirse en un pequeño aporte. Estamos ciertos de que es una aventura de titanes, pero también de que existen espacios institucionales que tienen la capacidad de traspasar los límites que imponen los caminos dominantes en la producción del saber. En este marco, cabe señalar nuestro infinito reconocimiento al doctor Francisco Zapata, director del Centro de Estudios Sociológicos, que confió en un grupo de investigadores desconocidos y entregó su apoyo para la realización de un Seminario sobre la problemática juvenil en México y América Latina. Esta iniciativa, realizada en octubre de 1997 en las instalaciones de El Colegio de México, dio lugar a un largo proceso de reflexión que culmina con esta publicación. Del mismo modo, cabe destacar la colaboración de la maestra Maritza Urteaga, quien fue fundamental en la preparación y realización del seminario y en las primeras etapas de esta aventura editorial.

Finalmente, van los agradecimientos a todos los profesionales y amigos de las ciencias sociales, que por su interés en este libro y en la necesidad de buscar nuevos caminos epistemológicos hacen imaginar un horizonte lleno de complicidades en un trabajo que se avizora arduo e interminable.

PRIMERA PARTE

LAS CULTURAS JUVENILES: UN CAMPO DE ESTUDIO. BREVE AGENDA PARA LA DISCUSIÓN

ROSSANA REGUILLO*

Soy anarquista, soy neonazi, soy un esquinjed y soy ecologista. Soy peronista, soy terrorista, capitalista y también soy pacifista/ Soy activista, sindicalista, soy agresivo y muy alternativo. Soy deportista, politeísta y también soy buen cristiano/ Y en las tocadas la neta es el eslam pero en mi casa sí le meto al tropical... Me gusta tirar piedras, me gusta recogerlas, me gusta ir a pintar bardas y después ir a lavarlas.

Café Tacuba

Creo, por tanto, que la dimensión epistemológica de la reivindicación de la subjetividad es sólo un medio que nos acerca a la dimensión política.

Jesús Ibáñez

Estas páginas intentan cuestionar los modos en que desde el campo cultural han sido pensadas las culturas juveniles que, caracterizadas por sus sentidos múltiples y móviles, incorporan, desechan, mezclan, inventan símbolos y emblemas, en continuo movimiento que las vuelve difícilmente representables en su ambigüedad.

* Profesora-investigadora del Departamento de Estudios de la Comunicación Social. CUCSH/Universidad de Guadalajara. Profesora en el Departamento de Estudios Socioculturales, ITESO.

Para este cuestionamiento, el primer supuesto que se asume como punto de partida, es el de la enorme diversidad que cabe en la categoría “jóvenes”: estudiantes, bandas, punks, milenaristas, empresarios, ravers, desempleados, sicarios, pero todos hijos de la modernidad, la crisis y el desencanto.

Un segundo supuesto, entonces, lo constituye el contexto en tanto referente-mundo en el cual habitan estos nomádicos sujetos: el de un orden social marcado por la migración constante, el mundo globalizado, el reencuentro con los localismos, las tecnologías de comunicación, el desencanto político, el desgaste de los discursos dominantes y el deterioro de los emblemas aglutinadores, aunados a la profunda crisis estructural de la sociedad mexicana, como parte indisociable del escenario en el que cotidianamente miles de jóvenes semantizan el mundo y se lo apropian.

Ello representa una enorme complejidad que vuelve imposible articular un solo campo de representaciones porque el sentido está siempre siendo, armándose en un *continuum* simbólico que desvanece fronteras, márgenes y límites.

De acuerdo con estos supuestos, la discusión que aquí se plantea está organizada en tres partes o ejes temáticos.

- En una primera parte se analizan los discursos que han producido conocimiento sobre los jóvenes. A partir de una revisión de la literatura especializada disponible se buscó el conjunto de supuestos que han orientado, en el país, la mirada sobre los jóvenes, como insumo fundamental para arribar a una reflexión crítica sobre los conceptos, las categorías y los enfoques utilizados. Se trata de una primera aproximación a la naturaleza, límites y condiciones del discurso que se ha producido sobre las culturas juveniles.
- En un segundo momento se discute acerca de los “nuevos” escenarios tanto en lo que respecta al pensamiento sobre las culturas juveniles, como en lo que toca a sus territorios —materiales y simbólicos.
- En el tercer momento se abordan las perspectivas y desafíos que para la investigación en ciencias sociales representa el campo de estudio de las culturas juveniles.

Es importante plantear de entrada que los jóvenes no representan una categoría unívoca. La juventud es una categoría construida culturalmente, no se trata de una “esencia” y, en tal sentido, la mutabilidad de los

critérios que fijan los límites y los comportamientos de lo juvenil, está necesariamente vinculada a los contextos sociohistóricos, producto de las relaciones de fuerza en una determinada sociedad. Así, lo que estas páginas intentan es objetivar los modos en que los jóvenes son construidos por los estudiosos del tema, a partir de unos recortes y ejes particulares; y simultáneamente proponer algunos elementos de reflexión sobre un tema que, pienso, será clave en el transcurso de los próximos años, de manera especial para México y América Latina.

PENSAR A LOS JÓVENES: LA CONSTRUCCIÓN CULTURAL DE LA CATEGORÍA

Definir al joven en términos socioculturales implica, en primer lugar, no conformarse con las delimitaciones biológicas, como la de la edad. Se ha dicho que “la juventud no es más que una palabra” (Pierre Bourdieu, 1990) y hoy sabemos que las distintas sociedades en diferentes etapas históricas han planteado las segmentaciones sociales por grupos de edad de muy distintas maneras y que, incluso, para algunas sociedades este tipo de recorte no ha existido.

No se trata en estas páginas de rastrear las formas en que las distintas sociedades han construido la categoría “jóvenes”,¹ sino de destacar el error que representa pensar a este grupo social como un continuo temporal y ahistórico.

Para los efectos de este ensayo se señala que la juventud, como hoy la conocemos, es propiamente una invención de la posguerra que hizo posible el surgimiento de un nuevo orden internacional que conformó una geografía política en la que los vencedores accedían a inéditos estándares de vida e imponían sus estilos y valores.

Cobraba forma un discurso jurídico, un discurso escolar y una floreciente industria, que reivindicaban la existencia de los niños y los jóvenes como sujetos de derecho y, especialmente, en cuanto a los jóvenes, como sujetos de consumo.

¹ Para este fin, ver por ejemplo G. Levi y J-C Schmitt (directores), *Historia de los jóvenes*, Taurus, 1996. También el excelente trabajo de recuperación histórica de Carles Feixa, *La tribu juvenil, una aproximación transcultural a la juventud*. Edizione L'Occhiello, Turín, 1988.

Las sociedades del “primer mundo” alcanzaban una insospechada esperanza de vida, lo que tuvo repercusiones directas en la llamada vida socialmente productiva y por ende, la inserción de las generaciones de relevo tendía a posponerse. Los jóvenes debían ser retenidos durante un periodo más largo en las instituciones educativas.² Al mismo tiempo, emergía una poderosa industria cultural que ofrecía por primera vez bienes “exclusivos” para el consumo de los jóvenes.

En esta emergencia de la juventud como sujeto social ha desempeñado un papel fundamental el paso de la ciudadanía civil a la ciudadanía política (Marshall, 1965), en el sentido de la complementación de los derechos individuales, la libertad, la justicia y la propiedad, con los derechos a participar en el espacio público.

Por tanto, puede considerarse que la realización tecnológica y sus repercusiones en la organización productiva y simbólica de la sociedad, la oferta y el consumo cultural y el discurso jurídico, se constituyen entonces en tres elementos que le dan sentido y especificidad al mundo juvenil, más allá de la fijación de unos límites biológicos de edad.

Sin embargo, se han insinuado ya algunas “líneas de fuga” que obligan a replantear la definición del sujeto juvenil; (re)definición que conecta directamente con lo que se ha llamado “ciudadanía cultural” (Rosaldó, 1990).

Primero, resulta evidente que la realización tecnológica y los valores que se le asocian, lejos de achicar la brecha entre los que tienen y los que no, entre los poderosos y los débiles, entre los que están dentro y los que están fuera, la ha incrementado. La posibilidad de acceso a una calidad de vida digna es hoy para 200 000 000 de latinoamericanos³ un espejismo. Si este dato se cruza con el perfil demográfico del continente mayoritariamente juvenil, no se requieren grandes planteamientos para

² En cuanto a control social sobre los grupos más jóvenes se encuentran, por ejemplo, datos que señalan que en la Europa judía de 1660, la instrucción llegaba hasta los trece años en el caso de los varones pudientes y a los diez años en caso de los varones pobres, que debían entrar a servir a esta edad. Puede notarse cómo a medida que pasa el tiempo va aumentando la ampliación de los rangos de edad para la instrucción, que no es solamente una forma de distribución del conocimiento social sino además un mecanismo de control social. Véase Elliot Horowitz, *Los mundos de la juventud judía en Europa: 1300-1800*, en Levi y Schmitt, *op. cit.*

³ América Latina comenzó la década de 1990 con 200 000 000 de pobres, es decir, con 70 000 000 más de los que tenía en 1970, principalmente como resultado de la pobreza urbana (Roux, 1994).

inferir que uno de los sectores más vulnerables por el empobrecimiento estructural, es precisamente el de los jóvenes.

Segundo, en lo que toca a la adquisición de la ciudadanía, uno de cuyos soportes fundamentales es el derecho a la integración plena en la sociedad, el problema es complejo ya que el papel que la ciudadanía ha desempeñado en torno a la constitución y su vinculación con ciertas categorías sociales, es ambiguo y contradictorio. En México la ciudadanía se otorga a una edad en la que los jóvenes están muy lejos aún (dependiendo de los niveles socioeconómicos) de acceder a una plena integración al sistema productivo, tanto por el deterioro de los mecanismos de integración (crisis político-cultural), como por la incapacidad real de las instituciones para absorberlos (crisis político-económica).

Esto ha resultado en un discurso esquizofrénico, en el que se exige de los jóvenes, cuando hacen su entrada en el universo de los derechos y deberes ciudadanos, ciertos comportamientos sociales, culturales y políticos, pero no hay alternativas reales de inserción económica. Puede señalarse aquí, a manera de ejemplo, el debate en torno a la disminución de la edad penal, de cuyas múltiples repercusiones se señala exclusivamente la contradicción y el conflicto societal que implica fijar unos criterios "móviles" que otorgan parcialmente a una edad, penalizan a otra y no incorporan a los sujetos en un sentido pleno.

En tercer lugar, la importancia creciente de las industrias culturales en la construcción y reconfiguraciones constantes del sujeto juvenil es un hecho que sale al paso de cualquier observador. El vestuario, la música y ciertos objetos emblemáticos constituyen hoy una de las más importantes mediaciones para la construcción identitaria de los jóvenes, elementos que se ofrecen no sólo como marcas visibles de ciertas adscripciones sino fundamentalmente como lo que los publicistas llaman con gran sentido "un concepto, un estilo". Un modo de entender el mundo y un mundo para cada necesidad, en la tensión-identificación-diferenciación. Efecto simbólico —no por ello menos real— de identificarse con los iguales y diferenciarse de los otros, especialmente del mundo adulto.

Inexorablemente el mundo se achica y la juventud internacionalizada que se contempla a sí misma como espectáculo de los grandes medios de comunicación, encuentra paradójicamente en la homogeneización la posibilidad de diferenciarse y, sobre todo, la posibilidad de acceso a una ciudadanía cultural que no se define mediante actos jurídicos,

sino que se experimenta como el derecho a la igualdad en la afirmación de la diferencia.

En estos territorios, en los de la cultura así experimentada, la juventud es un “estado”, no una etapa de transición, ni un proceso de metamorfosis. De ahí el choque principal en términos culturales entre los diferentes discursos sociales en torno a los jóvenes.

Con excepciones, el Estado, la familia y la escuela siguen pensando a la juventud como una categoría de tránsito entre un estado y otro, como una etapa de preparación para lo que sí vale la juventud como futuro. Mientras que, para los jóvenes, su ser y su hacer en el mundo está anclado en el presente, lo que ha sido finamente captado por el mercado.

La construcción cultural de la categoría “joven”, al igual que otras “calificaciones” sociales (mujeres e indígenas, entre otros) se encuentra en fase aguda de recomposición, lo que de ninguna manera significa que se piense, como ya se ha señalado, que había permanecido hasta hoy inmutable. Lo que resulta indudable es que los cambios planetarios han acelerado los procesos y han provocado crisis en los sistemas para pensar y nombrar el mundo. La juventud no es más que una palabra, una categoría construida, pero las categorías son productivas, hacen cosas, son simultáneamente productos del acuerdo social y productoras del mundo.

LITERATURA SOBRE JUVENTUD: CONCEPTOS Y CATEGORÍAS

Partiendo del reconocimiento del carácter dinámico y discontinuo de los jóvenes, que no comparten en absoluto los modos de inserción en la estructura social, se plantea que sus esquemas de representación configuran campos de acción diferenciados y desiguales.

Pese a ello, en términos generales, la gran mayoría de los estudios sobre culturas juveniles no ha matizado suficientemente esta diferenciación, y la mayor parte de las veces ésta es abordada (y reducida) en función del tipo de “inserción” de los jóvenes en la sociedad.

En un primer acercamiento exploratorio y en términos de su vinculación con la estructura o sistema, en la literatura pueden reconocerse básicamente dos tipos de actores juveniles:

a) Los que pueden conceptualizarse como “incorporados” y que han sido analizados a través o desde su pertenencia al ámbito escolar o religioso; o bien, desde el consumo cultural.

b) Los “alternativos” o “disidentes” cuyas prácticas culturales han producido abundantes páginas y que han sido analizados desde su no-incorporación a los esquemas de la cultura dominante.

Desde luego este recorte es un tanto arbitrario (¿qué recorte analítico no lo es?) y sumamente grueso para los fines del análisis, pese a ello, resulta útil como una primera entrada que permita ir desentrañando cómo han sido pensados los jóvenes.

Si se acepta este primer recorte, el balance de los estudios se inclina tanto en términos cuantitativos como en lo referente a la relativa consolidación de lo que podría considerarse una “perspectiva” de estudio, del lado de los “alternativos” o “disidentes”. En tanto, sobre “los incorporados” la producción tiende a ser dispersa y escasa.⁴

Estas tendencias señalan que el interés de los estudiosos se ha centrado de manera prioritaria en aquellas formas de agregación, adscripción y organización juveniles que transcurren por fuera de las vías institucionales. Esta “selección” apunta a una cuestión que resulta vital y no es de ninguna manera “inocente” o “neutra”: la pregunta por el sujeto.

Esta pregunta ha estado orientada por una intelección que, con sus matices y diferencias, reconoce las características y especificidades del sujeto juvenil. La casi imposibilidad de establecer márgenes fijos, “naturales” al sujeto de estudio, ha obligado a una buena parte de los estudiosos de esta vertiente a situarse en los territorios de los propios jóvenes, lo que da como resultado una abundante cantidad de reportes, monografías, tesis, videos, que miran al joven como esencialmente contestario o marginal.⁵

Hay en estos estudios una tendencia fuerte a (con)fundir el escenario situacional con las representaciones profundas de estos jóvenes o, lo que es peor, a establecer una relación mecánica y transparente entre prácticas sociales y universos simbólicos.

⁴ Para obtener un panorama bastante completo véanse, por ejemplo, los dos tomos producto de la Reunión Nacional de Investigadores de la Juventud, celebrada en Querétaro a finales de 1996. En estos tomos se presenta una serie de “estados del arte” que recogen diez años de trabajos a propósito de la investigación sobre juventud en diferentes áreas temáticas (Pérez Islas y Maldonado, 1996).

⁵ “Marginal” se utiliza aquí en un sentido metafórico, para hacer alusión a una forma de respuesta “activa” al choque de valores. Para conocer una exposición más amplia véase Giddens (1995) y Maffesoli (1990).

Por ejemplo, la calle en tanto escenario “natural” asume en muchos de los estudios un papel de antagonista en relación con los espacios escolares o familiares y pocas veces ha sido pensada como espacio de extensión de los ámbitos institucionales en las prácticas juveniles. Los jóvenes en la calle parecerían no tener vínculos con ningún tipo de institución, ajenos a cualquier normatividad y censura por parte del mundo adulto y oficial; de otro lado, prácticas como el lenguaje, los rituales de consumo cultural, las marcas de vestuario, al presentarse como diferentes y, en muchos casos, como atentadoras del orden establecido, han llevado a plantearlas como “evidencias” incuestionables del contenido liberador *a priori* de las culturas juveniles, sin ponerlas en contexto (deshistorizadas) o sin problematizarlas con la mediación de instrumentos de análisis que posibiliten trascender la dimensión descriptiva de los estudios.⁶

Esto nos lleva a un segundo planteamiento. A partir del interesante y acucioso análisis del estado de la cuestión sobre organización juvenil, realizado por Maritza Urteaga,⁷ se plantea aquí que en relación con los estudios sobre juventud, hechos en México —en términos generales— pueden reconocerse dos momentos o tipos de conocimiento.

Un primer momento que para efectos prácticos⁸ puede ubicarse en la primera mitad de la década de los ochenta, estaría caracterizado tanto por acercamientos de tipo *emic*⁹ (específico, finalista, punto de vista interior), como por acercamientos de tipo *etic* (genérico, predictivo y exterior). Pero ambos tipos unidos por un tratamiento de carácter descriptivo.

Mientras que en el primer tipo es el punto de vista del “nativo” lo que prevalece, se asume por ende que todo lo “construido” y dicho al interior del sistema es necesariamente “la verdad”; mientras que en la segunda vertiente, lo que organiza el conocimiento proviene de las imputaciones de un observador externo al sistema, que no sabe (no puede, no quiere) dialogar con los elementos *emic*, es decir con las representaciones interiores o nativas.

⁶ Por ejemplo, las innumerables posibilidades que ofrece el análisis discursivo: enunciación, semiótica, análisis pragmático, actos de habla, etc.

⁷ Véase Maritza Urteaga-Pozo “Organización juvenil”, en José Antonio Pérez Islas y Elsa Patricia Maldonado (coords.), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1996*. Causa Joven, México, 1996.

⁸ Tomando como base las fechas de publicación de los estudios.

⁹ Según la propuesta de Pike para el estudio de la conducta (retomada a su vez de Sapir) en la que se distinguen: “phonetics”, que se ocupa de los sonidos en el sentido físico, y “phonemics”, que trata los fonemas en sentido lingüístico (Pike, 1954).

Como se señaló antes, pese a las diferencias en la posición del observador, estos acercamientos comparten un enfoque descriptivo en el que no se explicitan las categorías y conceptos que orientan la mirada. Ello vuelve prácticamente imposible un diálogo epistémico entre perspectivas, convirtiendo las diferencias de apreciación en un forcejeo o tironeo estéril entre posiciones. Es decir, donde unos ven “anomia” y “desviaciones”, otros ven “cohesión” y “propuestas”. Los primeros tienden a recurrir al lenguaje normativo de la ciencia, a partir del cual “descalifican” el conocimiento “militante” producido por los segundos; mientras que estos últimos recurren a su posición interna —de intelectual orgánico— para descalificar las proposiciones de los primeros.¹⁰

Sin embargo, en la medida en que en términos generales ninguno de estos discursos trasciende lo descriptivo, el intercambio posible queda atrapado en el nivel de la anécdota, de la interpretación “interesada” (en uno y otro caso), lo que desafortunadamente desemboca en una sustancialización de sujetos y prácticas.

Sin pretender aquí descalificar la cantidad de estudios producidos en esta época y sus aportes al conocimiento de las culturas juveniles, es necesario apuntar que en términos generales, la producción de este periodo se caracteriza por una autocomplacencia que no asume de manera intencionada la construcción de un andamiaje teórico-metodológico que soporte los estudios realizados y que, en cambio, tiende a fijar una posición en torno al sujeto de estudio.

Hacia finales de la década de los años ochenta y principio de los noventa, puede reconocerse la emergencia de un nuevo tipo de discurso comprensivo en torno a los jóvenes. De carácter constructivista, relacional, que intenta problematizar no sólo al sujeto empírico de sus estudios, sino también a las “herramientas” que utiliza para conocerlo. Puede plantearse que se trata de perspectivas interpretativo-hermenéuticas, que intentan conciliar la oposición exterior-interior como parte de una tensión indisoluble a la producción de conocimiento científico.

¹⁰ Una ejemplificación de esto puede encontrarse en el trabajo de Gómez Jara que, a partir de un acercamiento de carácter psicosocial, proporcionó los primeros marcos conceptuales para analizar los comportamientos juveniles con énfasis en la violencia y la delincuencia (Gómez Jara, 1987, especialmente capítulo III). Para una ejemplificación del conocimiento producido de tipo “militante” pueden verse los primeros trabajos de Pablo Gaytán, entre otros, “Notas sobre el movimiento juvenil. México: institucionalidad y marginalidad”, en *Revista A*, núm. 16, UAM-A, México, 1985.

Vale la pena detenerse un momento para intentar ubicar aquí, en términos muy generales, el debate que en ciencias sociales ha influido de maneras diversas algunos de los estudios sobre juventud de este periodo.

Por ejemplo, el trabajo desarrollado por el sociólogo francés Pierre Bourdieu, que ha hecho énfasis en que su concepto de *habitus*¹¹ es su intento (su apuesta) por superar la dicotomía planteada por la sociología clásica entre instituciones y sujetos, entre estructuras y prácticas, entre formas de control y formas de participación, o planteado en los propios términos de Bourdieu, entre el momento objetivo y el momento subjetivo de la cultura.

El británico Giddens, con su compleja y potente propuesta de “estructuración” social, que supone el papel activo de los sujetos en la constitución del mundo social, lo que metodológicamente implica trabajar en lo que él ha denominado una “doble hermenéutica”, que a su vez está anclada en el viejo supuesto weberiano de la interpretación que hacen los actores de sus propias acciones. Para Giddens, el analista trabaja sobre estas interpretaciones convirtiéndose así su discurso en una interpretación de las interpretaciones.

Habermas coloca al centro de su teoría una subjetividad que se expresa por medio del lenguaje, para lo cual recupera y reformula como una categoría clave el concepto de “mundo de la vida” desarrollado por Husserl y la fenomenología.¹² Metodológicamente ello significa reconocer al *sujeto* como la capacidad de referirse en actitud objetivante a las entidades del mundo y la capacidad de adueñarse de los objetos, sea teórica o prácticamente.

Estas formulaciones teóricas, pese a sus diferencias, se encuentran en el reconocimiento del papel activo de los sujetos sociales, de su capacidad de negociación con las instituciones, estructuras o sistemas (de acuerdo con la terminología propia de cada autor). Y, fundamentalmente, comparten la preocupación por el principio de “reflexividad”, es decir, “pensar el pensamiento”, en términos de Ibáñez (1994), o la distancia entre un pensamiento que “toma” el mundo social y lo registra como *datum*, como dato empírico independiente del acto de conocimiento y de la

¹¹ Muchas veces utilizado de manera abusiva, desprovisto de su tarea básica (servir como mediación teórico-metodológica entre las estructuras y las prácticas) y usado como equivalente aproblemático de “identidad”, en el mejor de los casos, ya que también suele utilizarse en remplazo de “biografía”.

¹² Para una discusión más amplia sobre este concepto, véase Reguillo (1996).

ciencia que lo propicia (Bourdieu y Wacquant, 1995), y un pensamiento que es capaz de hacer la crítica de sus propios procedimientos.

Esta pequeña desviación de la ruta principal es útil en tanto que permite ubicar comprensivamente la emergencia de un nuevo tipo de estudios y señalar los cambios habidos respecto al periodo anterior. Ello, desde luego, no significa que en la literatura revisada aparezcan de manera "explícita" estas posiciones, mucho menos estos autores. Pero sí es posible reconocer una tendencia creciente a darle a los estudios sobre juventud un marco comprensivo-interpretativo que está anclado en tres dimensiones: la capacidad activa de los sujetos, el lenguaje no sólo como vehículo sino como constructor de realidades, y la problematización constante de los propios supuestos de el(la) investigador(a).

De las perspectivas teórico-metodológicas aquí recuperadas, cabe hacer énfasis en que la vertiente de estudios interpretativos sobre las culturas juveniles ha incorporado, de maneras diversas, el reconocimiento del papel activo de los jóvenes, de su capacidad de negociación con sistemas e instituciones y de su ambigüedad en los modos de relación con los esquemas dominantes. Esto ha posibilitado, en términos generales, trascender las posiciones esencialistas: "o todo pérdida, o todo afirmación"; y encontrar otro nivel para la discusión que no se agota en la anécdota o en el dato empírico.

Aquí se asume que "las clasificaciones explícitas (edades de vida, época de la mayoría de edad, etc.) evidentemente no poseen sino un valor indicativo. No bastan para definir los contextos de una historia social y cultural de la juventud" (Levi y Schmitt, 1995).

En tal sentido, el segundo periodo o vertiente de estudios en el caso de México, puede considerarse abierto a partir de lo que podrían entenderse como los primeros trabajos claramente dirigidos en la línea de una "historia cultural" de la juventud¹³ y los que podrían ubicarse como los primeros trabajos que desde una perspectiva interdisciplinaria problematizan el discurso del sujeto juvenil (Reguillo, 1991; Urteaga-Pozo, 1993; Castillo, Zermeno y Ziccardi, 1995).

Es decir, pueden considerarse, por un lado, la tarea de historizar sujetos y prácticas juveniles a la luz de los cambios culturales, rastreando

¹³ Por ejemplo el trabajo pionero de José Manuel Valenzuela, en publicaciones diversas y dos de sus libros, *¡A la brava ése!* El Colegio de la Frontera Norte, México, 1988 y *Vida de barro duro*, Colef/UdeG, Guadalajara, 1997.

orígenes, mutaciones, contextos político-sociales; y por otro lado, la perspectiva hermenéutica que rastrea la configuración de sentidos sociales, trascendiendo la descripción a través de las operaciones de construcción del objeto de estudio y con la mediación de herramientas analíticas. Si se está de acuerdo con Wallerstein en que los tres temas que se han conjuntado en los estudios culturales son:

primero la importancia central, para el estudio de los sistemas sociales históricos, de los estudios de género y todos los tipos de estudios “no eurocéntricos”; segundo, la importancia del análisis histórico local, muy ubicado, que muchos asocian con una nueva actitud “hermenéutica”; tercero, la estimación de los valores asociados con las realizaciones tecnológicas y su relación con otros valores... (Wallerstein, 1996: 71).

Puede argumentarse entonces que lo destacado en el periodo que va de finales de los ochenta a la década de los noventa en el estudio de las culturas juveniles no es ajeno a la perspectiva de los estudios culturales.¹⁴

En esta emergencia —de un modo constructivista y centralmente cultural— es importante señalar la importancia que ha tenido otra vertiente de trabajos que, abrevando en una larga tradición latinoamericana, se ubican en la perspectiva de crónica-periodística.

Se retoman aquí tres ejemplos clave, guardando las diferencias. En el caso de México, el trabajo de Carlos Monsiváis (1988), que ha sabido penetrar —y rescatar— con agudeza los elementos significativos y pertinentes para la comprensión de las formas culturales de la juventud.

Alonso Salazar (1996) en Colombia, que a partir de su incursión en los mundos del narcotráfico, del sicariato y de las comunas de Medellín, ha puesto al descubierto una situación descarnada y terriblemente compleja del mundo juvenil. Salazar ha sabido colocar simultáneamente la mirada del observador externo y la mirada del “nativo”.

En el caso de Venezuela, puede señalarse el trabajo de José Roberto Duque y Boris Muñoz (1995), que han logrado incorporar, con gran sentido crítico, las diferentes voces comprendidas en la problemática juvenil de Caracas. Hablan los jóvenes desde su precaria situación social, pero se incorporan también las voces de autoridades gubernamentales, representantes de la Iglesia, promotores sociales y analistas.

¹⁴ Pese a que tenga “cuentas pendientes”, de lo que nos ocuparemos más adelante.

Por supuesto, estos autores no agotan el espectro de producciones que desde la crónica o el ensayo periodístico han posibilitado una mirada cualitativamente diferente sobre las culturas juveniles “alternativas” o “disidentes”. Pero son suficientes para señalar los modos en que las ciencias sociales se han abierto a otro tipo de discursos.

El proyecto comprensivo respecto a las culturas juveniles requiere un segundo acercamiento para discutir los temas y los elementos que han sido problematizados. Empero, por cuestiones de carácter expositivo, primero nos ocuparemos de los discursos producidos en torno a los que aquí se han caracterizado como “los incorporados”.

Se señaló ya que la literatura producida en torno a los jóvenes que transitan por las rutas “predecibles” tiende a ser dispersa y escasa. Otra característica muy importante de esta literatura es que en varios casos el objeto principal de estudio no lo constituyen los jóvenes, sino que son enfoques centrados, por ejemplo, en el aparato escolar, en las comunidades eclesiales de base, en las maquiladoras, en los sindicatos, cuyos autores están más interesados en los modos de funcionamiento de instituciones y espacios que en las culturas juveniles. Los jóvenes aparecen entonces en su papel de “estudiantes”, de “empleados”, de “creyentes”, de “obreros”, y su especificidad como sujetos juveniles (más allá de las clasificaciones de edad) tiende a diluirse.¹⁵

Es más bien el discurso cinematográfico y literario el que ha logrado interesantes acercamientos analíticos y críticos en torno a los espacios tradicionales de socialización de los jóvenes, como la escuela, la familia, el trabajo, sin “perder” al sujeto juvenil.¹⁶

El desencuentro entre la producción de conocimiento de la vertiente que se ocupa de los “no-institucionales” y la que se ocupa de los “incorporados” es profundo y da como resultado, para una y para otra, análisis parciales en las que hay por un lado insuficiente tratamiento de los aspectos estructurales e institucionales no necesariamente antagoni-

¹⁵ Este argumento se sostiene a partir de la revisión de una gran cantidad de estudios empíricos producidos por la sociología del trabajo o por los investigadores de la educación y los valores. A manera de ejemplo de esta “disolución” del sujeto juvenil, véase Rafael Izquierdo (1996). Véase también Enrique Luengo (1993). Aunque se trata de estudios excelentes, tienden a perder las especificidades del sujeto.

¹⁶ Por ejemplo *Reality bites*, *La sociedad de los poetas muertos*, *Breakfast club* y *Santana, americano yo?*, esta última, conjunta la problemática de los migrantes latino-americanos con la juvenil y cuestiona severamente el orden institucional.

cos a las expresiones culturales juveniles y, por el otro, focalización en la institución en detrimento de la especificidad juvenil. De un lado sujetos sin estructura, del otro, estructura sin sujetos.

Un nuevo filón, que pudiera constituirse como punto de equilibrio entre estas perspectivas, lo constituyen los estudios que se ocupan del consumo cultural juvenil.

La relación con los bienes culturales como lugar de la negociación-tensión con los significados sociales. El consumo cultural como forma de identificación-diferenciación social (García Canclini, 1993; Bourdieu, 1988) que coloca al centro del debate la importancia que en términos de la dinámica social tiene hoy día la consolidación de una cultura-mundo que repercute en los modos de vida, los patrones socioculturales, el aprendizaje y fundamentalmente en la interacción social.

Estos estudios han mostrado al joven como un actor posicionado socioculturalmente y han abordado las interrelaciones entre los distintos ámbitos de pertenencia del joven —la familia, la escuela, el grupo de pares—, que se constituyen en comunidades inmediatas de significación (Orozco, 1991) y aquellos movimientos o “gramáticas de vida” en el sentido habermasiano (Habermas, 1989), que hacen las veces de “comunidades imaginarias” a las cuales adscribirse.¹⁷

Lo tematizable: segunda visita

“La caída de tabiques entre disciplinas” (García Canclini, 1993) y la emergencia y paulatina consolidación de estudios llamados interdisciplinarios o “de frontera”, han sido una constante en los últimos años de investigación sobre juventud en América Latina.

Los contornos imprecisos del sujeto y sus prácticas han colocado al centro de los análisis la vida cotidiana no necesariamente como tema, sino como lugar metodológico desde el cual interrogar a la realidad.

Desde esta mirada, que se sitúa en los propios territorios de los jóvenes, los objetos-problema abordados han sido diversos, aquí se analizan centralmente cuatro que son los que a nuestro juicio dan sentido a la literatura especializada y conectan con la problemática que aquí nos ocupa,

¹⁷ Para un acercamiento a este tipo de identidades juveniles, véase José Manuel Valenzuela (1988) y Reguillo (1997).

se trata del grupo y las diferentes maneras de entender y nombrar su constitución; el “otro construido” en relación con el proyecto identitario juvenil; la cultura política y la acción; y finalmente, la noción de futuro.

El grupo

La problematización en torno a “los modos de estar juntos” (Jesús Martín Barbero, 1995) de los jóvenes ha sido elaborada de diversas maneras.

La diferenciación más clara se relaciona con la direccionalidad del enfoque. Es decir, un tipo de estudios va de la constitución grupal a lo societal; otro tipo va de los ámbitos sociales al grupo.

En el caso del primer enfoque, la identidad grupal particular se convierte en el referente clave que permite “leer” la interacción de los sujetos con el mundo social. Hay por lo tanto un colectivo empírico al que se observa y desde el cual se analizan las vinculaciones con la sociedad. A este tipo, por ejemplo, corresponden las etnografías de bandas juveniles que centraron la atención durante la década de los ochenta.

Por razones del propio enfoque, para conceptualizar (pocas veces de manera explícita) la agregación juvenil, se ha recurrido a categorías como “identidades juveniles”, “grupo de pares”, “subculturas juveniles”; y las más de las veces, sobre todo durante la primera mitad de la década de los ochenta, se utilizó “banda” como “categoría” para nombrar el modo particular de estar juntos de los jóvenes populares urbanos. Esta mirada intragrupal, si bien ha aportado muy importantes elementos de comprensión, ha sido insuficiente para captar las vinculaciones entre lo local y lo global y las interacciones culturales.

Por otra parte, han ido cobrando fuerza los estudios que van de los ámbitos y de las prácticas sociales a la configuración de grupalidades juveniles. El rock, el uso de la radio y la televisión, la violencia, la política, el uso de la tecnología, se convierten aquí en el referente para rastrear relaciones, usos y decodificaciones y recodificaciones de los significados sociales de y para los jóvenes. No necesariamente debe existir entonces un colectivo empírico, se habla de los “jóvenes de clase media”, de los “jóvenes de los sectores populares”, etc., que se constituyen en “sujetos empíricos” por la mediación de los instrumentos analíticos; se trata de “modos de estar juntos” a través de las prácticas que no se corresponden necesariamente con un territorio o un colectivo particular.

Esta vertiente ha buscado romper con los imperativos territoriales y las identidades esenciales y para ello ha construido categorías como la de “culturas (en plural) juveniles”, “adscripción identitaria”, “imaginarios juveniles” (pese a lo pantanosa que resulta esta última). Es una mirada que trata de no perder al sujeto juvenil pero se busca entenderlo en sus múltiples “papeles” e interacciones sociales.

El “otro”

Un tema recurrente en los estudios sobre juventud, no por obsesión de los analistas sino porque aparece de manera explícitamente formulada por los jóvenes, es el de lo que aquí se denomina “el otro”, para hacer referencia al “antagonista”, o “alteridad radical”, que otorga más allá de las diferencias, por ejemplo, socioeconómicas y regionales, un sentimiento de pertenencia a un “nosotros”. La identidad es centralmente una categoría de carácter relacional (identificación-diferenciación) y todos los grupos sociales tienden a instaurar su propia alteridad. La construcción simbólica “nosotros los jóvenes”, ha instaurado diferentes alteridades, principalmente respecto al mundo adulto.

Diferentes estudios se han ocupado de construir *corpus* de representaciones en los que es posible analizar las separaciones, las fronteras, los muros que las culturas juveniles construyen para configurar sus mundos. Más allá de la dimensión antropoforzada de esas alteridades (policía, gobierno, maestros, escuela), algunos trabajos —que trascienden lo puramente descriptivo— han señalado que estas figuras representan para los jóvenes un orden social represor y por consiguiente injusto, se trata de los guardianes del orden; lo que aquí puede representar una obviedad, que no lo es tanto si se atiende a que buena parte de la literatura sobre juventud se ha quedado atrapada en el dato empírico, en la anécdota y que no separa la “militancia” en la lucha por los derechos humanos de los jóvenes de la tarea de producir conocimiento.¹⁸

¹⁸ En diversas y numerosas reuniones donde se abordan temas relacionados con la juventud, muchos asistentes demandan que se hable un lenguaje “común”, que “se renuncie a la teoría”, que se hable de las cosas que “verdaderamente afectan a los jóvenes”, en una especie de populismo que confunde espacios y fines. Ello ha obstaculizado, no sólo en el caso de los jóvenes, sino también en el de las mujeres, los indígenas y algunas otras “minorías”, la posibilidad de un debate riguroso en torno al pensamiento. Lo que no equi-

Cultura política

Algunos de los enfoques clásicos en torno a la conceptualización de la acción colectiva han centrado prioritariamente su mirada en aquellas maneras de participación formales, explícitas, orientadas y estables en el tiempo,¹⁹ con la consecuente teorización que parece reconocer sólo como cultura política aquellas representaciones y formas de acción formales y explícitas. Este tipo de intelección ha provocado que las grupalidades juveniles, efímeras, cambiantes, implícitas en sus formulaciones, sean leídas como carentes de un proyecto político y que se reduzca su relación en este ámbito, por ejemplo, a la participación electoral.²⁰

Paulatinamente y en relación con la literatura sobre nuevos movimientos sociales y las reconceptualizaciones sobre lo político (Touraine, 1994; Melucci, 1989; Offe, 1990; Maffesolli, 1990; Sartori, 1992; Lechner, 1995), aparece en la literatura sobre juventud una revaloración de lo político, que deja de estar situado más allá del sujeto, constituyendo una esfera autónoma y especializada y adquiere corporeidad en las prácticas cotidianas de los actores, en los intersticios que los poderes no pueden vigilar (Reguillo, 1996).

La política no es un sistema rígido de normas para los jóvenes, es más bien una red variable de creencias, un *bricolage* de formas y estilos de vida, estrechamente vinculada a la cultura, entendida como “vehículo o medio por el que la relación entre los grupos es llevada a cabo” (Jame-son, 1993).

Sin embargo, es importante reconocer que las articulaciones entre culturas juveniles y política están lejos de haber sido finamente trabajadas y que en términos generales esto se ha construido desde una relación de negatividad, es decir, desde la negación o desconocimiento de los constitutivos políticos en las representaciones y acciones juveniles.²¹

vale a señalar que el trabajo de intervención sea fundamental y que hay ocasiones que ameritan “salir” de la academia para entrar en el terreno de la política. Un trabajo reciente que concilia estas dos posiciones es el excelente estudio de Héctor Castillo, *Juventud, cultura y política social*. En prensa.

¹⁹ Por ejemplo, el primer Touraine (1984).

²⁰ Por ejemplo, véase el estado de la cuestión en torno al tema político en los jóvenes, realizado por Ricardo Becerra Laguna, *Participación política y ciudadana*, en Pérez Islas y Maldonado (1996).

²¹ Creo firmemente que los zapatistas y el subcomandante Marcos han sabido captar

Lo que el mapa aquí trazado intenta es revelar las fortalezas y debilidades en los estudios sobre juventud desde la perspectiva de los estudios culturales. Del conjunto de posibilidades de análisis, estos tres objetos-recortes se articulan a varias de las preguntas clave de los estudios culturales: la identidad como lugar de enunciación sociopolítica; las intersecciones entre prácticas y estructuras; los escenarios del conflicto y la negociación por la inclusión, vinculados tanto a los discursos como a las prácticas y las coordenadas espacio-temporales como dimensiones constitutivas de lo social.

Resulta urgente hacer la crítica de los modos de conocimiento, del papel no inocente de la mirada que construye el conocimiento para elaborar una agenda que sin autocomplacencias permita trascender las visiones que han construido al joven como la pobre “víctima” de un orden injusto, como jinete del apocalipsis o como redentor.

La diferencia entre el discurso del sentido común respecto al discurso de las ciencias sociales es que el primero, para funcionar, requiere ser inconsciente (Ibáñez, 1994), aceptar el orden de las cosas como dato dado; mientras que el segundo supone la reflexividad mediante la crítica de los conceptos y las categorías.

LOS ESCENARIOS DE FIN DE SIGLO

La discontinuidad “autoriza” los compromisos efímeros, el cambio de banderas, y potencia la capacidad de respuesta en la medida en que reduce el conflicto entre “habitar” una identidad u otra, entre defender una “causa” u otra. Mutantes de fin de siglo, los jóvenes tal vez no saben qué es lo que quieren pero saben muy bien qué es lo que no quieren. Es desde estos cambiantes sentidos por donde hay que pensar las culturas juveniles y sus sentidos sociales de la vida.

(y aprovechar) con precisión este sentido polifónico de lo político en los jóvenes. Por ejemplo, los programas especiales en MTV Latino, la muy reciente “Canción del Sup”, en la que a ritmo de rock, el Sup “rapea” las consignas zapatistas “para todos, todo”; que seguramente le costará severas críticas, tanto de las derechas como de las izquierdas, incapaces —por distintos motivos— de entender la fuerza de la videopolítica y de los nuevos mecanismos de interpelación a los jóvenes.

El que muchos de los jóvenes no opten por prácticas y formas de agrupación partidistas o institucionales y el hecho de que no parezcan ser portadores de proyectos políticos explícitos, desde una perspectiva tradicional, puede ocultar los nuevos sentidos de lo político que configuran redes de comunicación desde donde se procesa y se difunde el mundo social. Frente al “resplandor de lo público”, muchos de estos mutantes optan por la sombra, por el deslizamiento sigiloso, algunos para señalar la crisis, otros para hacer las paces con un sistema del que se sirven instrumentalmente.

Al iniciarse la década de los años noventa se consolidaron o se aceleraron algunas de las tendencias que venían anunciándose desde la década anterior, esto es: la mundialización de la cultura por vía de las industrias culturales, los medios de comunicación y las supertecnologías de información (Internet es el ejemplo más acabado, aunque no el único); el triunfo del nuevo profetismo globalizador, el discurso neoliberal montado sobre el adelgazamiento del Estado y sobre la exaltación del individualismo; el empobrecimiento creciente de grandes sectores de la población; descrédito y deslegitimación de las instancias y dispositivos tradicionales de representación y participación (especialmente los partidos políticos y los sindicatos).

Estos elementos han significado para los jóvenes una afectación en:

- a) su percepción de la política,
- b) su percepción del espacio y
- c) su percepción del futuro.

Situados en los márgenes de la sociedad —objetiva o simbólicamente—, los jóvenes, pese a las diferencias (de clase, de género, de emblemas aglutinadores) comparten varias características que pueden considerarse definitorias de las culturas juveniles en este fin de siglo:

1. Poseen una conciencia planetaria, globalizada, que puede considerarse como una vocación internacionalista. Nada de lo que pasa en el mundo les es ajeno, se mantienen conectados a través de complejas redes de interacción y consumo.

2. Priorizan los pequeños espacios de la vida cotidiana como trincheras para impulsar la transformación global.

3. Existe un respeto casi religioso por el individuo que se convierte en el centro de las prácticas. Puede decirse que la escala es individuo-mundo y que el grupo de pares no es ya un fin en sí mismo, sino una mediación que debe respetar la heterogeneidad.

4. Selección cuidadosa de las causas sociales en las que se involucran.

5. El barrio o el territorio han dejado de ser el epicentro del mundo.

Estas características representan un cambio frente a la década pasada. En los ochenta, para los jóvenes de los sectores populares, el grupo de pares servía para cobijar, bajo un manto homogéneo, las diferencias individuales y ofrecer el efecto ilusorio de un nosotros compacto que se convertía en el punto de llegada y salida de las visiones del mundo; el barrio transformado por complicados mecanismos rituales de bautizo en territorio apropiado representaba el “tamaño del mundo”; la identidad colectiva hundía sus raíces en el territorio que servía simultáneamente como frontera que delimitaba lo interior-propio con lo exterior-ajeno.

Para los jóvenes de los sectores medios y altos, los ochenta fueron una década perdida. Herederos del desencanto político, del descrédito de las grandes banderas, muchos de ellos cómplices involuntarios de relatos paralizantes adoptaron *a posteriori* la denominación “generación X”, que peligrosamente saltó del título de una novela del canadiense Douglas Coupland (*Generation X*, publicada en 1991) a una “categoría” que ha servido para definir el nihilismo, el consumismo, la depresión profunda y la renuncia al futuro de los jóvenes de los sectores acomodados del norte pero que penetró rápidamente las fronteras nacionales en América Latina y sirvió como un discurso *post facto* para justificar el tamaño del desinterés, la desarticulación y el desencanto de los jóvenes universitarios, yupies o empleados a tiempo completo como hijos de familia “porque qué flojera, o no hay trabajo”.

En los noventa, las culturas juveniles, en su interacción con *los otros*, con la sociedad, son vistas de maneras también diversas. Para ciertas “lecturas”, los jóvenes son desechables en tanto sujeto político, motivo de “apañón” y de sospecha; botín electorero en tiempos de secas; espejo vergonzoso de la sociedad; objetos de reglamentos y planes; y, lamentablemente objetos —que no sujetos— de los discursos conmovedores de funcionarios y primeras damas en turno. Desde otras “lecturas”, los jóvenes son vistos como personajes de novelas y películas, emblemas libertarios, potencia pura. Descalificación o exaltación.

Y mientras eso sucede, las culturas juveniles de la crisis, de la globalización y la tribalización, (re)inventan mecanismos para confortarse colectivamente y sobrevivir a la violencia cotidiana y generalizada, al desencanto profundo que les ha abierto un hoyo negro en la esperanza.

Éste es parte del paisaje social que se constituye simultáneamente en plataforma y motivo de análisis.

HACIA UNA AGENDA DE INVESTIGACIÓN

Los jóvenes escapan a la definición cerrada, homogeneizadora, *light* que el discurso dominante impulsa a través de sus centros de irradiación y se resiste a la normatividad estatal. Más allá de la diversidad, lo que aquí importa destacar es que quizás la juventud sea, como lo ha señalado Feixa (1993), una metáfora del cambio social. Una llamada de atención, alerta roja, que nos obliga a repensar muchas de las certezas construidas.

Sistemáticamente en los estudios, en los planes, el “deber ser” ha monopolizado la comprensión, ignorando la capacidad de respuesta, las constantes “chapuzas” con la que los actores sociales (no sólo los jóvenes) se enfrentan al orden establecido. Su nomadismo económico, territorial y cultural, porque no hay de otra, son formas, intentos de cerrarle el paso a la crisis, de luchar contra el estallamiento de certezas, domesticar la imprevisibilidad que dicen disfrutar.

Ni el Estado ni los partidos políticos han sido —en lo general— capaces de generar matrices discursivas que puedan interpelar a los jóvenes.

Para ellos la construcción de lo político pasa por otros ejes: el deseo, la emotividad, la experiencia de un tiempo circular, el privilegio de los significantes por sobre los significados, las prácticas arraigadas en el ámbito local que se alimentan incesantemente de elementos de la cultura globalizada.

“Quieren amores posibles” (Muñoz, 1992), el debilitamiento del futuro deja lugar a la certidumbre del presente, de lo tangible. Y pese a la marginación, a la desesperanza y al miedo, apuestan por la vida.

Los jóvenes viven continuamente en la recomposición de prácticas y representaciones. Los esquemas explicativos procurados desde las ciencias sociales son insuficientes ya para dar cuenta de los acelerados cambios que se han operado, es urgente re-pensar muchas de las afirmaciones que se han hecho.

Los grandes medios de comunicación, con su vocación presentista, agotan los procesos sociales en el día a día; las autoridades, con su vocación correctiva, llegan cuando los jóvenes se vuelven “visibles” en función del problema que representan. El investigador, a su vez, trabaja a contracorriente. La mayor parte de las veces sus “objetos” no son necesariamente “noticias” en el sentido caliente del término, ni tematizables para ocupar los titulares de la prensa. En la década de los ochenta varios investigadores del país hablábamos de los jóvenes, el tema resultaba un tanto “exótico”, llamativo en tanto se hacía alusión a un tipo de actor social, con una vestimenta, un lenguaje y unas propuestas organizativas poco ortodoxas. Pero más allá de esto, autoridades, medios de comunicación y desafortunadamente muchos investigadores, fueron incapaces de trascender las interesantes y efectivamente seductoras formas exteriores de estas identidades juveniles. Y lo que varios planteamos, en términos tanto culturales como de formas de socialidad, quedó eclipsado.

La generación que toma el relevo en los noventa vive y experimenta el mundo de maneras diferentes: han tomado la ciudad por asalto, pasaron del sedentarismo a un nomadismo cultural y territorial; están buscando nuevas formas de relación entre géneros y, si bien pueden parecer más violentos y desesperados, son más generosos con la noción de futuro.

¿Se puede hoy hablar de culturas juveniles?, ¿qué sabemos?, ¿qué debiéramos saber?, ¿qué perspectivas de estudio se abren, a partir de qué ejes?

Trazar una agenda de investigación por decreto no es ni factible ni recomendable. Así que la intención de esta última parte es apenas la de señalar algunos de los huecos en la investigación sobre juventud y apuntar algunos elementos de reconfiguración en los mundos juveniles.

Quizá la temática más ausente y extrañada sea la perspectiva de género en los estudios sobre juventud. Pese a las novedades que comportan las culturas juveniles, en lo que toca a las relaciones de género, éstas no han sido suficientemente abordadas. Si bien las y los jóvenes comparten universos simbólicos, lo hacen desde la diferencia cultural constituida por el género. La organicidad alcanzada por los colectivos juveniles de composición mayoritariamente masculina no es equivalente al caso de las jóvenes, que según muestran algunos de los estudios, tienden a insertarse en las grupalidades juveniles “masculinizándose”. Pero hay insuficiencia de material empírico que permita hacer planteamientos finos en lo que toca a la diferencia de género entre los jóvenes.

El centralismo en las ciencias sociales que favorece la concentración de recursos para la investigación, de centros y de investigadores, entre otros factores, ha provocado que la especificidad regional de las culturas juveniles no haya sido suficientemente abordada. Tampoco se ha logrado avanzar sustancialmente en lo que toca a las dimensiones local-global y sus repercusiones en el ámbito de las culturas; cabe aquí preguntarse ¿cómo reformulan desde lo local los elementos de la cultura-mundo y cómo actualizan en la vida cotidiana las relaciones entre tradición y modernidad?

De un lado la victimización del joven y de otro lado su exaltación como agente de cambio polarizan, en términos generales, la investigación. El efecto que esto ha tenido es la de una diversidad fáctica sin problematización. Es decir, el “otro construido”, tanto para los jóvenes como en relación con el discurso social que sobre ellos se elabora y circula, se asume como un dato que está ahí a la espera del observador. En tal sentido, hace falta investigación sobre los mapas cognitivos, sobre las experiencias mediatas e inmediatas de donde se nutren las representaciones colectivas que dan forma y contenido a las identidades-alteridades sociales. Especialmente en este momento, los poderes, particularmente la institucionalidad mediática, se disfrazan de ludismo y de espacio de conversación, haciendo aparecer “la diferencia” como un asunto retórico que oculta la desigualdad.

Esto apunta también a la necesidad urgente de investigaciones que, sin renunciar a la dimensión intragrupal, sean capaces de ver al joven más allá de los ámbitos restringidos de sus respectivos colectivos.

El balance realizado, si bien señala una tendencia creciente a los acercamientos interdisciplinarios, revela, de otro lado, una escasa problematización del sujeto juvenil desde las dimensiones psicosociales que no se reduzcan al establecimiento *a priori* de una serie de etapas y actitudes que caracterizarían el periodo de la juventud. El problema es mucho más complejo y exigiría un trabajo más fino en los interfaces entre individuo, grupo y contexto sociocultural. En tal sentido, la perspectiva psicoanalítica ha sido una veta poco explorada en el campo de los estudios de la juventud.

Por último, y en el espíritu de fomentar la discusión, está la urgente necesidad de hacer estudios comparativos como una de las alternativas para propiciar el diálogo y un debate no virtual que pueda romper el aislamiento en la producción de conocimiento.

Es en esta dimensión donde cobra sentido el pensamiento de Ibáñez, “pensar juntos el pensamiento con el que pensamos”.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, Pierre y Loïc J. D. WACQUANT (1995), *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.
- BOURDIEU, Pierre (1990), “La juventud no es más que una palabra”, en *Sociología y cultura*, Colección Los Noventa. México, CNCA-Grijalbo.
- (1988), *La distinción*, Madrid, Taurus.
- CONCHA, Eastman, Fernando CARRIÓN, Germán COBO (eds.) *Ciudad y violencias en América Latina*, Gestión Urbana, vol. 2. Quito, PGU.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- (1993b), “Introducción: antropología y estudios culturales”, en *Alteridades*, núm. 5, México, UAM-I.
- (coord.) (1993a), *El consumo cultural en México*, Col. Pensar La Cultura, México, CNCA.
- GIDDENS, Anthony (1995), *Beyond left and right*, Cambridge, Polity.
- (1986), *The constitution of society*. Los Ángeles, University of California Press.
- HABERMAS, Jürgen (1989), *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra.
- HILB, Claudia (comp.) (1994), *El resplandor de lo público. En torno a Hannah Arendt*, Caracas, Nueva Sociedad.
- IBÁÑEZ, Jesús (1994), *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*, Madrid, Siglo XXI.
- JAMESON, Frederic (1993), “Conflictos interdisciplinarios en la investigación sobre cultura”, *Alteridades*, núm. 5, México, UAM-I.
- LECHNER, Norbert (1995), “Por qué la política ya no es lo que era”, en *Nexos*, México.
- (1990), *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, México, FCE.
- MAFFESOLLI, Michel (1993), *El conocimiento ordinario. Compendio de Sociología*, México, FCE.
- (1990), *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.
- MARSHALL, T. H. (1965), *Class, citizenship and Social Development*, Nueva York, Anchor Books.

- MARTÍN BARBERO, Jesús (1995), *Pre-textos. Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*, Cali, Centro Editorial Universidad del Valle.
- (1993), “La comunicación en las transformaciones del campo cultural”, en *Alteridades*, núm. 5, México, UAM-I.
- MELUCCI, A. (1989), *Nomads of present. Social movements and individual needs in contemporary society*, Philadelphia, Temple University Press.
- (s/d), *En busca de la acción*, mimeo.
- OFFE, Claus (1990), *Contradicciones del Estado de bienestar*, Colección Los Noventa, México, CNCA/Alianza Editorial.
- OROZCO, Guillermo (1991), *Recepción televisiva*, México, Proicom, Universidad Iberoamericana.
- PIKE, K. L. (1954), “Language in relation to a unified theory of the structure of human behavior”, Glendale, Summer Institute of Linguistic.
- REGULLO, Rossana (1996), *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*, Universidad Iberoamericana/ITESO, Guadalajara.
- (1993), “Notas críticas sobre los movimientos sociales: una perspectiva gramsciana”, en *Iztapalapa*, núm. 30, julio-diciembre, México, UAM-I.
- ROSALDO, Renato (1990), “Social analysis in history and anthropology”, Harvey J. Kaye y Keith McLelland (eds.), *E. P. Thompson: Critical Perspectives*, s/e., mimeo.
- ROUX, Gustavo I. (1994), *Ciudad y violencia en América Latina*, Gestión Urbana, vol. 2, Quito.
- SARTORI, Giovanni (1992), *Elementos de teoría política*, Madrid, Alianza Editorial.
- TOURAINÉ, Alain (1994), *Crítica a la modernidad*, México, FCE.
- (1984), *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba.
- WALLERSTEIN, Immanuel (coord.) (1996), *Abrir las ciencias sociales*, Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales, Siglo XXI/UNAM, México.

LOS ESPACIOS Y LOS TIEMPOS DE LAS CULTURAS JUVENILES

CARLES FEIXA PÀMPOLS*

EL ESTUDIO ANTROPOLÓGICO DE LAS CULTURAS JUVENILES

La juventud retrata siempre con trazos fuertes a la sociedad global, la cual, por su parte, no siempre gusta de verse así retratada (Aranguren, 1986: 22).

En el estudio antropológico de las diferentes realidades “parciales” que configuran la trama urbana, las bandas juveniles han constituido uno de los puntos de mira favoritos: del trabajo clásico de Whyte (1972) sobre los *street corner boys* de Boston a la monografía de Monod (1976) sobre los *barjots* de París. Sin embargo, el uso casi exclusivo de la observación participante no siempre ha sido el mejor método para abordar el contexto de relaciones estructurales en que las bandas juveniles se sitúan, ni ha permitido explicitar la dinámica histórica que ha precedido la emergencia de la juventud como nuevo sujeto social.

Por otra parte, el predominio de encuestas de opinión tamizadas de cientificismo positivista ha tendido a dar una imagen abstracta de la misma, sin preocuparse por conocer “sobre el terreno” las formas de vida y las visiones del mundo de los jóvenes concretos y reales.

En el Estado español el uso y abuso del sondeo como técnica casi exclusiva en los estudios sobre la juventud ha conducido a callejones sin

* Profesor titular de Antropología Social en la Universitat de Lleida (Pl. V. Siurana, 1. 25003 Lleida, Catalunya-España). Correo electrónico: feixa@geosoc.udl.es

salida que los mismos sociólogos se han encargado de poner en evidencia (Cardús y Estruch, 1984).

Las culturas juveniles no han sido, sino hasta hace poco, un sujeto relevante para la antropología en España. Al margen de un curioso ensayo de Trías Mercant (1967) sobre la “nueva ola” en el que reproducía la ideología franquista, y de algunas incursiones sobre la juventud gitana (Calvo, 1982), el primer estudio sistemático sobre las subculturas juveniles fue el de Romaní sobre la historia cultural del hachís en Barcelona (1982). En él reconstruía, a partir de fuentes orales, la trayectoria de colectivos como grifotas, *rockers* y jipis a finales del franquismo

Posteriormente el autor dirigió un equipo que preparó un proyecto de investigación sobre la juventud en el área metropolitana de Barcelona (Romaní *et al.*, 1986).

Deben reseñarse también: el sugerente ensayo de Muñoz Carrión (1985) sobre las discotecas como rito de paso; diversas monografías locales (Belascoain, 1985; Barruti *et al.*, 1990); estudios sobre el consumo de drogas entre los jóvenes (Romaní y Funes, 1982; Gamella, 1990); monografías sobre la mili como rito de iniciación (Zulaika, 1989); una interesante incursión en las bases generacionales del nacionalismo vasco (Ramírez, 1991); y un ensayo sobre las actitudes de los jóvenes ante las minorías étnicas y el racismo (Calvo, 1995).

Aunque en su gran mayoría estén todavía inéditas, me consta que existen diversas etnografías realizadas por antropólogos de las últimas generaciones sobre temas como el movimiento *skinhead*, la música heavy, los okupas, las pandillas del fútbol, las fraternidades de motoristas, la ruta del bakalao, etc., que han de contribuir a reunir un *corpus* de datos y reflexiones suficiente para ensayar visiones más globales sobre las culturas juveniles que se dan en España.

UNA HISTORIA ORAL DE LA JUVENTUD

Las entrevistas recogidas con el método abierto de la historia oral se revelan ante todo como afirmaciones de identidades culturales, de las cuales hay que aceptar los aspectos simbólicos y fabulatorios [...] La experiencia real es asumida en el horizonte simbólico, seleccionada e interpretada con base en él (Passerini, 1984: 4, 68).

Empecé a recoger historias de vida de jóvenes en 1984, cuando preparaba mi tesis de licenciatura sobre la cultura juvenil en Lleida, que presenté en octubre de 1985. El trabajo se basaba en el análisis de ocho biografías individuales y una de grupo, de jóvenes de ambos sexos pertenecientes a diversos medios socioculturales. En las conclusiones apuntaba ya la necesidad de ampliar la perspectiva temporal para comprender las raíces históricas de las condiciones sociales y las imágenes culturales de los jóvenes, y de sacar más provecho al material autobiográfico (que no podía ser una mera ilustración del discurso “académico” del antropólogo).

En 1987 me sumergí en la tesis doctoral, donde pretendía, a partir también de fuentes orales, analizar las continuidades y los cambios en las formas de vida de los jóvenes de mi ciudad, desde la guerra civil hasta la actualidad.

Durante dos años realicé un total de 65 entrevistas individuales, de parejas y de grupos, que junto con las que había recogido en la tesina componen un mosaico de 110 historias de vida de hombres y mujeres de diversas generaciones, clases e ideologías. En la selección de los informantes emergía el problema de la representatividad: ¿cómo elegir si el universo potencial no es un grupo reducido, “habitabile”, sino todos los que pasaron su juventud en Lleida durante las cinco últimas décadas, es decir, la mayoría de habitantes actuales de la ciudad?, ¿cómo reflejar la diversidad sexual, social, territorial e ideológica? Del discurso de la “representatividad” al de la “significación” lo esencial era ampliar al máximo el campo de las diversidades —cuyo abanico era imposible cubrir del todo—, sin por ello olvidar las regularidades generacionales emergentes expresadas en discursos repetitivos que marcaban un umbral en la adquisición de nuevas informaciones.

Estas regularidades no acostumbraban a centrarse en el ámbito de las condiciones sociales (fragmentadas por trayectorias vitales y dependencias institucionales múltiples), sino en usos narrativos e imágenes simbólicas.

El intercambio oral ritualizado de la entrevista era siempre una negociación entre mi demanda de información y la “autorrepresentación” que los actores deseaban transmitirme. Acostumbraba a dejarles hablar, y así surgieron infinidad de temas y episodios que nunca me hubiera planteado, permitiéndome evaluar la “lógica” del relato, construido como un todo unitario. En la transcripción intenté respetar este carácter integral, pero sin la obsesión de la “literalidad”: la fidelidad a la fuente

significaba ser fiel a la persona que hablaba, no a la cinta donde registré su voz. El análisis y el montaje fueron las etapas más complejas, y donde adopté soluciones más arriesgadas. Opté por privilegiar el discurso oral como eje de la “escritura antropológica” (o lo que es lo mismo: opté por hablar a través de otras voces). Agrupé los testimonios en cinco grandes periodos, que correspondían a cinco “identidades generacionales” emergentes de las biografías: la guerra, la posguerra, los sesenta, la transición y los ochenta, y los monté en cuatro tipos de apartados: temáticos (análisis global de marcos institucionales o de ocio); episódicos (relatos articulados por un acontecimiento real o simbólico); espaciales (descripciones de determinados locales o lugares urbanos); y biográficos (fragmentos de historias de vida singulares). A través del contraste y el diálogo, entre estos testimonios van emergiendo las continuidades y los cambios en las formas de vida y visiones del mundo de diversas generaciones de jóvenes.

No considero la naturaleza “subjetiva” de las fuentes orales como una limitación, sino como un incentivo: la memoria no es un depósito de hechos, sino una matriz de significados y valores; silencios, deformaciones, errores, repeticiones. Pueden ser, por tanto, un índice privilegiado para la comprensión de actitudes culturales, lo cual no significa que haya renunciado a verificar la información.

El primer control, quizás el más importante, es el mismo contraste entre informantes diferentes que nos hablan de los mismos sucesos o periodos. El análisis de la coherencia interna de los relatos y la explicitación del contexto histórico sirven también para relativizar las opiniones expresadas. Finalmente, utilicé con abundancia otras fuentes disponibles: los censos de población, la prensa juvenil y local, la literatura edificante, la fotografía, la música, el comic, los archivos de instituciones como el Frente de Juventudes y otros documentos escritos. El contraste es a menudo muy ilustrativo, aunque no demuestra la “superioridad” de unas fuentes sobre otras. Y dicho sea de paso, las fuentes consideradas “académicamente” más fiables se han revelado tanto o más “ideológicas” que las autobiografías (por ejemplo: el censo de 1940 niega que las mujeres jóvenes trabajaran cuando los relatos apuntan lo contrario; la prensa o los documentos sólo dan la versión oficial de los sucesos que los informantes desmienten o completan).

LOS ESPACIOS Y LOS TIEMPOS DE LA JUVENTUD

Quien describa ciudades lejanas emprende un viaje en el espacio, quien describe la propia ciudad emprende un viaje en el tiempo: la ciudad le parece diseminada de las trazas del tiempo perdido. Como luz ultravioleta, el recuerdo enseña a cada uno el código secreto que acompañaba, como una profecía, el libro de su vida (Benjamin, 1980: 10).

¿Cómo remontar el camino que va de la experiencia singular al cambio histórico? ¿Cómo producir conocimiento científico a partir de la subjetividad inherente a toda historia de vida? ¿Cómo establecer regularidades sin ignorar las diversidades? El análisis de las historias de vida precisa de “modelos intermedios” que conecten la gran teoría con las realidades empíricas. Las categorías de espacio y de tiempo pueden ser instrumentos útiles en la elaboración de estos modelos. Como percepción simbólica, pero también como práctica social, la experiencia espacio-temporal constituye una clave de lectura adecuada a la naturaleza de las fuentes orales, fruto de la interacción constante entre lo objetivo y lo subjetivo. Además de fomentar lecturas no estrictamente factuales de las historias de vida, la aproximación a los tiempos y los espacios sociales permiten analizar la mutabilidad histórica de las culturas juveniles y su inserción en marcos institucionales más amplios (Romaní *et al.*, 1987).

Se propugna como hipótesis que la emergencia de la juventud como sujeto social se expresa en un proceso de redefinición de la ciudad en el espacio y en el tiempo, y se concreta en la aparición, en la red urbana, de una serie de universos espacio-temporales específicos para los jóvenes. Intentaré ilustrar a continuación el uso de estos conceptos a partir de algunos de los resultados de mi propia investigación.

Las historias de vida de diversas generaciones de jóvenes pueden “leerse”, precisamente, como un proceso de “conquista” de espacios urbanos, que se expresa en una lucha por la autonomía en la vida cotidiana. Por ejemplo, la imagen trascendente en todos los relatos de los jóvenes de posguerra es el paseo por la calle Mayor de la ciudad, rito cotidiano y expresión simbólica de una época marcada por el consenso y la dependencia social de los jóvenes. El paseo evoca el espacio “provinciano” donde se observan —marcando las distancias— los grupos locales, donde se interactúa cara a cara. Es la imagen de una ciudad sin conflictividad reconocida (“era como un pueblo”, “aglutinaba a la gente”, “no se

precisaba agenda”, “había más comunicación”). Es sobre todo el espacio “vigilado” donde la sociedad permite a los jóvenes el inicio del cortejo, las ceremonias de la presentación y de intercambio ritualizado entre los sexos, frente a los espacios condenados (los bailes, los prostíbulos, los parques oscuros, la “fila del manco”). Control social que legitima una determinada concepción de la moral, de los usos y costumbres. El paseo acentúa simbólicamente las jerarquías entre las edades, los géneros, las categorías sociales. Define la identidad juvenil en el periodo previo a la emergencia de la sociedad de consumo: “No recuerdo haber entrado en un café, por eso íbamos a la calle Mayor.” “No teníamos dinero, pero tampoco costumbre.” Cuando los jóvenes empiecen a tener dinero, cuando las costumbres cambien, la calle Mayor perderá la centralidad que había desempeñado en las generaciones de posguerra.

La primera gran alternativa al paseo será al guateque. A finales de los cincuenta llega la coca-cola, los tocadiscos portátiles “Dual” y la nueva moda. Mientras el paseo ubica a los jóvenes en un espacio público, bajo el control de las miradas adultas, el guateque les permite vivir bajo la ilusión de una “sociedad adolescente”. La difusión de los bienes de consumo anuncia la emergencia de nuevos valores y abre las puertas a una nueva red lúdica juvenil que los mayores empiezan a no poder controlar. Pero es sobre todo con la aparición de la *boîte* cuando el universo de la cultura juvenil se dota de un espacio propio. El contraste con el baile tradicional no es sólo musical, sino social: nuevos paisajes para nuevos tipos de relación entre los sexos, entre los grupos de jóvenes: “El Tyffanis representó un cambio brutal, es cuando empiezan a llegar los nuevos brotes del extranjero, cambió la concepción de la relación entre los jóvenes. Ya no se iba sólo a bailar.” Los años sesenta aparecen en las biografías como la sucesión de diversos espacios juveniles, que sustituyen al paseo como rito de integración comunitario: *pubs*, boleras, clubes, reservados, *boîtes*, discotecas. La música es el hilo conductor: de la audición en el club (un desván destartalado) al macroconcierto, de los recitales políticos de la *nova cançó* al rock.

Con la emergencia de la contracultura, en su versión local, la conquista de espacios propios no se limita a los locales comerciales de ocio: se plantea en una doble dirección hacia lo privado (el arreglo de la habitación propia, el mito de la comuna, el piso de estudiantes, el club) y hacia lo público (la manifestación, la sentada, la conquista de la calle, de la Universidad). La efervescencia juvenil explota durante los primeros

años de la transición política traduciéndose en la ocupación de la “zona de vinos”, y en la aparición de locales que agrupan el movimiento.

En el mapa urbano, la emergencia de la juventud se concreta en la ocupación de nuevos territorios y locales que se diversifican (tascas, pubs, discos, disco-bars, macrodiscos, champañerías, bailes de salón) fragmentando el territorio en zonas distintivas (zona pija, zona de vinos, zona progre, zona posmoderna), que se corresponden también a determinadas franjas horarias (tarde/noche, semana/fin de semana).

La multiplicidad de espacios de ocio, a pesar de reflejar la lógica comercial, evoca en los relatos un sentimiento de familiaridad, de intimidad, que contrasta con la coerción con que a menudo se describe el espacio doméstico, que a sus ojos se convierte en un espacio público. La falta de un espacio propio en momentos en que la permanencia en el hogar familiar se prolonga durante muchos años, es una de las necesidades más vividas por los jóvenes que nos dan sus testimonios, y puede ser matizada por la proliferación de residencias intermedias: pisos de estudiantes, apartamentos alquilados entre varios amigos, etcétera.

La evolución de espacios de ocio traduce determinados ritmos temporales, expresión del cambio histórico. Todo el contraste entre la juventud de los padres y la juventud de los hijos puede resumirse en la hora de retorno a casa (que marca también el contraste entre los miembros masculinos y femeninos de una misma generación). El paseo por la calle Mayor (y la presencia de los serenos) impone rígidos límites de horarios, así como una articulación estricta del calendario: “A las diez en el paseo no quedaba nadie. Por la noche se salía muy poco. Con ‘collas’ sólo se salía el día del Dómund, por San Tomás de Aquino, y para preparar las alfombras de Corpus.” En cambio lo fundamental de la discoteca es que se vincula a la nocturnidad, y con la fragmentación del calendario sagrado en un universo repetitivo que sólo se renueva con las modas y los nuevos ritmos musicales. Aunque, dicho sea de paso, la moderna función de la discoteca como mini rito de paso de ingreso en la juventud —y se continúa siendo joven mientras se mantiene la fiebre del sábado en la noche— se corresponde a la organización del ciclo vital en el paseo: se empezaba a pasear por la calle Mayor cuando se abandonaban los juegos infantiles del vecindario; se dejaba el paseo cuando se formalizaba una relación de noviazgo.

En el ciclo vital aparecen otros muchos acontecimientos que marcan fronteras: la menstruación, el corte de la trenza, la concesión de la cartilla

de racionamiento (que aparte de la compra del tabaco, signo de virilidad, permite entrar en los prostíbulos legales), las novatadas de los aprendices, los exámenes académicos (ingresos y reválidas llenos de ceremonias), los rituales de las entidades juveniles (la promesa de la OJE y de la Sección Femenina —organizaciones juveniles del régimen franquista— y de los *boy scouts*), el baile de presentación, la “entrada” en casa de los padres del novio/novia, etc. Para las generaciones más jóvenes no hay ritos que marquen fronteras tan precisas, pues la transición a la vida adulta es un camino mucho más irregular, pero la memoria marca acontecimientos significativos: el primer porro, el primer viaje, la entrada en la discoteca, la manifestación, la lenta inserción laboral, la iniciación sexual.

El tiempo de las biografías es, pues, ritmo de la cotidianidad (de la agenda al calendario), curso del año (de una época marcada por las festividades religiosas y académicas a otra marcada por las vacaciones, el consumo y las modas), tiempo de las instituciones (de la graduación a la “colocación”), ciclo de la vida (de la pubertad a la primera paternidad), y finalmente, tiempo histórico que se traduce en identidad generacional: la generación de la guerra (“nos robaron la juventud”); los jóvenes de posguerra (“fuimos una generación muy conformista”); la juventud de los sesenta (“nuestra guerra fueron los Beatles”); el 68 (“fue como un humus, sin saberlo, lo vivíamos”); la contracultura (“lo que queríamos era marchar de casa, no como los jóvenes de hoy”); la crisis (“pues ya ves, buscándome la vida”). Acontecimientos históricos que, a través del filtro de la memoria, representan simbólicamente los ritmos del cambio social. Un simbolismo que se expresa en los usos narrativos, pues el tiempo del relato es otra dimensión a considerar: expresiones clave, tópicos, frases retóricas, incluso formas de lenguaje, distinguen cambios temporales, en el constante diálogo entre pasado y presente que fundamenta las historias de vida.

LOS ESPACIOS Y LOS TIEMPOS DE UNA VIDA

Si cada individuo representa la reapropiación singular del universal social e histórico que lo circunda, podemos conocer el social partiendo de la especificidad irreducible de una praxis individual. De la reivindicación de la subjetividad a la ciencia: lo que convierte en único un acto o una historia individual se propone como una vía de acceso —a menudo

la única posible— al conocimiento científico de un sistema social... La antropología que hemos esbozado legitima nuestro intento de leer una sociedad a través de una biografía (Ferrarotti, 1981: 41-3).

Me propongo concentrar el análisis en una biografía concreta, la de un joven punk de una barriada obrera de Lleida. Entrevisté a Félix en junio de 1985 a lo largo de tres intensas sesiones que tuvieron lugar en su casa, en el jardín cercano al bloque de protección oficial donde vive, y en el bar del barrio donde acudieron otros amigos suyos. Le conocía del Movimiento de Objetores de Conciencia y mi interés se centraba en la “visión del mundo” de un joven de barrio con “inquietudes culturales”. Grabé cinco cintas que transcritas, analizadas y elaboradas constituyen una “historia de vida” de unas 50 páginas a un espacio. Lo significativo de la autobiografía de Félix no es, obviamente, su “representatividad” (pues los punks de Lleida se pueden contar con los dedos de la mano), ni tampoco su “marginalidad” (pues Félix no se ha visto inmerso en las subculturas de la heroína o de la delincuencia). Lo “significativo” de la historia es su capacidad de “reflejar” —a través del juego de espejos del relato— un ambiente y un proceso social: el de la juventud obrera de los años ochenta. En este sentido es factible intentar leer una sociedad a través de su biografía (Ferrarotti, 1981).

Del relato de Félix emerge una serie de espacios bien delimitados, que en la memoria se dibujan como “círculos concéntricos” correspondientes a los tradicionales “marcos de sociabilidad o integración” de los antropólogos. Su habitación, en primer lugar: el reducido espacio donde mantenemos la primera entrevista, cubierto de posters antimilitaristas y de figuras del basket, la cadena musical como altar (y el rock como música de fondo), las fotos en un estante, los fanzines y libros en el otro. El “espacio privado” que salvaguarda sonoramente su intimidad frente a la madre quisquillosa:

¿Que si he tenido conflictos religiosos con mi madre? ¡Muchísimos! El estar yo poniendo la radio, Radio 3, por la mañana. Y la pongo a toda hostia, porque ponen Sinistro Total un montón de veces ¿no? Y mi madre gritándome: “Quita eso, que tal, que cual [...]” Y bueno, quito eso y al rato le estoy gritando yo: “Quita eso, que tal, que cual [...]” Y bueno, al final, los dos gritando, a ver quién pone más alto, yo el equipo de música, mi madre la televisión. Ése es el único conflicto religioso que hay en mi casa.

El espacio vecinal del barrio, en segundo lugar, territorio de la sociabilidad primaria, de los contactos horizontales con los compañeros de escuela y los amigos (“Si en Pardiñas no hubiera habido pandillas, no hubiera sido Pardiñas”), los parientes y vecinos de la clase obrera, el paisaje que asemeja al pueblo, sencillos y uniformes edificios de dos o tres plantas, la naturaleza bien cercana (el río, las compuertas, las vecinas zonas de huerta); territorio de intersección entre la ciudad y el campo, evidentes en verano cuando las gentes salen a la calle a tomar el fresco. Pero también el espacio del control social informal: “Mi vieja a veces me dice: ‘Hostia, que la vecina tal que ha dicho que vas muy feo con el pendiente ese...’ Como paso olímpicamente de lo que piensen ellos y de los chafardeos que se montan, al final acaban aburridos.” En tercer lugar, el espacio de la ciudad, que en el “mapa mental” viene señalado por las rutas que unen el barrio con el centro urbano (el itinerario hacia el instituto, hacia la calle Mayor), redes que se corresponden a marcos de sociabilidad y a distintas etapas de la vida.

“Al principio, cuando eres más o menos crío, sí que vas con los del colegio y la pandilla y toda la pesca. Pero luego te vas relacionando con más gente y vas cogiendo las amistades por otro lado. Hay dónde elegir, empiezas a escoger gente de fuera, porque con la gente que vas cada día siempre acabas aburrido ¿entiendes? Hay excepciones ¿no? O sea, primero está la escuela, luego el barrio y luego el Tucumán y estos sitios. Y un sitio donde conoces mogollón de gente es en los festivales de rock. Allí es que conoces a una gente... por la cara ¿no? En juergas e historias. La mayoría de la gente que conoces es de alguna juerga que me he corrido con ellos.”

Pero la esencia del “mapa mental urbano” en la historia de vida de Félix se articula en los espacios de ocio, en las rutas por *pubs*, bares y discotecas que configuran universos distintivos, concretados en amistades, músicas, ritmos, bebidas y flirteos:

“Los sábados haces lo que se hace cada sábado: irse de movida. Te vas al Roxy, al Tucumán o al Diplo a cenar con los amigos, si hacen algún concierto de rock en algún lado, pues allá, si no, te vas al Pentagrama, al Casablanca, al Pippin, al Línea y... a hacer el recorrido toda la noche. Y siempre lo mismo.”

Y finalmente, como postrer círculo concéntrico, el espacio exterior, que se corresponde a la experiencia —o al proyecto— del viaje a la Barcelona metropolitana donde acude a manifestaciones anti-Otan, a Zara-

goza donde “por la pinta” le invitan a dormir en casa de jóvenes de la movida, a Pamplona donde los sanfermines se hacen contracultura, o finalmente el mito del viaje a Italia —la Italia de la posmodernidad— o al moro en busca de “costo”.

Yo, cuando me marché de casa la primera vez, me largué a los sanfermines, a Donosti, luego pasé por Asturias, me fui a Galicia, volví otra vez por arriba, me metí en Francia, y luego para abajo. Todo un verano. Aquella época iba medio hippy ¿no?, tocando la flauta, haciendo pulseras [...] La movida de una ciudad pequeña como Lérida no la puedes comparar con una que tenga tres millones como Barcelona. Aquí hay grupos de gente que se lo están pasando de puta madre, todos juntos con estéticas punkies, rockers, *skins*, *mods*, y la hostia en bicicleta. En cambio te vas a Barcelona y, bueno, pones un rocker delante de un mod y se lían a navajazos. Igual que los payasos de ferias que se van dando de ostias, ja, ja. Sí, a mí me pasó en Barcelona cuando iba de punky, que estuve en una manifestación pacifista. Estaba yo sentado, llega la poli y nos hace desalojar. Nos vamos, y los de Fuerza Nueva con tapaderas de basuras, cascos y porras, dándonos de hostias [...]

Los espacios se entremezclan con marcos temporales: los lugares de la memoria se ubican en el tiempo de la cotidianidad, del calendario, del ciclo vital, de la historia; y los momentos recordados están anclados en locales, paisajes, territorios físicos o sociales concretos. La historia de Félix es un constante fluir de ritmos. El tiempo de la jornada diaria, que cobra sentido —cuando se está en paro forzoso— por la agenda que marca el “buscarse la vida”.

Como estoy en paro, ayer me levanté a las nueve de la mañana. Me fui al diario a ver si había curro para este verano. Luego regresé a casa, hice la comida, las camas, barrí un poco, me fui a pelar, me pegué una pelada, vine aquí, fuimos a hacer la historia ésta contigo, luego fui a cenar a casa, nos fuimos de marcha y ya está. Bueno, y también comí, ja, ja. A mí, poco me falta para salir. Íbamos a ver al hombre este, al Tete Montoliu, y nos fuimos a cenar a un bar gallego, con pulpo y con historias. Luego fuimos a la Sala Europa. Allí nos pusimos ciegos hasta el culo de beber güisquis. Yo es que o me pongo ciego o bebo agua mineral. Fumamos unos porros. Luego nos fuimos al Krakera, hubo broncas en la puerta. Yo me reí mucho, pero no sé por qué hubo bronca. No, sí entramos, yo me tomé unos bourbons, con ginger-ale, que sabe a jarabe, y bueno, nos fuimos para casa. Y nos fuimos al

Casablanca. Y en todos los sitios, como íbamos muy pedos, dándole a las niñas. Llegué a casa que eran más de las cuatro. Y mi madre, como siempre, ojo avizor [...]

El tiempo del año, articulado por los conciertos de rock (sustituto del calendario litúrgico), por el ciclo productivo de los meses de contrato, por el ciclo deportivo de las ligas de basket, por el ciclo recreativo de los locales de ocio, por la dedicación a diversas aficiones.

Tenía un contrato por temporada. De esta forma trabajo seis meses, cobro nueve, porque son tres meses de paro, y luego tengo seis de vacaciones y con currar tres meses además por ahí [...] Por ejemplo, curro tres meses en el diario, empaquetando, 20 000 pelas al mes con dos horas nada más y me pego unas vacaciones de tres meses pagadas con el paro y luego tres meses y medio trabajao nada más. Es lo que he hecho este año y el pasado. El mes que viene es la última vez que cobro del paro y el que viene empiezo a trabajar, dos horas por las mañanas y ya ves, tienes todo el día libre. Y a vivir [...] A veces me es molesto porque te tienes que comprometer a muchas cosas y a veces te olvidas de vivir casi: la radio libre, buscando currale pal verano, el basket [...] Bueno, me voy metiendo en historias y voy dejando otras, pero no las dejo totalmente, las vuelgo a coger y luego a darle caña ¿no? Tengo cuatro o cinco cosas que van rodando, van rodando, me da dos o tres semanas por el basket, y luego me da dos o tres meses con la movida de la objeción y doy el callo como el primero, luego un mes con la radio [...]

El tiempo de las instituciones, definido por los ritmos académicos, por las ceremonias religiosas (de la comunión a la confirmación), por las “etapas” laborales y los periodos de paro, por la espera de la mili y de la declaración de objector.

Yo empecé pronto a ir al colegio porque la vieja tuvo que empezar a trabajar. Empecé a los cinco años a ir de guarderías y luego he pasao por un montón de colegios: aquí en Pardiñas, en un internado en Barcelona, en la Mariola, en el Instituto, el Montesinos [...] Por lo menos seis o siete colegios. Luego ya empecé a trabajar. He trabajado en un mogollón de cosas, pero en un montón. Pues trabajé de payés, de abillantador con mi hermano, de camarero, de barman, de cartero, de mecánico, de vendedor, de estibador, de molinero [...] Sí, una pasada, he currado de todo lo que te puedas

imaginar y demás ¿no?, un montón de cosas. Y luego en la fruta en verano, y, bueno, de todo lo que me echen. Y ahora, pues eso, por lo de la mili, estoy en paro, buscándome la vida.

El tiempo biográfico cuyo sentido más que el marcado por los “ritos de paso” institucionales (escolarización, trabajo, aparejamiento), puede expresarse en acontecimientos más simbólicos: el primer porro, una historia amorosa, y sobre todo las identidades contraculturales como metáfora de diversos periodos de la vida.

Pasas por cantidad de movidas culturales y estéticas. Te quedas con algunas ¿no? Yo he pasado, pues yo qué sé: *hippies, heavies, punkies* [...] Bueno, vas pasando por todas las movidas. Sí, no sé, es una cosa yo creo que lógica. Más que movidas son gustos musicales y que relacionas con una estética, una filosofía. Al final te das cuenta de que todas las estéticas, todas las filosofías, intentan romper con una sociedad cantidad de podrida. Todo lo que sale en contra de algo es el espejo de ese algo. Lo he oído, no sé de quién es, pero me suena muy bien. O sea, una sociedad que salen grupos cantidad de decadentes, pues eso será por algo, quizás es un espejo de lo que obliga la sociedad. Y siempre me han interesado mucho todos estos movimientos. Bueno, me he metido hasta el fondo en alguno y me ha gustado tanto que me ha quedado algún tipo de estética [...] Cada ser vivo para mí es un mutante, va cambiando. Y coge algo de lo que ha vivido anteriormente. Y va evolucionando con todo lo que va captando.

Modas y músicas —pero también valores, pautas de conducta— sujetos a procesos de “comercialización” de cuyos resultados Félix es plenamente consciente.

Ahora los punkies ya salen como un producto de consumo, no son demasiado puros que digamos [...] Los de La Polla Records se han puesto de moda, y salen punkies hasta debajo de las piedras. ¡Mira qué bonito, cuánto color! Pero te das cuenta de que es una basura, que toda esta gente va de pastelona, que en realidad a la mitad de la gente ésta le importa un huevo si se hace una radio libre, le importa tres pimientos que se esté haciendo un periódico alternativo y todo lo que sea contracultura y *underground* solamente en la estética y en el sonido, pero todo lo que sea moverse por debajo nada ¿no? O sea, sacan las crestas pero no se mojan los dedos [...] Pero es igual. La gente tiene mucha imaginación y saldrá otra cosa para romper los esquemas. Imagina que uno va de punk, otro de heavy, de rocker, de da-

daísta, de revolucionario de principios de siglo [...] un montón de personalidades puedes escoger, y si no te gusta ninguna, pues te inventas tú una, que es lo bonito.

Tiempo biográfico cuya inserción en el tiempo histórico se modela en la identidad generacional, expresión simbólica de la “brecha” cultural frente a padres o hermanos mayores.

Esto es muy fuerte, es un cambio de cultura total y, bueno, mientras a mi madre le gustan las flores y Estrellita Castro, pues a mí los Sex Pistols. ¡Y ya verás qué tendrá que ver una cosa con la otra! [...] No sé cómo pasa, pero la mayoría de la basca, de los progres, de la gente que son de izquierdas, al final consiguen algún sitio, enrollarse, tienen pasta, y viven de puta madre y son muy felices, no sé cómo se lo montan, que te siguen puteando, pero con un aire más progre ¿no? No sé, pues mi hermano es de este tipo.

Y finalmente, el tiempo prospectivo, un futuro que tal vez no exista como proyecto sino como metáfora:

¿Cómo me planteo el futuro? Ja, ja. Futuro ninguno, muy negro. Yo no me planteo el futuro. Yo estoy viviendo ahora y no tengo por qué mirar adelante. Puedo mirar un futuro muy próximo de aquí a dos meses como mucho. A lo mejor me estoy planteando lo que voy a hacer el mes que viene para irme de juerga, para irme a sanfermines y de excursión por ahí. Pero que no me puedo plantear nada más. Por mucho que me lo plantee, no va a ser como yo quiera. O sea, dejar correr las cosas. Vas a vivir y vas a vivir igual ¿no?

CONCLUSIÓN: CRONOTOPOS JUVENILES

El cronotopo hace concretos los acontecimientos narrativos, los convierte en algo encarnado, con sangre y flujos en sus venas. Un acontecimiento puede comunicarse, pueden darse datos precisos sobre el lugar y momento en que sucedió [...] El cronotopo posibilita la base esencial para la representación de los acontecimientos. Y ello se debe precisamente al incremento especial de densidad y concreción de los marcado-

res de tiempo —el tiempo de la vida, el tiempo histórico— que ocurren en el seno de áreas espaciales bien delimitadas (Bajtín, 1994: 25).

La historia de vida de Félix sugiere el interés de analizar el propio relato como una construcción cultural, que vincula las condiciones sociales con las imágenes simbólicas, en un proceso de generación de identidades (personales, generacionales, ideológicas, de clase y de género). Las categorías de tiempo y espacio permiten “fragmentar” esas identidades para luego recomponerlas, integrar en una misma unidad las dimensiones *etic* y *emic* de toda historia de vida; y asimismo permiten “leer” una biografía no como un universo aislado, ni como un microcosmos representativo del conjunto, sino como un “punto de mira” a partir del cual se expande la red del teatro sociocultural. Fue Mijail Bajtín (1994) quien tomó prestado de la física el término cronotopo (literalmente “tiempo-espacio”) para aplicarlo a la intrínseca conectividad de relaciones temporales y espaciales expresadas artísticamente en la literatura. Creemos haber sugerido a lo largo del ensayo, aunque sea de manera indiciaria, la potencialidad de aplicar esta categoría al estudio autobiográfico de las culturas juveniles. De entrada, las historias de vida pueden considerarse como una variante del relato (pese a basarse en acontecimientos y lugares reales, reflejan la capacidad fabulatoria del narrador, quien recrea su biografía mezclando espacios y tiempos interconectados). Asimismo, la historia de las culturas juveniles puede verse como una historia de creación de cronotopos: la lucha real y simbólica por la conquista de universos espacio-temporales específicos; una historia de apropiaciones y olvidos en torno a lugares y momentos significativos para cada generación de jóvenes y para cada historia de vida.

BIBLIOGRAFÍA

- ARANGUREN, J. L. (1986), “La juventud europea a lo largo de cuarenta años”, *Papers de Sociologia*, 25: 19-22.
- BAKHTIN, M. (1994), “Forms of time and of the chronotope in the novel”, en *The Dialogical Imagination*, Austin, University of Texas Press.
- BARRUTI, M. *et al.* (1990), *El món dels joves a Barcelona. Imatges i estils juvenils*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, Projecte jove.
- BENJAMIN, W. (1980), *Immagine di città*, Turín, Einaudi.

- BELASCOAIN, R. *et al.* (1986), *D'esquena al mirall. Estudi dels joves a Vilanova*, Barcelona, Ajuntament de Vilanova.
- CALVO, T. (1982), "Estudio sociológico y antropológico sobre la juventud gitana", *De Juventud*, Madrid, 5: 59-86.
- (1995), *Crece el racismo, también la solidaridad. Las actitudes de nuestros jóvenes ante otros pueblos y culturas*, Madrid, Tecnos.
- CARDUS, S., J. Estruch (1984), *Les enquestes a la Joventut de Catalunya*, Barcelona, Generalitat de Catalunya.
- FEIXA, C. (1985), *Joventut i identitat. Assaig d'etnologia de la joventut a Lleida*, tesis de licenciatura, Universitat de Barcelona, Estudi General de Lleida.
- (1990), *Cultures juvenils, hegemonia i transició social. Una història oral de la joventut a Lleida (1936-1989)*, tesis doctoral, Estudi General de Lleida, Universitat de Barcelona.
- FERRAROTTI, F. (1981), *Storia e storie di vita*, Bari, Laterza.
- GAMELLA, J. F. (1990), *La historia de Julián*, Madrid, Popular.
- MONOD, J. (1976), *Los barjots*. Ensayo de etnología de bandas de jóvenes, Barcelona, Seix Barral.
- MUÑOZ, A. (1985), "El ceremonial comunicativo y la expulsión de la palabra", *Los Cuadernos del Norte*, 29.
- PASSERINI, L. (1984), *Torino operaia e fascismo: una storia orale*, Roma-Bari, Laterza.
- RAMÍREZ, E. (1991), *De jóvenes y sus identidades. Socioantropología de la etnicidad en Euskadi*, Madrid, CIS.
- ROMANÍ, O. (1982), *Droga i subcultura. Una història cultural del "haix" a Barcelona*, tesis doctoral, Facultat de Geografia i Història, Universitat de Barcelona.
- ROMANÍ, O., J. Funes (1985), *Dejar la heroína*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- ROMANÍ, O., J. Contreras, O. Homs, C. Feixa (1986), *Projecte per a l'estudi de la joventut a l'àrea metropolitana de Barcelona*, Caixa de Barcelona, mimeo.
- TRÍAS MERCANT, S. (1967), "Apuntes para una clasificación de grupos juveniles", *Revista del Instituto de la Juventud*, 13: 61-95.
- WHYTE, W. F. (1972), *La sociedad de las esquinas*, México, Diáfora.
- ZULAIKA, J. (1989), *Chivos y soldados. La mili como ritual de iniciación*, Bilbao, Baroja.

JÓVENES CIUDADANOS: ¿REALIDAD O FICCIÓN?

CÉSAR A. CISNEROS PUEBLA

Hace ya mucho tiempo que se reconoció la relativa importancia de la familia, la escuela, los medios y los grupos de pares en la determinación de las orientaciones políticas de los individuos. De hecho, hace ya treinta años que las aproximaciones sistémicas (Easton, 1965) y estructural funcionalista (Almond y Verba, 1963) definieron ese campo de interés como socialización política. Igualmente, en un trabajo ya clásico, Marshall (1965) establecía una tipología de aspectos o componentes de la ciudadanía. De entonces a la fecha hay un enorme trabajo de investigación en diversos rubros, sin duda, pero una de las ausencias más notables al hacer un inventario de estas líneas de trabajo sociopolitológico es la relativa a los jóvenes. Pero no sólo en nuestro país o en Latinoamérica es el caso, como lo muestra que recientemente se haya celebrado en Praga la Conferencia del Comité de Investigación en Socialización y Educación Políticas de la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA) con el tema Democracia y Generación Joven.

Socialización política, educación ciudadana, participación cívica y civilización son, entre otros, algunos de los temas que recientemente se vinculan a las interrogantes sobre la juventud. Así, cualquier inquietud en torno al quehacer cívico de nuestros más de 25 000 000 de jóvenes (que constituyen un poco más de la cuarta parte de la población total del país), está vinculada a la amplísima reflexión que el mundo contemporáneo realiza sobre nuestros aconteceres finiseculares.

Si se tuviesen que identificar los momentos, procesos y lugares que hayan despertado este interés nuevo por la "cuestión juvenil" en esos planos de la transformación social, quizá las referencias obligadas fuesen Tiananmen, la caída del muro de Berlín, la Revolución de Terciope-

lo y otras no menos importantes aunque por sólo enunciar éstas, la omisión condene al equívoco.

La pregunta ¿cuándo se inició la transición mundial? tal vez nos lleve a reflexionar sobre las nuevas derechas, las perestroikas, la globalización y el libre cambio, Europa del Este y Taiwan. Pero debemos ahora resumir las interrogantes y ceñirnos a sólo una de ellas; así, nuestro interés central en este ensayo es ¿cómo se genera el problema de las ciudadanías jóvenes?, ¿es realmente nueva la pregunta?

Centrándonos en este punto, pareciera que en un primer momento el esfuerzo analítico se resistió a constreñirse únicamente al cristalizado y moribundo concepto de “movimiento estudiantil” para dar cuenta de la magnitud de los horizontes de realidad que los procesos estaban tocando: modos no institucionales, nuevas tecnologías de comunicación, vidas cotidianas alternativas y rebeldes, acción no convencional y militancias fuera de los cánones tradicionales (Offe, 1988).

Posteriormente, el esfuerzo se centró sobre políticas de empleo y atención en el contexto de estrategias neoliberales que repercutieron en la agudización de conflictos de otro orden, piénsese en el caso de Thatcher y las juventudes británicas. O ubíquese el ejemplo que en el campo de la integración social realizó el gobierno chileno (Medina, 1996) y que, curiosamente, está sirviendo de modelo para configurar las políticas juveniles en nuestro país.

El tercer momento parecería ser el actual, donde el esfuerzo analítico pretende ubicar la cuestión juvenil en el marco del análisis de las culturas cívicas y la socialización política. Y tengo la impresión de que acá hay vertientes predominantes, básicamente en el terreno de la reflexión científica: *a*) una que pretendería acabar con un rezago de tres décadas en el estudio de las culturas cívicas y aplica este modelo clásico al tema juvenil para encontrar componentes de súbdito, parroquiales y participativos (Klicpkerová *et al.*, 1997); y *b*) una que tiene como objetivos experimentar al otro juvenil desde una perspectiva más humanista y vinculada a las viejas tradiciones del trabajo cualitativo y hermenéutico y adopta el tono de la crítica socioconstruccionista (Tomás Ibáñez).

Ciudadanías jóvenes o juventud ciudadana o juventud en movimiento social o juventud politizada o reclutamiento juvenil o asociaciones juveniles o movimientos juveniles o sujeto juvenil son, entre otras, algunas de las parejas terminológicas con las que se trata de orientar el estudio en torno al carácter social y político de la participación juvenil.

Sería deseable encontrar que en México ya se hubiese superado la visión en torno a la participación política como *conjunto de actividades voluntarias e individuales de los ciudadanos que influyen directa o indirectamente sobre diversos niveles del sistema político*. Visión que, lo sabemos, nos reduce a pensar en el ciudadano como votante, y al joven como estudiante, por ejemplo. De hecho, es importante destacar ya el trabajo teórico disponible en torno a la acción política —en tanto actividad, creación y construcción social— en detrimento del concepto de participación (Montero, 1995).

Si creyésemos haber salido de esa trampa reduccionista y pensásemos a la juventud sin su ser estudiantil y sin su participación únicamente electoral estaríamos en posición, me parece, de interrogarnos: ¿los jóvenes ciudadanos, son realidad o ficción? Para responder a esto pretendo dar un rodeo: *a)* es necesario abordar la incertidumbre como sentimiento colectivo en el contexto de la transición a fin de mostrar su estatuto intersubjetivo en la construcción de lo contemporáneo, y *b)* mostrar cómo la fragmentación de la identidad social es efecto complejo de la conjunción entre nuevas tecnologías y nuevos particularismos. Este rodeo asume su deuda analítica con las perspectivas de la saturación social.

LA TRANSICIÓN Y LA INCERTIDUMBRE EN LA SENSIBILIDAD COLECTIVA

La incertidumbre es la única certeza de nuestro tiempo, y ésta siempre está presente dado que la sociedad nunca es inmóvil. De hecho, nunca aparecen acontecimientos cristalizados o momificados que resistan el paso del tiempo sin cobrar nuevas significaciones.

Esta incertidumbre se siente en la mayoría de los ámbitos de la sociedad: es como una forma de contagio que se distribuye entre la gente debido a la falta de seguridad en la información, por un lado, y por la ausencia de claridad y consenso ante los asuntos de atención pública que se desdoblán en múltiples y variadas imágenes, por el otro.

Cuando las incertidumbres sociales se acumulan hasta que descomponen los cánones y marcos habituales del comportamiento cotidiano, se asegura la emergencia de periodos de transición, y por ellos se derrumba el orden de la sociedad. Y una sociedad desordenada es sumamente susceptible y vulnerable a la elaboración de proyectos de futuro: ante el límite permisible de contención del orden existente (como límite máximo

de estabilidad), la emergencia de potencialidades novedosas abre las experiencias colectivas a la sensación del caos y el vértigo.

En consecuencia, los periodos de transición son sensibilidades colectivas caóticamente yuxtapuestas y dibujadas hacia la imperfección de temporalidades abiertas: no hay confianza ni familiaridad ni certezas ni seguridad. El reconocimiento de la transición ocurre, inexorablemente, desde la perspectiva del poder y es desde ésta que se le pone duración al tiempo y se le nombra. ¿Cuánto dura nuestra transición nacional? parece ser ya no una pregunta solitaria lanzada por cualquier ciudadano a cualquier funcionario público.

Sin embargo, también el sentido común y la gente de la calle le pone nombre a su sensación de vértigo: por ejemplo, en lenguajes que irrumpen momentáneamente en el horizonte del cambio (miedos sociales alrededor de la calle, sensación de inseguridad y temor, representación de las violencias emergentes); o aparecen fusiones estilísticas (en modas que esconden indefiniciones de autoestima, fachadas personales diseñadas para despistar al otro percibido como enemigo); o se establece lo instantáneo como única duración (*mañana otro asunto será, por ahora entrégate al sentimiento de lo efímero*, como la posibilidad de relevancia pública); y, finalmente, los paraísos artificiales de la tecnologización como dominio del mundo.

Ante esta situación es indudable la urgencia de nuevas ideas para repensar al conjunto de dicotomías dominantes en el panorama de la reflexión teórica y el impacto de las tradiciones conceptuales.

EL MUNDO CONTEMPORÁNEO Y LA FRAGMENTACIÓN DE LA IDENTIDAD

¿Qué es lo contemporáneo para las duraciones sociales inmediatas y frágiles, instantáneas y evanescentes, apenas asibles desde un espacio de creatividad individual? En estos tiempos donde no hay ninguna estabilidad conveniente, lo contemporáneo, más que una exigencia de modernidad al estilo de lo formulado por Baudelaire (desde su ironía sobre el *spleen* y el hastío) (Sartre, 1981), se ha establecido como un programa de diagnóstico sobre las discontinuidades necesarias. En síntesis, la contemporaneidad radica en la irrupción cotidiana y voluptuosa de discontinuidades casi volcánicas.

Desde esta definición se vuelve radical la demanda de democratizar lo romántico (*entusiasmo y quietud*) (Gouldner, 1973) como una demanda de la reflexión: ello significa que la construcción del dato problematizado es responsabilidad de la sociedad en su conjunto. Los problemas contemporáneos entonces no son propiedad exclusiva del analista, por el contrario, son percibidos desde la comunidad social actuante y, desde ese contexto, son difícilmente reductibles; pese a ello se intentará formular diez puntos —quizá complementarios, quizá excluyentes o repetitivos como el minimalismo— que orientan una aproximación conceptual al vínculo joven-mundo contemporáneo desde la óptica del proceso ciudadano. Con esas ideas se pretendería inquietar a aquellos interesados en las problemáticas identitarias a la vez que se invita a una reflexión mucho más amplia para abordar la naturaleza conflictiva y permanente que poseen la mirada y vida juveniles al ubicarse dentro de las fantasías colectivas que alimentan a nuestra inacabada realidad nacional.

Inmovilismo

El carácter engañoso de la percepción en tiempos de alta velocidad social (Cisneros *et al.*, 1999) implica una vivencia colectiva del tiempo que hace pasmosa la experiencia del intercambio cotidiano. De hecho, pareciera como si su única expresión discursiva fuese lo local e inmediato. Si tuviésemos que reflexionar sobre el efecto de esta percepción sobre los actores se formularía a partir del siguiente argumento: “Las identidades restringidas (barriales, religiosas, microprocesales, mosaico de ambientes y redes de interacción social, cerradas sobre el minigrupo) son resultado de los procesos de secularización del inmovilismo social”.

La lentitud como categoría de análisis —desde las personas y la gente— es consecuencia de la falta de perspectiva sensible y eficaz sobre la transformación social; si el tiempo sigue siendo el mismo, es imposible ubicar las razones del cambio. Y más aún, si el perfil del o los cambios es más o menos duradero, su percepción social también requiere adoptar modalidades temporales. Así, la lentitud de cara al vértigo semeja la tranquila mirada del transeúnte que mira sin observar —a una sociedad se le puede ir así, ineluctablemente, su tiempo.

Por otra parte, la vuelta al primitivismo y a la individualidad como privatización, hace resurgir la problemática de la delimitación de lo pú-

blico y los intereses conflictivos. Aquí el estudio de los movimientos no institucionales (Offe, 1988), que a diferencia de grupos guerrilleros o de carácter insurreccional no formulan la necesidad de que comunidades amplias hagan suyos sus programas y acepten sus estrategias, se torna indispensable para efectos de reconocer la pertinencia de las nuevas y constreñidas individualidades. Aunque parezca sumamente atrevido o francamente provocador, por esta vía se llega a la interrogación sobre la importancia y relevancia comparativas de la incorporación o adscripción juvenil a los grandes o pequeños relatos: al EZLN y al EPR —por la vía de la militancia civil o la mera fascinación contemplativa— por un lado, o a luchas particulares en organismos de autogestión y de trabajo cotidiano en defensa de derechos más singulares y realizando tareas menos espectaculares, por el otro.

Atomización

Individualismos recalcitrantes y nuevos hedonismos sociales han incrementado su prestigio en la década que corre. Particularmente ha llamado la atención la “marcha hacia atrás” en la conquista de lo público: la reprivatización es el símbolo mayúsculo del entretejido social. Desde una perspectiva histórica, el argumento puede ser formulado así:

La politización en el interior de lo individual por la vía del átomo y la reducción de la sociedad: la sociedad abierta (Popper, 1978) y su disputa con los totalitarismos fundados en el holismo metodológico vuelve a estar present en el espectro del individuo cerrado. El triunfo del liberalismo frente a la democracia es, quizá, lo más alarmante de nuestra temporalidad.

En consecuencia, la sociedad ahora carece de centro y unidad; ciertamente, desde el pluralismo democrático (quizás las discusiones sobre la escuela austriaca de economía —Hayek y Von Mises— hacen más rica la reflexión sobre los ensayos de Robert Dahl) hasta la conceptualización de la heterogeneidad social como una geografía de las distancias sociales, se presentan las actuales paradojas de la construcción social: a la desmemoria colectiva le acompaña la eficacia tecnoburocrática, a la vertiginosa tecnología se le suma el desencanto como desesperación natural.

En estos nuevos tiempos, el pragmatismo se escenifica como el único recurso de asegurar la existencia social. De ello brindan testimonio fehaciente los ascensos múltiples de las nuevas derechas (desde sus formas *skin heads* hasta sus mesianismos y éticas salvacionistas o francamente multisuicidas —algo así como los davidianos de los últimos días hasta que el Pentágono los deje rezar o secuestrar niños para tener sus 120 jornadas de Sodoma), pero también la lógica del ascenso en la notoriedad pública por la vía de los valores más tradicionales (la llamada generación NAFTA (Padgett, 1997), triunfante y competitiva, aunque poco original pues emula a sus vecinos del norte y, muy a pesar de que sus tiempos mentales son de globalización, no se atreve a reivindicar dignamente su rebozo de Santa María, como en el caso paradigmático de la actriz Salma Hayek).

Identidad nacional

Como mito, epopeya y política, la Nación se presentaba como idolátrica melodía que orquestaba el conflicto social: por ella todo, contra ella, nada. Sin embargo, ella ya no es quimera, se trata ahora de una ruina que, despedazada, no puede sino sólo contribuir con sus escombros al espectáculo de la poca humanidad. El argumento, aunque pretencioso, puede decir así:

La caída del discurso homogeneizador en la construcción social es la tónica de este tiempo. En toda la modernidad había prevalecido la idea férrea de mantener la unidad de lo diverso; las ideas hegelianas se terrenalizaron absolutamente. De ahí la justificación ética del Estado: el control irrestricto sobre la sociedad y la regulación sobre sus aconteceres se han vuelto letras constitucionales en la fundación de las naciones.

Las identidades nacionales amplias, en síntesis, son producto de los artificios del poder. Los sangrientos y dolorosos desmantelamientos de esas nacionalidades en Europa (con la excepción de checos y eslovacos, con su admirable Revolución de Terciopelo) aparte de ser efecto de memorias, son muestra de una especie de romantización del pasado vuelto vivencia y experiencia colectiva. Por ello la tesis herderiana (1744-1803) de lo diverso en la unidad, además de generar la idea de pertenen-

cia y tolerancia, da cuenta de la heterogeneidad como posibilidad de coexistencia entre diferentes. Por esa razón; el renacimiento del pensamiento herderiano ha de ser contrastado con la caída de las ideas hegelianas a la luz de las nuevas nacionalidades.

En nuestro caso, ¿cómo será posible conciliar la fortaleza de lo multiétnico con una identidad nacional que sufrió tremendos dolores de parto y cuyo fruto ha sido incapaz de reconocerse en los múltiples espejos en que se refleja? O en otros términos ¿en qué recursos podrán las juventudes mexicanas —dado que no es correcto hablar con una sola categoría social que englobe a este polimorfo sujeto nacional— sustentar el proyecto próximo de las tolerancias religiosas, étnicas, sexuales y civiles cuando su propia realidad los expulsa del escenario principal?

Afectividades

Hay un ambiente festivo que inunda los procesos inéditos de transformación social. Quizá debido a que la Razón ha perdido su lugar soberano en la conducción de las necesidades y búsqueda de satisfacciones. La sombra de Dionisios se proyecta sobre los actores abriéndonos a la experiencia de la apasionada revuelta maravillosa. Nuestro argumento: “Hay que ubicar a las afectividades nacientes y pujantes que florecen durante el esfuerzo por dilucidar los procesos creadores de la sociedad. Imaginar así una sociedad que se ríe de sí misma puede ser una exploración valiosa” (Lipovetsky, 1986).

El desastre ecológico (y la posibilidad de la hecatombe sólo como lenguaje del miedo social) hablaría de la imposibilidad de hacer de la relación cultura-naturaleza un binomio creador para un nuevo juego de humanismo. Refrmos de nosotros mismos se representaría como un prolegómeno al reconocimiento ampliado, singular y sincero de la descomposición absoluta de la racionalidad instrumental del modernismo. Volver hacia y, a ese tiempo, transformar a la vida cotidiana en el ditiribambo comunicativo de erotismos colectivos que transgredan e ironicen todos aquellos órdenes institucionalizados que hacen al aburrimiento de las culturas el “orden preciso de lo deseado”. Desde el Movimiento del Barzón que protesta montado en elefantes del circo, hasta la “toma de la calle” como verbena popular que no requiere permiso para escenificar dignos y artísticos *performances*, la cultura cotidiana de la resistencia se

ha nutrido de los variados paisajes urbanos que inundan nuestra permanente estancia en la desigualdad social. De hecho, las pobrezas de nuestras grandes ciudades no semejan ninguna otra cosa sino la caída del modernísimo Prometeo en la necesidad insidiosa de morir de la risa.

Pero no se habla solamente de pensar a la metrópoli (D. F., Guadalajara o Monterrey) como si fuese nuestra bella y matinal "Ciudad de la Alegría" que, como una ilusión, pretenda ocultar que por su vespertino interior la gran mayoría de sus habitantes apenas alcanzan los mínimos indispensables ya no de bienestar, sino de sobrevivencia. No. Imaginar una sociedad que se ríe de sí misma y que esa sociedad es la propia lleva al reconocimiento de que los nuevos actores definitivos del diálogo público han perdido, afortunadamente, la memoria del ceremonial y la "etiqueta"; significa además que las sociabilidades urbanas del "reajajo" no han dejado de ser vivo elemento del horizonte vital mexicano.

Estado mínimo

El reajuste de las relaciones entre Estado y sociedad son otra dimensión de nuestro tiempo. Para reflexionar acerca de nuestro objeto podría enunciarse lo siguiente:

Hay, hoy en día, un entrecruce de caminos representado por los movimientos sociales y la descomposición de las certezas que implicaba la tradición del pacto social que el propio Estado social aseguraba resguardar. Desde la segunda posguerra se caricaturizó al proceso vital de la convivencia humana mediante la intervención reguladora de la acción gubernamental.

El tránsito hacia las éticas del Estado solidario sólo habla, en esta perspectiva, de la nueva composición relacional entre sociedad y Estado. Desde el clóset hasta el condón, pasando por el asesinato político y la militarización de la vida pública callejera; y desde los banqueros multiasaltantes de los bolsillos del prójimo hasta la emergencia de las narcoguerrillas académicas como imagen de ascenso social, estamos hablando de la desaparición del acuerdo social mínimo que hizo posible la existencia de las estatolatrías.

Aunque al Estado mínimo todavía se le mantiene adherida una estela de bienaventuranza, por ejemplo, en cuanto al concierto para elaborar

políticas públicas en torno a la juventud: ya sea en el empleo, en el deporte, la educación, ya en la cultura, etc. Aunque los jóvenes no tengan ninguna expectativa real en torno a la utilidad de la acción gubernamental: el binomio jóvenes-gobierno es uno de los más contradictorios procesos de la síntesis social. Quizá, patéticamente, la elaboración de políticas públicas para este sector estén condenadas a nunca poseer rasgos interactivos de ninguna índole.

Era digital

En el plano de las comunicaciones y la vida cotidiana el mundo ya no es el mismo. La actual revolución tecnológica está modificando minuto a minuto el horizonte de las distancias desde algún lugar del Valle de Silicio. A tal grado es la transformación que no alcanzamos aún a visualizar sus efectos en, por ejemplo, la constitución de los procesos ciudadanos. De una manera u otra, la avalancha digital parece que no puede ser detenida, por ello, más que argumento nos disculpamos preguntando: “Si la futurología y la deconstrucción de los mesianismos en la visión progresista de la historia conducen, ineluctablemente, hacia el destierro de la utopía, ¿por qué razón el futuro acecha con su rostro de ingeniería genética y formas robotizadas de los futuros posindustriales?”

Desde McLuhan (1991) hasta Negroponte (1996) o, para decirlo en otros términos: desde la aldea global hasta la digital armonización de la distancia inexistente, ya sea con optimismo o con pesimismo, vivimos la imposición de un nuevo reglamento para la interacción social. Ciudadanos del mundo digital o “clones replicantes” parecería ser la imagen promisoriosa del siglo XXI, aunque hoy en día no seamos capaces de reconocer todas las implicaciones éticas, comunicativas y humanas del mundo por venir.

Sin duda, de la “guerrilla por los medios” practicada por el subcomandante Marcos a las guerrillas virtuales (Sánchez, 1997) de los países desarrollados hay un enorme abanico de posibilidades que hace de México un espacio singular y paradójico en la forma de adquirir comunidad en el enorme mundo de la simulación.

Comparación

La vida cotidiana toda, y con ella las variadas dimensiones que la circundan, la ciencia incluida, tienen en la dinámica de la comparación, una herramienta básica de pensamiento (piénsese en el hilo conductor que va de Stuart Mill y sus formas lógicas de la inducción a las estrategias de la política comparada de Easton). Singular resulta pensar que nuestras teorías de la identidad son resultado de la teoría de la comparación social (Festinger). Por esa razón, es conveniente argumentar acerca de la necesidad de indagar desde una perspectiva socioconstruccionista la génesis de las identidades: “En torno al carácter sintético y nítido de las culturas híbridas (García Canclini, 1991) en la definición de las identidades sociales: hoy más que nunca es conveniente realizar una hermenéutica de la comparación”.

Por la combinada relación entre lo híbrido de las culturas y la multiplicación de las identidades restringidas reaparecen nuevamente en escena las problemáticas del reconocimiento a la diversidad y la exigencia social de la tolerancia. Al fin, es necesario reestructurar las estrategias comunicativas para la definición de lo moribundo y lo resistente de un proceso cultural. Al multiplicarse por doquier el lenguaje de lo diferente hacen eclosión las zonas limítrofes que establecen la calidad de lo permitido de tal manera que el riesgo se ubica en reconocer al enemigo objetivo (totalitarismo), reconocerlo como vecino indeseable (exclusivismo) o permitirle la convivencia restringida (liberalismo).

Hacer una hermenéutica de la comparación social exige desestructurar las formas identitarias que forman la cultura: el yo y los otros vistos desde el horizonte de la fundación civilizatoria.

Caos

Más que simples analogías estructurales tomadas del mundo natural e incluso más que complejas metáforas para facilitar la construcción del sentido en la investigación sociológica, la caoseología nos pone en el reto de hacer nuevas cartografías de la realidad social. Con sus instrumentos podemos planear no sólo nuevas políticas urbanas o requerimientos frente a desastres, sino también simular juegos políticos. Pensar en la juventud desde esta perspectiva puede ser útil: “La estética del caos y la po-

sibilidad analítica sobre el cambio social en términos de puntos límite están tomando carta de naturalización en el estudio sociológico de este fin de siglo”.

La caoseología como estrategia de conocimiento para el análisis de la estabilidad está expresando una vuelta de tuerca más sobre los estados transicionales: regresar a la física social del pensamiento dieciochesco (Hobbes, Durkheim, *v. gr.*), pero ahora desde la tradición de la física de la inestabilidad de los sistemas. Esto es una paradoja de la investigación social pues nos ubica ante la necesidad de despojarnos del viejo lenguaje newtoniano que aún nos impide observar, con la profundidad necesaria, los cambios vertiginosos de nuestro objeto desde la altura que capacita esta nueva forma de ver la inestabilidad de los sistemas: algo así como rehacer nuestros fundamentos a la luz del pensamiento de Prigogine.¹

Saturación

Casi como un ejercicio historiográfico se pueden rastrear los episodios de la construcción del yo: *a)* la construcción liberal de individuos; *b)* la modernidad avasallante y disruptora de las masas; *c)* la superespecialización particular de los públicos y, *d)* la posmodernidad reciclable de las tribus y sus yo saturados. Así visto, nuestro tiempo está hecho de mini individualidades (Cisneros, 1999) o la posmodernidad ha vuelto caduca la idea de las identidades múltiples para trastocarla en la fragmentación apabullante de relaciones interpersonales efímeras.

Todo esto conduce, en resumen, a validar las estrategias conceptuales sobre la desintegración de las éticas del yo y sus impactos en las metodologías de análisis. Gergen (1991) y su implicación del yo saturado y sus tecnologías. La multifrenia como horizonte temporal de la definición social de la persona.

La posmodernidad no es así solamente un capricho analítico ni una moda intelectual. El transicional mundo contemporáneo determina de diferentes formas a los actores juveniles: del internauta al zapatista tzel-

¹ Sólo como una muestra interesante del juego analítico por desarrollar se puede consultar Munné (1995).

tal y del rapero al damnificado permanente, sólo por mencionar algunos casos, se recrea la variada fauna que forma la riquísima presencia del diálogo público. La velocidad con la que cualquier persona cambia de filiación —el ser camaleónico de hoy ya no es cuestionable ni deleznable como en los tiempos en que Gramsci criticaba severamente el transformismo de los intelectuales; por el contrario, ahora es carta de acceso a la persona más digna de respeto— no es más que la muestra de la restructuración social de las pasajeras identidades. Hoy más que nunca lo efímero y evanescente es el imperio cotidiano de las identidades personales y sociales.

Desintegración

Por último, al resquebrajarse el gran relato de la identidad y al mantenernos en el remanso de la tolerancia exigida, parecería como si los nuevos particularismos o localismos fuesen la consecuencia necesaria de una sociedad relativizada. Desde esta perspectiva, y de cara a la rebelión zapatista ubicada en el contexto de la restructuración global del mundo contemporáneo,

tenemos que redimensionar los problemas de la multietnicidad de las repúblicas de frente al debate civilizatorio, pues ya hay voces que afirman la existencia de otra revolución que nos viene desde Europa como un fantasma y que estamos dispuestos a emular: la de los nacionalismos agresivos como horizonte de definición social de la identidad.

Alarma generalizada causa observar brotes de regionalismo o de autonomía étnica o, más aún, de intolerancias religiosas o sexuales. Sin duda, los jóvenes son seres muy sensibles a estas polémicas de sangre y violencia, de movimientos y religión, pero el asunto crucial es: ¿de qué forma se incorporan a la caótica diversidad de lo emergente?

Nos podemos preguntar: ¿hay juventudes progresistas?, sí, ¿hay juventudes conservadoras?, sí. Indudablemente, frente a ortodoxias y fundamentalismos varios, la dinámica social de la globalización ya no del mercado, sino de los prejuicios y de la orfandad intelectual, nos exige reconocer que quizás una vena no explorada de nuestra histórica y actual resistencia sea la *paciencia* en tanto recurso social. A partir de ella y

de su aprendizaje (¿cómo aprendemos a ser pacientes?, ¿qué papel cultural desempeña ella en la formación del juicio moral, la persistencia en la lucha diaria y en la estructuración de los grupos?) podemos estar en condiciones de pensar en razones varias de por qué no se han balcanizado nuestra juventud ni nuestra economía. Pero, si volvemos al primer punto que concierne al inmovilismo social estamos en posición de cerrar esta invitación: en efecto, entre la paciencia y el inmovilismo puede existir una diferencia de género o solamente una de grado. Saber esa diferencia y establecerla como distinción puede ser el ejercicio más creativo que se sugiera para nuestra finisecular juventud.

¿DÓNDE COMIENZA LA CIUDADANIZACIÓN DE LA JUVENTUD?

Si ya no es válido afirmar la identidad nacional por la patria y los sentimientos culturalmente enraizados en la memoria, si tampoco es válido afirmar el ser político de la juventud por su ser universitario, vale preguntarse: ¿en qué y cómo se constituye la identidad ciudadana de los jóvenes? Más aún: ¿existe algo que podamos llamar *identidad ciudadana* de los ciudadanos todos, jóvenes y no jóvenes?

Para continuar, es adecuado que definamos qué es lo que se entiende aquí por identidad, para ello adoptaremos una perspectiva como la siguiente: *a)* una identidad colectiva requiere de un marco concreto de referencia en términos territoriales o históricos; *b)* tener una identidad colectiva implica una demarcación desde otros grupos; *c)* debe existir una diferencia notable entre la atribución (cómo es percibido el grupo por otros) y la autodefinición (cómo se percibe el grupo mismo); y, *d)* hay dos tipos de identidad: la identidad tradicional del grupo, histórica y que se desarrolla a través del tiempo e identidades “artificialmente inducidas”.

Sólo para dimensionar el tratamiento en torno a los jóvenes valdría la pena detenerse en las implicaciones de cada una de estas afirmaciones que, por otro lado, fueron presentadas en el escenario de una reflexión sobre nuestro tema (Walkenhorst, 1997). De la primera, no hay problema: si alguien se atreve a decir que puede caracterizar a la juventud mexicana, o “defeña”, o chiapaneca, ése es su reto. Si ese alguien respondiera afirmativamente a ese reto, tendría que mostrar los marcos de referencia territorial de cualquier afirmación teórica sobre la hetero-

geneidad de su objeto y, más aún, mostrar la permanencia y continuidad entre los rasgos generales de los atributos identitarios. También es el caso cuando se hacen afirmaciones globales acerca de las características particulares de alguna “juventud de época”, llámesele de un año (el 68), de un periodo (transición o posrevolución) o de un proceso (cultura visual).

Con la segunda, las dificultades se centran en quién es el otro que nombra al joven o a los jóvenes (demarcación exógena), e incluso quién es el otro juvenil que se “demarca” frente a otro juvenil (demarcación endógena). La cuestión central es la escala de ciudadanización que establezcamos: soy más ciudadano que tú por mi experiencia participativa, soy más ciudadano que tú por los efectos de mi participación misma; la arbitrariedad de la escala hace improbable que, en la vida cotidiana total podamos establecer un marco de referencia para un ejercicio como el sugerido. Al quedar abierta la cuestión de ¿quién establece los efectos? el problema se magnifica. Todavía más, en un país cuyo proceso de construcción de ciudadanos es incompleto: ¿qué ciudadano incompleto puede pedirle a otro —el “imberbe”— que se comporte como él mismo?, el solicitante de la petición ¿debe hacerlo?

¿Cómo es percibida la “identidad ciudadana juvenil” —si existiera— por otros actores políticos, generacionales, convencionales e institucionales? sería nuestra tercera cuestión. En su interior se encuentra también su reverso: la idea de ¿cómo me siento yo mismo como ciudadano joven? La interpelación que el Estado u otros organismos sociales hacen a los jóvenes está mediada, irremediablemente, por el sentimiento de incompreensión y desconfianza que la juventud ya ha hecho suyo para siempre.

Y, finalmente, ¿cuál es la artificial manera de ser que se le atribuye al sujeto juvenil? De entre muchas (NAFTA, X, Y, Z, Gatorade, perdida, cyberpunk, etc.) quizá la que podría interesar aquí es aquella que la hace depositaria del irreverente antiestablishment.

Con todo, lo que resulta heurísticamente productivo y altamente atractivo para el análisis es reparar sobre cuál término de la pareja se acentúa: ser joven o ser ciudadano. Cualquiera que sea nuestra elección, vista desde su peculiar ángulo, identidad colectiva juvenil o identidad colectiva ciudadana, puesto que expresan variadas problemáticas, involucra marcos de referencia, demarcación y percepción completamente diferenciados. O en términos de álgebra booleana: sólo es la intersección

de ambos conjuntos (*and*) lo que nos interesa aquí, no es la no-pertenencia (*not*) el punto principal, aunque la unión (*or*) y la unión exclusiva (*xor*) a veces confundan a los investigadores. Aunque una interrogante previa sea en torno a la existencia y delimitación de cada una de las identidades por separado (juvenil y ciudadana).

Además, si este problema es ubicado en el contexto de las virtudes cívicas y si pensamos como Montesquieu que la participación popular es una de ellas, al introducir a los jóvenes en escena el punto se nos trueca en decidir si su acción es peyorativa o meliorativa del orden social, o en otras palabras, si se le trata como rebelde o conservadora.

En otro orden, y ya para finalizar, la identidad ciudadana vista en conjunto semeja un modelo de hombre: tal cual si el *ciudadano total* fuese el efecto último de las virtudes cívicas, donde el modelo de ciudadanización supondría, a lo Goffman (1991) que la sociedad toda estuviese cercada, cubierta por la bóveda de autoridad, y los sujetos “viviesen en el lugar”. Y es aquí donde recuperamos toda nuestra preocupación sobre el mundo contemporáneo y la identidad fragmentada: inmovilismo, atomización, identidad nacional, afectividad, estado mínimo, era digital, comparación, caos, saturación y desintegración son los acordes de una melodía finisecular que nos encapsula y aprisiona como si fuese nuestro lindo año 1984.

En un ensayo clásico, aunque creo poco estudiado y sumamente actual para nuestra problemática, Schutz escribía sobre la distribución social del conocimiento para distinguir al experto, al hombre común y al ciudadano bien informado como tipos ideales. La ingenuidad del hombre común (como horizontes de significatividad) está gobernada por los sentimientos y sus pasiones, mientras que el experto ha aceptado que las significatividades impuestas dentro de su campo y sus juicios no son conjeturas ni suposiciones vagas. En cambio, el ciudadano bien informado se encuentra ubicado entre ambos: limita en lo posible el campo de lo no significativo aunque no posea el dominio técnico del experto ni se deje llevar por lo inmediato de su pasión.

Al pensar en las fuentes del conocimiento social que hacen funcionar su investigación (testigo presencial, informante privilegiado, analista y comentarista) Schutz no imaginaba las potencialidades de las estrategias y tecnologías de comunicación contemporánea, no obstante alcanzaba a formular: “...el ciudadano bien informado de una sociedad democrática tiene el deber y el privilegio de hacer que su opinión privada prevalezca sobre la opinión pública del hombre común...” (Schutz, p. 132). Medio si-

glo después de esta original reflexión, el pensamiento de Schutz puede ser revelador para nuestros objetivos: por ejemplo, para preguntar si al imaginarnos al ciudadano votando le atribuimos cualquiera de los componentes pertenecientes a alguno de estos tres tipos ideales.

Aunque también es útil para reformular el funcionamiento de los tipos mismos: ¿en qué radica actualmente estar bien informado? A pesar de que nuestra cultura cotidiana no esté llena de conversación, ni nuestro sistema político permita la transparencia informativa necesaria a toda democracia, ni estemos acostumbrados a una comunicación masiva participativa e interactiva, ni tantas otras cosas, vale la pena reflexionar qué es lo que significa en nuestro lenguaje y vida diaria “la cosa pública”.

E incluso más, averiguar qué operación conceptual funciona cuando analizamos al ciudadano joven en todos los ámbitos de su vida pública: cuándo es más hombre de la calle que experto, si lo es alguna vez, y cuándo está bien informado y de qué, en relación con otros grupos. A final de cuentas, la ciudadanización en un país empobrecido, al ser incompleta y selectiva (piénsese en las juventudes indígenas y en las juveniles presencias de miles de jornaleros agrícolas), no es sino solamente muestra de la desigual distribución del conocimiento social.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMOND, G., S. Verba (1963), *The civic culture*, Princeton University Press.
- EASTON, D. (1965), *A framework for political analysis*, Prentice Hall, N. J.
- CISNEROS, C. *et al.* (1999), Extraños y extranjeros: aproximación metafórica a la psicología política, en *Psicología política latinoamericana*, UIC-Plaza y Valdés, México.
- CISNEROS, C. (1999), “De la conversación: visibilidad y espacio”, *Diversidad: aproximaciones a la cultura en la metrópoli*, Aguilar y Cisneros (eds.) UAM/Plaza y Valdés, México.
- D'ADAMO, O., V. García, M. Montero (comps.) (1995), Paidós, Buenos Aires.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1991), *Culturas híbridas*, Conaculta/Grijalbo, México.
- GERGEN, K. (1991), *El Yo saturado. Dilemas de la identidad en la cultura posmoderna*, Paidós, Madrid.
- GOFFMAN, E. (1991), *Los momentos y sus hombres*, Paidós, Madrid.
- GOULDNER, A. (1973), *Sociología actual: renovación y crítica*, Alianza Editorial, Madrid.
- HERDER G. J. (1982), *Obra selecta*, Alfaguara, Madrid.

- IBÁÑEZ, T. (s.f.), "La mirada 'emergente' y su aplicación al estudio de una categoría social como por ejemplo la juventud", *Estudi General 7 Temes sobre adolescència y joventut*, Catalunya.
- KLICPKEROVÁ, M., I. Feierabend, R. Hofstetter (1997), "In the search for a post-communist syndrome: a theoretical framework and empirical assessment", *Journal of community and applied social psychology*, vol. 7, núm. 1, Wiley & Sons, Ltd., Londres.
- LIPOVETSKY, G. (1986), *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona.
- MARSHALL, T. H. (1965), *Class, citizenship and social development*, Anchor Books, Nueva York.
- MCLUHAN, M., B. R. Powers (1991), *La aldea global*, Gedisa, México.
- MEDINA, G. (1996), *Las nuevas formas de integración social que se están configurando en Chile en la década de los años noventa*, tesis de maestría, Flacso, México.
- MONTERO, M. (s.f.), "Modos alternativos de acción política", *Psicología de la acción política*.
- MUNNÉ, F. (1995), "Las teorías de la complejidad y sus implicaciones en las ciencias del comportamiento", *Revista Interamericana de Psicología*, 29, 1.
- NEGROFONTE, N. (1996), *Ser digital*, Océano, México.
- OFFE, C. (1988), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Sistema, Madrid.
- PADGETT, T. (1997), "The Nafta Generation", *Times*, abril 14, vol. 149, núm. 15, Londres.
- POPPER, K. (1978), *La Sociedad Abierta y Sus Enemigos*, Amorrortu, Buenos Aires.
- SÁNCHEZ, A. (1997), *Territorios virtuales*, Taurus, México.
- SARTRE, J. P. (1981), *Baudelaire*, Ariel, Buenos Aires.
- SCHUTZ, A. *Estudios sobre teoría social*, Amorrortu, Buenos Aires.
- WALKENHORST, H. (1997), "Youth, democracy and European identity", *Democracia y Generación Joven*, Praga, IPSA.

LA VIDA SE VIVE EN TODOS LADOS. LA APROPIACIÓN JUVENIL DE LOS ESPACIOS INSTITUCIONALES

GABRIEL MEDINA CARRASCO*

La juventud no es una edad
sino una estética de la vida cotidiana
(Sarlo, 1996)

No hay una realidad única,
sino maneras diferentes de concebirla
(Maffesoli, 1993)

Quienes hayan visitado Chile últimamente habrán visto con asombro que, además del fútbol y los sempiternos temas del sistema político y de la pobreza, existe una preocupación explosiva por el mundo juvenil. Ya sea en las esferas política, educativa, estatal y empresarial o en los *mass-media*, han surgido voces de alarma por las tendencias observadas en las nuevas generaciones. Los políticos ven con alarma la baja inscripción de los jóvenes en los registros electorales;¹ las autoridades educativas y los profesores acusan una tendencia a la baja en las habilidades cognitivas demostradas por los alumnos secundarios. Por su parte, los burocratas, autoridades y empresarios ven con preocupación las crecientes dificultades que tienen los jóvenes de estratos sociales bajos para incor-

* Maestro en Ciencias Sociales por la Flacso-Sede México. Actualmente realiza el doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología de El Colegio de México, promoción 1997-2000.

¹ En Chile pueden participar en los procesos electorales sólo aquellos individuos que se inscriban en los registros electorales. Una vez inscritos, por ley, los individuos están compelidos a emitir su voto en cada acto electoral, *so pena* de sanción pecuniaria.

porarse al campo laboral, el espacio institucional por excelencia del mundo adulto; y finalmente, la prensa escrita, la televisión y la radio dedican grandes espacios al público joven.

Este fenómeno no es exclusivo de la sociedad chilena. En realidad hace poco más de dos décadas que ha emergido una ascendente atención política y académica por este sector de la sociedad en todo el mundo, no sólo por las causas arriba señaladas sino porque se ha hecho evidente que la población juvenil ha devenido en un sujeto social desconocido para la “torre del saber”. Es decir, se ha constituido en un objeto inasible —al menos escurridizo— para la observación científica. La dificultad para abordar la temática de lo joven se debe a que los paradigmas que tradicionalmente se han interpelado para su estudio ahora resultan insuficientes para su comprensión, es más, han contribuido a obnubilar la mirada académica al generar una serie de imágenes estereotipadas de la diversidad juvenil. La rígida mirada académica sobre el mundo juvenil se tradujo —por mucho tiempo— en aproximaciones sesgadas y, en la mayoría de los casos, generó interpretaciones erradas de su proceso de construcción como sujeto social diferenciado.

En México, por ejemplo, en los años setenta se desplegaron dos campos de estudio. El primero consistió en un análisis e intervención desde el campo de la salud, privilegiando la explicación de las causas y la descripción de los comportamientos adictivos (*cf.* sustancias tóxicas, legales e ilegales). El segundo, ubicado más en el campo de la intervención política, se tradujo en la prohibición de las manifestaciones musicales y colectivas.² Luego, a partir de la década de los ochenta se intentó una interpretación de los movimientos juveniles de la época (“chavos banda” en el D. F. y “cholos” en la frontera norte) como fenómeno social. Los “chavos banda” inicialmente fueron abordados bajo dos perspectivas. Por una parte, con un

² El origen de este proceso de intervención coactivo tendría tres afluentes. Por un lado, los hechos de octubre de 1968 —matanza de la plaza de Tlatelolco— representan el aborto de la emergencia de un movimiento social que, traspasando los meros intereses generacionales de los estudiantes que lo promovieron, desafiaba abiertamente el orden imperante. En segundo lugar, el surgimiento de un nuevo y explosivo sujeto social, los “cholos” en la frontera y los “chavos banda” en el D. F., en virtud de su actitud desafiante y transgresora (en términos sociales, legales y estéticos), habría provocado un temor ciudadano, lo cual fue fuertemente incitado por la prensa. Finalmente, unido a lo anterior, la masiva concentración juvenil en el Festival de Avándaro (1971), que desde la prensa y parte de la intelectualidad mexicana —entre los que paradójicamente se encontraba Carlos Monsiváis—, fue estigmatizado como violento y peligroso para la sociedad.

claro sesgo psicologista se buscó demostrar la asociación entre las bandas juveniles (en el D. F.) con la delincuencia, como resultado lógico de hogares destruidos o dañados (García, 1985). Y, por otra parte, ahora con un sesgo ideológico, se vinculó la emergencia de estas manifestaciones espectaculares de lo joven con un nuevo sujeto social que poseía potencialidades transformadoras del orden social (Gomezjara *et al.*, 1985, 1987). Sólo hacia fines de los años ochenta surge una tercera posición. Ella representó una visión no estigmatizada (de ahí su innovación) sobre los "cholos". Concretamente se hace una lectura del fenómeno como una renovada forma de los jóvenes de sectores populares de la frontera norte para constituirse en una comunidad simbólica y social diferenciada de otros grupos sociales; es decir, como una modalidad distinta a los espacios institucionales —familia, escuela, trabajo— para construir una identidad social (Valenzuela, 1988).

Grosso modo puedo señalar que la invisibilidad que hasta hace poco tenía el mundo juvenil para el conocimiento científico se refleja en que una de las principales discusiones que aún existen entre los especialistas alude a sus límites de inicio y fin. En otros términos, su existencia social se ha abordado desde su periodización, dado que representaría un momento pasajero que expira con el tiempo. Así, la sociología ha asumido que la juventud es una fase de moratoria de la niñez en espera de asumir roles de adulto; esto es, que termina cuando los individuos abandonan la escuela, se incorporan al mundo del trabajo, se independizan del hogar paterno, forman su propio núcleo familiar y tienen hijos.

Llama la atención que esta conceptualización asocie el término de la juventud a una determinada edad. Ello implicaría que los diferentes fenómenos que anuncian el fin de la juventud pueden predecirse con base en el factor etario. En este sentido es habitual encontrar que los estudios recurran a las clasificaciones establecidas por organismos internacionales para definir los deslindes iniciales y terminales del mundo joven. Por ejemplo, la Organización Mundial de la Salud (OMS) dispone que los jóvenes son aquellos individuos que se ubican entre los 20 y los 24 años de edad;³ límite este último que la Organización Internacional del Trabajo (OIT) ha ampliado a los 29 años de edad.

³ La OMS, además, señala que la etapa previa a la juventud es la adolescencia: es decir, son adolescentes aquellos individuos que tienen entre 10 y 19 años. Al interior de estos rangos de edad existen una serie de divisiones que se traducen en esquematizaciones

No es necesario profundizar en la pluralidad de realidades posibles de encontrar en la población joven para hacer evidente la debilidad de este planteamiento, sobre todo a la luz de las transformaciones de nuestras sociedades en las últimas décadas. En efecto, en un análisis en términos de clase de las realidades regionales se puede ver que en los sectores de ingresos medios y altos, los jóvenes han demorado su incorporación a la estructura productiva o han postergado la formalización de un vínculo matrimonial y han prolongado su trayectoria escolar más allá de los 25 años, e incluso de los 30 años. Por otro lado, en los sectores de bajos ingresos, los jóvenes se caracterizan por haberse incorporado tempranamente —muchas veces desde la adolescencia— al mercado laboral informal y en muchos casos, como señalan las estadísticas mexicanas oficiales, las adolescentes ya conocen la maternidad antes de los 20 años (Conapo, 1997).

Otra de las disciplinas que ha realizado grandes esfuerzos en el estudio del sujeto joven es la psicología social, la cual ha añadido nuevas barreras para lograr una mejor comprensión. Veamos esto con mayor calma. Para la psicóloga Anamely Monroy (en OPS, 1985) la juventud, como transición de grupo de pertenencia de la niñez al mundo adulto, termina cuando el individuo aprende y adopta, incorporando a su personalidad, los distintos modos, ideas, creencias, valores y normas de su cultura. Como se advierte, por un lado, esta perspectiva limita el proceso de socialización de los jóvenes a un periodo que termina cuando el individuo forma su carácter, o —lo que sería su símil sociológico— con la incorporación a los espacios del mundo adulto (trabajo, familia propia, otros). Aunque no sé su propósito, la autora se inscribe en la propuesta funcionalista de Talcott Parsons (1968), toda vez que presupone a individuos como sujetos inermes que interiorizan pasivamente los valores, normas y modos de actuar que imperan en su entorno social.

El primer cuestionamiento a la propuesta de Monroy proviene de la corriente etnometodológica, dado que la psicóloga entendería a los suje-

de los distintos momentos y situaciones que son parte del mundo joven. Por ejemplo, se habla de pubertad, adolescencia —temprana, media y tardía—, juventud y juventud adulta. Ya sea por motivos biológicos, psicosociales e incluso administrativos (de los organismos internacionales: Unicef, OMS y otros) estas nomenclaturas agrupan a la juventud en subgrupos con base en supuestos muy cuestionables desde un punto de vista científico (diseño de políticas de salud, educación, empleo, entre otros).

tos como “idiotas que deciden” (Garfinkel, 1984). Una crítica más profunda se articula con base en las ulteriores teorías de identidad, en las que se concibe la construcción identitaria de todo individuo como el proceso continuo que se prolonga hasta su muerte. En otros términos, un individuo puede modificar, aprehender o incorporar normas, valores y creencias a lo largo de toda su vida. En esta línea se ubican las propuestas socioconstructivistas al sostener que los sujetos en parte construyen la realidad que viven (Berger y Luckman, 1979) y configuran su identidad individual y social de manera relacional (Gergen, 1992). Por lo tanto, en gran medida, los individuos se apropian de los discursos circulantes en su realidad social y contexto cultural, atribuyéndoles un nuevo sentido; es decir, intervienen activamente en sus procesos de socialización, construyendo y resignificando las ideas, creencias, valores y normas circulantes (Urteaga, 1996b).

Como podemos observar, las principales disciplinas que por motivos disímiles asumen al sujeto joven como objeto de estudio,⁴ han desarrollado un conocimiento a partir de plataformas inadecuadas o limitadas para dar cuenta de la complejidad que éste comporta. De ahí que los *constructus* del paradigma sociocultural hayan adquirido gran relevancia para acceder de un modo más comprensivo a este universo social, sobre todo porque han develado nuevas aproximaciones epistemológicas a la diversidad juvenil.

En términos de Michel Maffesoli, el enfoque sociocultural ha facilitado visualizar realidades ocultas, ya que ha permitido incursionar en lugares del mundo joven antes inaccesibles a la mirada científica. En este sentido, todo nuevo pensamiento social sólo implica destapar una realidad ya existente:

El concepto invención, en estricta etimología del término, en latín *invenire*, significa hacer emerger lo que ya está, dar a luz lo que ya está; o sea, que inventar un pensamiento social no significa crear abstractamente un pensamiento acerca de los social sino, más bien, hacer emerger esa realidad social (Maffesoli, 1995).

⁴ Junto a la psicología y a la sociología, cabría señalar a la demografía como otra disciplina que ha abordado lo juvenil; no obstante, aquí no se considera ya que descansa en las disciplinas aludidas para conceptualizar lo joven.

Los postulados del sociólogo francés se han visto refrendados por quienes han comenzado a plantear abiertos cuestionamientos al quehacer científico. En esta línea se inscriben César Cisneros *et al.* (1999), quienes plantean que la mirada académica ha adolecido de errores fundamentales permitiendo, en mi opinión, que se construya un conocimiento “muerto”; es decir, un conocimiento que remite al pasado de los fenómenos sociales y que no alcanzan a explicar (y menos comprender) su contingencia, experimentada espaciotemporalmente por los sujetos sociales.

Según estos autores, la investigación social comete tres errores: “mirar lo observado con velocidad de observaciones pretéritas; que la velocidad del investigador mismo no sea analizada ni por él ni por sus colegas; y que la propia velocidad de lo observado sea incuestionable” (Cisneros *et al.*, 1999: 31). Con el primer error, los autores remiten a lo que Peter Berger y Hansfried Kellner (1985) advirtieron sobre los mecanismos exigidos para avalar la científicidad de un planteamiento o investigación: esto es, la utilización de teorías y conceptos cristalizados, que no es otra cosa que el uso de categorías y técnicas —una terminología— aceptadas por la comunidad académica como instrumentos propios de la mirada científica. En el segundo error, Cisneros y sus colaboradores, en la línea de Feyerabend (1993) y Porter (1996), refieren al anquilosamiento del quehacer investigativo que inevitablemente genera la conservación del *status quo* académico, especialmente cuando las iniciativas de investigación asumen una postura conciliadora con el o los paradigmas dominantes (andamiajes teórico-metodológicos). Finalmente, con el tercer error, los autores abordan la mayor de las “falacias ecológicas” que asisten al trabajo académico; esto es, creer con base en la rigurosidad y coherencia metodológica desarrollada en un proceso de investigación que se ha establecido una verdad universal acerca del objeto en observación, una verdad cuya validez es incuestionable y, por lo tanto, trascendental. Este predicamento, que muchas veces provoca un convencimiento ciego, se sostiene en una excesiva importancia a la confiabilidad de los datos que en ocasiones puede constituir un enorme aprendizaje de cómo seguir un curso incorrecto con un máximo de precisión (Deutscher, en Taylor y Bogdan, 1996).

En términos del avance en el conocimiento científico de la realidad social, esta tríada limitante ha tendido a circunscribir a la actividad académica en los horizontes cognoscitivos del o de los paradigmas dominantes. De tal forma que la investigación ha tendido a priorizar lo

que Kuhn (1982) denomina “la ciencia normal”, en desmedro del estudio o profundización de las anomalías, situaciones o fenómenos sociales que escapan a los instrumentos conceptuales y analíticos de dichos paradigmas. En consecuencia, el desplazamiento continuo de las fronteras del saber sobre la organización social de la vida no sería el centro del quehacer académico, más bien constituiría un proceso marginal, casual o fortuito.

En la medida en que esta inclinación al pleonasma paradigmático radica en la cosificación de conceptos y de los planteamientos problemáticos sobre los fenómenos o sujetos observados, considero que una ruta posible para enriquecer el conocimiento sobre el mundo joven estribaría en el desarrollo de nuevas interrogantes y lineamientos reflexivos que enfatizen una mirada interpretativa en torno a los procesos identitarios de los jóvenes. En concreto, en las siguientes páginas se desarrolla un análisis de los procesos de socialización lúdica y de apropiación que los jóvenes desarrollan en los espacios institucionales.

LA JUVENTUD, UNA CATEGORÍA HISTÓRICA

Para acometer nuestra propuesta es preciso ubicar la reflexión en un marco conceptual que permita situar lo joven histórica y culturalmente. Recientemente ha surgido la tendencia, en algunas disciplinas abocadas a este campo de estudio, de ver al sujeto joven como producto de su tiempo. Es decir, como una categoría relativa y, a la vez, precisa que viabilice el análisis en distintos contextos socioculturales y momentos históricos.

Siguiendo a los autores que han indagado al sujeto joven a través de la historia se logra una mayor claridad, tanto de su especificidad socio-cultural como del alto nivel de desconocimiento que aún existe en la materia. Dichos autores permiten desagregar el reconocimiento que recientemente se ha señalado en psicología, que sostiene que “la adolescencia aparece [...] como el resultado de la interacción de los procesos de desarrollo biológico, mental y social de las personas, y de las tendencias socioeconómicas y las influencias culturales específicas (Salazar, 1995: 18). En efecto, desde una perspectiva antropológica, Carles Feixa propone una conceptualización más adecuada para atender lo joven como un sujeto diferenciado en el tiempo y el espacio social,

La juventud aparece como una "construcción cultural" relativa en el tiempo y en el espacio. Esto es: cada sociedad organiza la transición de la infancia a la vida adulta, aunque las formas y contenidos de esta transición son enormemente variables. Aunque este proceso tiene una base biológica (el proceso de maduración sexual y desarrollo corporal), lo importante es la percepción social de estos cambios y sus repercusiones para la comunidad... Las formas de la juventud son cambiantes según sea su duración y su consideración social. También los contenidos que se atribuyen a la juventud dependen de los valores asociados a este grupo de edad y de los ritos que marcan sus límites, ello explica que no todas las sociedades reconozcan un estadio nítidamente diferenciado entre la dependencia infantil a la autonomía adulta. Para que exista la juventud deben darse, por una parte, una serie de condiciones sociales como normas, comportamientos e instituciones que distinguen a los jóvenes de otros grupos de edad) y, por otra parte, una serie de imágenes culturales: valores, atributos y ritos específicamente asociados a los jóvenes. Tanto unas como otras dependen de la estructura social en su conjunto, es decir, de las formas de subsistencia, las instituciones públicas y las cosmovisiones ideológicas que predominan en cada tipo de sociedad (Feixa, 1998: 18-19).

De acuerdo con esta perspectiva, la juventud está condicionada por las circunstancias que caracterizan a las distintas sociedades que el hombre ha desarrollado a través de su historia. En esta línea reflexiva, la juventud abandona su estatus de "fase" de la trayectoria vital de los individuos y pasa a considerarse como una "condición" de los individuos, que es fuertemente determinada por el contexto sociocultural en que transcurre su vida. Por lo tanto es un error atribuirle un carácter esencial: esto es, un conjunto de cualidades inmutables o trascendentes. En esta dirección, el paradigma sociocultural ha puesto la atención en dos órdenes de cosas: por una parte ha procurado demostrar que la juventud, como sujeto social con características propias, ha estado presente en gran parte de las organizaciones sociales humanas en las cuales se ha manifestado, de modo diferente, acorde a la configuración simbólica y social que ha primado en cada una de ellas; y por otra, ha buscado develar qué procesos asisten a la condición de la juventud y cuáles son los referentes que prioritariamente confluyen en su articulación espacial y temporal.

En lo primero, diversos especialistas han realizados trabajos etnográficos sobre sociedades primitivas de África, Nueva Zelanda y Australia⁵

⁵ Entre otros trabajos se pueden señalar los estudios de Margaret Mead, sobre la cul-

o ha revisado registros históricos de sociedades antiguas en torno a la vida cotidiana de los jóvenes, en su papel dentro de la estructura familiar y productiva y a la legislación que lo interpela como sujeto social. La mayoría de los autores concuerda en que los antecedentes permiten observar la presencia de la juventud a través de la historia como una cultura subordinada al mundo adulto y marginada de los beneficios del desarrollo (Feixa, 1990).

Sin embargo, algunos difieren en relación con el periodo en que se debe ubicar su emergencia —o reconocimiento— social. En efecto, Feixa (1998) sostiene que, no obstante que la información construida en los trabajos etnográficos sobre las culturas primitivas es algo contradictoria respecto a la duración y a la existencia misma de la juventud,⁶ es posible apreciar su presencia en las diferentes sociedades en las que el hombre ha organizado su vida social a través de la historia: desde las sociedades primitivas, pasando por la antigüedad hasta las sociedades modernas y posindustriales. Así, el autor afirma que existen rastros de la juventud en las sociedades primitivas (horticultoras, pastoras y agrícolas), en la Grecia clásica, en la Roma antigua, en la Europa medieval y moderna, en las sociedades campesina e industrial y, por supuesto, en la sociedad contemporánea (Feixa, 1990). Con base en estos elementos, Feixa propone cinco modelos de juventud que refieren a igual número de sociedades a través de la historia: *púberes* en las sociedades primitivas sin estado; *efebos* en los estados antiguos; *mozos* en las sociedades campesinas preindustriales; *muchachos* en las sociedades de la primera industrialización; y *jóvenes* en las sociedades modernas y posindustriales (Feixa, 1990).

En cambio, Giuliano (1979) y Lutte (1991) señalan que la juventud, como sujeto social diferenciado en la sociedad, surge —o es descubierta— en los tiempos de la república romana, específicamente en el periodo comprendido entre los años 193-183 a.C., en el cual se dictaron leyes

tura de las tribus de Samoa (1928); de Colin Turnbull sobre los pigmeos BaMbuti de la selva de Ituri en Zaire (1984); y de Bernardo Bernardi que investigó a los masia en la frontera de Kenya y Tanzania (1985).

⁶ De acuerdo con Feixa: "En el amplio abanico de sociedades 'primitivas' [...] no es fácil distinguir un modelo único de ciclo vital: de las pausadas transiciones de las adolescentes samoanas a las rígidas clasificaciones por clases de edad de algunas sociedades del África subsahariana, la duración y la misma existencia de la juventud es algo problemático" (1998: 12).

que confirieron a la juventud un reconocimiento jurídico como sujeto social.⁷ Por otro lado, Kett (1993) y Gillis (en Lutte, 1991) sitúan su descubrimiento entre 1870 y 1900, asociado al proceso de industrialización y de modernización de las sociedades, a la aparición de la pediatría como especialidad médica y a la diferenciación escolar por edades. En este periodo, a diferencia de los precedentes en los que la juventud —visible socialmente— se vincula indiscutiblemente a los varones de las clases de la élite,⁸ el concepto se extiende a los otros grupos sociales (obreros, campesinos, mujeres) y a los países no occidentales (Feixa, 1998).

En las sociedades modernas y posindustriales, por un lado, los jóvenes se enfrentan a un desperfilamiento de los otrora referentes culturales y sociales de la estructura social que otorgaron —en mayor o menor medida— a las generaciones precedentes certidumbres en su trayectoria social de futuro; ya fuera la educación como mecanismo de movilidad social, el modelo familiar como referente cultural principal, el Estado como proveedor de alternativas laborales, entre otros ámbitos de referencia; y por otro lado, se asiste a una prolongación del periodo de gracia de la fase juvenil —sociológicamente hablando—, acompañado de un desplazamiento de los márgenes y un incremento de las demandas para su realización personal, independientemente de las exigencias normativas de la sociedad.

En suma, a partir de la década de los años sesenta, se extiende por todo el mundo una serie de factores que alteran sustancialmente las condiciones sociales y las imágenes culturales de los jóvenes.⁹ Lo que inte-

⁷ Hacia el año 193-192, el senado romano aprueba la *lex paetoria*, y diez años más tarde la *lex villia annalis*. La primera ley busca proteger a los menores de 25 años de los abusos, y la segunda pretende limitar la participación de los jóvenes en cargos públicos. Antes de ese año existía un ritual de paso, que simbólicamente cumplía la misma función que en las culturas primitivas, ocurría al momento de la pubertad biológica y consistía en el cambio de la toga pretexta y la bula —símbolo de la infancia— por la toga viril (Giuliano, 1991).

⁸ Pierre Bourdieu (1990) refiere que, en la Edad Media, los límites de la juventud eran manipulados por los adultos de la nobleza para marginarlos o retardar la sucesión en el poder.

⁹ Entre otros factores, Feixa (1998) destaca: *i*) la consolidación de la base social de la juventud producto de las condiciones económicas creadas por la emergencia del Welfare State para la protección de los grupos dependientes; *ii*) ampliación de las esferas de libertad juvenil debido a la crisis de la autoridad patriarcal; *iii*) creación de un espacio de con-

resa destacar aquí es que, en el marco de las diferencias disciplinarias para conceptualizar a la juventud, los enfoques predominantes en los estudios sobre el mundo joven no han sido pertinentes para visualizar los procesos que se desatan en el encuentro entre el individuo y su entorno sociocultural; específicamente, dichos enfoques han ignorado —o han sido incapaces de abordar— el análisis de los procesos que operan en el plano de la subjetividad, a través de los cuales el individuo interpreta, resignifica y se apropia de la realidad que experimenta.

La exclusión de la dimensión subjetiva en los análisis de la diversidad juvenil ha imposibilitado la comprensión (vía comprender las representaciones sociales, las intersubjetividades y las construcciones simbólicas) del significado que los jóvenes atribuyen a sus experiencias, a los discursos que identifican provenientes de las culturas parentales y de la cultura hegemónica (Feixa, 1996; 1998) y a las normativas formales e informales que regulan los procesos interaccionales en los espacios de su cotidianidad (North, 1993). Asimismo, tampoco ha permitido una adecuada comprensión de los procesos de socialidad que los jóvenes construyen por sí mismos y con sus pares en los intersticios de los espacios institucionales de la sociedad. En la medida en que todas estas dimensiones han quedado fuera de los estudios, aún persiste un desconocimiento sobre amplias áreas (sobre todo en el plano simbólico) de la vida de los individuos jóvenes. Es posible que esto último sea lo que mayormente ha hecho del paradigma sociocultural un planteamiento provocativo, ya que ha inducido a un creciente número de estudiosos a incursionar en el brumoso campo de lo simbólico; en especial, en aquellos aspectos que permiten una mayor aproximación a la diversidad de manifestaciones y procesos que orientan a los jóvenes hacia determinados cursos de acción, los cuales han venido siendo observados como contradictorios, incomprensibles o alejados del repertorio de opciones que reciben del mundo adulto para integrarse social y sistémicamente a los procesos de desarrollo de la sociedad.

sumo específicamente destinado a los jóvenes; *iv*) emergencia de una verdadera cultura juvenil al amparo de la articulación de un lenguaje universal difundido por los medios de comunicación de masas: la música y la estética corporal; y *v*) finalmente, el remplazo de la moral puritana dominante por una moral consumista, más laxa y menos monolítica.

EL DESVANECIMIENTO DE LOS REFERENTES DE INTEGRACIÓN SOCIAL

Sabemos que el individuo construye su identidad personal y social en un continuo interactivo relacional a través de sus experiencias (Gergen, 1992), en las que recurre a referentes que ha ido significando y estratificando en procesos de socialización previos. Estos referentes constituyen su patrimonio simbólico que, producto de la apropiación de nuevos procesos de socialización, lejos de permanecer estático en el tiempo, es alterado, modificándose o ampliándose con nuevos recursos simbólicos. Siguiendo a Pol y colaboradores (1996), aquí asumo que la *apropiación* de todo proceso de socialización refiere, en parte, a la apropiación del espacio en que estos procesos ocurren. Los individuos establecen una relación con los espacios de socialización, integrándolos a sus vivencias, enraizándolos y dejando escurrir (en ellos) su propia impronta, organizándolos y —de esta forma— devienen actores de su transformación. Así, la apropiación de los procesos de socialización comportan un elemento transformador del espacio y del sentido que originalmente se asocia a la interacción que en él se desarrolla, erigiéndose en elemento simbólico (o de identificación) con un nuevo significado, que se construye en el marco de dicho espacio e interacción referidos. La edificación del nuevo sentido o significado genera una identificación individual o social —según se trate de un individuo o de un grupo— con el entorno.

En otros términos, en el continuo identitario el individuo va construyendo el vínculo social que lo identifica con un determinado lugar societal, que puede variar a lo largo de las distintas fases de su vida. Si bien este proceso sólo termina con la muerte, es en la juventud donde adquiere gran relevancia debido a que en esta etapa se destinan las mayores energías a la construcción identitaria personal y social.

Ahora bien, es muy extendido el argumento posmodernista que anuncia el desvanecimiento de los referentes simbólicos o culturales tradicionales que en el ámbito de la vida cotidiana de los jóvenes se ha expresado en las transformaciones que —como referentes de orientación e integración— han experimentado la estructura familiar, la escuela y el trabajo. Esta pérdida de importancia es muy diferente comparando la situación de jóvenes de las sociedades industrializadas y la de los nuestros. También existe una gran distancia entre la forma que significan estos espacios los jóvenes de las nuevas clases medias, es decir, aquellas que en las últimas décadas han surgido vinculadas al capital financiero

(véase Scott Lash, 1998) y los jóvenes de grupos de escasos recursos. No obstante la diferenciada relación entre estos distintos grupos sociales y los espacios institucionales de la familia, la escuela y el trabajo, es común a todos una pauperización de la relevancia que estos espacios tenían antaño para la construcción de una certidumbre de futuro y para la orientación de su acción contingente.

Es ineluctable que para un segmento importante de la población joven la prolongación de la pobreza material del núcleo familiar de origen ha alterado los roles tradicionales de los padres: la mujer, a diferencia de lo establecido en el modelo parsoniano, ha dejado de cumplir el papel de proveer únicamente los recursos afectivos a los miembros de la familia, ya que se ha visto obligada a salir al campo laboral y cooperar —y hasta remplazar al hombre— en la provisión de los materiales mínimos para la subsistencia del grupo familiar. Ello ha provocado una crisis al interior de la estructura familiar que ha devenido en su debilitamiento como modelo a seguir por los hijos.¹⁰

Por otra parte, la involución del gasto social en los países de la región, expresada sobre todo en una radical disminución de aportes fiscales al sector educativo, ha significado que un número relevante de jóvenes de escasos recursos vea impedido el acceso a una educación de calidad, a la altura de las exigencias formativas que impone la tecnificación y modernización de los empleos mejor remunerados. En definitiva, en los últimos veinte años se ha producido un claro distanciamiento entre las expectativas asociadas a la formación educativa, tanto en el nivel de la preparatoria como universitaria,¹¹ y las competencias y habilidades

¹⁰ Si bien en los grupos medios y altos no existen estudios al respecto, hipotéticamente podríamos señalar que el cambio al interior de la estructura familiar ocurre de modo matizado: la mujer sale al campo laboral, pero en menor medida y producto de la conquista de nuevos espacios y derechos de género. Me arriesgaría a señalar que el resultado es el mismo, ya que se produce un similar vacío afectivo para los hijos en la medida que el tiempo a compartir con los padres ahora es efímero y fugaz (a toda velocidad).

¹¹ Aunque no existen estudios que ofrezcan claridad en la materia, la educación superior en América Latina presenta alguno de los dos problemas siguientes: primero, en la mayoría de los países de la región la reducción del gasto social afectó el presupuesto del sistema universitario, obligándolo a buscar su autofinanciamiento, lo que tornó prohibitivo este nivel formativo para amplias capas de la población joven (por ejemplo, de los sectores sociales carenciados); segundo, en la antípoda del caso anterior, donde México es el paradigma, la masificación de la educación superior ha provocado la pérdida de calidad

exigidas en el sistema productivo. Como resultado obvio, estos cambios se han traducido en un debilitamiento del capital simbólico de la escuela (Sarlo, 1996), toda vez que ya no representa un espacio válido para lograr los objetivos que los jóvenes configuran para su presente y futuro, ya sean aspiraciones profesionales, de estatus social o nivel de ingreso. Por consiguiente, el campo educativo ha perdido su calidad de ruta de identidad social principal en la vida de los jóvenes, desvaneciéndose como ámbito central de interpelación simbólica.

La pérdida de estos referentes para construir identidad y generar certidumbres de futuro se enmarcan en procesos mucho más amplios, profundos y complejos, desatados al alero de la modernización galopante del presente siglo. Dado que abarcar el conjunto de problemáticas asociadas a estos cambios sociales y culturales ameritan un espacio que supera largamente las posibilidades de este artículo, aquí me limitaré a mencionar que éstos se caracterizan por manifestarse en todas las dimensiones de la vida social: en las distintas esferas y dimensiones del sistema social, de la vida cotidiana y, especialmente, en el nivel del imaginario de los individuos y del simbólico de los colectivos o grupos sociales.¹²

En términos del individuo, dichas transformaciones han devenido en alteraciones y confusiones en el proceso de construcción identitaria. En efecto, en la actualidad el individuo asiste al desdibujamiento de las ideologías o metarrelatos (Lyotard, 1989), al cuestionamiento de las verdades absolutas y el socavamiento de la razón como privilegiado recurso para explicar la realidad (Feyerabend, 1993), así como a la invasión del mundo cotidiano con múltiples y contradictorios mensajes, entre otros fenómenos. En el marco de este diagnóstico de los procesos identitarios en las sociedades contemporáneas, Kenneth Gergen sostiene que debido al cre-

del proceso formativo o la saturación de la oferta profesional en ciertas disciplinas de la actividad productiva.

¹² Siguiendo a Arturo Firpo, entiendo por imaginario "el sector de lo ideal que es diferente de lo real [...] el conjunto de las actitudes mentales y de las conductas colectivas y las visiones de mundo que dirigen estas actitudes y conductas (junto con) el estudio de los sistemas de valores, de las ideologías" (Firpo, 1980: iv). En cambio, lo simbólico remite al repertorio de símbolos con los significados que le atribuyen los individuos. Este repertorio opera como un sistema cultural (Geertz, 1964) que otorga sentido a nuestro estar en el mundo; aunque no se refiere necesariamente a hechos de la vida social nos permite aprehenderla comprensivamente (Gadamer, 1994).

ciente proceso de tecnologización de las comunicaciones se ha producido una saturación social (posibilidades de relacionarse socialmente) y una “escisión del individuo en una multiplicidad de investiduras de su yo” (Gergen, 1992: 106).

En principio, cabría relativizar esta saturación social, dado que el autor se refiere a sociedades industrializadas;¹³ sin embargo, no es un error sostener que —por ejemplo— el discurso *massmediático* ha provocado una alteración en la forma en que los sujetos jóvenes incorporan nuevos códigos de relación social. Aunque en la práctica sus relaciones sociales no han crecido exponencialmente —como afirma Gergen—, en términos de posibilidades cabría suponer que sí, ya que como producto de los códigos aprendidos en la televisión, los jóvenes articulan lenguajes estéticos —vestimenta, uso del cuerpo, argot— que les permiten desplazar los horizontes de su espacio social. La cuestión ahora reside más en las relaciones imaginables que lo alcanzable en relaciones reales. Esto, en todo caso, tendría los límites que impone la capacidad de construir comunidades simbólicas con los pares de su grupo social. Gergen llama “multifrenia del yo” a la escisión de las investiduras del yo, debido a que la saturación social habría provocado una colonización del yo. Con ello, el autor alude a que la cantidad y variedad de relaciones, y de intensidades de las mismas, conllevaría una eventual transformación de los individuos en pastiches: es decir, en una imitación barata de los demás (sus estilos de vida, sus lenguajes, etc.): “nos presentamos a los demás como identidades singulares, unitarias, íntegras; pero con la saturación social, cada uno alberga una vasta población de posibilidades ocultas... Todos estos yoes permanecen latentes y en condiciones adecuadas surgirán a la vida” (Gergen, 1992: 103).

En el plano concreto de las interacciones sociales, la multifrenia del yo ha vuelto complejo el proceso identitario de los individuos debido a que los referentes simbólicos tradicionales ofrecen escasas certidumbres; más bien, se han tornado ambiguos, fragmentarios y evanescentes, dificultando la configuración de una imagen personal y social que permanezca en el tiempo o sea consistente en distintos espacios sociales; en definitiva, que sea unívoca y la misma en distintos espacios temporales y sociales.

¹³ Los ejemplos aludidos por el autor describen la vida cotidiana de personas vinculadas a la academia, empresas comerciales e industriales, al mundo del arte, entre otros ámbitos sociales, que se pueden encontrar en la sociedad estadounidense.

Quizá lo más relevante es que ya no es posible asociar la configuración de la identidad en términos de trayectorias individuales o sociales en torno a horizontes accesibles y deseables. De ahí que la concepción de una identidad articulada en función del proceso de integración social o sistemática (Parsons, 1968) es poco adecuada como marco de análisis actual, ya que implicaría insistir en la búsqueda de identidades esenciales (en los integrados: profesionales, obreros, académicos, amas de casa, etc.; y en los no integrados: delincuentes, vagos, etc.). Asumiendo la identidad como un proceso relacional, es posible dar cuenta de que las actuales configuraciones identitarias pueden atravesar estadios de fragmentación, evanescencia, contradicción y volatilidad. En la medida en que los jóvenes (e individuos en general) se configuran como tales (esto es, sujetos sociales diferenciados) en un proceso relacional continuo, pueden enfrentar nuevas experiencias vitales que conlleven a la creación de nuevas experiencias simbólicas (valores, discursos, imágenes), por lo tanto, experimentan una alteración del repertorio de símbolos existente para explicar la nueva experiencia.¹⁴

De acuerdo con Feixa (1998) el repertorio de símbolos que otorgan sentido a nuestra experiencia vital y que interpelamos en nuestro proceso identitario se articula en tres dimensiones de la experiencia social: *i*) en la cultura hegemónica: sistema político, sistema educativo, iglesia, medios de comunicación, entre otros; *ii*) en las culturas parentales: valores y cosmovisiones de los padres y adultos del grupo familiar y que circulan en el medio social de origen, y; *iii*) en los procesos de interacción en el mundo de la vida cotidiana: creación de interpretaciones del mundo y de “lo otro” en la gestación de un nosotros con el otro que asiste a la relación presencial. En esta propuesta adquieren central importancia los espacios contingentes entre pares, ya que, como destaca Maffesoli (1993), en el nivel de la vida cotidiana los individuos participan de procesos de socialidad: esto es, entre los pares se generan formas de socialización lúdicas en los espacios intersticiales de los campos institucionales (familia, escuela, trabajo, iglesia, entre otros).¹⁵

¹⁴ Esta alteración del sistema cultural puede operar como una ampliación del repertorio existente con nuevos símbolos, la eliminación de parte de ellos o su remplazo por otros que amplíen nuestro horizonte de sentido (Gadamer, 1993).

¹⁵ Los espacios intersticiales son resultado de construcciones relacionales, esto es, cierto tipo de interacción entre los individuos donde los cursos de acción se orientan según pautas de aceptación afectiva entre los interactuantes. En otros términos, estos espacios

De este modo, la importancia de los distintos referentes simbólicos para la identidad juvenil está dada por el grado de apropiación que el joven haga de ellos en el marco de los procesos de socialidad con sus pares. La importancia de cada ámbito de referencia estriba en la utilización y relación que el sujeto joven construye al vivenciarlo en cada espacio, estampar en él su propia impronta, atribuirle un significado singular y transformarlo, sea en términos territoriales, sociales (relacionales), afectivos o simbólicos (Pol *et al.*, 1996). En el marco de lo anterior, denotan relevancia los procesos interaccionales con el grupo de pares, ya sea en el barrio o en otros, como los institucionales (familia, escuela, trabajo), donde cada joven reconoce al otro como un igual con quien configura ambientes interaccionales lúdicos y afectivos que los distancia de las normas e imposiciones que establece el espacio que sirve de escenario al proceso interaccional.

En la medida en que pasamos de lo individual a lo societal en las sociedades modernas, los efectos de los cambios socioculturales son devastadores, al menos en la tarea de comprender los procesos sociales actuales, ya que el estado de incertidumbre se traduce en creciente complejidad social (Zolo, 1994). Por lo tanto, la construcción del orden social enfrenta altos grados de diversidad y discontinuidad en los lenguajes, multiplicidad de interpretaciones y rutas de comunicación. Dicha dispersión relacional opera, sobre todo, en el nivel de la significación de los símbolos que se interpelan para orientar los cursos de acción en los espacios de interacción social.

En síntesis, producto de estas transformaciones, la juventud de hoy ha perdido los referentes que, en alguna medida, proporcionaron certidumbres a las generaciones precedentes. Inclusive, en los grupos carenciados hay una notoria ausencia de apoyos simbólicos en lo cotidiano para imaginar trayectorias de integración social o construir un vínculo social en uno o alguno de los espacios institucionales de las sociedades latinoamericanas.¹⁶ Esto me lleva a inquirir ¿han surgido nuevos ámbitos que rem-

(independientemente de las normas que rigen las relaciones) generan encuentros y ambientes situacionales marcados por la confianza plena entre los individuos que establecen la relación. De ahí que este tipo de construcciones relacionales se asocie principalmente con las que establecen los pares entre sí.

¹⁶ La noción de institucionalidad remite a las normas formales e informales que rigen las relaciones interpersonales y el funcionamiento de los agentes sociales colectivos

placen los otrora referentes de certidumbre y de referencia identitaria?, ¿cuáles son éstos y cómo operan en los procesos relacionales que desarrollan los jóvenes? En términos de Jacques Lipovsky (1995), la cuestión implicaría indagar si los tiempos que nos ha tocado vivir han devenido en un vacío referencial o podemos suponer que las transformaciones de la avasallante modernidad han dado lugar a nuevos lugares, procesos simbólicos o discursos posibles de interpelar en nuestro diario vivir. Es decir, ¿han surgido referentes para darle sentido a nuestros cursos de acción cotidianos y para explicarnos comprensivamente el mundo que nos tocó vivir? Para muchos autores, incluso posmodernos como Lipovsky, la tecnologización y la masificación de los medios de comunicación son un lugar fértil para encontrar algunas respuestas al nuevo escenario que se produce por el declive o desvanecimiento de los referentes tradicionales.¹⁷ Para otros, se han evidenciado, o mejor dicho, se han revelado como más importantes algunas formas de socialización en los propios espacios del devenir cotidiano, antes poco observadas.¹⁸

Dado que el discurso *massmediático*, toda vez que se ha convertido en un productor de sentido social, ha logrado un lugar preponderante en la sociedad urbana, cabe un análisis de los elementos que lo configuran como un referente de sentido social privilegiado. Aquellos autores que hacen hincapié en los medios de comunicación, consideran que la simultaneidad y multiplicación de mensajes y símbolos que éstos hacen llegar a los individuos en la intimidad de su hogar obligan a pensar las identidades, no sólo en términos espaciales —territoriales— sino también como producto de su intersección con los espacios comunicacionales, sean éstos la prensa escrita, la radio o, en su expresión más compleja e integral, la televisión. De acuerdo con Néstor García Canclini (1995), asistimos a una nueva escena sociocultural en la que la vida cotidiana ha sido modificada desde sus cimientos. Esta alteración de lo vi-

en los campos del sistema: economía, política, educación, religión, burocracia y otros (North, 1993).

¹⁷ Como veremos más adelante este planteamiento, entre otros, es propuesto y sostenido por los científicos sociales Beatriz Sarlo, Néstor García Canclini y Jesús Martín-Barbero.

¹⁸ En esta perspectiva es posible ubicar, entre otros, a los sociólogos Michel Maffesoli y Gilberto Giménez, al neurofisiólogo (que algunos, como Norbert Lechner (1995), consideran ideólogo) Humberto Maturana, a los psicólogos sociales Kennet Gergen, Sergi Valera y Enric Pol y, de un modo indirecto, al antropólogo Carles Feixa (español).

tal obedece a la emergencia de tres nuevos fenómenos en los procesos de relación social: *i*) la existencia de un redimensionamiento de las instituciones y los circuitos de ejercicio de lo público, *ii*) una reformulación de los patrones de asentamiento y convivencia urbanos y una reelaboración de “lo propio”, y *iii*) la consiguiente redefinición del sentido de pertenencia e identidad y el tránsito del ciudadano representante de una opinión común al consumidor preocupado de acceder a una determinada calidad de vida. En un trabajo reciente, preguntándose cómo se constituyen hoy los imaginarios en una megaciudad (como la de México), este autor afirma que los discursos de la prensa, la radio y la televisión son

los principales agentes constructores del sentido urbano (es decir, de la vida en la ciudad), los que seleccionan y combinan las referencias emblemáticas. Son también los que hacen participar a algunos ciudadanos en el debate sobre lo que la ciudad es o puede ser, y proponen a los demás esas opiniones y demandas como síntesis imaginaria del sentido de la ciudad y de lo que significa ser ciudadano... (en este sentido) los medios construyen a sus espectadores, y, en la medida en que quieren jugar a ser esfera pública, configuran modos simbólicos, mediatizados, de ser ciudadanos (García Canclini, 1996: 13 y 17).

En esta misma línea argumentativa se ubica Jesús Martín-Barbero, para quien la tecnologización de las comunicaciones, especialmente la televisión y la radio, constituyen nuevas modalidades de hegemonizar los discursos circulantes en la sociedad vía la homogeneización de los televidentes o radioescuchas. “La homogeneización del consumidor requiere denominar y categorizar al receptor, produciendo una suerte de clasificación que transforma las identidades sociales previas y las hace funcionales a un determinado esquema de sociedad [...]” (Martín-Barbero, 1997: 197).

En virtud de la relevancia de las construcciones identitarias *massmediáticas*, es lógico que lo espacial devenga insuficiente como espacio articulador de nuevas apropiaciones y significaciones de la experiencia cotidiana. Como sostiene Beatriz Sarlo, incluso en los barrios populares los *massmedia* no sólo han remplazado a la escuela, que ha perdido gran parte de su oferta material y simbólica, sino también al propio barrio como espacio fundamental para la constitución del sentido de pertenencia:

[...] el barrio popular hoy es menos importante que hace cuarenta o cincuenta años como espacio de asociación, de construcción de la experiencia y de relaciones cara a cara. (En realidad), el barrio (ha) deja(do) de ser el territorio de uso y pertenencia, porque sus habitantes han seguido el doble proceso contradictorio de abrirse más allá de toda frontera convirtiéndose en público audiovisual, y quedarse más adentro de sus propias casas (Sarlo, 1994: 115).

Sin embargo, considero que existen elementos cuestionables en la generalización de estos planteamientos. Pese a la ausencia de estudios que ayuden a demostrar que es un fenómeno extendido en el cuerpo social, sostengo la hipótesis de que el escenario de comunicación *massmediático* sólo constituye uno entre otros tantos espacios productores de sentido social a los que recurren los individuos en la construcción de su identidad; es decir, no necesariamente es el más o siempre privilegiado por los individuos. Es más, considero que el espacio de la relación presencial sigue siendo central en la construcción identitaria de los individuos. Mi cuestionamiento a los postulados *massmediáticos* residen en que: *i*) no es posible replicar homogéneamente en el mundo juvenil la apropiación y significación que el mundo adulto hace en el consumo de los *massmedia*; y *ii*) tampoco se puede igualar el tiempo que adultos y jóvenes pasan en las esquinas, parques y calles de los barrios; es decir, en espacios de interacción presencial con un otro igual o distinto.

En lo primero, cabe señalar el trabajo de Miguel Ángel Aguilar y cols. (1995), quienes abordaron la recepción y resignificación del mensaje televisivo y radial en sectores sociales de escasos recursos de la ciudad de México, detectando que existe una apropiación diferenciada del mensaje según edad y género. En efecto, los autores, junto con la corroboración de que efectivamente el medio televisivo es un objeto de mediación (dado que permite a las personas acceder a determinados códigos de interacción e información que los uniforma y capacita para relacionarse con los nuevos recursos y, así, reconocerse parte de una comunidad que los diferencia de los que no disponen de estos recursos),¹⁹ detectaron que los adultos —sobre todo los que cumplen funciones en el hogar o están muchas horas en la casa— permanecen mayor tiempo que los jóvenes frente a los monitores de televisión; además, en cuanto a los

¹⁹ Entre otros recursos y códigos, los *massmedia* crean modas y actitudes de vida que las audiencias consumen segmentadamente (Aguilar *et al.*, 1995).

individuos jóvenes, señalan que mientras las mujeres pasan más horas frente al televisor, reciben y adoptan en forma más pasiva los mensajes televisivos; los hombres, por lo general, están pocas horas frente al monitor y tienden a un uso creativo del medio audiovisual; es decir, hacen una apropiación interactiva (no pasiva) del discurso *massmediático*.

En lo segundo, un estudio realizado sobre el tiempo libre de la juventud chilena (Fuenzalida, 1994) señala que gran parte de las jóvenes prefieren destinar su tiempo a escuchar música y estar —en lugares de encuentro social juvenil— con sus amigos que a ver televisión. Esta declinación por la televisión se asocia a los procesos de socialización secundaria que ocurren en la juventud, en los que el grupo de pares adquiere un rol relevante. En consecuencia, los individuos jóvenes destinan gran parte de su tiempo no escolar o no laboral a pasear y platicar con sus pares en los lugares de encuentro del barrio: plazas, esquinas, sitios baldíos o abandonados y parques, entre otros.²⁰

Podemos señalar, pues, que dependiendo del estrato social y del poder adquisitivo gran parte de los jóvenes pasan su tiempo libre o propio²¹ fuera del hogar, ya sea en el barrio, en los centros comerciales (Urteaga, 1995), en casa de los amigos o en otros espacios de encuentro urbano.

En suma, si bien “la clásica definición socioespacial de identidad, referida a un territorio particular, necesita complementarse con una definición sociocomunicacional” (García Canclini, 1995: 31), el proceso relacional sobre espacios territoriales o físicos específicos no ha perdido importancia para la configuración identitaria de los individuos jóvenes. Queda entonces por saber ¿cómo el espacio y los procesos relacionales con los pares se mantiene —o ha emergido— como relevante para los procesos identitarios individuales y sociales del mundo joven?

²⁰ De acuerdo con Fuenzalida (1994), este periodo de calle o de pasaje fuera del hogar termina cuando los jóvenes adquieren las responsabilidades asociadas a la conformación de su propio grupo familiar: trabajar, cuidar a los hijos, etcétera.

²¹ Con “tiempo propio” queremos aludir a que, independientemente de las funciones que cumple dentro de su estructura familiar, cada joven posee un determinado tiempo para sus propios intereses de recreación o realización, sean éstos el ocio, la compañía de sus pares u otras actividades. Sin duda, las características de las actividades que los jóvenes desarrollan en este tiempo presentan una gran variedad, ya que responden a múltiples factores, tanto estructurales (estrato social, lugar de residencia, nivel de educación, entre otros) como subjetivos (percepción de lo importante en la vida, intereses individuales y otros).

Debido a la ausencia de otras experiencias, para abordar esta interrogante recurro a una experiencia que se ubica paradójicamente en los propios campos institucionales de socialización. Es decir, el escenario analítico que se despliega a continuación consiste en una interpretación de la política del Programa Nacional de Capacitación Laboral de Jóvenes que, como espacio de articulación de expectativas laborales de los jóvenes, ofrece ricos elementos para observar la relevancia de lo espacial en el proceso identitario juvenil.

¿UNA NUEVA MODALIDAD INSTITUCIONAL PARA INTEGRACIÓN SOCIAL?

Como he señalado en otro lugar,²² las iniciativas estatales dirigidas al mundo joven han tendido a ser parciales, funcionales y tautológicamente ciegas dado que responden a una visión poco diferenciada de la diversidad juvenil y porque preferentemente se basan en las imágenes que el mundo adulto ha construido de los jóvenes. Una revisión de esta mirada generalmente nos conduce por deformaciones estereotipadas; esto es, imágenes que reducen a los jóvenes a un “problema social”, principalmente por las dificultades que éstos tienen para ingresar a la dinámica de desarrollo de las sociedades y para asumir las responsabilidades y roles que el mundo adulto les ha asignado (Medina, 1997).

En la práctica, las políticas juveniles han dado prioridad a la resolución de los problemas económicos y sociales inmediatos (de subsistencia) de los jóvenes vía su incorporación productiva, esto es, a través de promover su incorporación al mercado del trabajo sin dar cuenta de la diversidad social y cultural que existe al interior del mundo joven, expresada en prácticas, intereses y necesidades múltiples y diferenciadas. En mi opinión, en la medida en que las políticas juveniles no han atendido las diferentes y cambiantes racionalidades (motivaciones y expectativas) que orientan y animan los cursos de acción de los jóvenes, han quedado reducidas a la mirada sesgada y alejada del mundo adulto.

²² Cabe señalar que no estoy afirmando que todas las iniciativas que se dirigen a la población joven se reducen a las que se promueven desde la institucionalidad (*cf.* Estado-Iglesia, escuela). En realidad, diversas organizaciones no gubernamentales (ONG) y otras que tienen su origen en la propia comunidad, promueven programas participativos y en torno a las demandas de mayores espacios que reclaman los jóvenes.

Por ende, sólo han constituido propuestas de solución “al problema juvenil”, negando la condición del joven toda vez que lo impulsa a asumir los roles que debería desempeñar cuando adulto. Bajo los *constructos* sociológicos, en virtud de que la juventud corresponde a un periodo de moratoria en el paso de la niñez a la fase adulta, las políticas de Estado promueven una reducción de dicha moratoria. Aunque no es posible afirmar que éste sea el objetivo de las políticas públicas, la dirección de sus propuestas apunta en este sentido. Lo cual indica que el Estado no estaría dando cuenta de las tendencias consolidadas en el último tiempo en la población joven, en especial, lo referente a la prolongación —en todo el arco social— de dicho periodo de moratoria.

El ejemplo latinoamericano paradigmático de la estrategia estatal es el Programa Nacional de Capacitación Laboral de Jóvenes, que a partir de 1991 ha venido impulsando el gobierno de Chile con el objetivo de habilitar a los jóvenes con mayor nivel competitivo para acceder al mercado laboral. La política de capacitación en cuestión tiene un diseño complejo que articula intereses sociales y económicos, y promueve la participación de los sectores públicos y privados, en sus diferentes niveles de organización.²³ Los cursos del Programa tienen una duración promedio de 4 a 6 meses y están divididos en dos etapas: la primera consiste en la fase lectiva a cargo de empresas de capacitación privadas o públicas —incluidos los establecimientos de educación técnica—, donde el joven recibe los conocimientos teórico-prácticos de un oficio; la segunda etapa, la fase práctica, se desarrolla en las instalaciones de una empresa que utilice el oficio en que se ha adiestrado al joven. Esta fase busca facilitar el desarrollo de destrezas en el educando y, además, cumple la función de integrar a las empresas a la estrategia estatal y definir la pertinencia de la capacitación impartida (Medina, 1996).

Como no es mi interés aquí profundizar en las premisas estatales sobre el mundo juvenil que motivaron el diseño y puesta en marcha de esta iniciativa, como tampoco lo es abordar el funcionamiento del mis-

²³ En el sector público, el programa abarca ministerios, servicios públicos —en los ámbitos nacional y regional— y municipios; en el sector privado, se convoca a las confederaciones empresariales nacionales y regionales, y también a las distintas unidades productivas, ya sea de la gran, mediana y pequeña empresa (incluida, y especialmente, la microempresa). También se incorporan activamente las organizaciones comunitarias, al menos en el plano de la difusión del programa.

mo,²⁴ cabe sólo mencionar que busco beneficiar a los jóvenes que, estando fuera del sistema educativo, desempleados o subempleados y teniendo escasa preparación escolar, enfrentan crecientes problemas para acceder a un trabajo estable. Como se desprende del trabajo de Izquierdo (1996), con esta iniciativa Chile es el primer país latinoamericano que busca solucionar el desempleo juvenil aplicando políticas similares a las que desde hace dos décadas atrás se vienen implantando en Europa (Alemania, Italia, Inglaterra) y últimamente en el sudeste asiático (Japón). De ahí que otros países latinoamericanos, como Argentina, Uruguay y Perú, hayan copiado la iniciativa sin grandes modificaciones (Rodríguez, 1995). A ellos se añaden otros, como México, Colombia, Panamá, Ecuador, Costa Rica y Venezuela, que han manifestado interés (en ámbitos académicos y políticos) de replicar la experiencia en sus realidades nacionales.

Esta experiencia ha sido analizada por el propio Estado, que la ha evaluado como política de inversión productiva y generadora de cambios en sus distintos actores.²⁵ Sin la presión interesada del Estado otros autores, en cambio, han optado por demostrar su condición de instru-

²⁴ Respecto a estas cuestiones véase UCP (1996), Juan Carlos Gómez (1996), Gabriel Medina (1996 y 1997) y Alejandro Stuardo (1997).

²⁵ En esta dirección este programa ha dado lugar a innumerables estudios, tanto nacionales como extranjeros (esto último, debido a que la primera fase del programa fue cofinanciada por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Por lo tanto, sólo para mencionar los contratados por el propio Estado chileno, se tienen los siguientes: *Estudio sobre percepciones y actitudes de jóvenes, empresarios y opinión pública hacia las políticas sociales del gobierno y del Ministerio del Trabajo*, Feedback Comunicaciones, 1992; *Percepciones y actitudes de la opinión pública hacia el programa y la campaña masiva*, Feedback Comunicaciones, 1993; *Jóvenes en riesgo psicosocial entre beneficiarios CEL y FCJ*, GREDIS, 1993; *Evaluación de los efectos del Programa de Capacitación Laboral de Jóvenes sobre los organismos técnicos de ejecución*, GREDIS, 1993; *Caracterización de empresas e instituciones que han otorgado prácticas laborales a jóvenes beneficiarios del programa*, ILET, 1994; *Caracterización e impacto en aspectos psicosociales de los beneficiarios a través de su paso por el programa*, SUR Profesionales, 1995; *Evaluación del impacto de la red de apoyo INTEGRAL*, SEARCH, 1995; *Estudio sobre la calidad de la capacitación en el Programa de Capacitación Laboral de Jóvenes (PCLJ)*, Universidad de Chile, 1995; y *Presentación y análisis de resultado: Programa de Capacitación Laboral de Jóvenes, Fase 1*, SENCE-Subsecretaría del Trabajo, 1996 (UCP, 1996). A los estudios señalados se debe sumar el reciente trabajo realizado por FOLICO, *Estudio sobre la calidad del Módulo de Formación para el Trabajo en el Subprograma Capacitación y Experiencia Laboral en Empresas*, 1997.

mento de reproducción de la desigualdad social y de disciplinamiento social (Gómez, 1996). En mi caso abordé los alcances sociales del programa como un espacio articulador de expectativas de los actores comprendidos y, lo más importante, como espacio social institucionalmente construido observé cómo los jóvenes se lo “apropiaron” como un espacio de socialización con otros iguales: jóvenes desempleados (Medina, 1996). Con base en la experiencia obtenida en el interior del programa²⁶ y el análisis de la operación y de las narrativas de jóvenes en distintas fases del proceso de capacitación, creo haber demostrado la hipótesis de que los alcances sociales del programa obedecen a que la racionalidad administrativa del diseño institucional (consecución de metas internas y externas) no dio cuenta de la carga subjetiva que está presente en los significados que los jóvenes atribuyen a todas sus experiencias vitales (Medina, 1996).

Aunque no se dispone de análisis cuantitativos marginales que permitan medir adecuadamente el efecto del programa en la dinámica habitual de inserción laboral de los jóvenes al mercado de trabajo, no sería exagerado sostener que los logros alcanzados por el programa obedecen más a la inercia de crecimiento que tenía en la época (1990-1995) la dinámica de la economía nacional que a las bondades de la política de capacitación. Un análisis de los datos del programa, en el que se compara el porcentaje de ocupación antes y después de la capacitación, arroja que éste sólo ayudó a 24.65% de la población atendida (Medina, 1996), lo cual difiere abiertamente con los porcentajes difundidos por el Estado (70 a 80% de colocación).

En la práctica, el programa se desarrolló con una permisividad operativa (con altos niveles de desidia) y normativa que, si bien tornó inalcanzables los objetivos del programa, hizo viable la emergencia de ambientes de socialidad (Maffesoli, 1993), cuestión que últimamente ha sido retomada por el propio Estado chileno. En efecto, en el último informe del programa, los responsables del mismo, además de bajar el tono triunfalista de los primeros años, donde —con un manejo muy cuestionable de las cifras— se destacaban los altos niveles de inserción laboral de los jóvenes capacitados, han cambiado la forma de definir el programa: ahora no se le considera como una política de inversión pro-

²⁶ Entre 1991 y 1992 estuve a cargo de la puesta en marcha y ejecución de 20% nacional del programa.

ductiva, sino como una inversión social (UCP, 1996). En este sentido, el Estado ha reconocido que si bien algunos jóvenes consideraron que la experiencia fue útil para incrementar sus posibilidades de inserción laboral, otros lo consideraron un total engaño:

Los cursos [...] para mí fueron una burla, una burla a lo que es... cómo te dijera, la persona en sí, un ser humano, la autoestima [...] fue una verdadera burla el haber dicho: “nosotros los vamos a capacitar y les prometemos que van a tener algo mejor, que van a tener una expectativa segura de trabajo, de bienestar, de superarse”. Y resultó que al final, en ciertos momentos nos sentimos un poco más y [...] dando lástima y pidiendo limosna, siendo que eran nuestros derechos. Entonces, pa'mí, los cursos, soy un convencido, son una burla, son una estupidez [...]²⁷

LA POLÍTICA SOCIAL COMO ESPACIO RELACIONAL Y ESCENARIO DE APROPIACIÓN JUVENIL

La elección de la experiencia del Programa de Capacitación Laboral de Jóvenes descansa en que su condición de espacio institucional presenta el desafío de desarrollar mis intuiciones sobre la relevancia que tienen los procesos de apropiación, incluso en estos espacios, para los procesos identitarios juveniles. Es decir, el programa importa en tanto constituye para los jóvenes un campo concreto de relaciones interpersonales, grupales y con la institucionalidad. Además, como esta política tiene por objetivo habilitar a los jóvenes de escasos recursos con mayores competencias para que accedan al mercado laboral y ha sido evaluado exitosamente tanto por el gobierno chileno como por organismos internacionales (BID), responde precisamente a la visión que tiene el mundo adulto del “problema juvenil”.

Como sostienen Peter Berger *et al.* (1979), el campo del trabajo tiene gran importancia para los individuos de escasos ingresos, ya que en ellos pueden adquirir nuevos recursos cognitivos, tecnológicos y culturales, desarrollando nuevas destrezas sociales para la interacción con otros. Normalmente, estos recursos (formas de actuar, lenguaje, información y va-

²⁷ Planteamiento de un joven en una sesión de “grupo de discusión” realizado para observar el impacto psicosocial del programa en los beneficiarios (SUR Profesionales, 1995).

lores) se traducen en el reconocimiento de un mayor estatus en el medio social de origen. De ahí que considere que la importancia del programa de capacitación radicó, más que en los objetivos originales del Estado, en la configuración de un espacio cuyo ambiente situacional funge principalmente como ámbito de socialización y de adquisición de recursos de capital social y cultural.

En consecuencia, lo central de la experiencia es que ofreció a los jóvenes un repertorio renovado de oportunidades de socialización y socialidad (socialización lúdica), debido a lo cual lo significaron positivamente, pero no como puerta de ingreso al trabajo sino como espacio propio y vital. Además, en virtud de la escasa preeminencia actual del trabajo como ruta en el horizonte social de los jóvenes de escasos recursos, no implica necesariamente incertidumbre o ausencia de futuro. El deterioro de los valores y pautas sociales en este sector social puede permitir la construcción de otras rutas con similares propiedades simbólicas de identidad personal y pertenencia social, tales como la prostitución, la delincuencia, la vagancia, el ocio, entre otras (Medina, 1997). No obstante, es evidente que la significación que el joven atribuyó a su experiencia en el curso de las acciones del Programa de Capacitación fue fundamental para la construcción de expectativas asociadas a un futuro laboral. En ello estriba la importancia de los factores subjetivos en toda política de este tipo, ya que —como veremos más adelante— de acuerdo con el ambiente situacional que se construye en el curso de las acciones, los jóvenes pueden articular o consolidar realmente sus expectativas laborales.²⁸

Evidentemente las motivaciones de los jóvenes para entrar son de índole variada, ya que dependen tanto de factores estructurales como de los subjetivos.²⁹ Los estructurales (origen social, nivel educativo, nivel de ingreso familiar, lugar de residencia) son considerados en la ela-

²⁸ La consolidación de expectativas en el proceso de capacitación remite a las situaciones en que los jóvenes ingresan al programa con claras expectativas de ingresar al campo laboral. De este modo, los ambientes situacionales que perciban durante la capacitación pueden ratificar o refutar sus construcciones iniciales.

²⁹ En la investigación sobre la experiencia chilena entre 1991 y 1994 se detectó que los jóvenes, al momento de incorporarse a los cursos de capacitación, tenían motivaciones disímiles: *i*) divertirse y hacer nuevos amigos; *ii*) lograr un beneficio inmediato (beca de estudios); *iii*) aprender un oficio o tener mayor reconocimiento social, por medio del dominio del oficio; y, finalmente, *iv*) ingresar al mundo del trabajo (Medina, 1996).

boración de la política. En cambio, los factores subjetivos,³⁰ como la percepción de experiencias de trabajo previas, la necesidad o urgencia de obtener opciones vitales, la disposición jerárquica de otras alternativas de futuro (delincuencia, vagancia, prostitución) en su actual escala valórica o la indefinición de alternativas, ambiciones de movilidad social y la aceptación de la materialidad de la pobreza, son ignorados para diseñar los procesos y modalidades de acción en los proyectos de empleo o, más específicamente, en los programas de capacitación laboral.

A partir de lo anterior, deseo insistir en que, más allá de las buenas intenciones y modalidades de operar de las instituciones gubernamentales y privadas, existe un abierto desfase entre la percepción juvenil de las acciones de capacitación laboral y las consideraciones que atiende la política para concluir sobre la pertinencia o validez de los resultados (Medina, 1997). Con ello se evidencia que a pesar de compartir un mismo espacio social los itinerarios que siguen jóvenes y Estado son distintos, paralelos y no llegan a cruzarse en el desarrollo de las acciones, lo cual tiene claras implicaciones en el destino final del trayecto hacia el trabajo. De ahí que sea fundamental, para aumentar las posibilidades de este tipo de políticas, considerar a la interpretación que el joven haga de las interacciones que experimenta en el transcurso del proyecto de capacitación, ya que influirán en la forma que perciba y atribuya significado a la —nueva o renovada— alternativa de ingresar al mundo del trabajo.

¿Qué permite, pues, que estos espacios institucionales adquieran un cariz distinto para los jóvenes, quienes lejos de reducirse a las conductas u ocupaciones que demanda el aprendizaje técnico los significan como nuevos campos para abrir sus horizontes sociales relacionales y afectivos? Es indudable que en el transcurso de las distintas fases de la capacitación —con claras diferencias, según se trate de la fase lectiva o práctica— los jóvenes conocen gente distinta a la de su espacio barrial (instructores, supervisores del gobierno, chicos y chicas de otros lugares de la ciudad, trabajadores adultos y jóvenes como ellos), hacen nuevos amigos, incluso inician relaciones amorosas que les producen grandes gratificaciones personales. Veamos esto de una forma más detenida.

³⁰ El factor subjetivo remite a la construcción que hace el joven de su imagen personal y social y de sus opciones de futuro, a partir de los elementos cognitivos y simbólicos que recibe, apropia y resignifica de la cultura hegemónica o ámbitos del poder, de la cultura parental y de la interacción con sus pares en los espacios de su mundo cotidiano.

Así como algunos autores han señalado que las culturas indígenas no agotan su verdad, como culturas subordinadas, en su inserción a la estructura productiva del capitalismo (Martín-Barbero, 1997: 206), pienso que las culturas juveniles asociadas a los jóvenes de los grupos de escasos recursos tampoco se extinguen, ya sea material, social o simbólicamente, en las rutas que siguen hacia el mundo del trabajo. Es decir, su trayectoria vivencial connota una infinidad de mundos simbólicos y espacios sociales —entre los cuales se incluyen los propios espacios institucionales— que alimentan su cotidianidad y dan sentido a sus prácticas sociales y, así, van configurando de modo discontinuo una identidad fragmentada y mutable (Maffesoli, 1993). En otros términos, en el proceso identitario tienen gran importancia los espacios de socialización y los procesos relacionales que los jóvenes desarrollan en y con dichos espacios.

Como en cierto sentido ya he señalado, los jóvenes articulan “una imagen de sí” a partir de establecer relacionamente las diferencias y semejanzas con un otro individual o social. En ello operan dos procesos concomitantes o yuxtapuestos: *i*) primero, los jóvenes significan los discursos provenientes de las culturas que le son impuestas por el lugar social y territorial y por el “lenguajear” que establecen los códigos de comunicación, formas de actuar y de entendimiento en el medio en que transcurre su vida, es decir, permite la comunicación entre los individuos (Maturana, 1995 y 1997a); y *ii*) la construcción de imágenes que los jóvenes hacen de sí y del mundo en relación de sí que, en términos de Feixa (1996b), refiere a la construcción juvenil de la cultura; o sea, la construcción de un mundo posible donde habitar.

En el primer proceso los dispositivos culturales y *massmediáticos* tienen un papel preponderante, no sólo porque transmiten el “deber ser” sino porque confieren recursos discursivos para los propios procesos interaccionales de los individuos; es decir, traspasan los elementos que en la interacción influyen recíprocamente en las acciones de los sujetos que se encuentran en un espacio determinado (Goffman, 1971).

En el segundo, operan dos fenómenos a destacar. Por un lado, la relevancia del propio espacio que, más allá de los atributos que posee e inciden en el tipo de interacción al que sirve de escenario (Simmel, 1987),³¹ mediante los procesos de apropiación que desarrollan los indi-

³¹ De acuerdo con Simmel (1987), todo espacio social contiene atributos que influyen en la dirección o resultado que tenga la interacción que en él se desarrolla. Entre otros

viduos les confiere un sentido de pertenencia. En consecuencia, el espacio social configurado por el programa de capacitación otorga a los jóvenes un sentido de “ser parte de una misma experiencia”, dándole una idea de “comunidad” que los diferencia de otros jóvenes que no han tenido acceso a ella. En la medida que este sentido de pertenencia genera una identificación con el grupo y el ambiente situacional, asistimos a una agregación en el nivel simbólico. En otras palabras, en estos espacios se configuran agregaciones en el nivel simbólico y, por lo tanto, dan lugar a la confluencia o comunión de los códigos de interacción, símbolos de referencia y significaciones de los espacios y experiencias individuales que se manifiestan en la esfera cultural. De acuerdo con Mary Douglas y Baron Isherwood (1990) se genera al encuentro de los objetos o instrumentos de mediación que las personas requieren —y construyen— para lograr satisfacer su necesidad de relacionarse con otros, que no es otra cosa que la capacidad humana de la comunicación (Maturana, 1997).

En consecuencia, en función de la interacción simbólica que se da entre las personas que comparten la experiencia en el marco de un determinado entorno cultural y urbano (Valera y Pol, 1990), el Programa de Capacitación Laboral en tanto espacio social devino una construcción social.³² En la medida que, independientemente de su orientación,³³ todas las interacciones terminan aportando elementos a los procesos identitarios juveniles, lo importante a destacar aquí es que los jóvenes se apropian de este espacio. Lo que se traduce en su uso como un nuevo lugar para configurar amistades o adquirir mayores recursos sociales de utilidad para saber actuar en nuevos espacios sociales, distintos a los de su lugar de origen o cotidianidad. En este sentido disiento de Alberto Melucci (1997), para quien en cada nuevo espacio social los jóvenes deben, desde cero, reconstituir su identidad: es decir, en su opinión, para que un joven decida cómo actuar, cada vez que lo haga tiene que producir una definición de sí mismo que lo ayuda a decidir el curso de acción

atributos, señala la exclusividad, la fragmentación y hacer posible fijar los contenidos de la interacción.

³² En opinión de Valera y Pol, “desde planteamientos interaccionistas simbólicos, sabemos que los objetos que configuran nuestro mundo son considerados como tales cuando el ser humano es capaz de dotarlos de un significado, y que este significado es un producto socialmente elaborado a través de la interacción simbólica” (1990: 7).

³³ De acuerdo con Ralph Turner (1968) las interacciones pueden ser orientadas a una tarea específica o a la identidad o pueden ser de orden casual.

a seguir y para lo cual no le sirve lo que ha aprendido en las experiencias previas.

Junto a lo anterior cabe destacar un fenómeno singular asociado a la construcción juvenil de la cultura: esto es, los procesos de socialización. Con este fenómeno, Michel Maffesoli alude a “la solidaridad básica, la teatralización y la organicidad de las pasiones, los gestos y los discursos” en los procesos de socialización lúdica que ocurren en los intersticios de los espacios institucionales (Maffesoli, 1993: 49). A través de ellos, los jóvenes construyen significados compartidos con otros individuos que asisten “al encuentro lúdico” o participan de la construcción del ambiente situacional de aceptación plena del otro (confianza). De este modo, la apropiación de la experiencia —nueva significación— se da en el marco de una construcción de sentido colectivo de aquélla; en este caso, del aprendizaje que se obtiene en la experiencia del Programa.

En este aprendizaje es fundamental la posibilidad de desplegar la facultad de generar percepciones, soluciones o productos novedosos, lo cual está vinculado con aspectos neurofisiológicos, afectivos, motivacionales, culturales e intelectuales (Stuardo, 1997). Por lo tanto, aquí la importancia del aprendizaje no refiere tanto a los nuevos conocimientos y destrezas en un oficio, sino a las habilidades sociales que se adquieren en los procesos de socialidad que se construyen con los pares y, sobre todo, con los individuos o grupos cercanos pero de otras áreas de la ciudad o lugares de la estructura social. Así, la adaptación al trabajo que algunos jóvenes obtienen al terminar su calificación en el programa³⁴ sólo se logra en la medida que, junto con permanecer en él un tiempo prolongado, se establezcan vínculos afectivos con el grupo de pares en el lugar de trabajo, sin los cuales los jóvenes no alcanzan a estabilizar sus expectativas y sus aspiraciones laborales (Mideplan-Sence, 1997).³⁵

³⁴ Para aprobar los cursos de capacitación, a los organismos que se presentan a las licitaciones que se convocan públicamente para tal efecto, el programa exige la acreditación de compromisos empresariales que recibirán o contratarán a un porcentaje menor de los alumnos a capacitar. De ahí que un porcentaje menor de los jóvenes capacitados —generalmente, los más sobresalientes o que establecen vínculos con los responsables de las prácticas laborales en las empresas— acceden a un puesto de trabajo al cabo de la capacitación.

³⁵ En el citado estudio se establece una diferencia conceptual entre expectativas laborales y aspiraciones laborales; asociando las primeras al orden de lo posible y las segundas al orden de lo deseable.

O sea de repente yo pienso que a uno no le gusta la paga, uno va a trabajar porque necesita el dinero, necesita para subsistir, y a medida que va pasando el tiempo, por los amigos que se hace ahí, más por los amigos pienso yo, que le va empezando a gustar el trabajo; y ahí uno empieza a tratar de tirar más para arriba y quedar ahí y, si Dios quiere, seguir surgiendo ahí en ese trabajo, llegar a ser alguien importante ahí.³⁶

Si hay un buen ambiente, aunque el trabajo sea pesado, las personas hacen agradable el trabajo. Porque si el trabajo es fácil y la gente está tensa igual uno lo hace mal.³⁷

En ello es donde reside mayormente la centralidad de los procesos de socialización lúdicos que ocurren al interior del espacio social del programa, ya que el establecimiento de ese vínculo afectivo no se alcanza vía la demostración del saber hacer o del dominio del oficio aprendido, sino es a través de las manifestaciones de socialidad con los pares o partícipes de los procesos interaccionales que se potencia la incorporación de nuevos recursos sociales y culturales. Así como Humberto Maturana y Gloria Guillof (1995b) sostienen que un niño o niña que crece con respeto por sí mismo, tiene grandes oportunidades de aprender cualquier cosa y adquirir cualquier habilidad deseada, considero que por la vía de la apropiación de los espacios institucionales se configura un ambiente situacional de confianza y afectividad que facilita percibir y adquirir conocimientos técnicos, nuevas pautas sociales y recursos culturales.

La centralidad de este fenómeno al interior del programa queda reflejada en que uno de los factores que más fue destacado por los jóvenes que conformaron los grupos de discusión para evaluar el impacto psicosocial del programa se refiere al ambiente amistoso y afectivo que imperó en los cursos de capacitación (SUR Profesionales, 1995):

Nosotros teníamos un recreo, como (el curso era) en la noche, íbamos a tomarnos un cafecito, y los profes iban con nosotros y conversábamos igual como si fuéramos personas.

También el ambiente era rico [...] cualquier problema, eran bien unidos para el poco tiempo que estuvimos, Claro, los profesores eran súper, cualquier consulta al tiro, más que nada eran amigos.

³⁶ Extracto tomado de los grupos de discusión realizados en el marco del estudio sobre orientaciones juveniles sobre el trabajo (Mideplan-Sence, 1997: 25).

³⁷ Extracto tomado de los grupos de discusión realizados en el estudio sobre el impacto psicosocial en los beneficiarios (SUR Profesionales, 1995).

En el curso de nosotros había una niña [...] fue uno de esos casos especiales de que (pese a tener problemas) le gustaba aprender. Pero en el curso de nosotros era algo tan [...] es como familiar, o sea nos ayudábamos todos. A ella todos juntos la sacábamos adelante. Yo no sé si los demás cursos habrán sido igual, pero entre todos la ayudamos hasta que salió adelante. No hubo otra diferencia, si ella quiso superarse, todos la ayudamos y salió adelante.

Producto de lo señalado más arriba, junto a Alejandro Stuardo considero que la riqueza de la experiencia radica en la creación de “un sentimiento personal positivo, una disposición interna de grandes potencialidades (con lo cual los jóvenes) se sienten capacitados para enfrentar situaciones relacionales con mayor asertividad, resultándoles más fluidos la conversación, el planteamiento de ideas y la interacción con los demás” (Stuardo, 1997: 22).

Independientemente de la adquisición o no de nuevos conocimientos y destrezas en algún oficio, en virtud de la apropiación que los jóvenes hicieron del espacio social creado en torno al programa, lograron ampliar su horizonte social en términos de experimentar la vida cotidiana más allá de los límites de su espacio barrial. Si bien el proceso de socialización lúdica se extendió sólo los cuatro meses que duran los cursos de capacitación, se tradujo en la articulación de un ambiente de aceptación del otro y de confianza colectiva. Este ambiente situacional devino en la constitución de una “comunidad simbólica” (Hunter, en Valera y Pol, 1990) que los habilitó con un mayor capital cultural y social para su trayectoria vital futura.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Miguel Ángel *et al.* (1995), “Televisión y vida cotidiana. Una aproximación cualitativa”, en *Visión 5. Vida urbana y comunicación*, México, UAM-Xochimilco, pp. 123-155.
- BERGER, Peter y Thomas Luckman (1979), *La construcción social de la realidad*, Argentina, Amorrortu.
- y Hansfried Kellner (1985), *La reinterpretación de la sociología. Ensayo sobre el método y la vocación sociológicos*, España, Espasa-Calpe.
- BERNARDI, Bernardo (1985), *Age Class System*, Nueva York, Cambridge University Press.

- BOURDIEU, Pierre (1990), *Sociología y cultura*, México, Grijalbo-Conaculta.
- CISNEROS, César *et al.* (1999), "Extraños y extranjeros: una aproximación metafórica a la psicología política", en Luis Oblitas y Knauth Rodríguez (coords.), *Psicología política. La contribución hispanoamericana*, México, Plaza y Valdés-Universidad Interamericana.
- Conapo (1997), *La situación demográfica de México*, Conapo, México.
- DOUGLAS, Mary y Baron Isherwood (1990), *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*, México, Grijalbo-CNCA.
- FEIXA, Carles (1989), "Pijos, progres y punks. Hacia el estudio antropológico de la juventud urbana", en *De Juventud*, núm. 34, Instituto de la Juventud, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 69-78.
- (1990), "Púberes, efebos, mozos y muchachos. La juventud como construcción cultural", en VV.AA., *Juventud y sociedad: del neolítico al neón*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, pp. 19-58.
- (1992), "De las bandas a las culturas juveniles", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 15 (V), México, Universidad de Colima, pp. 139-170.
- (1995), "Tribus urbanas y chavos banda. Las culturas juveniles en Catalunya y en México", en *Nueva Antropología*, revista de Ciencias Sociales, núm. 47, México, pp. 71-93.
- (1996a), "Sexualidad y cultura juvenil", conferencia impartida en El Colegio de México, México.
- (1996b), "El estudio de la juventud: técnicas de investigación. Del diagnóstico a la intervención", conferencia impartida en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad de Iztapalapa, México.
- (1998), *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, México, Causa Joven.
- FEYERABEND, Paul (1993), *Tratado contra el método*, México, Rei.
- FIRPO, Arturo (1980), "Prólogo", en G. Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona, Petrel, pp. i-x.
- FUENZALIDA, Valerio (1994), "Televisión para el joven en transición", en Cortés y Cottet (coords.), *Primer Informe Nacional de Juventud*, Chile, Mideplan-Inj., pp. 423-433.
- GADAMER, Hans-Georg (1993), *Verdad y método*, II, España, Sígueme.
- GARCÍA ROBLES, Jorge (1985), *¿Qué transa con las bandas?*, México, Posada.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.
- (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- (1996), "Ciudades y ciudadanos imaginados por los medios", en *Perfiles Latinoamericanos*, año 5, núm. 9, México, Flacso, pp. 9-24.

- GARFINKEL, Harold (1984), *Studies in Ethnomethodology*, Cambridge, Polity Press.
- GEERTZ, Clifford (1964), "Ideology as a Cultural System", en Apter (ed.), *Ideology and discontent*, Nueva York, Free Press, pp. 47-76.
- GERGEN, Kenneth (1992), *El Yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*, España, Paidós.
- GIDDENS, Anthony, Jonathan Turner y otros (1990), *La teoría social, hoy*, México, Conaculta-Alianza, Col. Los Noventa.
- GIULIANO, Luca (1979), *Gioventoe e istituzioni nella Roma antica*, Roma, Artística.
- GOFFMAN, Erving (1971), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Argentina, Amorrortu.
- GÓMEZJARA, Francisco et al. (1985), *Pandillerismo en el estallido urbano*, México, Fontamara.
- (1987), "Las bandas en tiempo de crisis", en *Nueva Sociología*, México.
- IZQUIERDO, Rafael (1996), "Juventud y empleo: entre la escuela y el trabajo", en Cordera y Becerra (coords.), *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*, México, UNAM, pp. 117-146.
- KETT, Joseph (1990), "Descubrimiento e invención de la adolescencia en la historia", en *Journal of Adolescent Health*, núm. 14, pp. 664-672.
- KUHN, Thomas (1982), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, Col. Breviarios.
- LECHNER, Norbert (1995), *La dimensión subjetiva*, Taller de Teoría Política impartido en Flacso-Sede México, mayo.
- LASH, Scott (1997), *Sociología del posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu.
- LIPOVETSKY, Gilles (1995), *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama.
- LUTTE, Gérard (1991), "La adolescencia en la historia", en Lutte, G., *Liberar la adolescencia: la sicología de los jóvenes de hoy*, Col. Biblioteca de Psicología, núm. 168, Barcelona, Herder, pp. 21-35.
- LYOTARD, Jean-François (1989), *La condición posmoderna*, México, Cátedra.
- MAFFESOLI, Michel (1993), *El conocimiento ordinario. Compendio de sociología*, México, FCE.
- (1995), *Modernidad, racionalismos y vida cotidiana*, Seminario impartido en El Colegio de México, México, septiembre.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (1987), *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, G. Gili.
- MATURANA, Humberto (1995a), *El sentido de lo humano*, Chile, Dolmen.
- (1995b), *Emociones y lenguaje en educación y política*, Chile, Dolmen.
- y Sima Nisis (1997), *Formación humana y capacitación*, Chile, Dolmen.

- MEAD, Margaret (1985), *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Planeta.
- MEDINA, Gabriel (1996), *Análisis de una política social como espacio articulador de expectativas laborales (Potencialidades del Programa Chile-Joven)*, Tesis para optar al grado de Maestro en Ciencias Sociales, México, Flacso.
- (1997), "Itinerario con destino desconocido. Los jóvenes rumbo al mundo del trabajo", en *Revista JOVENes*, núm. 3, México, Causa Joven, pp. 94-106.
- MELUCCI, Alberto (1997), *La identidad como construcción: vida cotidiana y acción colectiva*, conferencia impartida en Flacso-Sede México, octubre 1°.
- Mideplan-Sence (1997), *Orientaciones juveniles sobre el trabajo*, informe de avance núm. 1, Chile, Ministerio de Planificación y Cooperación, Programa de Monitoreo de la Política Social, mimeo.
- NORTH, Douglas (1993), *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, FCE.
- Oficina Panamericana de la Salud (1985), *La salud del adolescente y el joven en las Américas*, Washington, OPS.
- PARSONS, Talcott (1968), *La estructura de la acción social*, España, Guadarrama.
- POL, Enri et al. (1996), *Proyecto: ciudad, identidad y sostenibilidad*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- PORTER, Alejandro (1996), "Las ciencias en conflicto: tipos y funciones de la transgresión interdisciplinaria", en *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 42, El Colegio de México, pp. 595-626.
- RODRÍGUEZ, Ernesto (1995), *Capacitación y empleo de jóvenes en América Latina*, Uruguay, Cinterfor.
- SALAZAR R., Diego (1995), "Adolescencia, cultura y salud", en Maddaleno, Munist, Serrano et al. (comps.), *La salud del adolescente y del joven*, Washington, Organización Panamericana de la Salud, Publicación Científica núm. 552, pp. 15-26.
- SARLO, Beatriz (1994), *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y video cultura en la Argentina*, Argentina, Ariel.
- SIMMEL, Georg (1987), *Sociología: ensayo sobre las formas de socialización*, Madrid, Alianza, 2 vols.
- STUARDO, Alejandro (1997), *Estudio sobre la calidad del módulo de formación para el trabajo en el Subprograma Capacitación y Experiencia Laboral en Empresas. Resumen ejecutivo*, Chile, Folico, mimeo.
- TAYLOR, S. J. y R. Bogdan (1996), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Barcelona, Paidós.
- TURNBULL, Colin (1984), *Los pigmeos, el pueblo de la selva*, Barcelona, Vergara.
- TURNER, Ralph (1968), "La concepción de sí mismo en la interacción social", en Gordon y Gergen (comps.), *The self in social interaction*, Nueva York, Wiley and Sons, traducción de Gilberto Giménez, mimeo.

- UCP (1996), *Programa Nacional de Capacitación de Jóvenes (síntesis descriptiva)*, SENCE-Ministerio del Trabajo y Previsión Social, Chile, mimeo.
- URTEAGA, Maritza e Inés CORNEJO (1995), "La privatización afectiva de los espacios comerciales por las y los jóvenes", en *Revista Ciudades. Culturas del espacio público*, núm. 27, México, pp. 24-28.
- (1996b), "Organización juvenil", en Pérez y Maldonado (coords.), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México*, México, Causa Joven, pp. 150-261.
- VALENZUELA, José Manuel (1988), *¡A la brava ése!*, México, El Colegio de la Frontera Norte.
- VALERA, Sergi y Enric Pol (1994), "El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la psicología social y la psicología ambiental", en *Anuario de Psicología*, núm. 62 (vol. 3), Barcelona.
- ZOLO, Danilo (1994), *Democracia y complejidad*, Argentina, Nueva Visión.

SEGUNDA PARTE

DE INSTITUCIONES, DROGAS Y JÓVENES

ALFREDO NATERAS DOMÍNGUEZ*

RESUMEN

Este ensayo sitúa de manera general algunos pasajes en la construcción de imaginarios sociales acerca del uso de drogas en los siglos XIX y XX en las sociedades estadounidense y mexicana.

El núcleo es el discurso del poder médico-psiquiátrico que conlleva una normatividad de control en el uso social de drogas que a su vez alimenta, desde su racionalidad científica, los imaginarios sociales.

A partir de aquí se resaltan usos, espacios y significaciones armadas por los distintos actores que remiten a la configuración de instituciones de asistencia social.

Asimismo, se lleva a cabo una “mirada crítica” al discurso de dos instancias importantes en México en relación con la problemática juvenil de la farmacodependencia: el Instituto Mexicano de Psiquiatría (IMP), y los Centros de Integración Juvenil (CIJ).

Se concluye marcando algunas rutas teórico-metodológicas para la reconstrucción del uso social de drogas objetivadas en programas preventivos que creen sentido y procuren el cuidado de sí en aquellos jóvenes, hombres o mujeres, que ya consumen drogas.

* Profesor-investigador de tiempo completo de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Departamento de Sociología. Psicología social.

INTRODUCCIÓN

Uno de los ámbitos de análisis y discusión más acuciantes en nuestra sociedad urbana contemporánea se da en la relación entre las instituciones de salud social, los jóvenes (hombres-mujeres) y sus prácticas culturales como es el uso social de drogas.

Esta relación es compleja y se circunscribe en una serie de contextos y procesos que hay que problematizar para desmontar el discurso médico-psiquiátrico dominante, reflexionar y repositionarse desde “miradas diferentes” a las usualmente establecidas.

Dentro de estos contextos y procesos podríamos mencionar:

1) El uso social de drogas ha existido y existirá siempre como práctica cultural¹ en ciertos sectores, grupos y sujetos, especialmente jóvenes.

2) El problema de la farmacodependencia² es construido desde la modernidad,³ y conlleva edificación de instituciones, discursividades, prácticas profesionales, normatividad del poder médico-psiquiátrico e imágenes sociales en relación con épocas, grupos etarios, usuarios y espacios.

3) El elemento de lo global se refiere a un escenario donde se da un nuevo orden mundial en relación con las políticas sobre drogas como a las diversas prácticas concretas por parte de algunos jóvenes.

4) Las políticas nacionales sobre drogas se engranan dentro de las internacionales emanadas de la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización Panamericana de la Salud (OPS), creando un discurso cuyo carácter se traduce en una postura prohibicionista y de control social.

5) Las instituciones abocadas al ámbito de la salud social como el Instituto Mexicano de Psiquiatría (IMP) y los Centros de Integración Juvenil (CIJ), construyen una mirada teórico-conceptual acerca de la problemática de la farmacodependencia del adolescente y lo juvenil que incide en la manera en que éstas abordan u operan en esa realidad.

¹ El concepto de cultura en las disciplinas sociales, y desde una perspectiva sociosemiótica, ha alcanzado consenso como para considerarlo como el ámbito de producción, circulación y consumo de significaciones. Al respecto véase García Canclini (1991).

² El término de farmacodependencia se refiere a la concepción médica más clásica: la interacción entre un fármaco y el organismo vivo que causa alteraciones tanto físicas como mentales en los usuarios.

³ En su aspecto amplio se entiende por modernidad la transición del siglo XVI al XVII, es decir, el Renacimiento, cuyo principio se sustenta en la racionalidad, el desarrollo de la ciencia y la tecnología.

6) La farmacodependencia se visualiza principalmente desde el discurso del poder médico-psiquiátrico a través de la disciplina de la salud pública y de las investigaciones epidemiológicas con métodos cuantitativos.

7) La juventud no está conceptualizada por estas instituciones. Se usa generalmente el concepto bio-psico-social de la adolescencia y se le reduce a un dato cuantitativo.

8) No existen debates o conocimientos públicos acerca de la política sobre las drogas y menos con el sector juvenil, es decir, no se considera a los usuarios de las instituciones en el diseño de sus políticas.

9) Los programas nacionales de prevención primaria son atemporales en el caso de aquellos jóvenes que al recibir una plática informativa usan ya alguna droga. Dichos programas no crean sentido ni significado para estos jóvenes.

10) Estos programas fundamentalmente de prevención de farmacodependencia, niegan o borran las particularidades regionales, culturales y de género de los jóvenes.

11) El uso social de drogas, al ser una práctica de ciertos sectores de jóvenes, tanto hombres como mujeres, se inscribe en la construcción de procesos psicosociales intersubjetivos. Dentro de estos procesos destaca la construcción de identidades sociales.

12) La juventud o lo juvenil es una construcción socio-cultural específica, diversa, compleja, ambigua y multiinterpretable.

DE LA MEMORIA GLOBAL A LA LOCAL EN EL USO SOCIAL DE DROGAS
(CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA)⁴
LOS CASOS ESTADUNIDENSE Y MEXICANO

Interesa reconstruir de manera general cierta memoria histórico-cultural en relación con las distintas formas en que la sociedad estadounidense y la mexicana, y los diversos grupos que las conforman, se han vinculado con las drogas. Esto nos lleva a un plano espacio-temporal con sus respectivos elementos que van delineando políticas, rasgos, posturas y “miradas” institucionales en lo que atañe a lo juvenil y las drogas.

⁴ Sin lugar a duda uno de los textos básicos que se refiere a un análisis profundo de cómo se ha construido la historia en el uso social de drogas, lo encontramos en el trabajo del español Antonio Escobedo (1997).

Las reglamentaciones incipientes se ligan con la construcción de una opinión pública⁵ respecto a las drogas. Esta actitud social armada en relación con el uso social de drogas ha sido y es variante. Así, destaca que tanto en los Estados Unidos como en el México de mediados de los siglos XIX y XX se ha transitado entre la tolerancia y la intolerancia con intentos de control tanto en el ámbito internacional como en el nacional (Musto, 1994; Pérez, 1995).⁶

La configuración y tránsito de la tolerancia a la intolerancia está ligada, principalmente, al desarrollo de ciencias como la medicina, biología, química orgánica y psiquiatría, las cuales, a través de su racionalidad científica y conocimiento producido fueron marcando e imponiendo cierta normatividad respecto a la práctica del uso social de drogas. Esta normatividad se expresa a través de actitudes, opiniones, valores y prejuicios que ciertos grupos y comunidades académicas erigen, sancionando socialmente a los consumidores de drogas.

Musto (1994) se refiere a los tipos o formas actitudinales que *la sociedad estadounidense* fue creando respecto al asunto de las drogas. El debate se ha centrado entre la intolerancia, encaminada a la reducción de la demanda (uso de drogas) y la aceptación, de tal suerte que nos encontramos con una doble moral que actualmente aún persiste.

En los Estados Unidos del siglo XIX, el uso social de drogas, específicamente en lo que atañe a los opiáceos y la cocaína, era para ayudarse en

⁵ Es común que los estudios epidemiológicos en relación con la prevalencia e incidencia en el uso de drogas se basen en encuestas de opinión. Al respecto vale mencionar al sociólogo francés Pierre Bourdieu quien en una conferencia dictada en 1972 denominada "La opinión pública no existe", reflexiona acerca del funcionamiento y función de los sondeos de opinión. Cuestiona tres presupuestos con los que se arman las encuestas de opinión: 1. que todos tengan una opinión, 2. que éstas tengan para todos el mismo valor, y 3. el consenso en las preguntas que se hacen. En ese sentido, Bourdieu refiere: "[...] su función más importante consiste quizá en imponer la ilusión de que existe una opinión pública como mera suma de opiniones individuales; debe imponer la idea de que existe algo que sería una especie de media de las opiniones o de opinión media" (Bourdieu, 1990: 241).

⁶ Musto (1994) lleva a cabo un interesante recorrido histórico, social y político de mediados del siglo XIX y principios del XX de la sociedad estadounidense y su relación con las drogas. Las drogas aludidas son los opiáceos, la cocaína, el opio y la heroína. Por su parte, Pérez (1995) realiza una revisión de archivo hemerográfico y bibliográfico exhaustivo donde da cuenta del periodo de 1870 a 1920 en la relación del Estado mexicano con las drogas y la sociedad. Recién acaba de publicarse *Orígenes y efectos de las adicciones: antología de la revista Addictus* (1997), SEP, México, donde el lector podrá encontrar una interesante compilación de trabajos respecto a las adicciones.

la vida diaria, es decir, su uso se veía con naturalidad. La cocaína y la morfina eran accesibles en hojas o botones de plantas. También comenzaron a producirse una serie de acontecimientos sociales-científicos que fueron determinando las posteriores prácticas en el uso de drogas. Por ejemplo, el desarrollo de la química orgánica (1800) fue transformando las formas originales de estas drogas; se aisló la morfina (1810); apareció la cocaína (1860); surgió la aguja hipodérmica usada por médicos y familias de pacientes (1870); la heroína fue introducida al mercado por la compañía Bayer (1898) y creció la industria farmacéutica.

Estas situaciones llevan a destacar que las posturas discursivas, actitudinales y de opinión son construcciones históricas y socialmente situadas que van conformando una imagen social de la época y del uso de drogas que, en palabras de Musto, sería: “cuando hablamos de consumo de opio, opiáceos, coca y cocaína en el siglo XIX estadounidense, estamos mirando una etapa de amplia disponibilidad y consumo irrestricto” (Musto, 1994: 27).

Además, aunque no había restricciones en importaciones y el consumo de drogas y sus derivados, lo que va emergiendo es la edificación de atribuciones y representaciones sociales⁷ asociando el uso de drogas a determinado tipo de grupos sociales, las más de las veces por miedo o rechazo.

EL SIGLO XX EN ESTADOS UNIDOS

Este siglo marca el inicio de considerar a las drogas como peligrosas, adictivas y por lo tanto el requerimiento de controlarlas. De tal suerte que se va conformando un espíritu de intolerancia. Veamos: prohibición del opio —menos para el médico— (1905); restricciones de opio fumado (1909), de importaciones legales de opio puro (1915);⁸ y la ley seca del alcohol (1920).

⁷ La representación social intersecta la psicología con la sociología posibilitando el acercamiento a lo cotidiano. Lo importante de esta microteoría psicosocial es ser un modelo para la construcción social del conocimiento de la vida diaria. Además, está vinculado con los saberes del sentido común y el pensamiento práctico. Incluso, a partir de las representaciones sociales es factible estudiar las identidades.

⁸ El lector recordará lo que se conoce como la guerra del opio, que consistió en una lucha comercial entre diferentes países por el control y reglamentación del negocio. En

Esta secuela de prohibición legal conlleva un control social, en primera instancia, en el interior de la sociedad estadounidense, y en segunda, se liga con imponer, como sucede actualmente, sus políticas sobre las drogas a otros países por medio de organismos internacionales como la OMS y la OPS. A esto se unen los estereotipos y prejuicios construidos socialmente en relación con el uso de drogas y grupos específicos o marginales. Por ejemplo: el opio lo llevaron a Estados Unidos los colonizadores europeos y lo usaban contra las dolencias; actualmente se asocia con los inmigrantes chinos con todas las secuelas de ser considerados miembros honorables de todo tipo de mafias; el uso de la cocaína se vincula con la comunidad negra, y toda la dosis de discriminación racial que conlleva; la marihuana a principios de los treinta estaba relacionada con los inmigrantes mexicanos, depositándoseles la responsabilidad de la violencia: actualmente son considerados como indeseables; la marihuana en los años sesenta,⁹ se vincula con las capas sociales más relajadas, liberales e intelectuales, principalmente jóvenes a través del movimiento hippie, la generación beat, entre otros; y actualmente el gobierno estadounidense ubica el fuerte problema que tiene con sus consumidores de drogas más allá de sus fronteras, adjudicándoselos a los países cultivadores y a los diferentes cárteles del narcotráfico: colombianos y mexicanos por excelencia.

Podemos decir que la relación del gobierno estadounidense, las drogas y los grupos sociales se basa en el incremento de la punibilidad contra consumidores (la demanda) y traficantes (la oferta). Es en el nivel de la oferta (el tráfico) donde se apuesta en la guerra contra las adicciones. Además es una conflagración que está perdida de antemano. Esta situación ha llevado a que exista poca información o una excesiva exagera-

palabras del antropólogo español Oriol Romaní: "La creación del problema de las drogas habría que situarla a un nivel estrictamente sociopolítico. El origen del proceso que llevara a esta creación estaría en las guerras del opio de mediados del siglo XIX, cuando Inglaterra impone la masificación del consumo del opio a la China, y la iniciativa de Estados Unidos, ya a principios del siglo XX, de combatir el mercado del opio a través de una política prohibicionista" (Romaní, 1992: 262-263).

⁹ Entre los años sesenta y setenta se da una aceptación social en el uso de la marihuana en la sociedad estadounidense, y en la mexicana aparece su uso en algunos sectores de jóvenes: "Los índices Gallup sobre relajamiento de leyes contra la marihuana es instructivo. En 1980, 53% de los norteamericanos estaban en favor de la legalización de la marihuana en pequeñas cantidades; para 1986, sólo 27% apoyaba esta percepción" (Musto, 1994:30).

ción sobre los efectos de las drogas, sin negar de ninguna manera el impacto físico y social que tiene en los sujetos. Sin embargo, ocasiona más daño en el tejido social, familiar e intersubjetivo: la narcopolítica, la narcoviolenencia y la narcoeconomía en la que están implicados (y hundidos) bastantes países. Baste citar un ejemplo: ante la cancelación de la idea de futuro y de mejores condiciones de vida desde las instancias sociales de la educación formal e informal, muchos jóvenes, principalmente hombres, se reclutan en las filas del narcotráfico como “opción laboral”, acceso a fuertes ingresos económicos y “estatus social”.

Parafraseando la idea de sociedades (aldeas) globalizadas del nuevo orden mundial (Davies, 1995), creemos que lo descrito anteriormente se engrana o intersecta con la postura del gobierno mexicano y las drogas, y el sentir y pensar de los grupos sociales de la época, de tal suerte que se conforman ciertos imaginarios sociales¹⁰ transculturales o internacio-

¹⁰ El imaginario social se inscribe dentro de una tradición filosófica y de disciplinas sociales. Además, es referirse al griego Cornelius Castoriadis. En el texto: *La institución imaginaria de la sociedad I: marxismo y teoría revolucionaria*, Tusquets, Barcelona, 1983, se encuentran las ideas, conceptos y planteamientos más significativos al respecto. Los términos estrechamente vinculados con el concepto de *imaginario social* son: lo simbólico, la simbolización, lo real, la realidad, el icono, los significantes y la significación. Cornelius Castoriadis menciona que lo denominado por él como *el imaginario*, no tiene nada que ver con situarlo desde la representación (para él representar significa “el decir de la gente”), ni tampoco con lo referido desde ciertas corrientes psicoanalíticas lacanianas como “imaginario o especular”. Lo especular es reflejo, es decir, imagen de. Así, para Castoriadis, *el imaginario*: “[...] no es imagen de”. Es creación incesante y esencialmente indeterminada (social/histórica y psíquica) de figuras/formas/imágenes, y sólo a partir de éstas puede tratarse de algo. Lo que llamamos realidad y racionalidad son obras de esta creación (Castoriadis, 1983:10).

Vale decir que los imaginarios se renuevan y reconstituyen permanentemente, y así como lo social, histórico y psíquico existen en función de que son los hombres quienes los construyen, a su vez éstos también son construidos por aquéllos. Castoriadis menciona que la historia es una poesía en cuanto su cualidad de creación: tener una experiencia de la historia en tanto que ser histórico es estar en y ser de la historia, como también estar en y ser de la sociedad. Significa pensar necesariamente la historia en función de las categorías de su época y de su sociedad, categorías que son [...] un producto de la evolución histórica (Castoriadis, *op. cit.*: 59).

En este sentido, las realidades sociales se tienen que ubicar a partir de un corte histórico cuya significación comprendería considerar los símbolos que en ese momento alimentan el *imaginario social*; siendo sus sedimentos tierra del pasado. Así, la naturaleza de lo social es un inacabado; no es algo cerrado y ni mucho menos constituido de una vez y para siempre. Como se apreciará, existe una configuración y entretrejo entre lo histórico, lo social, la institución, lo imaginario y lo simbólico.

nales similares, aunque no iguales. Esta situación deviene en la utilización, como más adelante se verá, de ciertos referentes teórico-instrumentales de los programas de asistencia social en relación con drogas (preventivos y de tratamiento), de los métodos cuantitativos-epidemiológicos de hacer investigación sobre las drogas, e incluso en las particulares miradas acerca de lo juvenil o los jóvenes, concepto además usado equivocadamente como adolescencia.

El trabajo de Pérez (1995) ubica *en la sociedad mexicana* de finales del siglo pasado y mediados de éste el interjuego en el uso social de las llamadas drogas naturales (marihuana, hongos, peyote, toloache) asociadas a grupos determinados, en este caso los estratos populares y el mundo indígena, y las denominadas drogas químicas, también adscritas a específicos grupos cosmopolitas, de médicos, farmacéuticos, aristócratas e intelectuales.

Este entramado entre lo popular-indígena y cosmopolita conllevan concepciones diametralmente opuestas acerca de los sentidos y significados construidos en la relación o vínculo con las sustancias. Lo anterior decanta en la instauración o edificación de diferentes imágenes sociales asociadas a grupos, ámbitos y espacios en el uso social de drogas en esa época. Por ejemplo: se vinculó la utilización de la marihuana con espacios y ambientes, siendo los más elocuentes el militar (federal-revolucionario) y el carcelario. Esta situación es muy interesante dado que podemos conceptualizar en términos de que el uso social de drogas también tiene que ver con sus prácticas y rituales, espacios e identidades, articulados con contextos históricamente situados que son justamente lo que los produce y reproduce de manera dialéctica.

Desde el pensamiento posmarxista se considera que el punto de vista dialéctico tiene que ver principalmente con la naturaleza relacional (en función de lo otro), procesual (constante devenir) y evolutivo (aspecto histórico) de los objetos sociales, en este caso, del uso de drogas (Georgoudi, 1983).

En México a finales del siglo XIX

Fue entonces que se empezó a limitar el uso y circulación tanto de drogas naturales como químicas hasta declararlas ilegales. Dentro de este tránsito se fue configurando, de igual forma que en la sociedad estaduni-

dense, una doble moral: referida, por una parte, al control férreo en la producción, circulación y consumo, y por la otra, a su permisividad clandestina en algunos momentos, casos y circunstancias.

En 1846 se inició cierto control en el uso social de drogas; el término droga no tenía una implicación negativa (1850); limitaciones (previa receta médica o autorizaciones administrativas) en el uso y venta de algunas sustancias consideradas nocivas para la salud pública, como por ejemplo, el láudano, la "adormidera", la marihuana y el toloache (1870); se reglamentan boticas y droguerías (1878); las imágenes sociales de las drogas eran vistas de una manera muy familiar entre pacientes, aunque en lo referente a los criminales se empieza a focalizar (1870-1880); en la transición de finales del siglo XIX y principios del XX el panorama consistía en la construcción de una imagen social de las drogas (tanto naturales como químicas) de nocividad para la sociedad (1870-1920), en este sentido la marihuana se asocia a soldados y al mundo delictivo. A partir de aquí, se fue edificando un discurso social-moral (amenaza contra las buenas costumbres) y científico-racionalista, a partir del cual se condenaba el uso popular de la marihuana.

En el inicio del siglo XX mexicano

El uso de la marihuana se asocia al mundo carcelario desde una perspectiva vinculada a la enfermedad más que al vicio (1895-1910-1920); durante el movimiento armado, para federales y revolucionarios, la marihuana formó parte de los ambientes cotidianos y su significado consistía en la evasión frente a sus dificultades (1910-1920); todavía hasta 1930 el acceso y consumo de las llamadas drogas era fácil (boticas, mercados, establecimientos clandestinos) ya que no existía con claridad un fuerte control gubernamental; es a partir de la segunda mitad de los años veinte que el principio que rige la relación del Estado y las drogas (el consumo) es y sigue siendo prohibicionista.

Este discurso de prohibición médico-psicológico se construyó en relación con el orden social que se gestó en la época: la del pensamiento positivo (positivista) y el desarrollo industrial. Así, se instaura la primacía de la idea del progreso, de tal suerte que los usuarios de drogas se contraponían a la civilización, la vida pacífica, por lo que eran considerados peligrosos, delincuentes y "anormales".

Los usos sociales de las drogas han sido y serán una práctica y fenómeno universal que ha acompañado y acompañará siempre la existencia del hombre, con significados particulares dependiendo de la época, la cultura, el género, grupo de referencia y estrato social, entre otros.

La farmacodependencia como problemática es una construcción de la modernidad que se convierte básicamente en un fenómeno social característico de las sociedades urbano-industriales. De tal suerte que en su mayoría prevalecen los productos químico-sintéticos, o lo que recientemente se nombra como drogas de diseño (el éxtasy, por ejemplo) que forman parte de ciertas prácticas juveniles. En este sentido están descalificados, es decir, no conllevan una connotación mágico-ritual; y su práctica se convierte en un asunto meramente individual (aunque se lleve a cabo colectivamente) de un fenómeno que tiene que ver con la masificación (Romaní, 1992, *op. cit.*).

A finales de los años sesenta y principios de los setenta, aparece el problema de las drogas en nuestro país y en algunos otros de América Latina. Después surgen las incipientes instituciones abocadas a atender tal fenómeno o problemática social.

Así, se van construyendo discursos y formas distintas del decir de la problemática de la farmacodependencia que arma imágenes sociales, especialmente a través de los medios masivos de comunicación (electrónicos o impresos).

Dichos medios construyen y transmiten representaciones, orientan opiniones y refuerzan actitudes en ciertos jóvenes, grupos y colectivos respecto a la problemática en el uso social de drogas (valores, prejuicios, moral).

El discurso de las instituciones (jurídicas, penales, asistenciales) se arma en función de un sistema de control a partir de lo cual se van construyendo imaginarios sociales acerca de las drogas. Por ejemplo, se transita del concepto de la criminalización a la medicalización; drogadicto: delincuente, enfermo, desviado, anormal.

El Estado, sus instituciones y los grupos sociales van delineando políticas y posturas con toda la discursividad de la racionalidad científica y las prácticas profesionales. Al aparecer las instituciones oficiales para atender la problemática de la farmacodependencia, se centran básicamente en la prevención, tratamiento, rehabilitación e investigación epidemiológica de corte cuantitativo.

De igual forma, se va ligando la prevención de las drogas con el proceso de educación en donde emergen los espacios escolares como privilegiados en la atención de la farmacodependencia con dos personajes centrales: los maestros y los padres de familia con una consigna, evitar a como dé lugar el uso de drogas. Quien encarna de una manera fiel esta postura es Federico Mayor Zaragoza, director general de la Unesco, quien señala, hablando de los maestros: “Su tarea consiste en lograr que todos los alumnos, desde la escuela primaria, tomen conciencia de los peligros que implica el uso indebido de las drogas, para crear un ambiente de apoyo y confianza que impida el consumo” (Mayor, F., 1997:23).

LAS INSTITUCIONES, LAS DROGAS Y LOS JÓVENES

Toda clasificación o tipología que se realice implica en sí misma ser arbitraria pues depende de la “mirada” específica de quien lleva a cabo ese particular recorte de la realidad social. De tal suerte que toda postura siempre será parcial. Así, hablar de las instituciones, las drogas y los jóvenes, además de ser muy ambiguo y complejo, resulta demasiado pretencioso. Se usa el plural sin pretender abarcar la singularidad de cada una de las instituciones, públicas, privadas y organismos civiles que existen en nuestro país dedicadas a la atención de la farmacodependencia para las llamadas drogas legales e ilegales, y encaminadas a atender como población prioritaria a los jóvenes.¹¹

Así, interesa “desmontar” (deconstruir), de una forma sencilla, descriptiva y práctica, el discurso institucional-oficial y los presupuestos que subyacen a la mirada de “magnitud”, “impacto”, “incidencia”, “prevalencia”, y de prevención en el consumo de drogas “ilegales”, específicamente lo relacionado con el sector juvenil.

¹¹ El lector interesado puede consultar de la Secretaría de Salud (SSA) y el Consejo Nacional Contra las Adicciones (Conadic) (1995), *Directorio de instituciones mexicanas que atienden problemas de adicciones*, México. Este documento es muy importante pues recopila de todo el país (por estados de la república) información confiable de todos los organismos (organizaciones, instituciones, ONG, clínicas, hospitales, grupos de autoayuda, asistenciales y de reinserción social, públicos como privados) que atienden problemas relacionados con el alcoholismo, tabaquismo y otras farmacodependencias en el campo de la prevención, tratamiento y rehabilitación. Incluye también una relación de centros de investigación y documentación.

Bajo tales criterios, se considera que la institución de más presencia e importancia en el ámbito social-académico de los estudios epidemiológicos es el Instituto Mexicano de Psiquiatría (IMP). De igual forma por su importante y significativa infraestructura en el nivel nacional, se eligió a los llamados Centros de Integración Juvenil (CIJ), con la finalidad de deconstruir el discurso que conlleva la intervención preventiva en el uso de drogas "ilegales".

Aunque el IMP se circunscribe al ámbito gubernamental y los CIJ en el de asociación civil u organización no gubernamental, un punto de encuentro entre ambas es tener incorporado y expresar el discurso oficialista e internacional en términos de las políticas de drogas. Este discurso a su vez representa el poder médico-psiquiátrico¹² a partir del cual se tiene un razonamiento científico (IMP), y una postura asistencialista (CIJ) en el ámbito de la farmacodependencia. Así, los lineamientos de ambas instituciones son dictaminados, principalmente, por la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización Panamericana de la Salud (OPS).

La forma en que ambas instituciones construyen teóricamente el fenómeno de la farmacodependencia es a partir de considerarlo un problema de salud pública que impacta a la población en general sin importar estrato social, adscripción religiosa o política, edad y sexo, entre otras variables.

Como proceso de salud pública, al IMP le interesa conocer la magnitud y efecto del uso de drogas en la población en general, las causas sociales relacionadas y los factores de riesgo y protectores¹³ asociados al uso social de drogas, entre otros aspectos. Y a los CIJ, el trabajo preventivo y de tratamiento con la población o sectores más vulnerables, que precisamente son los adolescentes y jóvenes.

¹² Para una discusión en lo que atañe a los modelos científicos que se han construido y empleado para el quehacer de la salud y enfermedad, consultar Georges Canguilhem (1986).

¹³ Uno de los enfoques psicosociales más alentadores en la prevención primaria del uso de drogas, es lo que se conoce como factores protectores y de riesgo. Estos factores vienen siendo características de las personas, la familia y sociedad que favorece a los sujetos a no consumir drogas. En ese sentido se considera una serie de factores que pueden presentarse al mismo tiempo. De los factores protectores y de riesgo se tienen aquellos en el aspecto individual, escolar, familiar, de grupo de pares, social, y demás. El lector interesado puede consultar: Suárez, E., Krauskopf, D. (1995). También *cfr.* CIJ, A.C. (1996) *Programas de prevención del consumo de drogas centrados en factores de riesgo*. Informe de Investigación, núm. 96-68. México. Y, además, Hawkins, Catalano y Miller (1992).

Uno de los aspectos quizá más llamativos de las dos instituciones (IMP y CIJ) es que realmente no tienen un marco referencial respecto a la juventud, y menos diferenciado por género. Esta situación se recrudece en los CIJ, y más puesto que se denomina un centro para la “integración de los jóvenes”. Para el IMP los jóvenes existen como un dato o porcentaje, es decir, como una variable independiente de edad, demográfica, educativa y socio-económica. En el caso de los CIJ se confunde la categoría de adolescencia con la de juventud, reduciéndola a un aspecto meramente bio-psico-social, donde lo biológico es trabajado a través de los cambios a enfrentar en esta etapa de la vida; lo psicológico como unidad de análisis referido fundamentalmente al aspecto psicológico-psicoanalítico como crisis de identidades, y lo social como el pasaje de dejar de ser niño y el ingreso al mundo adulto.

Respecto al IMP, los jóvenes y las drogas

Se retoma el trabajo de Mariño, Romero y Medina-Mora (1996), “Juventud y adicciones”,¹⁴ con la finalidad de ubicar la perspectiva del instituto.

Las autoras señaladas son investigadoras del IMP, y aunque su ensayo da cuenta del estado del arte de la investigación acerca de drogas y jóvenes durante 10 años (1986-1996), en realidad se trata de un acercamiento autorreferencial de las investigaciones que el IMP, junto con otras instituciones, han llevado a cabo en nuestro país (por ejemplo SEP, SSA e incluso CIJ). Una de sus limitaciones es la exclusión de otro tipo de instituciones, centros de investigación, ONG y universidades del país, alejadas de la lógica del poder médico-psiquiátrico, y que también producen conocimiento e inciden en la problemática de investigación acerca de la farmacodependencia asociada con los adolescentes y jóvenes.

De inicio refieren que el término o concepto de juventud está marcado dentro de los lineamientos de la OMS, aunque queda la impresión, salvo la demarcación de edad realizada, que en realidad se utiliza el concepto de adolescencia (10 a 19 años), y la juventud (15 a 24 años) de una manera indiferenciada. La hipótesis planteada es considerar a los

¹⁴ Este ensayo es muy importante ya que es un texto de referencia obligada en la temática de investigación, drogas y jóvenes en nuestro país, se esté o no de acuerdo con él.

jóvenes como los que mejor expresan el deterioro social y económico a través del uso de drogas:

La disponibilidad de las drogas junto con factores intrínsecos a la problemática social como son la pobreza, migración, desintegración familiar y características particulares de la etapa de juventud en el individuo, entre otros, hacen que se haya producido un incremento en el uso y abuso de sustancias adictivas entre la población joven del país (Mariño, Romero, Medina-Mora, 1996:16, *op. cit.*).

Este planteamiento en una parte es correcto en tanto considera, principalmente, variables socioeconómicas para dar cuenta del incremento en el uso social de drogas por parte de los jóvenes. Sin embargo, borra las diferencias y particularidades a partir de las cuales existen distintas formas de ser joven, como la diversidad de sentidos y significados que tienen los jóvenes en el uso social de drogas. En otras palabras, no se rescatan las distintas prácticas socioculturales que conforman los avatares de la vida cotidiana. No interesa el mundo subjetivo o los procesos simbólicos a partir de los cuales algunos jóvenes usan drogas. Se olvida que el género también cuenta, lo urbano-rural y el posicionamiento cultural, entre otros aspectos. Esto conlleva al requerimiento de replantear la mirada crítica en relación con repensar aspectos teóricos y de atención pública para los diferentes jóvenes del país (Ponce de León, 1997).¹⁵

Respecto a las metodologías empleadas por el IMP para la comprensión de las adicciones éstas han sido fundamentalmente de corte cuantitativo. La concepción que subyace es considerar que la realidad social está dada, se destacan factores protectores y de riesgo, interesa saber de la incidencia, prevalencia y aspectos relacionados con el consumo de sustancias, atravesadas por la línea de pensamiento positivista, con diseños de encuestas.

Se podría referir que es a partir de los años setenta¹⁶ cuando surgen los estudios con muestras representativas respecto a la prevalencia y el impacto en el uso de sustancias, fundamentalmente con población cauti-

¹⁵ Este ensayo es interesante ya que desarrolla una línea de análisis sociopedagógica-construccionista. Como toda propuesta de reflexión teórico-metodológica no refiere (además no tendría por qué) el pasaje a la aplicación concreta-práctica con un grupo y escenario social (aunque sea imaginario).

¹⁶ En la década de los años setenta empiezan a crearse las primeras instituciones abocadas a atender la reciente problemática de las farmacodependencias en la sociedad mexi-

va, es decir, estudiantil, de enseñanza media (secundaria) y media superior (preparatoria). Así, se van bosquejando las poblaciones estudiadas: las juveniles cuyos sectores están conformados por lo que era la clase media en México.

Aunque de una manera ínfima, también se han empleado metodologías cualitativas, las cuales están cobrando un auge importante. Estas metodologías parten de que la realidad social se construye y por lo tanto se trata de reconstruir los sentidos y significados que los propios usuarios le dan al consumo de drogas, recobrando el mundo subjetivo de la vida cotidiana.

En la década de los ochenta las metodologías cuantitativas se vuelven más finas, surgen los programas nacionales contra las adicciones, se desarrollan las investigaciones epidemiológicas convirtiéndose rápidamente en el paradigma de los modos de hacer investigación científica respecto a la farmacodependencia en México. Se realiza la Primera Encuesta Nacional de Adicciones y se crea el Sistema de Reportes en Información de Drogas (SRID).

Estos estudios siguen guiándose por los lineamientos de la OMS, donde empieza el interés por conocer los problemas relacionados con el uso psicosocial de drogas (autopercepción y percepción de riesgo, actitudes, tolerancia social, y demás).

Una de las variantes en la década de los noventa son las metodologías enfocadas a poblaciones más específicas como los niños callejeros, los chavos banda y las mujeres jóvenes, principalmente. Estas metodologías regularmente tienen un corte de investigación etnográfica.

Realizando un recuento de las investigaciones en relación con el uso social de las drogas y lo correspondiente a los jóvenes, destaca que son los adolescentes y jóvenes la población más expuesta y afectada en la problemática de las farmacodependencias, y además, el uso se ha incrementado en la última década (Mariño, Romero, Medina-Mora, 1996; Ponce de León, 1997, *op. cit.*). Una de las paradojas es que además de que a la mayoría de los epidemiólogos e investigadores les interesa muy poco tratar de comprender aquellos sectores juveniles más afectados por

cana. En 1970 surgen los Centros de Integración Juvenil (CIJ), pero no es sino hasta 1973 que se nombró como tal. En 1975 se crea el Centro Mexicano de Estudios en Farmacodependencia (Cemef); en 1977 inicia labores el Centro Mexicano de Salud Mental (Cemesam), y en 1979 el Instituto Mexicano de Psiquiatría (IMP).

el abuso de sustancias, no se ha abordado a la juventud desde una ubicación contemporánea en tanto se sigue trabajando desde los viejos esquemas de lo que es ser joven.

Los sectores de la población juvenil que por su espectacularidad social no han sido investigados son, por ejemplo, los que usan espacios semipúblicos como el de las fiestas rave,¹⁷ plazas públicas, discotecas, centros deportivos, o el uso de ecstasy (droga de diseño metaanfetamina —¿asociada a prácticas de riesgo sexual?).

Aun con el cuestionamiento a las investigaciones de corte epidemiológico importa decir que su valía estriba en tanto no sólo ubican en relación con la magnitud de la problemática, sino que cada vez más relacionan con problemas sociales. También a partir de la información obtenida es posible establecer diseños de programas preventivos quizás más específicos por grupos juveniles considerando las diferencias de género, y no sólo éstas.

*En lo que atañe a los CIJ*¹⁸

Se reitera la importancia por la cobertura nacional con que cuentan. Esta institución tiene un poco más de 56 centros regionales y locales de atención (18 en la zona del D. F. y 38 en toda la república) donde se proporcionan servicios de prevención y tratamiento. Cuenta también con dos unidades de internamiento (Guadalajara y Tijuana) y un Centro de Consulta Externa en el Distrito Federal.

¹⁷ Las llamadas fiestas rave tienen sus antecedentes en la Inglaterra de finales de los años ochenta y principios de los noventa. Se les denominaban “Veranos del Amor” y “Revolution Parties”, siendo sus características principales: la clandestinidad, uso de ecstasy, liberación de las afectividades y música techno. En México aparece a principios de los noventa (92-94), y son también básicamente reuniones clandestinas a las cuales asisten adolescentes jóvenes con estéticas corporales cósmicas, escuchan música techno, usan éxtasis (“tachas”) y se recrean “espacios virtuales”. Estos centros de reunión conllevan una expresión cultural urbana en tanto se configuran sentidos y significados alrededor de las nuevas tecnologías de comunicación. La fugacidad e intensidad las convierten en efímeras. En su mayoría son acercamientos de crónica periodística los que han descrito y relatado este tipo de fiestas y drogas en la década de los noventa.

¹⁸ Cfr. Centros de Integración Juvenil (1982). *Una respuesta integral al fenómeno de la farmacodependencia*, texto de circulación interna.

Actualmente el programa nacional de prevención de CIJ va encaminado a atender primordialmente a los adolescentes y jóvenes, por considerarlos como la población más vulnerable. Dicho programa se circunscribe dentro de lo denominado Educación para la Salud que se concreta a través de proyectos de información, orientación y capacitación. (Dentro de estos proyectos se tienen dos dirigidos a adolescentes y a adultos jóvenes.)

El cuestionamiento es que dicho modelo en parte ha sido rebasado, ya que al existir nuevas formas de consumo de drogas, tendrían por correspondencia que crearse distintas estrategias educativas como podrían ser reducción de daño, creación de sentidos y cuidado de sí.

La paradoja o contradicción al hablar de un programa nacional de drogas dirigido, entre otras poblaciones, a los adolescentes y jóvenes, es que difícilmente rescata, aunque se lo proponga, las particularidades y especificidades de las distintas formas de ser adolescente y joven, junto con sus respectivos requerimientos también diferentes. Una vía para afrontar lo anterior es, y no por membrete, descentrar los programas preventivos y diseñarlos respecto al género, zonas regionales y culturales.

Queda la impresión de que este tipo de instituciones o la institución como tal queda atrapada en sí misma; en los requerimientos políticos; en la forma de administrar la prevención, el tratamiento y la investigación; en la urgencia —a través de sistemas muy complejos— de recabar información y justificar así la existencia presupuestal de la institución. Quizás uno de los aspectos más graves es el vacío al no tener distintos o diversos marcos referenciales que le den sentido a las intervenciones con los grupos juveniles. También se requiere incorporar realmente a las disciplinas sociales y humanistas a través de sus discursos, métodos y estrategias de incidir en la realidad social.

Cada vez se produce más un distanciamiento entre los programas y los adolescentes y jóvenes usuarios. Se requiere conocer y comprender los modos de vida cotidiana, las redes sociales, los usos y apropiación de espacios, a fin de vincular a las instituciones y asociaciones de asistencia pública como privadas (Romaní, 1992, *op. cit.*).

Una de las formas de alcanzar lo anterior es realizar investigaciones dirigidas a la prevención de la farmacodependencia de corte etnográfico. También es necesario conocer el punto de vista de los usuarios, en este caso adolescentes y jóvenes, acerca de las instituciones encargadas de atender la problemática de la farmacodependencia. Y además incorporar a los adolescentes y jóvenes al quehacer preventivo por medio de

la capacitación para que posteriormente sean ellos los que a su vez trabajen con otros adolescentes y jóvenes.

Es tiempo, más allá de retóricas, de pensar realmente del lado de los usuarios de las instituciones y, a partir de ahí, edificar las intervenciones con y para éstos.

Quizás la crítica más acuciante es la falta de posibilidades para diseñar distintos modelos de asistencia preventiva y reconocer honestamente que no todos los abordajes sirven para todos. En otras palabras, los Centros de Integración Juvenil son una institución que sí ayuda a gente joven, pero no a todos los que necesitan y se acercan para utilizar sus servicios (sean de prevención o tratamiento y rehabilitación), y quizás mucho menos a los sectores de adolescentes y jóvenes con mayor urgencia de ser atendidos. A decir del antropólogo español Oriol Romaní: “[...] tiene que haber una cierta capacidad del Estado y de la sociedad en general de poder ofrecer diversos tipos de ayuda, flexibles y amplios” (Romaní, 1994:20).¹⁹

En lo que atañe al campo de la prevención de farmacodependencia,²⁰ ésta tiene que corresponder a las circunstancias contemporáneas de la vida social en las urbes: ser amplia, plural, diversa, múltiple, democrática y, ante todo, ligada a aspectos específicos de la gran variedad de grupos de adolescentes y juveniles que coexisten en nuestra sociedad mexicana.

Desgraciadamente los programas institucionales dirigidos a los adolescentes y jóvenes siguen siendo paternalistas y demasiado cautelosos o timoratos. Por ejemplo: el eslogan: “Di no a las drogas”, además de haber sido sugerido por la esposa del expresidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, es moralista y demasiado pragmático para el problema de las farmacodependencias que es mucho más complejo que una simple frase. Además, ese eslogan no alcanza realmente para prevenir a los sectores de adolescentes y jóvenes. Así pareciera que los mensajes

¹⁹ Cfr. “Entrevista con el antropólogo Oriol Romaní” (1994) en *Addictus*, año 1, núm. 3, julio-agosto, México, pp. 19-21.

²⁰ El lector interesado puede consultar de la Secretaría de Salud (SSA) y el Consejo Nacional Contra las Adicciones (Conadic) (1995) *Guía para el diseño y desarrollo de programas preventivos en materia de adicciones*, México. Este documento fue un trabajo colegiado entre representantes de diferentes instituciones abocadas al ámbito de la salud y las adicciones: UNAM, INSAME, DIF, ISSSTE, Conadic, CIJ, Conade, Mupaac, STYPS, SSA, IMP y Cesaal. La estructura del documento es: conceptos generales sobre adicciones; elementos básicos para elaboración, desarrollo y evaluación de programas preventivos y anexos.

supuestamente preventivos están montados en el miedo ya que colocan a los diferentes usuarios como incapacitados mentales para decidir por sí mismos, o bien los sitúan en el lugar de víctimas (Bejos, 1994).

Así, dentro de las representaciones e imágenes más comunes que aparecen actualmente en la cobertura de los medios impresos y electrónicos respecto al uso social de las drogas, nos encontramos con que regularmente se construyen en función de la oferta, es decir, del narcotráfico y la narcoviolenencia. La poca información que se transmite del lado de la demanda, de los usuarios de drogas, se hace en términos de tipologías del que las usa; las diferentes drogas que se usan, los sectores poblacionales del consumo (principalmente niños y jóvenes), el nivel escolar, o el género (“machines” de preferencia), pero casi no se otorga lugar e importancia a los mensajes preventivos del cuidado de sí.

Retomemos la imagen construida del uso de drogas en adolescentes y jóvenes desde considerarlos como delincuentes, vinculada con el narcotráfico, y que se trasmite actualmente en uno de los comerciales de la campaña del consorcio Televisión Azteca. La campaña se nombra “Vivir sin drogas” donde participan una serie de instituciones como Banca Serfin y sus desacreditados banqueros. Veamos rápidamente, desde la memoria visual, la siguiente imagen:

Aparecen algunos narcotraficantes que los están fichando, y en ese momento se escucha el siguiente mensaje: “Crees que éstos podrían ser tus amigos”, hay una pausa, y se continúa diciendo: “hay otros que pueden ser más peligrosos que ellos”, rápidamente cambia la imagen, y aparece un adolescente en el Parque Hundido que pasa de prisa, y en ese momento se escucha el final del mensaje: “y éstos pueden ser tus amigos”; y entonces aparece en escena otro joven que le está ofreciendo un carrujo de marihuana, el cual no acepta, continuando su camino.

En primera instancia y de manera intuitiva este mensaje asocia prejuiciosamente que todo amigo usuario de drogas es un delincuente. Además es irrisorio que la droga usada y ofrecida por el perverso amigo sea la marihuana, la cual es de las más inofensivas y *lights* en el mercado del consumo.

LA RECONSTRUCCIÓN DEL PROBLEMA INSTITUCIONAL DEL USO DE DROGAS EN ADOLESCENTES Y JÓVENES

Sin negar la importancia de la prevención como estrategia indeclinable en el trabajo con niños, adolescentes y jóvenes, vale la pena decir que

no a todos los usuarios de drogas les es un problema. De tal suerte que quizás valdría también ir pensando en programas preventivos de reducción de daños²¹ para aquellos jóvenes que ya usan drogas. De tal suerte que los lineamientos preventivos tendrían que ir enfocados a enseñarles o darles los elementos suficientes y mínimos necesarios a fin de que sepan cómo usar las drogas y que no repercuta más de lo que probablemente ya lo está haciendo, ni en su salud ni en sus redes sociales, sean vínculos de pareja, laborales o educativas, entre otros. Tal enfoque se vehiculiza por medio de una estrategia educativa destacando la importancia que se da a la responsabilidad de los sujetos de decidir por sí mismos, brindar información objetiva, consideración del contexto cultural y un conocimiento amplio actual (o su representación) de las drogas. Esto no significa, aunque alarme no sólo a las buenas costumbres sino a las buenas instituciones, el que se esté haciendo una apología a favor del uso de drogas. El asunto es dejar las hipocresías colectivas e institucionales y a los adolescentes-jóvenes la "libertad" de tomar sus propias decisiones al respecto (Savater, 1991).

Uno de los aspectos olvidados por la institución (y señalado anteriormente) es resignificar el concepto de los jóvenes o lo juvenil desde una perspectiva contemporánea que entre otras consideraciones incorpore aspectos de corte generacional, identidad social y género de cara al uso social de drogas. En este sentido los programas preventivos dirigidos a ellos y ellas cobrarán más sentido.

El concepto de juventud, además de ser una construcción sociocultural, encierra en sí mismo el problema de su definición, así como la relatividad de todo tipo de conceptualización y la diversidad de las prácticas juveniles. Así, es importante lo que señala Ponce de León: "[...] el problema del sentido y de la significación de las culturas juveniles, más específicamente en el tratamiento de los jóvenes con problemas de adicción a drogas. De tal suerte, se han producido más estereotipos y estigmatizaciones que saberes [...]" (Ponce de León, 1977: 87, *op. cit.*).

Esto remite necesariamente a preguntarnos: ¿cómo se construyen actualmente las imágenes sociales de los jóvenes en el uso social de drogas? Una respuesta provisoria es el recurso de las etiquetas o estereotipos desde una racionalidad científica. Así encontramos desintegrados,

²¹ El lector interesado puede consultar P. A. O'Hare; R. Newcombe; A. Matthews; E. C. Buning; E. Drucker (1995).

desadaptados, enfermos y disfuncionales, lo cual no favorece la comprensión de las conductas o comportamientos juveniles.

El término de identidad es importante para tal comprensión, e importa considerar los aspectos constituyentes de la(s) identidad(es): *a)* el elemento subjetivo, *b)* de relacionalidad, *c)* de autoestima, *d)* de referencia; el yo, el otro y el nosotros, *e)* el espacio urbano. De aquí se podrían trazar hilos teórico-metodológicos para hablar acerca de identidades sociales, específicamente lo relacionado con las identidades “restringidas” (rockeros, usuarios de drogas, etcétera).

Las identidades conllevan el aspecto posmoderno de la diversidad y lo multiinterpretable de la vida social. De ahí la idea de aldeas globales y tribus urbanas locales. En este sentido, si en lo general-mundial hay fragmentación de la vida social, entonces en lo local-personal juvenil también.

El asunto se circunscribe a la construcción identitaria, de tal suerte que el usuario de drogas quizás encontró ya algunos elementos que le retribuyen en su identidad. Así, Mille, señala que: “[...] todo proceso de dependencia encierra ritos, comportamientos reiterados, metas definidas, expectativas y patrones de adscripción que dan un objetivo a la vida, un marco y sensación de pertenencia” (Mille, 1993: 10).

Siguiendo con la postura de Mille, y en relación con las drogas, se definen o bosquejan patrones de comportamientos grupales en tres tipos o vertientes de dependencias:

1. *Relacionada con el consumo*; donde el patrón de comportamiento está dirigido al uso de ciertos productos como lo es la droga (compulsivo, dependencia orgánica y hábitos). De tal manera que la droga en sí misma no es la causante de la dependencia sino el proceso psicocultural que se genera a su alrededor.

2. *Vinculado a los comportamientos rituales*; actividades desprovistas de sentido, la rutina.

3. *Adscripción incondicional a una forma de pensar*; ideología o creencia que conlleva un marco de pensamiento sectario. Piénsese en la presión o terrorismo fraternal de algunos grupos para obligar, literalmente, a que sus miembros consuman drogas.

La característica de estos tres tipos de dependencia es la identidad social, integración grupal o adscripción a algo que es identificable como

propio. En este sentido, para el enfrentamiento preventivo o rehabilitatorio es necesario ofrecer a los jóvenes distintos modelos mediante los cuales puedan reconstruir y construir nuevas identidades que conlleva la adscripción a otras tribus y adquisición de nuevos comportamientos (Mille, 1993).

Así, al recuperar y usar el concepto de identidad (social), se pueden comprender las formas, acciones, mecanismos, imaginarios y aspectos culturales a partir de los cuales nos vinculamos y relacionamos, en este caso, con la problemática de las dependencias. Aunado a lo anterior, es necesario recuperar o considerar en la discusión de la imagen social, las drogas y los jóvenes, tanto la construcción que los medios masivos realizan como la resignificación que ciertos jóvenes llevan a cabo con los mensajes preventivos.

Esta resignificación es muy importante ya que los receptores, en este caso los jóvenes, hombres como mujeres, no son sujetos pasivos de los mensajes dirigidos hacia ellos. Un ejemplo de lo anterior: el lector recordará aquella campaña del Consejo Nacional de la Publicidad (CNP) que contrató a algunos personajes del medio artístico como Mijares. Mijares salía caminando de un fondo oscuro y poco iluminado, y decía: "Di no a las drogas." En el trabajo con adolescentes y jóvenes escolarizados de aquella época, y de lo que queda de la clase media en México, se encontraba la siguiente expresión resemantizada por ellos, en relación con el mensaje aludido: "Dile no a Mijares." Esto lleva a reflexionar que determinados mensajes, supuestamente preventivos, no cobran sentido y significado entre algunos jóvenes porque están vacíos de contenido y además son atemporales para aquellos jóvenes que ya han tenido experiencia en el uso de drogas.

Esto lleva a la propuesta metodológica preventiva con sentido, siguiendo a Ponce de León:

- a) Considerar el contexto societal tanto macro como microsocioal.
- b) Recreación y fracturación de la identidad social en las subjetividades juveniles.
- c) Considerar la multicausalidad y multiinterpretabilidad del fenómeno.
- d) Intervención colectiva (Ponce de León, 1997, *op. cit.*).

Un elemento a reiterar es que en estos programas preventivos con sentido, dirigidos a los jóvenes, se requiere incorporar el término o concepto del cuidado de sí que conlleva o está ligado a la estrategia educativa de reducción de daño. El cuidado de sí no implica solamente el aspecto de la prevención primaria (trabajar con población que todavía no usa drogas), sino realizar también el pasaje al cuidado de sí mismos en aquellos jóvenes que ya usan y seguirán usando drogas por ser una decisión consciente o inconsciente de ellos, como una forma de ser y estar en el mundo, muy respetable, se esté o no de acuerdo con esta situación institucional, personal o profesionalmente.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, P. (1990), "La opinión pública no existe", en *Sociología de la Cultura*, CNCA/Grijalbo, Colección los Noventa, México.
- CANGUILHEM, G. (1971), *Lo normal y lo patológico*, Siglo XXI, México.
- Centros de Integración Juvenil (1996), *Programas de Prevención del Consumo de Drogas Centrados en Factores de Riesgo*, Informe de investigación, núm. 96-68, México.
- (1982), *Una respuesta integral al fenómeno de la farmacodependencia*, México.
- DAVIES, S. (1995), "Ley internacional ¿La solución final?", en P. A. O'Hare, R. Newcombe, A. Matthews, E. C. Buning, E. Drucker, *La reducción de los daños relacionados con las drogas*, Grupo Igia, Barcelona, España.
- Entrevista con el antropólogo Oriol Romaní (1994), en *Addictus*, año 1, núm. 3, julio-agosto, México, pp. 19-21.
- ESCOHOTADO, A. (1997), *Historia de las drogas*, tomo 1, 2 y 3, Alianza, Madrid, España.
- GARCÍA, N. (1991), "Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina", en *Iztapalapa*, Revista de Ciencias y Humanidades, año 11, núm. 24, extraordinario, UAM-Iztapalapa, México.
- GEORGOUDI, M. (1983), "Modern dialectics in social psychology. A reappraisal", *European Journal of Social Psychology*, núm. 13, pp. 77-93.
- HAWKINS, J. D., R. F. Catalano, J. Y. Miller (1992), *Risk and Protective Factors for Alcohol and Other Drug Problems in Adolescence and Early Adulthood: Implications for Substance Abuse Prevention*, *Psychological Bulletin*, vol. 112, núm. 1, 64-105.

- MARIÑO, Ma., M. Romero, Ma. E. Medina-Mora (1996), "Juventud y Adicciones", en J. A. Pérez, E. P. Maldonado (coords.), *Jóvenes, una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1996*, Causa Joven, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, tomo II, pp. 11-89.
- MAYOR, F. (1997), *La juventud frente a las drogas*, Tribuna Iberoamericana.
- MILLE, C. (1993), "Drogas. Dependencia e identidad", en *Suplemento del periódico El Nacional*, lunes 31 de mayo, México, p. 10.
- MUSTO, D. F. (1994), "Drogas: entre la vena y el paraíso", en *Semanario de Política y Cultura Etcétera*, 21 de abril, México, pp. 27-30.
- O'HARE, P. A; R. Newcombe; A. Matthews; E. C. Buning; E. Drucker (1995), *La reducción de los daños relacionados con las drogas*, Grupo Igia, Barcelona, España.
- PÉREZ, R. (1995), "México intoxicado (1870 a 1920)", en *Revista Addictus*, año I, núm. 5, marzo-abril, México, pp. 21-27.
- PONCE DE LEÓN, E. (1997), "De jóvenes, sociedad y drogas. De la reflexión crítica a una metodología de prevención significativa", en *Revista Jóvenes*, 4a. época, año 1, núm. 3, enero-marzo, México, pp. 84-93.
- ROMANÍ, O. (1992), "Marginación y drogodependencias. Reflexiones en torno a un caso de investigación-intervención", en F. Álvarez-Uría (editor), *Marginación e inserción. Los nuevos retos de las políticas sociales*, Textos Universitarios, Endymion, Barcelona.
- SAVATER, F. (1991), "Tesis sociopolíticas sobre las drogas", en J. García-Robles, F. Ramírez (comps.) (1996), *Drogas. La prohibición inútil*, Milenio, México.
- Secretaría de Salud (SSA), Consejo Nacional Contra las Adicciones (Conadic) (1995), *Directorio de instituciones mexicanas que atienden problemas de adicciones*, México.
- (1995), *Guía para el diseño y desarrollo de programas preventivos en materia de adicciones*, México.
- SUÁREZ, E., D. Krauskopf (1995), "El enfoque de riesgo y su aplicación a las conductas del adolescente. Una perspectiva psicosocial", en M. Maddaleno, M. Musist *et al.* (editores), *La salud del adolescente y del joven*, OPS, Publicación Científica, núm. 552.

SEXUALIDAD JUVENIL: SU CONSTRUCCIÓN EN UNA COMUNIDAD CAÑERA

GABRIELA RODRÍGUEZ y BENNO DE KEIJZER*

Bajando por el camino que va de la ciudad de Puebla hacia Izúcar de Matamoros, después de apreciar las fumarolas del Popocatepetl, llegamos a la zona de tierras más calientes. Así encontramos Iguanillas, un pueblo cañero que pertenece al municipio de Chietla, con una historia de mestizaje que sumergió al mundo indígena por debajo del cristianismo y la castellanización, pero cuyos mitos, creencias y explicaciones se asoman ocasionalmente para atestiguar las diferentes etapas de su pasado.

Iguanillas está del otro lado del volcán, ese volcán que antes fue un guerrero y que permanece al lado de su mujer, según nos cuenta don Fabián, quien es líder cañero y lugareño de 63 años de edad:

Dice la historia que el guerrero encontró muerta a su esposa al regresar de una batalla, entonces él la cargó —*ya ve que en los calendarios se ve cómo él la lleva cargando*— y se fue caminando y [...] mientras caminaba poco a poco se fue transformando, él en volcán y ella, en mujer. Por eso Popocatepetl es el nombre de él, e Iztaccíhuatl es el nombre de ella [...] desde la carretera se ve clarito cómo está dormida la mujer, hasta los pechos se le ven [...]

La narración de la conocida leyenda del Popocatepetl y la Iztaccíhuatl testimonia el tiempo en que los cerros y los volcanes eran como nosotros —“andaban parados y caminaban como personas” (Glockner,

* Esta investigación es parte del Programa Regional de Género, Familia y Salud Reproductiva que coordina Kathryn Tolbert desde la oficina regional para América Latina y el Caribe de The Population Council.

1996). La resemantización actual del mito que hace don Fabián no sólo embellece la metáfora y la iconografía, sino que monta un orden humano sobre la realidad actual para comprenderla y sancionarla. El mito se transforma en leyenda, en episodios mundanos y proyecta la concepción de lo masculino y femenino a través de pares arquetípicos, de las oposiciones complementarias entre vida/muerte, activo/pasiva, caliente/fría. Relaciones que contienen múltiples significaciones en relación con la sexualidad y la diferencia entre los sexos, que vinculan simbólicamente lo masculino, lo vital y lo fuerte por un lado; y lo femenino y mortal, lo débil y oscuro del lado opuesto. El mito afirma la hegemonía masculina y las regulaciones de complementariedad heterosexual que aún rigen la vida cotidiana en esta comunidad.

El presente ensayo es un producto parcial de una investigación más amplia en la cual se busca conocer y comprender la sexualidad en el cortejo desde la perspectiva femenina y masculina de las nuevas generaciones en una comunidad rural concreta; así como desarrollar líneas de abordaje para programas de salud sexual y reproductiva que tomen en cuenta las perspectivas de las y los jóvenes campesinos. Aquí se presentan algunos de los resultados que nos permiten definir los procesos de construcción de una subcultura juvenil emergente.

El objeto de estudio es la sexualidad en el cortejo, definida como el conjunto de los procesos de regulación social y las múltiples significaciones culturales que rodean el acercamiento corporal de dos seres humanos que están desarrollando las bases para una relación social, la cual puede o no terminar en unión conyugal.

Se trata de indagar las transformaciones en los valores y formas de control cultural, en las prácticas y en la subjetividad a través de las perspectivas y diálogos cruzados de las jóvenes y los jóvenes de hoy, teniendo como referencia las perspectivas de mujeres y hombres de dos generaciones anteriores.

Se parte de la teoría de la construcción social de la sexualidad que ha surgido recientemente, a partir de estudios históricos y antropológicos, así como de los movimientos sociales de feministas y grupos gay. Esta teoría toma de Foucault la concepción de la sexualidad como un aparato social que tiene una historia con complejas raíces en el pasado cristiano y pre-cristiano y que alcanzó una unidad conceptual moderna con efectos diversos. Desde este enfoque, la sexualidad es una construcción social, un producto de la experiencia que relaciona la formación de los saberes con

los sistemas de poder que regulan su práctica y con las formas de subjetividad (Foucault, 1982).

El historiador inglés Jeffrey Weeks fue quien primero articuló esta transición teórica del estudio de la sexualidad. Los trabajos de Jeffrey Weeks analizan la evolución y los periodos cruciales que hicieron de la sexualidad moderna un asunto social, político y moral (Weeks, 1991). La sexualidad es una presencia social palpable que moldea nuestra vida personal y pública, es una construcción histórica que trae una multitud de posibilidades. La sexualidad no tiene un objeto bien delimitado porque está en constante fluidez. Incluye nuestras preocupaciones cambiantes acerca de cómo debemos vivir y cómo debemos disfrutar o negar nuestros cuerpos. Experimentamos la sexualidad muy subjetivamente, con ella transmitimos una amplia variedad de necesidades y deseos. La fisiología, morfología y la biología del cuerpo es el conjunto de potencialidades que son transformadas y adquieren significado únicamente en las relaciones sociales. Weeks propone cuatro ejes cruciales determinantes de la sexualidad: los sistemas familiares y de parentesco, la organización económica y social, las regulaciones sociales y religiosas y las intervenciones políticas (Weeks, 1991).

Por su parte Jenice Irvine hace una crítica a los estudios previos de los sexólogos, analiza la manera en que la sexología, en el esfuerzo por mantener rigor empírico, ha quedado atrapada en el modelo biomédico sin poder dar cuenta de los conflictos sociales ni de las tensiones de poder que rodean las significaciones sexuales y el género (Irvine, 1994); así como la revisión de la antropóloga Carol Vance, quien toma en cuenta la necesidad de abrir los marcos teóricos para acceder a la diversidad de significados culturales, a la subjetividad individual y a interpretaciones que organicen y den sentido a las experiencias colectivas sobre los actos sexuales (Vance, 1991).

En el estudio se ubica al sujeto como unidad de descripción y como agente de transformación, se busca el punto de vista del actor, según la revisión que de este enfoque metodológico hace Eduardo Menéndez (1997). La aproximación revalida al actor y sujeto como unidad de descripción y de análisis, pero también como agente transformador. Ello implica asumir que respecto de las estructuras sociales y de significado, existe potencialmente una diversidad de actores colocados en diferentes "lugares" de la estructura social. Dichos actores sociales pueden tener representaciones y prácticas similares, pero también saberes diferencia-

les, conflictivos y hasta antagónicos. Recuperar la perspectiva del actor supone hacer evidente la diferencia, la desigualdad y la transaccionalidad que caracterizan nuestras sociedades.

La sexualidad es también objeto de conflicto y negociación, es algo que la sociedad produce, la sexualidad es el resultado de prácticas diversas que dan significado a las actividades humanas, es el producto de definiciones sociales y autodefiniciones, de conflictos entre quienes tienen poder para definir y regular y quienes se resisten.

Los relatos y observaciones de los hombres y las mujeres jóvenes se analizan como la perspectiva de actores con necesidades, expectativas y decisiones propias en cuanto a su vida sexual, las cuales se expresan sobretodo a través de las relaciones construidas entre los mismos. Se busca la diferencia, la desigualdad y la transaccionalidad entre los sexos y las generaciones, considerando el dominio de género y el dominio generacional como dos ejes en que se sustentan las prácticas de poder.

El dominio de *género* es un proceso de construcción social, un sistema de estratificación social y una institución que estructura todos los aspectos de nuestras vidas. La categoría género está en construcción y se refiere a un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos. Comprende cuatro elementos constitutivos: los símbolos culturales, los conceptos normativos, las nociones políticas y la identidad subjetiva (Scott, 1986). El estudio de las mujeres implica el estudio de los hombres; el mundo de las mujeres es parte del mundo creado por los hombres, la hegemonía masculina sustenta las prácticas de poder que incluyen, además de la explotación de las mujeres, la subordinación de los hombres y la denigración de otros hombres.

La tercera categoría sobre *juventud y adolescencia* la entendemos dentro del concepto de dominio *generacional* definido por Erikson y Bordieu. El primero nos permite superar la visión esencialista de una etapa universal determinada por la naturaleza de la especie humana, el aspecto social del conflicto de identidad de los adolescentes debe ser explicada dentro de una dimensión comunitaria en la que el individuo debe encontrarse a sí mismo (Erikson, 1978). Bourdieu, por su parte, rescata la dimensión política de la juventud al referirse a la división lógica entre jóvenes y viejos, un objeto de lucha que se da en todas las sociedades, un instrumento para preservar el patrimonio, la sabiduría y el poder entre los más viejos. En la clasificación por edad y por sexo está la cues-

ción del poder (Bourdieu, 1990), las formas de imponer límites y de producir un orden en el cual cada quién debe mantenerse y ocupar su lugar. De acuerdo con Feixa, la juventud es una construcción cultural a la que se le atribuyen valores asociados y ritos para marcar los límites; para que exista la juventud deben darse una serie de condiciones sociales como normas, comportamientos e instituciones que distinguen a los jóvenes de otros grupos, así como imágenes culturales; y en todo caso, deben combinarse con otras estratificaciones geográficas, históricas, étnicas, sociales y de género (Feixa, 1998).

El término de dimensión subjetiva se refiere a lo más próximo de la experiencia. En palabras de Berger y Luckman:

Lo más próximo a mí es la zona de vida cotidiana directamente accesible a mi manipulación corporal. Esta zona contiene el mundo que está a mi alcance, el mundo en el que actúo a fin de modificar su realidad, o el mundo en el que trabajo (Berger y Luckman, 1993). La subjetividad es la formación de un mundo interior, un mundo propio que —como dice Agnes Heller—, “puede quedar guardado para sí, o bien mostrarse, relegarse al trasfondo o expresarse intencionalmente a los demás” (Heller, 1993).

Veamos, pues, un primer acercamiento etnográfico a la construcción cultural y subjetiva de la sexualidad juvenil en el pueblo cañero de Iguanillas.

EL TRABAJO, LAS TRANSFORMACIONES MATERIALES Y LAS RELACIONES DE GÉNERO EN UNA COMUNIDAD CAÑERA

La elección de Iguanillas responde a la necesidad de conocer los procesos del cortejo en una comunidad rural mestiza, expuesta a múltiples influencias culturales y que representa a una gran mayoría de poblados transformados por los procesos de industrialización de la caña de azúcar y por la proletarización en sus condiciones laborales. Como parte del estado de Puebla, es además una zona prioritaria en el programa de Salud Reproductiva del país por el alto número de casos de cáncer cérvico-uterino y las altas tasas de morbi-mortalidad materna, siendo las complicaciones de embarazo, parto y puerperio la quinta causa de muerte entre las jóvenes de 15 a 25 años de edad (SSA, 1995, INEGI, 1995, ENADID

1992, INEGI, 1994). Es también prioridad en cuanto a la extensión de las enfermedades de transmisión sexual y la epidemia del VIH/sida; respecto cuanto a esta última el estado está en el cuarto lugar de porcentaje acumulado de casos (1 536 que representa 5.5% del total de casos del país) y en el sexto lugar en cuanto a la tasa proporcional.¹

La población cuenta actualmente con 1 052 habitantes y 176 unidades familiares. Hay 287 jóvenes entre 15 y 29 años de edad, lo cual representa 27%, más de la cuarta parte de la población. La comunidad pertenecía a la Hacienda de Jaltepec, una de las nueve haciendas de los españoles que estuvieron a línea de fuego durante la Revolución. “De los cerros salía la gente, de las cuevas cercanas de Chirimías —único espacio prehispánico delimitado en el discurso actual de los lugareños—. Ahí había altares con imágenes indígenas, y figuras que fueron destruidas por los que buscaban valores”.

En lo alto se ven las humeantes chimeneas de Atencingo, ingenio azucarero del grupo Escorpión que materializa el proceso productivo principal: desde ahí se controla el cultivo, transportación, industrialización y comercialización de la caña y el azúcar de los pueblos aledaños. Las familias reciben el ingreso monetario más importante de la caña que venden a los señores del ingenio, con ellos negocian créditos para los diversos insumos de la siembra, servicio de riego, supervisión y control de la calidad de la caña, máquinas para la carga y remolque de la misma, así como afiliación al Seguro Social. Los campesinos y campesinas cultivan además cebolla, chiles y cacahuates. Se ha mantenido también la producción de maíz y frijol para el autoconsumo, así como la crianza de aves de corral y mamíferos para el ahorro y las festividades. “Los campesinos estamos desorientados —nos dice don Mario, otro de los informantes—, pues cuando nos castigan los precios no sabemos si perder la inversión o gastar más en las cosechas, luego salimos perdiendo. Por eso es que muchos mejor se van a buscar trabajo a otras partes”.

La precariedad de las condiciones socioeconómicas en que viven las familias es fuente de constantes angustias y ha propiciado la migración a otras ciudades importantes del estado y del país. Poco después de

¹ Conasida (1996). Los registros de Puebla presentan un mayor patrón heterosexual que contrasta con el patrón nacional, en el cual la transmisión predomina sigue siendo homo-bisexual. No sabemos si esto se debe a una diferencia en cuanto al sexo de los compañeros con quienes se realizan las prácticas sexuales, o si está relacionada con la representación subjetiva que hacen los enfermos en torno a su orientación sexual.

terminar la secundaria, y a veces antes, desde los 15 o 16 años, los varones se van en búsqueda de trabajo como obreros, principalmente de la construcción, aunque también de pintores, jardineros y empleados en tiendas y comercios; las mujeres se van como empleadas domésticas o en labores comerciales.

Hace 15 años comenzó la migración internacional en esta comunidad, es mayoritariamente masculina y se dirige a California, aunque hay otros grupos en Chicago y Nueva York. Son los hombres jóvenes los que se van hacia Estados Unidos (Bustamante, 1994).² Según los lugareños, hay una quinta parte de la población viviendo en Estados Unidos (alrededor de 200), con patrones de circularidad variable, cuya influencia es muy notable a primera vista en términos materiales.

Al lado de las chozas construidas con palma y lodo, "hechas de basura" según nos dice uno de los migrantes, hay algunos cuartos de ladrillo y cemento, y hasta casas de dos pisos medio vacías con grandes salas y ventanas; todos afirman que esas edificaciones "están hechas con dólares que vienen del otro lado". De los hijos y hermanos jóvenes que piensan algún día regresar e instalarse ahí con sus familiares. Las familias que tienen parientes en el norte combinan la cocina de ladrillo con su cocina tradicional. En la primera puede haber estufa, refrigerador, licuadora, mesa y hasta lavadoras que todavía no pueden utilizarse porque no hay agua circulante; y a unos cuantos pasos está la choza de paja donde se preparan las tortillas y se come alrededor del tlecuil. Otro indicador tangible de la influencia del norte es la forma de vestir. Entre las nuevas generaciones de jóvenes proliferan las playeras con dibujos eróticos atrevidos y letreros en inglés, los "chors" muy cortos y de marca extranjera. La presencia de aparatos de sonido, cámaras y reproductoras de video así como colecciones de discos compactos de los gruperos del norte.

Además de estos cambios, han ocurrido otras transformaciones materiales en la población. La llegada de la luz y la construcción del camino para vehículos automotrices, fenómenos ocurridos hace unos 20 años, son señalados como indicadores de cambio por parte de las mujeres y los jóvenes. Los varones adultos hablan del riego que les permitió desde hace diez años producir más allá de las siembras de temporal, y la tecnificación del cultivo de la caña, en tanto que las maquinarias de carga y transporta-

² Según los datos nacionales, la migración internacional ocurre principalmente entre varones (83.3%) en la etapa inicial de su vida económicamente activa (Bustamante, 1994).

ción los libró del trabajo que —según don Mario—, “antes era de sacrificio, a base de nuestros pulmones y nuestros animales”. Quienes no tienen tierras trabajan como peones de otros ejidatarios o propietarios.

La clara división del trabajo, del patrimonio y de los espacios laborales por sexo parece estar en la base de las relaciones de poder y de las dos perspectivas tan distintas de ver el mundo y explicarse sus vidas, por parte de mujeres y hombres. Los varones adultos son los ejidatarios, los gestores y representantes ante autoridades políticas e institucionales, a ninguna mujer se le ocurre pararse en la presidencia el día que hay asamblea, ya sea para elegir representante municipal o discutir la inversión en obras comunitarias. Los terrenos de siembra son también territorios masculinos.

Según nos explica una de nuestras informantes clave, doña Mariana, mujer de 56 años y esposa de Mario, la fuerza física que requiere la siembra, la quema, el corte y transporte de la caña no son propios para las mujeres.

Yo no tuve hermanos, así que cuando era joven yo me decía: Si yo fuera hombre, si yo fuera hombre, no permitiría que mi papá trabajara tanto. Yo trabajaría el campo y lo sacaría adelante sola. Yo sé hacer de todo, hasta cortar caña, pero ¿cómo va a ser?, que una mujer se vaya [...] libre por derecho al campo, no [...] ¿cómo va usted a creer?

Los jóvenes varones participan desde los once o doce años en las actividades de cultivo y recolección, así como en la alimentación de los mamíferos. Es común que realicen otro tipo de trabajos en comunidades y ciudades cercanas, como jardineros, albañiles, comerciantes y mozos. Los trabajos de construcción, tanto de las áreas de cultivo y de los cuartos para vivir son también responsabilidades masculinas.

Las mujeres no tienen la titulación de los ejidos ni representación en las asambleas ejidales. Su participación en el trabajo agrícola está en segundo plano, aunque participan en la siembra, recolección y venta de la cebolla, el chile, el cacahuete y el frijol. Su lugar es el tlecuil. Como dice doña Elena (57 años), esposa de Fabián, cuando al llegar le preguntamos ¿cómo ha estado? “Aquí, como gata, siempre pegada al tlecuil, ya ve que los gatos siempre están bien pegados al fogón”.

En las mujeres descansa una pesada carga del trabajo doméstico y de producción en la unidad familiar, en la cual colaboran los niños de ambos

sexos y las jóvenes ya sean hijas o nueras. Desde los seis/siete años las niñas ayudan a sus madres o abuelas a desgranar el maíz, preparar el nixtamal, ir al molino y echar diariamente sus tortillas y picaditas; cortan y preparan los frijoles, las pepitas y cacahuates; alimentan y cuidan aves de corral y mamíferos. Estas mujeres, además, crían, bañan, visten y cuidan a los bebés y a los niños; limpian los espacios domésticos, lavan, tienden y planchan la ropa. Además, las madres-esposas, venden fritangas y artículos alimenticios por las tardes y fines de semana. Los niños y jóvenes de ambos sexos ayudan en la transportación de los alimentos, el agua del río y la leña.

La organización de la familia es patri-virilocal, los hijos de ejidatarios viven con sus padres, llevan a su esposa a compartir ese espacio y muchas veces no reciben un salario, sino que dependen económicamente del padre, de quien reciben alimentación y techo a cambio de trabajar en la parcela familiar. Este patrón favorece la exogamia femenina y hay regulaciones y resistencias familiares para evitar la emigración nacional o internacional de las mujeres, a menos que se las lleve su marido.

En su mayoría, las parejas inician una vida conyugal antes de casarse, después de una transacción de los novios que deciden una fecha para “irse”, en un acto aparentemente voluntario, y después de un acto en que “se pide perdón”, se coronará en una ceremonia de matrimonio social y religiosa muy costosa que se realizará cuando los padres del novio puedan solventarla. La joven que decide “irse con el novio” llega a un espacio ajeno en una posición de doble subalternidad en relación con su esposo y sus suegros. En los relatos detallados de estas fugas encontramos que si bien hay casos de una decisión recíproca, hay también ocasiones en que los varones han impuesto su voluntad a la novia, con el uso de la fuerza, el término utilizado es “se la jalonearon”, y nos tocó vivir un intento de robo o jaloneo de una joven de 15 años... por dos hombres a caballo, con pistola y todo.

Aunque el padre tiene una relación externa de subalternidad con los supervisores del ingenio azucarero, él ejerce al interior de la casa y la comunidad el dominio económico, a partir del cual sustenta un respeto incondicional a su autoridad paterna por parte de esposa, hijos, hijas, nueras y nietos. Hay un espacio de poder para la madre o suegra, quien suele monopolizar la socialización de los nietos y controlar las actividades domésticas ubicando en subalternidad a las hijas, niños y nueras, sobre todo durante los primeros años de vida conyugal. Esta situación apa-

rentemente genera muchas tensiones familiares y conyugales. Como dice doña Elvira, la de la caseta telefónica: “La suegra si es de dulce, empalaga y si es de barro, descalabra.”

Cada ejidatario tiene un máximo de 3.5 hectáreas. En 1942 se asignaron tres hectáreas para el sustento de la escuela y el que más tiene es el patrón San Miguel, a él se le asignaron seis hectáreas. La producción de estos ejidos se realiza en faenas donde participan todos, como un compromiso colectivo para contribuir a las mejoras de la escuela y como parte de un pacto religioso que les permite retribuir los beneficios recibidos de los santos y los milagros al santo patrón San Miguel.

HORIZONTE MÁGICO-RELIGIOSO

Los habitantes de estas tierras tienen necesidad del favor y la indulgencia de los santos. Las nuevas generaciones combinan esta necesidad colectiva con una orientación para personalizar las tendencias religiosas. Al participar en los rituales guardan en lo íntimo los problemas personales y dialogan directamente con las deidades poniéndole una distancia a la institución eclesial.

El horizonte mágico-religioso se manifiesta constantemente en la cosmovisión de los pobladores a través de su participación en múltiples rituales religiosos y en relatos míticos y milagrosos relacionados con los fenómenos naturales, la enfermedad, la sexualidad y la muerte. En la segunda visita a la comunidad nos dijo Valentina, joven de 22 años: “Sabíamos que ya venían, pues desde temprano está llorando el fuego.”

Se refiere al fuego del tlecuil, a la morada del dios mesoamericano que regía todas las transformaciones del mundo, el dios anciano o dios del fuego. Ese fuego sigue vivo en el horno donde las mujeres de hoy preparan las tortillas, en ese objeto material que junto con el “metlapille” mantiene su nombre en náhuatl y proyecta permanencias culturales que no terminan de cristianizarse ni de castellanizarse.

En la parte más alta de estas tierras está situado el templo a San Miguel. Orientado hacia donde nace el sol, es el espacio para la realización de una gran cantidad de rituales en los cuales participa la mayoría de la población.

Como parte de los procesos de socialización o endoculturación (Aguirre Beltrán, 1992),³ se asignan papeles específicos a los niños, las niñas, así como a los y las jóvenes. En las bodas y bautizos, un grupo musical de jóvenes interpreta versiones modernizadas de los cantos religiosos. El 29 de septiembre, en la fiesta del santo patrón, al tiempo que los agricultores de los pueblos cercanos garantizan las cosechas del siguiente temporal, intercambian imágenes de sus santos y ofrecen maíz a San Miguel. Para cumplir su promesa algunas de las muchachas presentan en tres años consecutivos una obra teatral titulada “Las vaqueritas”, este guión dramático les permite a lucir ese día diversos atributos masculinos: montan el caballo tal como lo hacen los varones, se visten de vaqueras, con sombrero, pantalón y botas de cuero, algunas traen pistolas. Los jóvenes varones se divierten asustando a todos con máscaras monstruosas, es el rito de los “tecuanes”, disfrazados de monstruos juegan a los toros y bailan con música de chirimía y tambores, en otras ocasiones van tocando el teponaxtle. Mientras salen hacia la iglesia su música es opacada por la banda y por una sucesión de cohetones, “es la música con que nuestro señor entró a Jerusalén”, dice uno de los músicos más jóvenes.

El día de los difuntos es probablemente la segunda fiesta en importancia. Desde la carretera el olor de los cempasúchiles y los tonos anaranjados se imponen al resto del paisaje, flores que acompañarán las ofrendas en los altares y cuyos pétalos se acomodan para señalar el camino a las almas, para que no se pierdan. Las primeras ofrendas del 31 de octubre son para los accidentados y los niños, al día siguiente el humo del incienso que sale del popochcomil es para el resto de los difuntos. “Si agarras de la ofrenda, te jala la pata el muertito”, le dice una niña a su hermano cuando casi lograba apoderarse de un pan en el altar de su tío, quien murió accidentalmente a los ocho años de edad.

En la noche de los santos difuntos salen a bailar y a pedir ofrenda “las mojjigangas”. Se trata de una experiencia ritual masculina muy antigua y generalizada en la que todos los padres, abuelos y hasta los bisabuelos consultados nos dijeron que habían participado. Hombres jóve-

³ De acuerdo con Aguirre Beltrán (1992), la endoculturación se refiere a la transmisión que de su bagaje cultural hace una generación a la que le sucede, engloba a los procesos de crianza, socialización, escolarización y, en lo general, todos aquellos por medio de los cuales el niño es condicionado a las formas de vida de un grupo social.

nes y adultos anónimos vestidos de mujer transgreden los símbolos externos de la masculinidad, y con ese extraño atuendo piden ofrenda frente a los pórticos y ventanas de las casas. Traen vestidos, ombligueras y minifaldas, medias, zapatillas, aretes y pechos postizos. Su cara está cubierta con máscaras, rebozos, paliacates o lentes de sol y pelucas de pelo largo. Entre los callejones oscuros pudimos ubicar cuatro grupos de mojigangas, llevan su equipo de sonido, una casetera, y bailan en parejas piezas gruperas y algunas guapachosas lentas, que los animan a bailar pegaditos. En el baile se rompen las reglas de distancia entre los cuerpos de los hombres, el olor de las bebidas alcohólicas es muy penetrante, truenan los vidrios rotos de las cervezas que revientan en las piedras, hay muchas risas y actuaciones en las que se exageran los movimientos de cadera y los ademanes hiperfemeninos. Nos llama la atención la naturalidad con que se toma este ritual en una comunidad con patrones masculinos tan rígidamente establecidos, los comentarios no llevan la más mínima connotación de homosexualidad. Según avanza la noche, se escuchan gritos, silbidos, insultos y hasta disparos; las miradas hacia mí me hacen sentir como una invasora, única mujer en la calle que comparte ese relajado, a tan altas horas. Dos jóvenes se hacen de palabras, “puto, hijo de la chingada”, se retan y casi llegan a los golpes... la imagen es grotesca, el más bravucón, con tremendo bigote, lleva un vestido negro de holanes blancos que rodean un atrevido escote, mientras tanto, él es jaloneado por otros que intervienen para calmarlo. El mayor de los acompañantes logra calmar la situación, el joven agresor finalmente baja la vista progresivamente, hasta que el enfrentamiento termina con un “vámonos muchachas” del agredido, con el cual se retira un grupo para seguir bailando.

Al día siguiente, José (16 años) nos cuenta sus experiencias, él ha participado como mojiganga por cuatro años:

No, pues anda uno bien contento, pues anda uno con todos los amigos ahí bailando, ahí haciéndolo como las mujeres y todo [...] aunque algunas veces se van emborrachando [...] y se van propasando como una vez con mi hermano. Un señor así cortito, y se veía nomás como una mujer y así, con una peluca, de minifalda [...] iba con una gabardina grandota y un sombrero, bien agachado, no lo conocíamos, y nomás lo iba tocando, tocando [...] y ya nomás todos se hacían así, que adelantito le iban a dar un botellazo, porque llevaban no me acuerdo, coca, no me acuerdo, algo así más pa'llá, en lo oscuroito, íbamos pa-

sando un foco, cuando le ven la cara, y mi carnal se quita la peluca y le dice [...] ¡bueno! ¿qué tiene usted? ¿está loco? [...] pero ¡era mi tío! (risas.) No, que no hubiera sido mi tío, ya merito sí le damos, le íbamos a dar.

Investigador: ¿Y las mujeres no le entran?

José: No, ésas de día, de brujas salen, pero de día.

Ninguno de los lugareños pudo explicarnos los significados de este ritual, más allá de decir que es una costumbre de antaño y que antes los disfraces eran más elaborados y en vez de la casetera de música moderna tocaba la banda del lugar. Pero la experiencia sin duda nos recuerda los ritos de inversión de estatus relatados por Víctor Turner (Turner, 1988), en los cuales los fuertes bajo un disfraz de humildad y pasividad, o los hombres al disfrazarse de mujeres regeneran los principios de clasificación y ordenación sobre los que descansa la estructura social. Apparentemente es un ritual de inversión de estatus para confirmar la masculinidad, los hombres son igualados a las mujeres y despojados de su posición superior como varones. Concluido el rito, el estatus subalterno de las mujeres no cambia para nada ¿Será que la conducta ilícita extravagante subraya la racionalidad de la conducta diaria?

Se trata también de un ritual cíclico, un acto que precede a la fiesta cristiana de Todos los Santos y al día de los Difuntos, en que se conmemora la festividad de las almas en el purgatorio. Mientras los jóvenes se disfrazan de mojjingangas en San Miguel, el mismo 31 de octubre se celebra el Halloween en otras latitudes del planeta, una costumbre occidental que pone acento en los poderes inferiores de los niños, en los más débiles, un ritual que Turner interpreta como de inversión de estatus. ¿No será el ritual de las mojjingangas una síntesis que refunda la jerarquía de género y al mismo tiempo resalta la debilidad de las mujeres y la posición inferior de las almas en el purgatorio, aquellas que piden a los santos que interfieran por ellas para salvarse y acceder al cielo?

Gente de todas las edades sigue participando con entusiasmo en los ritos religiosos y seculares. En la procesión del viernes santo, los jóvenes cargan al Cristo crucificado y a la virgen dolorosa por las calles principales, aun cuando la decoración de sus cuerpos expresa su diferencia generacional: llevan jeans y tenis de marca estadounidense, algunos traen arracada en la oreja y camisetas de basquetbolistas o con imágenes de mujeres rubias. Así como los servicios de salud y educativos son escasos en estas comunidades rurales relativamente pequeñas, los servi-

cios religiosos son pocos y provienen de la cabecera municipal. El capellán llega cada domingo por la mañana a ofrecer misa y, si hay tiempo, a confesar. Aunque todos los jóvenes están bautizados, confirmados y han hecho la primera comunión, es un hecho que ciertas prácticas religiosas se están erosionando. Ya no rezan el rosario como sus madres y tampoco asisten a misa todos los domingos, como dicen los jóvenes: “Ir a misa es ir a criticar, la gente nada más va a la iglesia para ‘tije-tear’ a los demás”, pero eso sí, se persignan antes de dormir y al pasar por el templo, todos tienen imágenes de la Virgen de Guadalupe, del Sagrado Corazón y de otros santos en sus casas. Las muchachas rara vez se confiesan aunque sí comulgan de vez en cuando. Los muchachos ya ni se confiesan ni comulgan. El rechazo a participar en estos ritos parece una expresión de conflicto y de diferenciación hacia la generación anterior.

Pero eso no quiere decir que no sean profundamente creyentes. Como parte de las creencias, el cuerpo de los santos es un objeto de culto que a veces pone el acento en la materialidad bruta y otras en el potencial de relación con los demás. La figura central de la iglesia es San Miguel, después está un cuadro de la Virgen de Guadalupe, del otro lado está San Ramitos y La Preciosa Sangre, también está San Martín a quien se le pide dinero y el Santo Niño de Atocha está en una vitrina nuevecita, todavía no hace milagros porque acaba de llegar.

Los santitos son de madera y no de carne como nosotros y, teniéndoles fe [...] hacen milagros —dice Mina, una joven de 17 años.

Un cura muy presumido quería quitar a La Preciosa Sangre, porque no le gustaba y dijo que no era un santo, que estaba chueco y no estaba bien hecho [...] por eso, dos semanas después chocó en la carretera y se mató.

Otro joven que acaba de entrar a la banda, me cuenta que prometió a San Miguel tocar en la banda por tres años, pues lo salvó de morir atropellado. En esa ocasión como traía en la cartera las estampas del Señor de Jcaltepec, de la Virgen de Guadalupe y de San Judas Tadeo no se murió [...] la estampa de este último apareció con una raya marcada justamente en el mismo lugar donde a él le pasaron las llantas del camión.

El cuerpo de los dioses es homólogo del cuerpo de los hombres, dice Marc Augé (1966), es un cuerpo sexuado al que hay que cuidar y alimentar y al que hay que ofrecerle promesas, oraciones, sacrificios y rituales.

Elia (16 años): La Virgen de Guadalupe se embarazó sin [...] por un milagro, por obra del Espíritu Santo [...] Siempre que yo tengo un problema no me encomiendo a Dios, sino a la Virgen, yo a ella le tengo mucha fe [...] la Virgen sólo me falla cuando me porto mal.

José (16 años): Si te portas bien, el niño Jesús te concede todo lo que le pidas.

Algunas de las regulaciones religiosas relacionadas con el cortejo y que los jóvenes tienen claras es que no se pueden casar con los de otra religión (además de la religión católica, hay un grupo de evangelistas en el pueblo), tampoco con parientes, algunos han tenido novios primos pero... no han pasado a más. No se vale tener relaciones sexuales... sino ¡hasta... hasta que te la llesves! —dice José— ¡hasta que se junten! —dice Mina. Los que se unen deben casarse después, para estar unidos ante Dios.

Como hemos visto, los rituales religiosos no son un territorio propio de los jóvenes, sino celebraciones colectivas en la que los jóvenes participan con las otras generaciones aunque con papeles particulares. Las rupturas de estereotipos sociales en las festividades religiosas no son precisamente expresiones de resistencia, sino de sometimiento a los procesos de reproducción cultural, ante los cuales los jóvenes siguen encontrando significaciones subjetivas, sentidos de pertenencia y oportunidades para pedir favores y corresponder a los santos. Los temas principales que llevan en sus promesas tienen que ver principalmente con la salud, la enfermedad, la vida y la muerte.

Pero los eventos religiosos son a veces las únicas oportunidades para divertirse y estar entre iguales. En la carrera de los guadalupanos los jóvenes de ambos sexos participan con gran entusiasmo. Esta carrera es organizada desde la parroquia como una estrategia de proselitismo para involucrar más directamente a las nuevas generaciones en las actividades religiosas. Por lo que pudimos observar, esta carrera ha sido también la oportunidad para que los jóvenes tengan un espacio propio, es un evento en que no participan los adultos más que como generadores de la idea.

Elia ha tenido un liderazgo importante en la formación de un grupo juvenil que organiza bailes y colectas. Ella sale mucho a las ciudades y poblaciones cercanas, acude constantemente a bailes y tocadas y estudia contabilidad en Chietla. Nos tocó ver cómo organiza a los jóvenes para la carrera de los guadalupanos. Los jóvenes se citan en grupos de dos o tres para practicar desde un par de meses antes, van a correr al campo

todos los días, y así ganan resistencia para poder aguantar la carrera de relevos que va desde la iglesia del pueblo hasta la Basílica de Guadalupe en la ciudad de México. Por sus comentarios nos percatamos de que la carrera es una oportunidad casi única para salir de viaje hacia México sin los papás, con compañeros de su misma edad y de diferente sexo. Durante el recorrido duermen en las camionetas los muchachos y las muchachas y, cuando saben que hay parejas de novios, los separan en camionetas diferentes. Como los gastos son caros, los jóvenes organizan bailes y colectas. Nos tocó compartir con ellos un baile en el que las muchachas y los muchachos cobraban los boletos y las fichas para bailar, vendían las cervezas, organizaban el sonido y eran los responsables de los fondos. El espacio no es exclusivo para los jóvenes, como en todos los bailes del pueblo, asiste gente de todas las edades. Al comienzo están hasta las mamás y los niños, según se va haciendo tarde, se quedan en el baile los jóvenes de ambos sexos y los señores, las mamás suelen irse a su casa a cuidar a los menores.

INFLUENCIAS URBANAS EN LA IDENTIDAD JUVENIL

Como observadores de afuera, los investigadores estamos siendo testigos de un proceso de transformación que realizan las y los jóvenes campesinos, de una apropiación y resistencia selectivas de las ofertas culturales ajenas —en términos de Guillermo Bonfil (Bonfil, 1987)—, de modos y maneras que provienen del modelo escolar urbano, de los migrantes, de la música del norte y de la televisión.

Prácticamente no encontramos territorios propios creados por y para los jóvenes, pero sí muchos elementos que toman y recrean las nuevas generaciones de los patrones juveniles urbanos: lenguajes informales, moda y estéticas particulares, consumo de música “moderna”, prácticas de noviazgo sin expectativas de conyugalidad y contactos corporales y sexuales que no se permitían las generaciones anteriores.

La escuela

Como espacio institucionalizado para los jóvenes, la escuela secundaria, en su modalidad de telesecundaria, abrió hace más de 15 años, un nuevo

espacio que favorece el encuentro entre los jóvenes de ambos sexos. Los padres tienen una expectativa ambivalente ante la escuela secundaria, por un lado mandan a los hijos e hijas a la escuela y depositan en ellos algunas esperanzas de mejoría de estatus, pero al mismo tiempo no los obligan a ir diariamente ni la consideran una inversión prometedora, sino todo lo contrario.

Las maestras están en una tensión constante con los padres de familia para que valoren la asistencia y permanencia de sus hijos en las escuelas. “Faltan alumnos, hay mucho ausentismo y deserción. Los hombres se van más porque les atrae el dinero, desde chicos les inculcan la posibilidad de irse a los Estados Unidos.”

La escuela lleva una esperanza de mejoría y un modelo ajeno de imposición cultural. Las maestras están induciendo un modelo de decisiones individuales y vocacionales que en ocasiones se opone al proyecto familiar que los padres han decidido para sus hijos e hijas. Siempre han asistido más mujeres que hombres ya que se considera menos importante su contribución a la economía familiar. Los jóvenes de hoy parecen estar jaloneados por dos figuras de autoridad diferentes: las maestras y sus padres.

El término de “adolescencia” aparece únicamente en la escuela en boca de las maestras, se trata claramente de una nueva categoría que las maestras traen de su formación en la normal y de sus cursos de capacitación. Las maestras inauguran el discurso psicológico de la “crisis de los adolescentes”, y es su mejor argumento para justificar su posición jerárquica y para devaluar la capacidad reflexiva de los jóvenes: “Maestra de 3º: Aquí los comprendemos, sabemos que están pasando una etapa difícil. En esta etapa no piensan las cosas. No razonan. No es que sientan lo que dicen que sienten, sino que [...] están en crisis [...]”

La presencia del noviazgo, así como sus transformaciones, están reconocidos en las maestras, quienes se mueven en una posición ambivalente para prohibir y al mismo tiempo tolerar. En lo que están de acuerdo es en postergar la edad de las uniones conyugales.

Directora de la escuela: Hoy los jóvenes tienen mucha prisa, prefieren irse con el novio que seguir viniendo a la escuela. Aunque tienen prohibido tener novio o novia, nos damos cuenta de que son novios en secreto cuando terminan, cuando se pelean. Entre los cuadernos nos encontramos también con sus poemas de amor.

Pero las jóvenes y los jóvenes tienen también una percepción ambivalente ante la escuela. Tienen claro que ir a la escuela es una justificación para poder salir de casa y para librarse de las tareas domésticas y faenas agrícolas y, al mismo tiempo, tienen muy poco interés en estudiar y se quejan constantemente del control de las maestras. Aunque es obvio que disfrutaban la convivencia con sus iguales y que están asumiendo una identidad de estudiantes, lo cierto es que no parecen muy interesados en estudiar. La mayoría de las muchachas preferirían quedarse a hacer “el quihacer” que estar aguantando los regaños de las maestras. Los muchachos, por su lado, faltan cada vez que pueden y más bien están pensando en terminar rápido para irse a otra ciudad o a Estados Unidos.

Sin embargo, la escuela ha sido la oportunidad para abrir noviazgos no terminales, sin miras a la conyugalidad. A pesar de estar prohibido tener novio en la escuela, todos y todas nos hablan de múltiples noviazgos entre compañeros de la escuela que contrastan con las historias del único amor de sus abuelas y madres, o de las novias en otros poblados que tenían sus padres y abuelos. Los estudiantes se las arreglan para verse y hablarse. Nos dice Gloria, una chica de 15 años que ya ha tenido tres novios: “Cuando las maestras nos cachan nos empiezan a dar consejos: que todavía no es tiempo para nosotros, que ahorita hay que dedicarse más a los estudios y ya después habrá tiempo para otras cosas”.

El gran movimiento comunitario alrededor de la fiesta de graduación de la secundaria confirma la importancia cultural de este espacio social y la significación casi liminal de todo un periodo en que se detiene el estatus de los jóvenes y las jóvenes: los tres años de estudios. Se da una gran importancia al vestido que lucirán los graduados en esa ocasión, se discute ampliamente entre las maestras y las madres de familia, las voces de las jóvenes y los jóvenes no son muy escuchadas. La ceremonia nos recuerda las fiestas de 15 años de las comunidades urbanas. En esta ocasión las mujeres lograron convencer a sus mamás de usar el modelo propuesto por la maestra: un vestido negro, largo y escotado con una abertura atrás hasta las corvas. Pero los muchachos se tuvieron que poner una corbata roja de moño y una banda en la cintura a pesar de sus reclamos durante los ensayos, nos dice Ángel (15 años): “No queremos ir así, vamos a parecer meseros... así nos vistieron en la primaria.” Pero la respuesta de la directora fue contundente: “Si quieren el papel (se refiere al certificado de la secundaria) tienen que obedecer.”

Se trata de un ritual de pasaje, un ritual de separación, transición e incorporación en términos de Van Gennep (Van Gennep, 1960). Una ceremonia cuyo fin esencial es permitir al individuo pasar de una posición definida a otra igualmente definida. La ceremonia incluye tres momentos: el religioso, el cívico y el social.

El momento religioso consiste en una misa en la que cada uno de los graduados y las graduadas van acompañadas de dos o tres padrinos, todos van muy bien arreglados, las mujeres llevan vestidos y regalos florales, los varones adultos van con camisa de cuello y sombrero. De la generación de los jóvenes que habían sido nuestros informantes durante ese año, los investigadores fuimos invitados por la directora de la escuela para participar como padrinos de video, y además cada uno fuimos madrina y padrino de dos de los graduados. En la misa nos llamó la atención que comulgan todas las jóvenes graduadas pero no los varones. "Nosotros no tenemos pecados", nos dijo uno de ellos con risa burlona. De la iglesia bajan en parejas hacia la escuela para seguir con el rito secular en el patio escolar.

La ceremonia cívica comienza en un mediodía caluroso, los graduados de gala marchan lentamente y van apareciendo uno a uno en el patio al cruzar un gran arco elaborado con globos blancos y negros (el color de los vestidos) que parece representar la frontera entre una etapa liminal que termina y una nueva posición ante la comunidad. Con pasos lentos y elegantes, cabeza agachada y manos entrelazadas en la espalda (una señal que evoca duelo) dan vuelta a todo el patio para ser observados prácticamente por todo el poblado que se ha dado cita en el patio de la telesecundaria.

Después vienen piezas de oratoria grupal en que recitan poemas de agradecimiento a las maestras y de tristeza por la despedida a la escuela. Con Ray Coniff como música de fondo, arranca toda una obra cuyo contenido, previamente seleccionado y dirigido por las maestras, se convierte en un ritual de autoelogio que busca dignificar a la escuela textualmente como "el templo del saber".

Una generación se despide.
Te dice "Adiós queridísima escuela".
Una mirada a sus corredores,
a su patio y a sus salones de clase
y un apretón de manos a los profesores
y un suspiro hondo que del pecho nace.

Sólo tres años convivimos en tu seno
descubriendo la sabiduría creadora
para lograr una raza triunfadora.
Fueron tres etapas que, como escalones,
subimos con esfuerzo infinito.

Partiremos por otros derroteros
dejando tu recuerdo cual bandera.
De tu emblema seremos escuderos
como caballeros sin fronteras.
Las figuras de los profesores
con sus regaños y sus consejos
surgirán como fieles defensores
para librarnos de los malos hábitos.

Amada escuela... templo del saber,
iremos a buscar los senderos del mundo.
Al desierto ignoto trataremos de vencer.
Nos hundiremos en el abismo profundo.
Tú seguirás de pie y siempre alerta
recibiendo en tu seno nuevas esperanzas
para sembrar a la juventud despierta.

Eres faro que brilla en el mar incierto
alumbrando el puerto de nuestro destino.
Eres un oasis que, a mitad del desierto,
mitigas la sed de quien busca el camino.

Una generación se despide
y te dice ¡Adiós, queridísima escuela!

Después nos enteramos de que se trataba del poema "Despedida escolar" de Dionisio Ortiz Martínez, poema que había tenido que ser memorizado en las semanas anteriores por todos los estudiantes. Muchas horas de clase se han desplazado para poder realizar los ensayos en las últimas semanas. Mientras las ondas televisivas de la SEP enviaban clases de química, inglés y otras materias, los estudiantes y las maestras practicaban un par de horas diarias para que nada fallara en la graduación.

Durante la presentación todos los muchachos parecían muy preocupados por hacer bien el espectáculo, mostraban rostro serio y un involucramiento emocional intenso. Cuando terminaron y mientras el compa-

ñero investigador les tomaba fotografías con sus padrinos, les preguntó si se sentían tristes. Uno sonríe y el otro le empuja la cabeza al compañero de al lado diciendo: “¡Dentro de tres horas eres libre!”

El día culmina con múltiples fiestas en cada una de las casas con las familias de los y las debutantes. Esta ceremonia promueve muy directamente el valor de la escuela como saber y permite a los jóvenes pasar de una posición de estudiantes a otra posición de adultos-jóvenes. A partir de esta fecha, los padres van a tener mayores exigencias para que trabajen los varones en el campo, y una expectativa ambigua hacia las mujeres: se les pide que colaboren más sustancialmente en las labores domésticas. Existe una posición ambivalente hacia ellas. se les prohíbe tener novio pero al mismo tiempo las actitudes parecen estar esperando que consigan un buen compañero para casarse. Es de notar el cambio en el arreglo de las muchachas después de graduarse. Pareciera que después de ese episodio ellas tienen permiso de pintarse, vestirse y peinarse como señoritas, usar tacones, medias, etcétera.

Todo parece indicar que la secundaria tiene un significado de formación terminal, por lo general en la comunidad no detectamos hombres que hayan cursado educación media superior o universitaria y son muy contadas las jóvenes que están interesadas o deciden hacer la preparatoria. Estos pocos enfrentan la duda u oposición de los padres por los gastos que implica y por las escasas perspectivas de mantener los estudios universitarios. Durante el año y medio que visitamos la comunidad sólo nos enteramos de una persona graduada con estudios universitarios, se trata de un ingeniero agrónomo que ya no vive en el poblado pero tiene una casa de las más grandes y lujosas.

Los migrantes

Los hijos e hijas que migran a otras ciudades o países van logrando cierta autonomía que transforma la relación subalterna con el padre. Como ganan su propio dinero, pueden negociar con el padre las inversiones familiares, el uso de los ahorros y los dólares que suelen destinarse a la construcción de cuartos y casas contiguas, así como de infraestructura de riego o maquinarias para el trabajo agrícola.

Javier (29 años) —el hijo de Mariana y Mario— tiene ocho años de ir y venir al otro lado y nos habló de un gran contraste entre la sexuali-

dad de “acá” y de “allá”. “Allá anda uno con chamacas. Se da uno cuenta de la vida, allá hace uno cosas más íntimas con la persona, y sin necesidad de hablar, dice el dicho ‘[...] si te veo [...] mañana ni te conozco.’”

La idea general entre los jóvenes es que “allá” hay un espacio de gran libertad sexual. José es un joven de 16 años que nunca ha migrado, pero le han contado que los jóvenes cuando van allá no sólo comparten en grupo los gastos de la renta, sino que contratan en grupo a alguna prostituta que se mete con todos, primero le toca a uno y luego al otro, así le contó uno que así le pasó. Otro de sus amigos se confundió y ya se iba a meter con otro de su mismo sexo: “[...] andaba buscando tuerca y encontró tornillo, no que si no, pus ¡por ahí no! [...] o sea al verlas se ven bien, así, mujeres bonitas, de buen cuerpo, pero ya no [...] ¡Patagonia y a correr!”

Las mujeres solteras migran principalmente a otras ciudades del país, y cuando regresan suelen tener dificultades en relación con el control de sus movimientos en el pueblo. Ana Belén tiene 18 años y es nieta de doña Mariana, después de que estuvo tres meses viviendo en Jalapa, su madre Sara la notó muy cambiada cuando regresó: “Allá tuvo demasiada libertad, salía con los amigos y ya ni permiso pedía.”

Anabelén nos cuenta que allá los muchachos son muy diferentes a los de aquí, del rancho: “Allá, es más, ni te piden que lo van a hacer, no, sino que te agarran desprevenida [...]”

Migrar es una oportunidad para los hijos e hijas mayores, una estrategia para ampliar los recursos económicos de la familia, y un medio que les permite ampliar sus perspectivas de vida. A los menores les toca quedarse a ayudar a los padres y cuidar el ejido familiar. Quedan sometidos a la autoridad paterna con la probabilidad de heredar el predio más importante del patrimonio o ejido familiar. “Este chamaco quería irse al extranjero pero ya le estamos quitando la intención —nos dice doña Elena, su madre—. Ya se fueron todos los hermanos para allá y Fabián ya está muy grande, no tiene quién le ayude en el campo.”

Se trata de Inocencio, el hijo menor de los nueve que tuvieron Fabián y Elena. Hoy tiene 16 años y sueña con irse al otro lado en la próxima ocasión; pero a él le toca sacrificarse, cuidar el ejido familiar, quedarse a ayudar a su padre que ya está viejo.

Está también el caso de Esperanza —otra hija de doña Mariana—, quien a sus 15 años sueña con irse a Los Ángeles a alcanzar al novio que ama y que se fue desde hace seis meses. A ella, como mujer, no la dejan

irse al otro lado, además como es la menor de la familia todos piensan que debe quedarse con sus padres, no tiene quién la apoye para irse a vivir con sus hermanos al otro lado.

Los bailes

Los bailes son un espacio privilegiado para los encuentros entre jóvenes que va en aumento. La fiesta como momento lúdico y como posibilidad de contacto se ve multiplicada por la creciente frecuencia de las “tocadas” y las montadas de toros que se realizan tanto en San Miguel como en los pueblos vecinos. En años recientes aparecen bailes con un objetivo lúdico exclusivo y no como una festividad familiar o religiosa. De hecho, ya existe una verdadera industria en la región que va desde los grandes conjuntos tropicales que llegan a Izúcar y las cabeceras municipales, hasta los equipos de sonido de alta tecnología que se pueden contratar. A veces las fiestas incluyen juegos mecánicos, otro espacio para el cortejo.

En el arreglo personal de los jóvenes de hoy, en sus actitudes y formas de bailar, hay una diferencia que contrasta con las generaciones anteriores. El vestido es una expresión concreta de la modernidad estética, es una metáfora de las vanguardias juveniles (Habermas, s.f.). Entre las mujeres hay una afirmación del cuerpo femenino que definitivamente las distingue de las madres y abuelas, quienes suelen usar vestidos de tergal y trajes de dos piezas. Ellas, en cambio, usan “chors” y pantalones de mezclilla pegados, minifaldas y ombligueras, playeras con motivos eróticos y letreros en inglés; aunque la mayoría todavía lleva el pelo largo, algunas empiezan a usar el pelo corto, así como flecos y copetes emulando a las cantantes de la televisión. Se depilan las cejas y se pintan luces, algunas usan muchos aretes. La última vez que visitamos a Mina ya tenía 9 aretes en cada oreja: “[...]se ve bien chola” —dice Reina.

Los muchachos usan tenis de marca, playeras escotadas y algunos se están dejando el pelo largo. Cuando van a los bailes, usan camisas de cuello muy bien fajadas pero desabrochadas en el frente y jaladas hacia atrás para mostrar el pecho casi completo. José es el único que usa arracada del grupo, tomó la idea de unos chavos de Izúcar de Matamoros: “Ahí hay hartos que usan arete [...] en veces lo uso, en veces no”.

Se quita la arracada cuando llega a su casa, para que no le llamen la atención sus papás. A los muchachos les gusta mas la música gruperá, pero cuando tocan las románticas es el momento de sacar a la que les gusta y animarse “a hablarle”.

“Hablar” significa iniciar un noviazgo, como si el mero intercambio de palabras fuera sinónimo de intimidad. En los relatos de los jóvenes de hoy los noviazgos empiezan en un baile cuando ellos les hablan a ellas, y después de un par de días en que ellas acceden, comienzan a citarse. Cuando los bailes son en otros pueblos, los jóvenes se van en grupo. El noviazgo abierto a distancia supone visitas los sábados o domingos.

En los momentos más candentes del baile que organizaron los guadalupanos suenan los Bukis, “La del moño colorado”, Los Tigres del Norte y “Amor prohibido”, de Selena. La competencia para sacar a bailar a las muchachas es ruda pues hay una gran desproporción como de tres/cuatro hombres por mujer. Llegan jóvenes, adultos y hasta abuelos a sacar a las muchachas, ellas no siempre quieren bailar, sobre todo con los que ya están muy tomados... a veces se trata de algún tío o pariente al que le deben respeto y no pueden negarse.

Al baile también llegó “el Chicas”, las muchachas nos codeaban y mientras sonríen nos hacen señas como de traviesas: ¿Ya vieron quién está ahí? [...] ¿quién? “El Chicas”. Un joven que en esa ocasión venía acompañado con otro muchacho que parecía su pareja, ambos vestían unos shorts muy cortos y bailaban diferente al resto, con ademanes abiertos e hiperfemeninos. Los hombres se divertían acercándose a bailar con ellos, era un motivo para reír y bromear. Según nos cuentan los jóvenes, “el Chicas” llega de Chietla a cuidar su terreno de caña en la ribera del manantial y tiene relaciones sexuales con los muchachos muy jovencitos a cambio de dulces o golosinas. Se dice que son los más pequeños los que acuden con frecuencia, aunque cuentan que algunos señores también se han metido con él cuando están alcoholizados. Los relatos del Chicas están más presentes entre los hombres, las muchachas saben menos pero han escuchado sobre las prácticas del manantial. Siempre que se refieren a “el Chicas” a todos les causa mucha risa, algo de lo que no quieren hablar más pero que es interesante compartir como cómplices de un secreto común.

El baile es siempre en parejas y se mantienen las miradas fijas en lontananza como para evitar un acercamiento íntimo y controlar las

emociones, nos dice Reina: "Las románticas no se bailan con desconocidos, sólo con el novio."

A las muchachas no las dejan regresar tarde, las madres ejercen el control sobre los movimientos de las hijas, si desobedecen son regañadas y hasta golpeadas.

Mina dice que su mamá tiene razón en pegarle: Lo hace por el bien mío y no por el bien de ella. Le da muina que yo ande en la calle y no regrese yo pronto.

Tina prefiere que le peguen a que la regañen: Es más rápido, me pega y me deja en paz; si no, se la pasa regañándome todo el día y así yo no obedezco.

La música y los medios electrónicos de comunicación

Mientras que para los estudiosos de la juventud, el rock y la música han contribuido en forma importante a los procesos de posicionamiento de las identidades juveniles en el mundo (Valenzuela, 1997), nosotros consideramos que en Iguanillas la música de la radio y los grupos de la televisión están también perfilando la construcción de una cultura juvenil particular.

En esta comunidad la presencia de aparatos musicales de gran capacidad acústica es muy obvia para cualquiera que atravesase las calles y es una aportación de los migrantes que van y vuelven de California. Por todos lados se escucha la música en volúmenes muy altos y con el tiempo uno se va dando cuenta de que atrás de las canciones a todo volumen, siempre hay un joven o una joven manejando los aparatos. De hecho, cuando empezamos a hacer entrevistas a los muchachos y muchachas, el primer paso era bajarle el volumen a la radio o al aparato de CD para poder conversar.

La música de más penetración entre los jóvenes es la llamada grupe-ra de los conjuntos del norte del país, también se escuchan mucho las cumbias y el rock quebradita. Entre los grupos de este tipo más escuchados se encuentran La Banda Machos, Los Tigres del Norte, Los Bukis, El Mexicano, La Banda Potrero, Los Invasores de Nuevo León. También escuchan baladas musicales, principalmente de cantantes latinos como Luis Miguel, Thalía, Lucerito, Carmen Jara, Fey, Ricky Martin, Flavio César, Selena y Enrique Iglesias, entre otros. Una sola de las muchachas que ha vivido en México y en Morelos, Ana Belén, mencionó grupos como Maná, de Guadalajara, y a la cantante estadounidense Madonna como sus pre-

feridos. Muchos de ellos tienen discos compactos de estos conjuntos y cantantes, pero también los escuchan en las tocadiscos y en los bailes o por la radio, en las estaciones locales preferidas, como Radio Matamoros.

La influencia más obvia de la música y los medios electrónicos se observa en la moda, pero también en las letras de las canciones que escuchan. Hay una infinidad de temas, una gran cantidad de ellas se refieren al abandono de amores a la hora de migrar, y a los conflictos del amor en general.

En una de las reuniones con los jóvenes, ellos reprodujeron algunas de las letras que más les gustan y estuvieron haciendo algunas reflexiones al respecto.

Te extraño, te olvido y te amo

Canción preferida de Esperanza (15 años)

Era como una diosa y yo tan poca cosa

Canción preferida de José (16 años)

Me enseñaste el límite
de la pasión

Y no me enseñaste a decir adiós
He aprendido que te has marchado

Te extraño porque vive en mí
tu recuerdo

Tu olvido,
a cada minuto lo intento

Te amo,
es que yo no tengo remedio

Te extraño, te olvido y te amo

La conocí en la plaza

Ayer por la mañana

Yo vendo recuerdos

Para las parejas que por ahí van

Era como una diosa

Y yo, tan poca cosa

Entre las letras que nos escribieron y leyeron nos llamó la atención la temática del amor, todas están plagadas de palabras de pasión, rechazo, abandono y dolor. Cuando les preguntábamos en esa reunión a qué se debía que predominaran estos temas, ellos dijeron que habían sufrido varios desengaños y que por eso les gustaban estas canciones.

En la segunda parte de la sesión les pedimos que seleccionaran a uno de sus cantantes y una de sus cantantes favoritos y construyeran en grupo una historia de amor. El resultado fue la historia de Alejandra Guzmán y Enrique Iglesias: se conocieron en un concierto que fueron a dar a otra ciudad y entonces se enamoraron. Él la invitó a bailar y mientras bailaban le habló, ella lo aceptó y se quedaron de ver al día siguiente. Se trataron, se conocieron más y después de algún tiempo se casaron y fueron muy felices. Lo que nos llamó la atención de este ejercicio es cómo al hablar de los artistas de la tele, volvieron a repetimos casi exac-

tamente los mismos pasos del cortejo, tal como nos habían dicho que ocurren ahí mismo en San Miguel. Los jóvenes interpretan los mensajes de la música y las historias a partir de las experiencias que viven en su comunidad, sobre la base de lo que reconocen y les ofrece elementos de identificación. La gente se apropia de aquello que tiene una cierta consonancia con los cambios materiales que les están ocurriendo y con las prácticas que empiezan a observar al viajar a otras comunidades y ciudades del país.

Es difícil pensar que la gente transforme sus formas de vida a partir de imágenes distantes y modelos ajenos que poco tienen que ver con su cotidianidad. Pero si empezamos a atribuir una influencia importante a los medios de comunicación en la vida sexual, es porque era una de nuestras hipótesis de trabajo y porque la gente así lo está reconociendo.

Para Mariana, la televisión ha ejercido una influencia muy importante en la vida sexual de los jóvenes de hoy:

Mariana: Porque desgraciadamente no todas las personas se saben aguantar.

Investigadora: ¿Pero antes por qué se aguantaban más?

Mariana: Pues yo pienso que antes porque no había nada de televisiones. O sea uno estaba, como aquel que está en la oscuridad, mm, ¡y ora no!, porque ora por medio de las televisiones, se ven ¡tantas y tantas cosas!, que de novios se andan abrazando, besándose, se llevan a lugares, pues poco habitables de personas, y ahí hasta se tiran en el pasto y se hacen lo que quieren, por eso pienso yo que son todas las cosas que vienen pasando.

Y en coincidencia con Mariana, Inocencio, el joven de 16 años que vive en la casa que nos hospedaba, atribuye a las películas el hecho de que las jóvenes de ahora ya no se aguantan.

Me cuenta que una compañera de su escuela, en el baile de fin de cursos provocó un pleito entre su ex novio y su novio actual. Y es que como era simpática, pues tenía uno y otro novio y pues ellos hasta se peleaban. Ese día que bailó con el ex novio, pues el novio actual se enojó, y pues dos o tres días después, ella mejor se fue con el novio... así para evitar pleitos. Aquí así se usa, lo que pasa es que los de ahora ya no se aguantan y aunque las hayan pedido, se van a vivir con él, antes de la boda [...] y no se aguantan pues porque como ven las películas, les dan ideas.

Elia dice que antes le daban asco los besos de la tele, pero Gloria dice que en la televisión ha aprendido a cómo hacerse novios y cómo besarse; pero Valentina dice que en las películas se aprende todo, hasta cómo entregarse.

Investigador: ¿y qué importancia tienen la televisión y la radio?

Gloria (15 años). Pus luego hay, en las telenovelas hasta pasan cómo, cómo se conocen y todo. Tú ahí ves este, como si te quiere o sea, para tu novia bien, bien así, si nada más te quiere para pasar el rato... porque luego dicen, pus ahí en la televisión también aprenden a besar. Los muchachos también aprenden ahí, porque ellos también ven la televisión.

Valentina (22 años)... la juventud, "ora sí" que ya sabe todo ¡ya sabe pues! ¡Sí pues!, las muchachas ya ve que ven en las películas, pus ¡ahí ve uno! Ya "ora", ya ve que "ora" ya hay tantas... ¡ya se ve todo! Y yo antes, ¡dónde había yo visto una película así de entregarse! ¡Ay, no!

Una de las cantantes a la que más admiran es a Lucerito, siguieron por la tele su boda con Mijares y nos dijeron algunas de las ideas de la vida conyugal y sexual que ellas suponen en ellos:

A Valentina (22 años) se le ilumina la cara cuando en una visita le preguntamos si vio la boda por la televisión. Le gustó la misa, su vestido, los arreglos, tanto testigo que hubo. Afuera había muchísima gente esperando a verla, hasta pensábamos que Gaby (se refiere a la investigadora) andaba por allá. Lucerito no es chocante, es bien llevadera, estuvo sonriendo todo el tiempo cuando que el novio estuvo bien serio. Aunque se casó de blanco, cree que no llegó virgen al matrimonio, las artistas tienen aventuras. Tampoco cree que vaya a durar mucho porque si le pide que deje la carrera va a estar entre la espada y la pared. Ya ve Capetillo y Bibi, ellos se pusieron de acuerdo antes.

ESPACIO Y TERRITORIOS PARA EL CORTEJO

En coincidencia con los planteamientos de Edward Hall (1994), el espacio de caracteres fijos ha sido uno de los modos fundamentales de organizar las actividades de los individuos y los grupos. Todo parece indicar que el comportamiento territorial y los lugares destinados al cortejo han permanecido razonablemente constantes en las tres generaciones estu-

diadas, a excepción del espacio de la escuela secundaria que —como dijimos— ha favorecido la existencia de múltiples noviazgos no terminales y los bailes y tocadas en los pueblos aledaños.

Efectivamente, el lugar más prohibido para “verse con el novio” ha sido siempre la zona de los cultivos: al estar alejada de la casa falta vigilancia y “ahí podría ocurrir hasta lo peor”, según nos dijeron los muchachos de la secundaria, así que el campo para recreo, la cancha de basquetbol y de fútbol que se construye junto con la escuela, abrió esos nuevos espacios para los novios; pero lo que son las esquinas de las calles, el atrio de la iglesia, las idas al mandado, al arroyo y al molino siguen siendo los principales lugares de encuentro para las parejas de hoy. Por las tardes, ellas tienen que ir a los mandados y ellos después de bañarse y arreglarse van a las tienditas “a comprar un refresco”, como pretexto para encontrar a las muchachas. A pesar del tiempo, los lugares prohibidos son también los mismos de siempre: el campo y el interior de las casas.

Pero los jóvenes generan estrategias que permiten el encuentro de los novios y dar un sentido más íntimo a ciertos espacios. Una pequeña cueva en el fondo del manantial es un lugar idílico que no se imaginan los adultos y en el cual recibimos relatos realmente románticos y eróticos. La noche es también un velo que transforma el sentido de los espacios, particularmente la oscuridad es un marcador de espacios de libertad sexual que les permite pasar inadvertidos en un lugar tan pequeño donde todos se conocen. Los encuentros más íntimos pueden ocurrir en sus propias recámaras, cuando todos duermen y no hay quien vaya con el chisme.

DISTANCIA Y CONTACTOS CORPORALES

Una de las variaciones intergeneracionales importantes parece estar dada por la distancia y el significado de la posición de los cuerpos en las conversaciones entre los novios. Ante la pregunta de que si las costumbres de los jóvenes son iguales, todos los informantes reconocen un cambio sustancial y afirman —sin la menor duda—, que ¡ahora... es muy diferente! Valentina, joven y madre de dos hijos, dice: “Los jóvenes de hoy andan abrazándose y besándose en la calle y [...] ¡ya ni la cara se tapan!”

Dejar de taparse la cara es dejar de ocultarse, parece la afirmación de un derecho, el derecho a disfrutar el acercamiento corporal. Las afirmaciones son contundentes, todas reconocen un cambio y lo refieren

principalmente a los contactos corporales. En tanto que las abuelas casi no se permitían el acercamiento corporal ni aun en situaciones de intimidad, la generación intermedia llega a los abrazos y los besos pero todavía cuidándose y sometiéndose a mecanismos de control sobre todo de parte de los familiares. Para las nuevas generaciones aunque la vigilancia de los cuerpos por parte de parientes y conocidos permanece, hoy se da junto con procesos reflexivos que colocan a los jóvenes como nuevos sujetos que operan mediando entre esferas morales diversas. Elia (19 años) nos dice:

Investigadora: ¿Tú qué cosas crees que han cambiado de como era la vida de tus papás a como es la vida de ustedes?

Elia: Yo pienso que es igual la costumbre.

Investigadora: ¿Sí?

Elia: Sí, porque supuestamente, aquí la mujer cuando se casa tiene que llegar virgen al altar. ...y que, si no, es una ofensa para la familia, y pues antes así era también supuestamente, lo que me han contado.

En esta comunidad la virginidad es un valor sustancial y los acercamientos sexuales siguen viviéndose como una presión masculina y una falta de respeto a la mujer. Aunque el significado de la posición de los cuerpos ha cambiado desde tiempos de las abuelas a los tiempos actuales, aunque las transgresiones en el noviazgo han pasado de tocarse la mano a besarse, y ahora, a tener relaciones sexuales, en todos los casos, el cuerpo femenino debe someterse al imperativo masculino y actuar obedeciendo a lo que se concibe como una ley.

El cuerpo es receptáculo pasivo, y se presta a la expresión de mensajes en los que el cuerpo no es ni el autor ni el agente. Como nos permite conceptualizar Marc Auge (1995), la paradoja del cuerpo es que representa a la vez todo lo que puede aprender, la intimidad individual, y la forma inmediata de la exterioridad; es parte del espacio natural y fragmento del exterior que puede socializarse, divinizarse, simbolizarse. En los siguientes testimonios podemos analizar cómo ha ido variando la relación con el cuerpo y el sentido de los contactos corporales entre representantes de las tres generaciones estudiadas.

Don Mario, un campesino de 63 años, cuenta cómo después de tener dos novias de puro pasatiempo, se decidió a hablarle a Mariana para llevársela a su casa para que le preparara los alimentos y le hiciera su

ropa y necesidades: “Pus yo le digo porque aquí pus la ley [...] es el hombre de acercarse. Porque la mujer pos ora sí que por mucho [...] cariño, por mucho que [...] nunca se va a [...]. ¡tiene uno que acercarse!”

Mariana, por su lado, nos cuenta:

Iba yo a llenar mi cántaro cuando me habló él, estaba, así venía el arroyo, acá estaba una palma y allá estaba la cerca, entonces él no se pasaba para donde yo estaba, se quedaba de aquel lado de la cerca [...] (Aunque [...]) Mire, la verdá es que, una vez me agarró de la mano y yo, la verdá me dio ¡me dio coraje! Y, me dio miedo a la vez. Porque escuchaba yo con personas ya mayores que toda aquella señorita que la agarraba el novio de la mano [...] y después ya no eran nada, cuando ella pensaba casarse con otro —o él con otra—, se presentaba en la iglesia, y al tiempo de que dicen “dense las manos”, entonces sí estaba allí la, la anterior, y lo quería, decía: “esta mano es mía”.

Sara, su hija, relata un patrón distinto de acercamiento corporal con su primer y único amor:

Sara (38 años): En octubre, entonces sí, ora sí que me caló completamente, porque me dijo: ¿si de veras me quieres [...] hubo un baile y me sacó a bailar, dice: ¿si de veras me quieres? me lo vas a demostrar —le dijo—, y ¿cómo te lo voy a demostrar si ando bailando contigo?, no, pues me tienes que dar un beso delante de todos (resuello). Yo me puse a pensar y dije, ¡ay no! Y ya sabía que él tenía otra novia y digo ¿lo hago o no lo hago?, me puse a dudar en ese momento, pero al mismo tiempo digo ¡no, si lo quiero ¿por qué no se lo voy a dar?, y sí, se lo di, en público, le di el beso [...] en la boca.

Es tan frecuente el engaño de los varones que en estos relatos siempre existe la desconfianza de que ellos tienen otra novia. Los cuerpos femeninos son manipulados, su interior se escapa por más que a pesar de los actores se imponga a las mujeres la atención mediante el deseo o el placer. Al imponerse los varones humillan a las mujeres, aunque en el mismo acto ellos también son sujetos de la denigración de otros hombres. El novio de Sara había hecho una apuesta:

Sara: le dijo a uno de sus amigos, no a uno, estaban un montón: si de veras te quiere la muchacha, dice, que te dé un beso delante de la gente —dijo uno de ellos—. ¡Órale!, ¡órale! si de veras te quiere —dice—, te ha de besar. Y pues la verda sí. Ya cuando regresó dijo ¡ya ven! Yo les dije que sí me quería —dice—, cómo de que no —dice—, y tengo a las dos [...]

Las jóvenes de hoy ya no viven como presión los besos, pero sí tienen la necesidad de resistirse a las propuestas más atrevidas de los varones. Ellas distinguen una posición individual frente a la norma. Ana Belén (hija de Sara, de 18 años).

Los muchachos, a veces ellos son los que quieren hacerlo antes de, de casarse, sí, o sea a mí ya me ha tocado ¿no? o sea ya me han pedido que, que hagamos relaciones sexuales y digo que no, además de que [...] simplemente decía no, ¿a poco no tienes ganas de hacer el amor? [...] y así, este, y yo le decía: sí, pero, este, sí [...] hasta no casarme o sea eso fue lo que me inculcaron y es lo que yo voy a obedecer.

Las experiencias de iniciación coital de las mujeres de San Miguel están rodeadas de sentimientos de dolor y sufrimiento, es una experiencia rodeada de un halo misterioso, las narraciones parecen algo así como un brinco a lo desconocido. Particularmente entre las dos primeras generaciones, quienes describen la primera experiencia coital en el contexto de la primera noche conyugal. Ellas la enfrentaron con miedo e incertidumbre.

Entre el grupo de las jóvenes solteras menores de 20 años, el reconocimiento de las prácticas coitales es complicado. Después de las frecuentes visitas a la comunidad y de haber escuchado durante diez meses, por parte de las jóvenes y los jóvenes, que ahí nadie tenía relaciones sexuales antes de casarse o unirse, nos enteramos de que una de las muchachas había experimentado un aborto provocado y eso dio pauta para que otra de las compañeras encontrara en nosotros alguien con quien compartir sus recientes experiencias sexuales. A partir de ese día nos empezaron a contar que algunas de sus amigas ya habían tenido relaciones sexuales, aunque éstas son más frecuentes entre las muchachas de las ciudades cercanas como Chietla e Izúcar de Matamoros, todo parece indicar que estas prácticas se están generalizando. Elia (18 años):

Las muchachas de Chietla sí tienen relaciones, por lo particular sí.

Investigadora: Tú ¿qué opinas de eso?

Elia: Mh, es su problema, nada más que ellas se cuiden.

Investigadora: ¿Se cuiden de qué?

Elia: Pus que no se vayan a embarazar.

A pesar de la corta edad de Esperanza, su experiencia coital parece la decisión de experimentar una vida sexual diferente, con cierta convicción en sí misma y aplicando efectivamente medidas de control de la fecundidad (usó condón). Esperanza (15 años):

Ajá, y ese día le quité la llave a mi mamá y entonces abrí y este pues [...]

Investigadora: ¿Estabas sola?

Esperanza: Ajá, estaba yo sola, entonces agarró y me empezó a besar, y pus ya ahí.

Ent: ¿Cómo fue la sensación para ti?

Esperanza: Pues no sé, fue. Pues la primera fue dolorosa. La primera y la segunda, ya tercera pus ya fue agradable.

En el relato de Esperanza hay un sentido del acto más relacionado con lo agradable, su vivencia no está cargada de miedo y tiene mucho menos incertidumbres que el que mostramos en los relatos de las mujeres mayores. Ella se culpa más tarde por esta actuación, pero muy probablemente el hecho de vivirla como una práctica común entre sus compañeras y amigas (nos habló de varias que ya tienen experiencias) le ha permitido experimentar emociones placenteras antes y durante la relación.

Pero al lado de las prácticas placenteras hay muchas experiencias de abuso y violencia en la vida sexual. Cuando preguntamos sobre embarazos en jóvenes, nos contestaban con relatos de violencia y abuso de poder. Fernando (15 años) nos refirió sobre un caso de incesto donde una de sus compañeras de salón en la secundaria, la cual estaba empezando a cortejar, “salió embarazada”. El embarazo se lo adjudican a él, dando lugar a una serie de situaciones de persecución. Finalmente se sabe que fue el hermano mayor quien tuvo relaciones con ella, bajo la amenaza de una pistola. Mariana también fue víctima de abuso por parte de un primo antes de casarse, y hay otros relatos de incesto que son como secretos a voces.

Las experiencias y representaciones sobre los acercamientos y el coito entre los varones jóvenes parten de un ángulo diferente. La iniciación coital es una experiencia vinculada a la confirmación de la identidad masculina. Todos los hombres se inician coitalmente en los prostíbulos, llamados “cabarenes”, “casas de cita” o “casas públicas”. La edad de iniciación es entre los 14 y 15 años, con alguna excepción como Al-

berto, que fue hasta sus 20 años: “A los veinte años me hice hombre [...] me dilaté mucho.”

Hay también una estrecha relación entre iniciación coital y el trabajo masculino, el recurso para que dicha iniciación sea posible: “Sí pus, ya andábamos por ahí (se refiere a los prostíbulos) pus ¡ya trabajábamos!”

Los “agentes” que propician esta iniciación siempre están entre los familiares cercanos, principalmente los llevan los hermanos o primos mayores, o los amigos que ya fueron. Los padres y abuelos oficialmente no se enteran, aunque saben que ése es el modo de iniciación coital.

Sobre la experiencia misma hay diferentes versiones. Inocencio habla más extensamente de su primera y única experiencia con las cabareteras. Lo llevaron sus hermanos migrantes en uno de sus retornos a San Miguel, él nos habla del miedo ante la experiencia y de la necesidad de darse valor: “Hay que ir con los hermanos, porque ya entre uno y otro se puede uno dar más valor ¿no? Ir solo ¿se imagina?, ir orita solo otra vez a enfrentarse ahí, yo pienso que [...] como que se ha de dar [...] como quien quiera no, miedo, sientes temor a algo ¿no?”

Cuando le cuestioné si es que ir a las casas de citas se contradice con su religiosidad, Inocencio lo niega: “Dios amó, injertó y dio fruto ¿no? Dios amó, pues [...] pues nosotros también amamos”.

Pero además del inicio con “las mujeres del cabaré” hay una coincidencia en la percepción de los varones respecto de lo que las muchachas nos han dicho. Es un hecho que hoy se está dando un mayor acercamiento sexual con las novias del pueblo. Hay múltiples referencias explícitas que van más allá de estrecharse las manos. En cuanto a la relación con una de sus novias de la telesecundaria, nos cuenta Fernando (15 años): “Yo nunca le entré pues con ella, o sea, a hacer relaciones. Sí se [...] sí se dejaba, o sea, sí me tenía confianza, pero yo nunca quise, digo, no si la hago pus aquí y ya [...] a l'escuela, dije, no [...] mejor sigo estudiando y me aguanto las ganas. Pero sí, la muchacha sí me daba chance [...]”

La señal de la existencia de relaciones prematrimoniales está dada, sobre todo, por los casos de embarazo, de los cuales todo el mundo conoce al menos algún caso. Cuando hay embarazo típicamente dicen “salió embarazada”. Inocencio habla más claramente sobre esta situación y la información que circula entre pares: Investigadora: ¿Se tocan la mano, se besan, se abrazan? Inocencio: Hasta 'ai pues. Pus, que yo sepa [...]

algunos hacen más pues, sí pero pus también se cuidan. Los, pus [...] usando los preservativos, ¿no?”

Entre los jóvenes circula una leyenda que confirma las relaciones no conyugales entre los jóvenes y la permanencia de representaciones mágicas, causalidades cósmicas que vinculan las prácticas sexuales mundanas: Ismael (16 años):

Me han contado que, o sea a la pus, a mí me han dicho, que cuando es la que cuando es la luna llena y estás con tu novia, que nomás le empiezas a hacer, acá atrás así (señala con la mano la espalda) ella sola se empieza a desvestir, así pues según me han contado. No pus no sé si sea verdad o sea relato o sea leyenda o cómo [...] ya me dijo uno que le había, que le había platicado un amigo, que “asina” le había hecho a su novia.

Nuevamente aparece lo femenino unido a la luna y a la noche —tal como en la leyenda de la Iztacihuatl—, así como una concepción de la sexualidad como un fenómeno femenino incontrolable, en oposición a esa masculinidad activa y seductora, la del Popocatépetl.

El contraste entre la majestuosidad de las creencias cosmogónicas mesoamericanas y la apertura e informalidad sexual actual de los jóvenes superó nuestras expectativas sobre la complejidad de las combinaciones culturales de los campesinos de hoy. Incorporar los estilos y prácticas sexuales que prevalecen en los ambientes urbanos no significa que los jóvenes abandonen sus creencias de antaño, aunque sí las resignifican. Nuestros informantes jóvenes seducen, aman e injertan a las mujeres; aunque ellas ni tan pasivas, ni tan muertas, están reaccionando y tomando ideas de las jóvenes de otras ciudades, de la escuela, de los medios electrónicos y de los migrantes.

Estos y estas jóvenes han incorporado la ilusión de una vida sexual más libre, imágenes de encuentros entre iguales que ellos saben que ocurren en las ciudades. Dentro de los territorios sociales, empiezan a construir un espacio generacional propio en el cual el dominio de género y el dominio generacional están cambiando más lentamente que sus prácticas sexuales, las cuales son actualmente ensayos arriesgados que no cuentan con un apoyo ante la falta de una subcultura juvenil local y condiciones extremas de precariedad, restricciones que estrechan enormemente la autonomía y las opciones de vida de los y las jóvenes del campo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE BELTRÁN, G. (1992), *El proceso de aculturación y el cambio socio-cultural en México*, México, FCE.
- AUGÉ, M. (1996), *Dios como objeto*, Barcelona, Gedisa.
- BERGER P y T. Luckman (1993), *La construcción social de la realidad*, Argentina, Amorrortu editores.
- BONFIL BATALLA, G., "La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos", en *Revista Papeles de la Casa Chata*, México, año 2, núm. 3, 1987.
- BORDIEU, P. (1990), "La 'juventud' no es más que una palabra", en *Sociología y cultura*, México: Conaculta/Grijalbo, pp 163-173.
- BUSTAMANTE, J. A. (1994), "Los flujos migratorios de México a Estados Unidos", en *Demos. Carta demográfica sobre México 7*.
- CONASIDA (1996), *SIDA-ETS*, vol. 2, núm. 2. México.
- ERIKSON, E. (1978), *Sociedad y adolescencia*, México, Siglo XXI.
- FEIXA, C. (1998), *El reloj de arena*, México: SEP/Causa Joven.
- FOUCAULT, M. (1982), *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber*, México, Siglo XXI.
- GLOCKNER, J. (1996), *Los volcanes sagrados*, México, Grijalbo.
- HABERMAS, J., (s.f.), "La moda ¿fenómeno moderno?" en Paula Croci *et al. Los cuerpos dóciles, hacia un tratado sobre la moda*, La Marca, Buenos Aires.
- HALL, E. (1994), *La dimensión oculta*, Siglo XXI, A. Heller (1993), *Teoría de los sentimientos*, México, Fontamara.
- INEGI (1995), *Anuario estadístico del Estado de Puebla*, México.
- (1994), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica 1992 (Enadid). Principales Resultados*, México.
- IRVINE, J. I. (1994), "Cultural differences and adolescent sexualities", en *Sexual cultures and the construction of adolescent identities*, Philadelphia, Temple University Press.
- MENÉNDEZ, E. (1997), El punto de vista del actor. Homogeneidad, diferencia e historicidad, en *Relaciones*, núm. 69, pp. 239-270.
- SCOTT, J. W. (1986) "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Lamas M., Comp. (1995), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG/Porrúa.
- TURNER, V. (1988), *El proceso ritual*, Madrid, Taurus.
- VAN GENNEP, A. (1960), *The Rites of Passage*, The University of Chicago Press.
- VALENZUELA, J. M. (1997), *A la brava ése: identidades juveniles en México: cholos, punks y chavos banda*, El Colegio de la Frontera Norte, México.
- VANCE, C. (1991), "Anthropology Rediscovered Sexuality: a Theoretical Comment", *Social Science and Medicine* 33, núm. 8: 875-84.
- Weeks, J. (1991), *Sexuality*, Nueva York, Routledge.

EMBARAZO EN ADOLESCENTES: APROXIMACIONES SOCIAL, CULTURAL Y SUBJETIVA DESDE LAS JÓVENES

NOEMÍ EHRENFELD LENKIEWICZ*

Abordar el tema de la adolescencia ofrece singulares desafíos que abarcan desde su definición conceptual, la postura teórica o filosófica en que se ubica quien desea decir algo al respecto, el método que emplee para analizar su experiencia e inclusive, su percepción subjetiva hacia el tema.

El ejercicio de analizar y explicar algunos fenómenos como si el expositor fuera el actor también encierra un riesgo: la inclusión de la subjetividad y de su postura ante la problemática. En este trabajo se presentará información sobre adolescentes y también lo que ellos mismos dicen acerca de sus experiencias y de su vida, en un intento de entender una experiencia de vida en el contexto social en que ocurre, conjuntando en el esfuerzo el dato objetivo con la narrativa subjetiva.

El concepto más usual de adolescencia es el que la define como “una etapa de transición” entre la niñez y la vida adulta. Este marco ofrece, sin embargo, enormes interrogantes y objeciones teóricas. Los mismos conceptos de niñez o de adulto, en realidad son construcciones sociales que corresponden a los parámetros propios de cada sociedad en un momento histórico y son producto de la cultura vigente, sus límites y extensión son variables, aun dentro del modelo europeo. Un signo único de que sucede un cambio al final de la niñez es la pubertad; en ésta se inicia un proceso que acaba en la madurez sexual, con lo cual los seres humanos adquirimos competencia reproductiva. El periodo entre el

* Bióloga de la reproducción. UAM-Iztapalapa.

inicio de la pubertad, con su constelación de cambios físicos y emocionales y aquél en que, por lo general, el individuo se separa de sus padres y hermanos, de su sistema familiar y busca construir su propia relación de pareja, abarca desde lo que hoy se considera “adolescencia” y hasta entrados los años de la “juventud”. Hay autores que a este periodo lo analizan y denominan, en general, juventud (Mitterauer, 1992: 19), y que toman en cuenta, fundamentalmente, los sistemas familiares de los modelos europeos de nupcialidad.

Si bien se conceptualiza la juventud como un fenómeno social, que excede con mucho los procesos físicos y emocionales de la maduración sexual de los individuos, cabe la pregunta si hubo en el pasado formas sociales que desconocieran este fenómeno. Si bien los fenómenos de la adolescencia y de la juventud son social e históricamente conformados, esto no le da necesariamente carácter de universal ni de una categoría homogénea.

Desde la perspectiva de la historia, Ariès (Ariès, 1975: 76) señala que en sociedades antiguas el concepto de infancia se desarrolló muy pobremente, pero aún más el de adolescencia y juventud; la ausencia de términos específicos para las fases de la infancia y juventud antes del siglo XVII son congruentes con la falta de límites conceptuales entre niñez, adolescencia y juventud. La historia de los conceptos y la historia de la “juventud”, incluyendo el concepto de “adolescencia”, emerge en el siglo XVIII europeo y de allí derivan las fuentes acerca de la historia de la familia y sus contextos.

Carecemos de un equivalente para el estudio de los modos de emergencia de familia en América y con más especificidad, en México, y surge la reflexión acerca de la interrelación entre las culturas indígenas nativas y la colonización española.

Si el concepto de adolescentes-jóvenes está enmarcado por diferentes modos sociales que determinan tipos de familias, el segundo elemento central del concepto de adolescencia es la construcción de una personalidad autónoma. En este punto son centrales los conceptos de identidad y roles de grupo, como de identidad propia, hasta llegar a los orígenes de una teoría sociológica de la identidad (Habermas, 1976: 63; Orth-Peine, 1971).

En la fase que llamamos adolescencia se inicia el proceso de individuación y en este desarrollo progresivo de conformar la propia autonomía del sujeto, intervienen factores sociales que no son constantes a todos los medios sociales a lo largo de la historia.

Quizás el hecho central y crítico de la independencia individual emerge con la oportunidad de elegir y tomar decisiones. Aquí es un hecho que las oportunidades, vistas desde este enfoque, se han dado en mayor medida en las ciudades, con mayor variabilidad de alternativas de relación, comunicación y espacios sociales y culturales, que en los ámbitos rurales, más homogéneos y menos abiertos. Se hace necesario referir esta condición al México actual, en el contexto cultural propio para cada categoría, ya que a modo muy general, se trata de una cultura que privilegia o acentúa los valores de lo colectivo y en esta concepción se inscriben los valores relativos a la familia.

Con los procesos de urbanización y modernización que se inician y expanden en el siglo XIX y adquieren enormes proporciones en el siglo XX, con grandes migraciones internacionales, la movilidad de los individuos los expone a mayor probabilidad de confrontación de sus valores, prácticas y pautas sociales y culturales, y así pueden generar nuevas ideas y nuevos valores.

Se presenta así un gran número de opciones, un pluralismo de valores y estándares, costumbres e ideas, a las que el adolescente, en particular en el contexto citadino, está expuesto y entre los cuales debe elegir e identificarse con ellos. La pluralidad de opción entre diversos “estilos de vida”, en particular en espacios urbanos, ha hecho aún más compleja la etapa adolescente en comparación con épocas pasadas.

La revolución en la comunicación a través de los medios produce dos fenómenos nunca antes vividos por la sociedad: el primero, la enorme facilidad de cambio de región, de país, de sociedad. Estamos, en el sentido regional, en un mundo sin fronteras que permite el rápido acceso a diversos estilos de vida y a múltiples opciones. Este fenómeno afecta a la identidad social y cultural, aunque resulta aventurado calificar a la ligera en este espacio acerca de los resultados. Para los jóvenes y adolescentes de ciertos estratos sociales, nunca antes la movilidad, tanto individual y física como a través de los medios, había sido tan accesible. Incluso hoy son los adolescentes y jóvenes quienes viajan más, quienes tienen más oportunidad ya que los adultos están “inmovilizados” gran parte de su tiempo por sus compromisos sociales como el trabajo y su entorno familiar. Cabe analizar qué sucede con la adolescencia de millares de jóvenes de localidades pequeñas, o incluso de ciudades en las que persisten prácticas culturales y valores fuertemente asociados al llamado ámbito rural, sobre todo mirando aquellas que hacen a las relaciones en-

tre jóvenes, al cortejo, a los valores asociados a la sexualidad, el amor, el matrimonio y la formación de familia.

Otro elemento es, sin duda, el de la esfera de la comunicación: la televisión, los videos y el mundo de la electrónica y de la computación. No se puede dejar de lado el material impreso especialmente diseñado para los adolescentes y jóvenes, pero quizás su difusión y su alcance sean menores.

Este fenómeno unifica a los jóvenes que comparten un estrato socio-económico, se identifican con sus pares, que aunque a miles de kilómetros de distancia física, interactúan vívidamente entre sí y así interconstruyen y remodelan identidades. De este modo, los estilos de vida de los grupos de adolescentes constituyen un importante sector social al que se debe atender, así como también forman un mercado que en algunos órdenes es aún potencial, pero que en otros adquiere enormes proporciones.

Si el ejercicio vital de ser autónomo conlleva un silencio entre esta generación y la de los padres, maestros, formadores de opinión y otros adultos, quizás con este enorme crecimiento de la población adolescente se esté profundizando la brecha.

Los adolescentes están viviendo una transculturación, que inclusive a veces podría resultar inhibitoria de los movimientos y expresiones de la cultura e incluso de la contracultura, que tantos aportes hicieran a las sociedades provocando cambios en el sentido de una vida más democrática. Quizá en este fenómeno de la masificación de los estilos se está propiciando una estática social, un momento prolongado en el cual se ofrecen más y más elementos de consumo a los adolescentes, de modo tal que no haya espacio ni reflexión para la protesta real de sus dificultades concretas de acceso al trabajo, a los espacios sociales de los adultos, a la cultura y en definitiva, al poder.

Si bien los adolescentes y jóvenes conforman un enorme grupo que consume cultura, ellos también pueden ser concebidos como sujetos de consumo, como un "artículo" más. Vemos innumerables ejemplos de esta concepción: marcas de ropa para adolescentes, música, accesorios, transportes — motos, bicicletas, etc.— bebidas, literatura impresa, cine, videos, etcétera.

Con otro enfoque, nos encontramos con las necesidades de la demanda de esta población: educación, escuelas de todo tipo, requerimientos de salud; también con programas específicamente orientados, espacios de capacitación y de trabajo y otros aspectos.

El supuesto es que al finalizar su conformación de la identidad y adquirir la capacidad de independencia, el individuo ya toma las “grandes decisiones”, forma familia, se siente socialmente adaptado y es un individuo productivo en su medio, inclusive con una posición ideológica y política claras, es un individuo que adquiere la cualidad de ciudadano. Esto da una idea de que en la adolescencia todo es movimiento y cambios, contrariamente a lo que es una vida adulta estática, inamovible y permanente, aunque ambos polos no son tan reales ni tan distinguibles en la vida de cualquier sociedad.

Los dos puntos señalados como centrales en el concepto de adolescencia, adquirir independencia con la formación de pareja y formación de una personalidad autónoma, son aspectos que dependen de una construcción y de un desarrollo histórico-cultural (Mitterauer, 1992: 23).

Con el concepto “formación de pareja” se están compactando una enorme variedad de eventos que poseen diversas características, que son hechos diferentes y con múltiples significados sociales y culturales.

Uno de ellos, código de comunicación en casi todas las sociedades, es la sinonimia entre establecer una pareja y por consiguiente una familia, con el matrimonio. El matrimonio es una forma social y culturalmente ritual de aceptar que dos individuos adultos tienen la intención “madura”, “racional”, de estar ligados de manera permanente en el tiempo.

Desde centurias atrás, desde diferentes culturas, en particular las europeas, el salto definitivo de un o una joven o adolescente fue el matrimonio como la transición más importante de la vida. Alrededor de este cambio se asocian rituales, una serie de elementos que indican claramente la nueva condición social, entre ellos la vestimenta, el lenguaje y otras prácticas innumerables en distintas sociedades. En la actualidad, y esto es en numerosos sectores, sigue siendo aún vigente y es una de las causas de una fuerte desigualdad genérica: ¿para qué habrían de estudiar las niñas y las jóvenes, si finalmente se van a casar?

Si el matrimonio es el principal hito que define la terminación de la adolescencia o de la juventud, los requerimientos sociales que prevalecen en cada sociedad serán cruciales para determinar la vida media de la adolescencia.

Esto plantea dos problemas centrales para la discusión, uno de ellos es que el matrimonio “habilita” al adolescente para tener relaciones sexuales y el otro, la edad. En estos puntos caben reflexiones curiosas, como qué estatus poseen aquellas personas que nunca se casan ... ¿son adolescentes,

jóvenes todos los años de su vida, incluyendo los finales? En relación con el segundo punto, es claro que el matrimonio quita al individuo su condición de adolescente o joven; es una clara diferenciación social entre ser adolescente y casado. Casi todas las estructuras sociales consideran dos categorías centrales, solteros/as y casados/as. En el segundo caso, es casi excluyente de su condición de adolescente, y en el primero lo que se excluye son muchos aspectos y connotaciones del adulto.

Estos aspectos son quizá los que más cambios han sufrido con la modernización y sobre todo en los grandes conglomerados urbanos. Así, las relaciones sexuales prematrimoniales pueden incluso en diversos contextos ser lo frecuente, lo “normal”. Formar familia, en cualquiera de sus modalidades, es un acontecimiento que se ha venido transformando, según los contextos. Se ha independizado en gran medida de las normas religiosas, del confinamiento que le imprimían grupos sociales cerrados o muy homogéneos, la confrontación con diversos estilos de vida ha tenido un efecto muy perceptible en esta área particular. La vida sexual, las prácticas sexuales, las modalidades del cortejo, la presencia o ausencia del mismo, los papeles sexuales, se han vuelto un complejo mosaico de modalidades que adquieren diferentes significados y cada vez mayor presencia en las sociedades modernas.

En este contexto, y en parte por el acceso creciente a la educación de los y las jóvenes —si bien aún con grandes diferencias de género en cuanto a las oportunidades reales—, la pauta tradicional de que la formación de pareja marca el fin de la adolescencia o de la juventud tiene cada vez menor representación social. A finales del siglo XIX los adolescentes hombres y mujeres eran responsivos y actores de un sistema de clara, rígida y específica diferenciación de actividades, roles y oportunidades de acuerdo con el género. Recién con el advenimiento de sociedades cada vez más complejas, urbanas y “modernas”, emerge un concepto que comienza a incluir a ambos sexos. Sin embargo, la biografía social de hombres y mujeres adolescentes y jóvenes continúa siendo muy diferente para ambos sexos, con marcadas desventajas hacia las mujeres.

Históricamente, en la tendencia y en los hechos para equilibrar la herencia de las diferencias sexuales en grupos y comunidades adolescentes, se puede observar cómo han cambiado las culturas de los grupos. Hoy se puede ver una tendencia encaminada a eliminar las diferencias de género en los estilos de los jóvenes en una dimensión internacional.

La longitud del cabello para ellos, el corte mínimo para ellas, las prendas de la vestimenta que tienden a ignorar y hacer poco o nada evidente las características de la madurez sexual y que usan indistintamente ellos y ellas, inclusive la ropa interior que tiende a ser agénérica, “uni-sex”, el uso de adornos como aretes, pulseras, colgantes, etc., del mismo tipo para ambos géneros, pareciera ser una tendencia a borrar y unificar las diferencias, o quizás a ignorarlas. Inclusive el baile, con un importante papel en el cortejo y en la comunicación interpersonal, ha sufrido transformaciones drásticas en su historia antropológica; ahora es individual, no requiere de la selección y contacto con la pareja, en violento contraste con las danzas de otros momentos históricos, como el minué, las polkas, el twist, etc., que en la historia contemporánea de la danza ya no encuentran un nicho con eco social.

Además del papel de identificación y pertenencia a un grupo o subgrupo, estos aspectos tienen como efecto secundario, pero importante, demostrar explícitamente su no coincidencia y franca oposición al sistema de valores sociales predominante, el del mundo adulto. Esto se expresa desde los grupos de adolescentes de diversas maneras, pero todas ellas son un código en la comunicación que, en su extensión más amplia, significan un desafío explícito o simbólico al control del mundo adulto. Puede ser el vestir, lenguajes con terminologías particulares, la música, los hábitos de recreación, etc. Son modos de comunicación que para amplios sectores significan incomunicación.

Empero, a pesar de esta tendencia genérica unificadora persisten claras diferencias desventajosas para las adolescentes, como en las preferencias de las actividades del tiempo libre. Lo que es obvio es la ruptura de los valores y hábitos de un momento de la historia social en que las jóvenes pertenecían al ámbito doméstico y ellos al público, al menos para gran parte de su vida.

EL EMBARAZO EN ADOLESCENTES: UNA APROXIMACIÓN SOCIAL

Retomando el punto en que el matrimonio es una de las pautas que indica socialmente el fin de la adolescencia y de la juventud, es necesario plantear una serie de hechos y de reflexiones en torno al tema. El matrimonio, la unión, adoptará y reflejará las pautas sociales y culturales de cada comunidad y son enormemente variadas. Por ejemplo, la edad que

cada sociedad considera apta para los contrayentes varía aún hoy en diferentes países de América Latina (Atkin *et al.*, 1996: 43).

El hecho fundamental de la conformación del matrimonio es la concepción de hijos dentro de los marcos jurídicos, es decir, la regulación reconocida de la actividad reproductora. Sin duda ésta tiene como antecedente inmediato la práctica de relaciones sexuales.

Los roles de género, generalmente bien diferenciados en las sociedades occidentales, son aprendidos en el seno de las comunidades bajo la tutela de los adultos. El adolescente crece en esta línea de tensión sexual, en gran parte generada por la concepción de sexos opuestos, y también se le enseñan los modos de aproximación al otro sexo socialmente convenidos, que conforman el cortejo.

Con la progresiva liberalización de las sociedades, los modelos comienzan a tener excepciones con más frecuencia, ya no pueden contener los cambios culturales que la misma sociedad produce y aparecen diferentes estilos de vida basados en otros modos de relación entre géneros, en particular, cambian los significados y las prácticas sexuales.

Si el matrimonio indica el fin de la adolescencia y la juventud, independientemente de la edad, y la unión es el modo de acceder a las relaciones sexuales, se presentan algunas condiciones peculiares: quien decide no unirse ¿es para siempre ser adolescente o joven? Quien decide tener relaciones prematrimoniales ¿en qué estadio está? ¿Las relaciones sexuales son un ensayo para el matrimonio o para experimentar una cualidad del ser adulto o son una experiencia para derivar placer?

Las sociedades han generado y albergado instituciones que prestan especial atención a la vida sexual, quizás más que a cualquier otro aspecto de la vida humana; entre ellas tenemos las religiones, en cierto modo las familias y en muchos sentidos, los sistemas educativos formales. Sin embargo, la vida amorosa, erótica y las prácticas sexuales no acatan "marcos institucionales" y ocurren fuera de todo intento estructural de regulación y prohibición y una de sus consecuencias son los embarazos.

Así, para las mujeres se presenta una problemática desde la perspectiva histórico-sociológica, que es eventualmente un embarazo, en un momento de la vida no coincidente con la experiencia adulta y estable, ya que ocurre en adolescentes y además, en gran medida, las jóvenes están solas o solteras.

Hoy es frecuente encontrar en casi todos los países la preocupación acerca del embarazo en adolescentes, su efecto en la salud de las ma-

dres, acerca del desarrollo de la relación madre/hijo y sobre las consecuencias múltiples en todos los ámbitos de este evento.

También es frecuente la tipificación del embarazo en adolescentes como problema social, excediendo en mucho los aspectos médicos que tradicionalmente lo enmarcan en el concepto de alto riesgo. Sin embargo, existen aún grandes blancos en la información e interpretación de estos temas.

Los eventos reproductivos en este grupo tienen un eco notable no sólo en cuanto a los aspectos demográficos, sino en la propia población ya que posee particularidades que la distinguen y los aspectos más negativos del embarazo temprano repercuten en las jóvenes con menos escolaridad y peores condiciones socioeconómicas

En el contexto mexicano, las y los adolescentes entre 10 y 19 años representan en la actualidad 23% de la población mexicana. También se estima que los adolescentes y jóvenes conformarán alrededor de la quinta parte de la población total durante los próximos 20 años.

Actualmente medio millón anual de niños nacen de madres adolescentes, sus embarazos y partos tradicionalmente se consideran de alto riesgo debido a su asociación con complicaciones materno-infantiles (Conapo, 1997).

En la última década ha crecido el interés y la preocupación por el embarazo en adolescentes no sólo en Latinoamérica, sino en todo el mundo; se cuenta hoy con mucha información y la opinión de los estudiosos coincide en la necesidad de profundizar en el contexto en que crecen los adolescentes y en que ocurren estos embarazos, las particularidades culturales y de grupo, los múltiples aspectos sociales que inciden en la ocurrencia, el curso que siguen las vidas de las jóvenes y de sus hijos, además de los aspectos médicos y fisiológicos.

El esfuerzo de estructurar y analizar el complejo mosaico de una investigación integral, que recoja las variantes de diferentes grupos de adolescentes, de distintos contextos sociales, culturales y subjetivos, aún está por hacerse. No obstante, se ha avanzado en lo que respecta a las características de la madre adolescente púber y adolescente, así como el contexto en que se embaraza (Atkin *et al.*, 1996), los diferentes significados que posee el evento, los aspectos subjetivos que intervienen en la cadena de decisión acerca de la continuidad o no de este embarazo, etcétera.

La información que se presenta a continuación es, en parte, resultado de una investigación continua y de otras derivadas de un Programa

de Atención Integral a la Adolescente Embarazada que se desarrolla en un hospital público de la Secretaría de Salud ubicado al sur de la ciudad de México. Este proyecto se inició en colaboración con la UAM-Iztapalapa, hace poco más de 12 años y si bien desde hace dos años es responsabilidad exclusiva del hospital, persiste con casi todas sus características iniciales. La particularidad de este programa es que se brinda un modelo de información-educación en materia de salud reproductiva a las jóvenes, con una modalidad independiente a los aspectos y al ámbito médicos que implican el espacio de la consulta prenatal y otros servicios; incluso el espacio físico al que acuden las jóvenes no está integrado a la estructura de servicios médicos centrales.

Es importante señalar que la información arroja luz sobre un segmento de la población adolescente que pertenece al ámbito urbano, demanda servicios de salud formales, acude por tres causas obstétricas que tienen distintas implicaciones: la atención prenatal, partos y cesáreas, así como abortos. Este hospital es público y brinda servicios a población abierta de escasos recursos. De manera que los datos que se analizarán corresponden a un grupo sesgado, aunque permite análisis y reflexiones, dado que la medicalización institucional ha ido ganando terreno, y en la ciudad de México no existen prácticamente los partos domiciliarios, programas de atención con parteras empíricas u otros modelos semejantes.

LAS ADOLESCENTES: ELLAS DESDE LAS CIFRAS

En una reciente investigación (Ehrenfeld, 1997), se efectuaron entrevistas en profundidad a 150 jóvenes mujeres, menores de 20 años, embarazadas, que acudieron al hospital a consulta prenatal. De estas entrevistas se obtuvo información cuantitativa y cualitativa acerca del embarazo, del contexto en el que ocurre, aspectos de género, de sexualidad y otras áreas. Los datos obtenidos indican que las adolescentes que acuden a solicitar servicios médicos tienen 17 años en promedio, con un promedio de 1.2 embarazos, lo cual significa que de cada cinco mujeres, una de ellas ya está enfrentando su segundo evento reproductivo.

La edad promedio a la primera relación sexual es de 15.6 años y poco más de la tercera parte tiene su primer hijo entre los 14 y los 15 años. Es de hacer notar que 36% de las primigestas se concentra en jó-

venes de 12 a 15 años, siendo la edad promedio en el momento del embarazo actual de 16 años y 3 meses.

El 70.7 % expresa que le hubiera gustado posponer este embarazo, no tenerlo en el momento actual, “en este momento de mi vida” y 17% expresa que “si hubiera podido, lo hubiera interrumpido”.

El 30.7% son solteras, 24% casadas y 43.3% viven en unión libre. La diferencia está representada por jóvenes separadas (2%). La edad promedio de sus parejas, de quien se embarazaron en ese momento, es de 18.44 años.

Han cursado 8.3 años en promedio de estudio, pero aún persiste 9.33 % con primaria incompleta (analfabetismo funcional), 13.33 % tiene primaria completa, 15% secundaria incompleta, 32.67 % ha finalizado la secundaria y 2 % ha terminado la preparatoria. Sólo 15% de las jóvenes estaba aún acudiendo a la escuela al momento de la entrevista.

El 74% no ha usado algún método de protección anticonceptiva en su primera relación sexual. En el grupo de las que sí han utilizado (26%), 21.33% refiere que su pareja utilizó condón, 13% han usado métodos tradicionales (retiro, ritmo) y 8.67% pastillas.

Sólo 2% de las jóvenes trabaja y 15% estudia al momento de la entrevista, si bien 36% estaba estudiando cuando se embarazó, lo cual indica que en el curso de pocos meses más de la mitad abandonó las aulas. Es interesante señalar que cuando se exploran las razones de abandono de estudios, el embarazo ocupa el primer lugar, estando la unión en segundo lugar junto con razones económicas. El 30% declara directamente que no piensa seguir estudiando.

Esta rápida semblanza acerca de algunas de las características de las adolescentes, se comparó con la obtenida años atrás de jóvenes en las mismas circunstancias y con la misma metodología (Ehrenfeld, 1994).¹

Entre los aspectos más destacados, encontramos los siguientes:

Edad promedio	17.3 años
Promedio de embarazos:	1.37
Primaria incompleta:	7.5%

¹ Esta investigación fue motivo de un cuidadoso análisis estadístico y la comparabilidad con el grupo más recientemente entrevistado estriba en la gran homogeneidad de las variables a analizar, y las variables de la población de adolescentes son las mismas que en el corte anterior. En cuanto a los aspectos medulares de la investigación, corresponden a aspectos cualitativos.

Primaria completa:	23.7%
Secundaria incompleta y más:	58.8%
Años promedio escolares:	7.2 años
Edad a la primera relación sexual:	16 años
Edad al inicio del primer embarazo:	16.6 años
Edad de la pareja del primer embarazo:	20.8 años
Estado civil: solteras	24.5%
casadas	30.8%
unión libre	42.7%
Uso de método en la primera relación sexual: ninguno	88.3%
Embarazo no planeado:	70%

Si comparamos las condiciones de las adolescentes de hoy que sí enfrentan su maternidad y las de hace seis años, varios aspectos aparecen alertando sobre su condición de mujeres: la edad cumplida al momento de tener su primer hijo ha disminuido una tercera parte de la población en un año, también inician relaciones sexuales un año más jóvenes, sus parejas (los responsables del actual embarazo) son varones que hoy son dos años más jóvenes, al menos en esta muestra. Hoy son más las jóvenes que enfrentan solteras su embarazo que las casadas.

Con poco más de un año escolar que sus pares de poco tiempo atrás, las adolescentes siguen iniciando sus primeras relaciones sexuales sin protección en una elevada proporción, y quienes la utilizaron lo hicieron con el condón, es decir, no son las jóvenes quienes procuran protegerse de un embarazo en ese momento de su vida, sino que el control lo tienen los varones.

El resumen es alarmante, aparentemente las adolescentes son hoy más jóvenes cuando se embarazan, sus parejas también y hay más solteras que poco tiempo atrás. No trabajan, no estudian y si bien tienen más años escolares en promedio, persiste un importante grupo de analfabetas funcionales; una pequeña proporción utilizó algún método en la primera relación sexual y ocho de cada diez adolescentes declara que hubiera pospuesto el embarazo actual.

Estas cifras obligan a pensar en la condición de las adolescentes embarazadas desde diferentes visiones: el aspecto educativo es a mi criterio el más importante, el más urgente y quizás el más difícil de analizar. Es sabido que la fecundidad femenina desciende abruptamente cuando la

mujer completa el ciclo educativo básico. Este fenómeno se observa en México, en todos los países de América Latina, en África, Asia y en otras partes del mundo. ¿Cómo se relacionan la educación, la cultura y la fecundidad? La variabilidad cultural en los ámbitos mencionados no podría ser más diferente entre sí. Sin embargo, en todas partes el estatus de la mujer cambia con la educación y así su deseo de tener una familia de menor tamaño.

La primera conclusión es que la mujer percibe, siente y vive alternativas de vida diferentes a través del proceso educativo y esto le permite discernir con más control sobre sí misma y su deseo de tipo de familia y el momento en el cual formarla. Sin embargo, no quedan claras las articulaciones concretas entre educación y fecundidad y el problema parece más complejo que una simple asociación.

Es un hecho que el embarazo en adolescentes atraviesa todas las clases y estratos sociales, pero los significados y la resolución del evento pueden variar enormemente dependiendo de la categoría social. Lo que sí parece ser un hecho, es que las consecuencias *adversas* del embarazo en adolescentes se dan en aquellas jóvenes menos escolarizadas, más pobres y con menores recursos sociales. De allí que en parte la literatura se refiera al embarazo en adolescentes como uno de los factores más importantes en la “transmisión de la pobreza” (CEPAL, 1991). Empero, es necesario recalcar que las adolescentes embarazadas *ya eran pobres antes del embarazo, no asistían a la escuela ni estaban trabajando* cuando se embarazaron.

Este hecho es central ya que allí la marginalidad de los servicios y bienes de la sociedad impacta en el detrimento de la salud, de la educación y de las condiciones generales de vida; así que el embarazo pone en evidencia o agudiza estos aspectos negativos sobre la salud y la condición de la mujer.

La educación debe ser una “habilitación para la vida”, es decir, debería de proveer a los sujetos de los elementos para entender, crear y modificar su realidad en un proceso constante de aprendizaje-producción de conocimiento. Esta aproximación implica una estrecha relación entre los conceptos, la comunicación y el contexto cultural en que se encuentran los seres humanos. La comunicación adquiere hoy dimensiones extraordinarias, tanto por la velocidad en que los medios la transmiten como por sus permanentes modificaciones.

Cotidianamente vemos los resultados de modelos educativos carentes de objetivos reales, en el sentido de que posean una congruencia con el momento social que se vive, incapaces de contener a los educandos en las aulas, la reproducción de modelos verticales caducos en cuanto al concepto de enseñanza-aprendizaje. Vemos y vivimos modelos educativos que ya tienen siglos, sin modificaciones sustanciales: el maestro, el pizarrón y el aula así como el conjunto de sujetos-alumnos.

Sólo pensar en las enormes posibilidades que ofrece la tecnología moderna con la cual quizás la función de la memoria queda relegada a los bancos de datos, pero aprender a razonar y seleccionar la información necesaria, para relacionar y resolver o analizar un problema, coloca el modelo y el proceso educativo del aula entre interrogantes.

Si bien tenemos a las escuelas como un bien social y a la educación como una enorme ventaja, aún falta que las niñas y las adolescentes tengan igual oportunidad de acceso a ellos, que los contenidos educativos adquieran un significado real acorde con los requerimientos de sus vidas y que el enriquecimiento de las personas derive en una capacitación para la inserción social productiva.

APROXIMACIÓN CULTURAL

La sexualidad, los parámetros y expresiones de la misma así como las estrategias institucionales para regular la fecundidad de la población son parte de la cultura social y de la experiencia histórica. Los eventos que atraviesan la adolescencia así como esta categoría en sí contienen esta inscripción cultural. Mucho se ha escrito acerca de aspectos diversos de la sexualidad, de los roles de género, sobre su construcción, sobre la dominación masculina, sobre la maternidad y sus significados, si bien es necesario profundizar sobre la cultura y la sexualidad como se entienden en México.

En relación con este punto es necesario hacer una reflexión acerca de qué cultura se habla, ya que dadas las clases sociales y sus diversos sectores, no es posible plantear o establecer concepciones para "una cultura", sino que en lo particular en México, coexisten un amplio abanico de diferentes culturas, con códigos, normas, pautas y prácticas diferentes. Las adolescentes que están presentes en este artículo pertenecen a un sector urbano marginal. Una característica central para la definición

como eje ordenador de su quehacer la desconfianza en lo establecido, sobre todo cuando ello se presenta como una verdad trascendental.

Cuando Popper —en los años treinta— cuestionó a la producción científica como reflejo de lo real, se inauguró un desarrollo de las ciencias sociales que incubó dos miradas contrapuestas y, paradójicamente, complementarias y potenciadoras entre sí. Por un lado, se impulsan grandes paradigmas teóricos que, con pretensiones holísticas, han configurado elaboraciones para explicar el todo social de manera integral. Y por otro lado, al margen de las luces del camino hegemónico en la academia, se ha desarrollado un trabajo crítico e incrédulo, siempre fruto de pequeñas y aisladas investigaciones. En esta línea se inscriben los estudios que, indagando realidades sociales específicas y/o develando nuevos fenómenos en los procesos sociales, constituyen un discurso que disiente de las tendencias dominantes y establecen matices al conocimiento consolidado.

El libro es una apuesta por esta segunda mirada. En la medida que los trabajos que aquí se presentan aspiran a confluír en un espacio dialógico entre investigadores que tienen distintas trayectorias académicas y aproximaciones a la temática, es un intento de reunir reflexiones que teorizan sobre la diversidad juvenil en su especificidad sociocultural e histórica y análisis prospectivos de algunos de los ámbitos de la condición juvenil. En suma, esta compilación es una propuesta teórica y metodológica para impulsar la reflexión académica sobre la condición juvenil como una construcción sociocultural específica y diversa en el tiempo y el espacio. Contrario a la búsqueda de la uniformidad, los artículos se caracterizan por abordar la temática juvenil desde ángulos problemáticos y énfasis variados.

El libro se divide en dos secciones. Con ello se busca distinguir los aportes que tienen como referente la construcción del conocimiento de lo joven, de aquellos que tienen por iniciativa conocer una realidad juvenil específica. Ambas secciones dialogan en términos de sus apuestas epistémicas y rutas metodológicas. La diferencia radica en la ambición teórica que presentan los artículos agrupados en el primer apartado, ya que plantean con mayor énfasis una reflexión sobre la construcción del conocimiento. Los artículos que conforman la segunda parte del libro destacan más la comprensión de las realidades juveniles indagadas.

De este modo, la primera parte se inicia con dos artículos que abordan los aspectos más generales de la investigación social: uno alude a los aspectos epistémicos de la investigación de lo juvenil, haciendo hin-

de marginalidad “es la falta de seguridad social y económica” (Lomnitz, 1977); su modo de inserción en el ámbito físico y social de la vida urbana es a través de redes de apoyo. La autora denomina y categoriza las “redes de reciprocidad”, que tienen fines de “utilización de los recursos de los marginados no solamente como mecanismos de supervivencia, sino con fines de producción” (Lomnitz, 1977). Dentro de los procesos de producción se inscribe la producción de una cultura y subculturas propias. Y dentro de estos grupos, los adolescentes están a su vez marginados no sólo de las redes de sostén económico —aunque en algunos subgrupos sí generan ingresos con su trabajo informal— sino de ciertos aspectos que tienen que ver con las relaciones de género, la sexualidad y las prácticas sexuales, ya que no están inmersos en una cultura de “liberalidad” en torno a estos aspectos.

Oír y analizar lo que las adolescentes expresan sobre sí mismas, la sexualidad, la maternidad y otros aspectos de su vida, permiten una visión sobre diferentes facetas de los significados culturales. Así, el estudio del embarazo en adolescentes adquiere propiedades que exceden en mucho a las que competen estrictamente al ámbito de la salud para llevarlo al terreno de lo social.

Queda claro que el embarazo no estaba planeado por las jóvenes en ese momento de la vida. Sin embargo, es necesario tratar de delimitar la situación previa, el cortejo, el significado de un hijo para ellas; en resumen, las circunstancias inmediatas al embarazo en sí, cómo se refieren a ellas mismas como adolescentes embarazadas y las referencias acerca del varón, de sus parejas, son centrales para delinear el contexto.

Ante la pregunta de cuál fue su primer pensamiento cuando supo que estaba embarazada, 18% de las jóvenes dijo que pensó en interrumpir el embarazo, mientras que a la pregunta de si hubiera preferido posponer el embarazo, 70.5% dijo que sí. El 12.7% de los varones contestaron que pensaron inicialmente en interrumpir el embarazo, 15.8% lo hubiera pospuesto, y 49.2% quería un embarazo en ese momento de su vida.

El 55.5% de ellas dice que cuando la mujer está más preparada que el hombre causa problemas en la relación, 60% opina que los varones creen que deben estar más preparados que ellas y 37.5% dice que los varones piensan que la mujer debe permanecer en casa con sus hijos.

Ellas dicen (63.5%) que una adolescente se convierte en mujer cuando tiene un bebé, que a una mujer se la trata diferente cuando es madre (80.6%), que los hombres les dan más importancia a las mujeres

cuando está embarazada (90%) y que una mujer se vuelve más importante cuando es madre (54%). Esto es una representación social de la valoración tan marcada en México, quizás hipertrófica, de la mujer como madre, en vez de la mujer en su valoración de "persona". También obliga a la reflexión sobre el papel de la mujer, que aparece subordinado a la maternidad; podría decir que el valor central alrededor del cual se estructuran complejas redes sociales y valores derivados reside en la capacidad de la mujer de parir como una cualidad necesaria para adquirir o poseer categoría social de reconocimiento como sujeto.

La maternidad en las jóvenes es un evento que la mayoría hubiera pospuesto pero que tiene un valor extraordinario. Es interesante cómo se expresan, en el sentido de que adquieren la cualidad de ser mujer a través de la maternidad, condición en que las mujeres reciben más importancia y trato diferencial por parte de los hombres. En varios sentidos se podría decir que las adolescentes se embarazan por demanda del varón, sea explícita o implícita, en respuesta a la presión social al extremo de considerarse mujeres sólo por su capacidad reproductora y por su propia falta de educación, en el sentido de poder ejercer el control sobre su cuerpo con conocimiento del mismo y con la capacidad de decidir cuándo vivir la experiencia sexual, erótica y amorosa y cuándo la decisión de tener un hijo.

En lo que respecta a la vida sexual, las gran mayoría de las jóvenes (87.%) considera que la mujer que tiene relaciones sexuales por placer no es "una mala mujer", pero 53% piensa que los hombres sí lo creen, la mitad opina que ambos pueden tomar la iniciativa para tener un encuentro sexual, pero 45.3% dice que es el hombre quien tiene que hacerlo y sólo 3% expresa que es la mujer.

Ante la pregunta de si es importante que el varón llegue al matrimonio con más experiencia sexual que las mujeres, ellas dicen que no en 76%, pero ante la pregunta de si es mejor que la mujer tenga más experiencia sexual que el hombre, 90.65% dice que no; las mujeres son quienes suelen tener menos interés en la vida sexual (85%), 90% dice que las relaciones sexuales se deben dar sólo cuando hay amor, y poco más de la mitad acepta que puede haber relaciones sólo por placer.

Mientras que 78.5% considera que para el hombre es "natural" que tenga relaciones sexuales antes del matrimonio, sólo 49% lo cree así en cuanto a las mujeres.

Para estas adolescentes está claro cuál es su postura en relación con el trato entre los géneros. Se expresa una diferencia enorme entre la per-

misión y la libertad de acción que privilegia al varón, mientras que la mujer sigue repitiendo algunos principios morales como dogmas. Quizá es más importante mirar las contradicciones, como su opinión ante las experiencias sexuales prematrimoniales o quien puede expresar su deseo de tener relaciones sexuales. ¿Acaso son respuestas condicionadas por el aprendizaje cultural de una sociedad conservadora y poco erotizada?; son ellas quienes podrían disentir con una cultura que acepta sólo las relaciones sexuales en el marco del matrimonio y que sostiene que es la llave de entrada del mundo adulto? No parece haber respuesta sencilla o única, sino más bien surge con más fuerza la necesidad de conocer el contexto social y cultural en este ámbito.

Cuando se explora la experiencia sexual en grupos focales (la satisfacción que se deriva de la vida sexual y no tanto la ocurrencia o no de eventos discretos) se tiene otra arista de este complejo. Las jóvenes, en su gran mayoría, expresan que si bien al haber tenido relaciones sexuales “les gustó”, podrían haber esperado, o sea que no fue algo que percibieran con intensidad. Además casi la mitad de ellas dice no conocer lo que es un orgasmo.

Para estas adolescentes el inicio de su vida sexual y el de su embarazo es casi concomitante. Ellas dicen “ahora ni modo...”, colocando en el *ahora* todas sus expectativas futuras, sentimientos contradictorios y mucha ansiedad e inseguridad.

El *ni modo* posee una profunda carga fatalista al mismo tiempo que es el inicio de una resignación, una adaptación inevitable a su nueva circunstancia. Ellas dicen con frecuencia que les duele “haber fallado”, fundamentalmente a las expectativas de la madre. La falla reside en haber tenido relaciones sexuales antes de casarse o de haber formalizado “bien” con el muchacho, y la figura ante quien se falla es la madre y no ellas mismas. Sus expresiones acerca del embarazo actual están cargadas hacia el lado del arrepentimiento de haber tenido relaciones sexuales, no se vive con culpa sino con resignación. La culpa está en el sexo.

Que las adolescentes tengan prácticas sexuales asociadas y cargadas a las culpas, el no acatar al mensaje materno se podría representar como un proceso de “independización”, la resignación con que se expresan acerca de las consecuencias de esta transgresión —concretamente el embarazo—, la resignificación de ellas mismas como mujeres al cambiar del estatus de adolescentes a “mujer”, de mayor contenido y

presencia social y en la vida pública, son aspectos que poseen un fuerte contenido emocional y hacen de ellos un fenómeno psíquico y cultural.

En el discurso de las jóvenes aparece, por ejemplo, la culpa de haber fallado a lo esperado por la madre, que en cierto modo es un reflejo de los valores y normas culturales del grupo de pertenencia, pero por otro lado, ellas esperan ser recompensadas, apoyadas, queridas, y permanecer vinculadas afectivamente con sus hijos, depositando en ellos, aún no nacidos, una responsabilidad de “cumplir” con el mandato cultural que ellas consideran adecuado para una relación materna.

La valoración tradicional, incluso conservadora, de la mujer en su capacidad y condición de maternidad, tan antigua y tan ligada al entorno rural, cuando junto con la posesión de la tierra y de sus bienes la mujer daba hijos al hombre e incrementaba su capital, parece tener una presencia abrumadora. Las madres reclaman a sus hijas haber perdido la virginidad, pero las protegen en muchos sentidos en su condición de mujer embarazada. Disfrutar del sexo es “malo” pero ser madres es algo único. De este modo el sexo se convierte en un evento necesario para, es una moneda de cambio hacia obtener el valor único de ser madre. Los varones también consideran más valiosa a la mujer cuando es madre, la tratan mejor, “hay que cuidarlas más”.

Las relaciones sexuales se conforman en una violación de los valores colectivos, socializados y reproducidos en la familia, con el discurso reorientado y apropiado por las madres de las jóvenes, pero al mismo tiempo son un intento de autonomía que se inicia con la “decisión” sobre el cuerpo, aunque tal autonomía es fallida y se convierte en lo que quizás pudiera ser el eje sobre el cual se asienta “la reproducción de la pobreza”, por las consecuencias que el embarazo tiene en ellas y en su contexto.

De modo tal que estas adolescentes son troqueladas por las madres y los varones, cumplen de algún modo el mandato social muy primario de la reproducción. Quizás para muchas jóvenes la maternidad significa un cambio de estatus, de “adolescentes” a “mujeres”, como refieren, que les brinda otro nicho social, al menos por un periodo breve y quizás para algunas jóvenes el embarazo también sea una alternativa emocional. Si ellas no se encuentran en el mundo social de sus pares, que generalmente es la escuela ni están trabajando, insertas medianamente en otros ámbitos, sólo queda la relación del noviazgo como lo diferente. El mundo doméstico en el que están sólo se abre al mundo público con eventos familiares o con un novio.

La cultura del medio, con diferentes matices, indica que el mundo público en grandes sectores es el masculino, el del poder, el del control y que el mundo privado queda prácticamente constreñido al mundo privado, quasi sinónimo de doméstico. Esto marca roles de género que si bien están sufriendo modificaciones que favorecen la condición de la mujer, aún estamos lejos de una cultura con igualdad de derechos, servicios y atención; en una palabra, estamos lejos de una cultura por la libertad y la igualdad social de hombres y mujeres. Hablar de una "cultura de la salud" es bordar en el vacío si no se habla de una cultura de la educación y las relaciones estrechas entre ambas puede ser un puente.

Desde una generalización cultural y social, superficial en gran medida, se ha caracterizado a la adolescencia como periodo de transición y, dentro de ella, el embarazo se entiende como un acontecimiento indeseable, de efecto negativo para las adolescentes, sus hijos, sus familias y para la sociedad en su conjunto. Sin embargo, se ha de reflexionar sobre subculturas, culturas de grupos y corrientes de contracultura en relación con el embarazo en adolescentes, ya que podría tener diferentes significados y representaciones sociales.

De hecho, planteo que ya existe de facto, como elemento social, una importante "cultura del adolescente", pero más en el sentido económico de un sector consumidor de bienes y generador de demandas de otros bienes que en el sentido más profundo de cultura, como sinónimo de la generación y transmisión de valores propios fuertemente enraizados. La adolescencia no es un periodo de transición: posee un perfil propio, en el que se incluyen las características de "fase de formación", de aprendizaje, de búsqueda, que no por ser diferente a lo establecido por el adulto posee en menor grado cualidad propia.

Se habla de la necesidad de generar una cultura de la salud en la cual la prevención y atención a los efectos negativos del embarazo en adolescentes tiene un lugar preponderante, pero este planteo no tiene viabilidad alguna ya que no se acepta una cultura educativa que incorpore en sus contenidos la educación sexual, una educación para la vida.

LO SUBJETIVO

Quizá el elemento que mejor permite estudiar la problemática del embarazo en adolescentes es la información obtenida acerca de las experien-

cias, vivencias, percepciones y sentimientos de las mismas adolescentes en grupos focales de discusión.

En este método de recopilación de información entran dos subjetividades: la del investigador/observador y la de las jóvenes. De este modo se establece una discusión del investigador consigo mismo, acerca de la “validez” de la información. ¿Qué representa en relación con otros grupos de adolescentes, cuáles referencias son coincidentes para todas pero también qué hacer con las contradicciones?

La subjetividad y la vida emocional de las jóvenes se vierte en estas experiencias enriqueciendo una constelación de datos que se obtienen más fácilmente, que no están “cargados” con emociones. Así, cuando se observa que el embarazo no es deseado ni planeado en ese momento de la vida, con la discusión entre ellas, los dos aspectos adquieren dimensiones totalmente diferentes: el “no planeado” es un hecho que las adolescentes refieren con toda claridad y conciencia, es fácil de medir y de establecer las relaciones con otras variables como información o educación. Pero la referencia emocional que nos señala el meollo del problema, se encuentra en el comentario “[...]y sí, eso de la planificación ya lo sabemos, pero una vez que estás en eso, y entrada en gastos, ¡a quién le importa! [...] después veremos”.

Esto lo expresan con una sonrisa, con alegría y no se percibe allí la culpa. Esta actitud, que en términos de muchos programas de salud reproductiva se categoriza como “irresponsable” y que es lo que usualmente se señala como típico del adolescente, al no prever las consecuencias de sus actos, permite introducir la reflexión desde otro ámbito, el subjetivo. En esta perspectiva se tiene que introducir el concepto de “inconsciente” como una dimensión en la que se están articulando las expresiones, decisiones y comportamiento de las jóvenes. Las adolescentes se perciben como “mujeres jóvenes”, así les gusta que se refieran a ellas, o por su nombre, pero en relación con su estado civil el que más les molesta e incomoda es el de “señora”, aun a aquellas que están casadas o en unión libre. Las “señoras”, son mujeres más grandes, con hijos y que ya no les importa cómo lucen, no les interesa ser atractivas para su pareja o los hombres. Es más, dicen que al ser llamadas “señora”, porque su embarazo es evidente, no reaccionan, es involuntario, no les están hablando a ellas. La unión libre es un estadio mejor que el de casada, porque “eres más libre”; si bien algunas señalan que esto es falso ya que tienes que cocinar, lavarle la ropa a tu chavo, limpiar la casa, tener las

cosas listas, etc. Sin embargo, prefieren, ante una utópica elección en ese momento, unirse a casarse.

Cuando se confirma el embarazo, comienzan a moverse las piezas que forman sus incipientes estructuras de personalidad: si bien la mayoría siente alegría de saber acerca de su maternidad, va acompañado de un sentimiento de miedo y confusión. La gran mayoría se refiere a su embarazo como “esto que me pasó”, y es recién hacia el final del embarazo o en ocasiones cuando ya nace el niño, que buscan un nombre. Esto último es muy significativo ya que cuando un embarazo es deseado, en el momento en que se confirma, la mujer comienza a pensar en nombres.

Cuando se habla sobre qué significa un hijo para ellas, las respuestas son “alguien por quien vivir”, “para tener a alguien que me quiera siempre”, “para querer a alguien y que me quiera”, “para no estar sola” y combinaciones así. Todas las respuestas hablan de una expectativa puesta en un hijo para satisfacer las necesidades emocionales de afecto de la joven. Desde el inicio, ya se hace responsable al hijo de la felicidad de la madre. Esta tremenda transferencia, en la que se deposita la realización afectiva en otro, en este caso el hijo, también es un aspecto cultural: se deposita la responsabilidad afuera de sí misma, es otra persona quien tendrá que hacer cosas y cumplir con los mandatos de la madre, de acuerdo con las necesidades de la madre y aquí sí se entiende el porqué las adolescentes dicen “lo que más me duele es *haberle fallado a mi mamá*”. Ellas no cumplieron con las expectativas de vida que la madre les tenía, no importan las de ellas mismas, y entonces deben pagar su culpa aceptando triste y resignadamente su embarazo. El embarazo es la prueba inequívoca de la falta cometida y las faltas se deben pagar. Ellas lo expresan con bastante claridad: “ahora me fregué, me las tengo que aguantar, ni modo”.

“¿Los hombres? ¿Los chavos? No, ellos son de otro modo. A ellos lo que les interesa es el sexo, pero ahora ya no tiene el mismo gusto. ¡Es otra cosa!” Este discurso se va amargando o desencantando cada vez más dependiendo de la situación de las jóvenes: en aquellas en que su pareja sexual ya se fue, o nunca quiso ser pareja, es evidente una profunda tristeza ante el hecho de enfrentar un embarazo.

Todas dicen “¿[...]y ahora qué voy a hacer?” Esta pregunta marca el inicio de un profundo cambio en la percepción de ellas mismas, refleja los cambios por venir en cuanto a su vida en general, su preocupación por cómo quedarán en las familias, cuál es su lugar, cuál es su futuro.

En este punto es cuando el embarazo adolescente, con todos los elementos que provocan un impacto negativo sobre la salud reproductiva de la mujer, se conjunta con estos espectros que inciden quizás con más fuerza y profundidad en el desarrollo de la vida de la joven.

Los espectros son de tres tipos; algunos aspectos psicosociales subyacen en la problemática adolescente, otros se generan desde un embarazo no deseado y otro está en relación directa con la capacidad social para que las jóvenes tengan alternativas de vida de incorporarse a un papel productivo, de poder sustentar a su o sus hijos, en su condición de adolescentes.

El embarazo en adolescentes es un hecho que ocurre en todos los estratos sociales, si bien el resultado puede tomar diferentes rumbos. Sin embargo, son las jóvenes más pobres y las menos escolarizadas en las cuales el embarazo puede agravar una situación previa. Las jóvenes ya son pobres antes del embarazo, no por el mismo, ya que dependen de un exiguo ingreso familiar, tienen un déficit en su escolaridad en relación con sus pares, y no tienen trabajo.

La articulación entre la alternativa de la maternidad como forma de movilidad social y de cambio de estatus, la reproducción como respuesta de las adolescentes a las demandas del varón y del medio social, y la imagen (¿o realidad?) de que un hijo es un motivo para vivir y la única fuente "garantizada" de afecto, parece ser una coyuntura desfavorable no sólo para la salud sexual y reproductiva de las adolescentes, sino para el desarrollo de toda su vida futura.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIÈS, Philippe (1975), *Geschichte der Kindheit*, Munich.
- ATKIN, Lucille C., Noemí Ehrenfeld y Susan Pick (1996), "Sexualidad y fecundidad adolescente", en Ana Langer y Kathryn Tolbert (eds.), *Mujer, sexualidad y salud reproductiva en México*, México, The Population Council/Edamex, pp. 39-84.
- CEPAL (1991), *La suerte de las madres adolescentes y sus hijos: un estudio de caso sobre la transmisión de la pobreza en Santiago de Chile*, Chile, agosto.
- Conapo (1977), *La situación demográfica de México*, México, Consejo Nacional de Población.

- EHRENFELD LENKIEWICZ, N. (1977), *Embarazo temprano y sexualidad en adolescentes: en torno a la maternidad*, mimeo en revisión.
- (1994), “Educación para la salud reproductiva y sexual de la adolescente embarazada”, en *Salud Pública de México*, núm. 36, pp. 154-160.
- HABERMAS, Junger (1976), “Moralentwicklung und Ich Identität”, en *Zur Rekonstruktion des Historischen Materialismus*, Frankfurt.
- LOMNITZ, Larissa (1977), *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI.
- MITTERAUER, Michael (1992), *A History of Youth*, Blackwell Publishers, United Kingdom.
- ORTH-PEINE, H. (1984), *In Bedingungen der Identitätsbildung in sozial geschichtlicher Perspektive*, Dissertation, Bielefeld.

IDENTIDAD, CULTURA Y AFECTIVIDAD EN LOS JÓVENES PUNKS MEXICANOS

MARITZA URTEAGA CASTRO-POZO

“El rockanrol es rebeldía pura. Creo que la anarquía es una vida rockanrolera a toda su capacidad. Si hay algo sincero en el rockanrol, ése es el punk. La música es más social, en contra de la política, la religión, la mala educación, en contra de la bestialidad de la Gestapo, en contra de la desigualdad racial y todos esos rollos. El punk es visceral y eso te toca, toca la represión tanto intelectual como física que se da aquí, en Neza.”¹

¿Existe alguna especificidad en los procesos juveniles de construcción identitaria? Si ello es así, ¿cuál es ésta? ¿Cómo se relacionan cultura, identidad y afectividad en los procesos juveniles colectivos? Estas y otras interrogantes provienen de mis estudios a culturas e identidades juveniles mexicanas, como las rockeras, entre los años ochenta y noventa.

En efecto, en los últimos diez años mi actividad de investigación ha estado enfocada al estudio de las prácticas culturales de los y las jóvenes del Distrito Federal y Ciudad Nezahualcóyotl. Mis escritos revelan un

¹ En el texto, *Por los territorios del rock* profundizo en ese análisis. Esta afirmación proviene de ubicar al rock como uno de los fenómenos culturales de masas más importantes de la segunda mitad del siglo XX. Como tal, posee un carácter ambivalente: a) es una mercancía con un valor de cambio y de uso; y, b) es universo cultural-simbólico juvenil. Así, para que la mercancía rock pueda venderse/difundirse, debe ante todo hacerse accesible al universo cultural simbólico de los jóvenes, esto es, debe ser vehículo de las vivencias, los sentimientos y la protesta de sus auditorios. Por lo menos en su inicio y durante varias generaciones, el sentido del rock dependió de su relación con las culturas juveniles pues constituyó una peculiaridad con la que nació, recuérdese que su origen como género musical está estrechamente relacionado a la formación y reconocimiento social de un nuevo sujeto en las sociedades occidentales (y en las insertas marginalmente a ellas), los jóvenes.

fuerte énfasis en el análisis del rock mexicano como práctica cultural y como lugar de interpelación de identidades y colectividades juveniles rockeras entre los sectores clasemedios y populares urbanos de los ochenta y principios de los noventa.²

El abordar la relación rock e identidades juveniles desde los procesos inmersos en el consumo simbólico del mismo —en la apropiación (significación/identificación y acción/transformación) que los jóvenes hacen de sus experiencias como rockeros o punks—, me permitió ubicar la constitución histórica del rock en México como un proceso que abarca cuarenta años, cuya especificidad estriba en la expropiación que los sectores juveniles medios y subalternos del Distrito Federal y Ciudad Nezahualcóyotl hacen de esta propuesta cultural, hegemónica en sus inicios.³

Este proceso es fundamental para comprender la conformación de aquellas colectividades e identidades juveniles rockeras que, por lo menos hasta inicios de los noventa, usaban al rock para significar las fronteras de sus bandas o tribus respecto a “otros” grupos de jóvenes urbanos, al asignarle un valor subcultural (sexual, libertario, drogo, vago, creativo, improductivo, alternativo, basura, no comercial, antiautoritario, antisistema, etc.) que vivían como comportamiento colectivo.

Desde los lugares de consumo cultural simbólico de este producto, detecté cinco generaciones básicas o fuertes rockeras en México: la generación rockanrolera de finales de los cincuenta y gran parte de los años sesenta; la generación ondera de finales de los sesenta e inicios de los setenta; la generación perdida o setentera; la generación oscura y punk de los ochenta e inicios de los noventa; y la generación de los noventa.⁴ Po-

² Carácter que le fue dado, desde 1958, por las industrias culturales, que introdujeron al país la mercancía rock, impulsando simultáneamente la formación de grupos de rockanrol mexicano que cantaran en español entre los sectores urbanos juveniles adinerados.

³ El nombre de la generación rockera está dado por la colectividad juvenil más visible, la que le da un sello particular y el nombre a la misma, pero ello no significa que en cada generación no existieran simultáneamente otras colectividades de jóvenes rockeros. No obstante, la presencia de estos últimos sólo fue significativamente visible en los ochenta y los noventa. Así, por ejemplo, la generación punk de los ochenta compartió el espacio generacional rockero con otras identidades como los oscuros, los heavy metaleros, los thrasheros, los neojipis, los pachucos, los popseros, los progres, los tecno industriales, los grunge, los blueseros, los rockers y otros.

⁴ Reguillo (1991: 237-238) define a la banda como forma característica de agregación juvenil en los barrios populares y marginados de la ciudad. Es una agrupación solidaria que cumple hacia adentro una función integradora entre sus miembros y hacia afuera

dría sostener que la continuidad de estas generaciones radica en que han hecho del rock su lugar de reconocimiento e identificación como jóvenes y rockeros y, por tanto, distintos a otros jóvenes que habitan la ciudad. Para los que viven el rock como espacio interpelador, éste, además de ser género musical, es vivido como campo de producción cultural y como matriz cultural simbólica.

En los años ochenta encontré otro “sujeto” juvenil muy importante como forma agregativa u organizativa hegemónica de los sectores juveniles urbano-populares en este periodo, las bandas juveniles. En ese otro espacio de interpelación juvenil popular urbano se había gestado una buena parte del auditorio rockero y punk de los ochenta y noventa que daría al rock mexicano su carácter popular y masivo.

Con otros investigadores,⁵ defino a la banda como forma agregativa juvenil de los sectores populares urbanos, ubicándola analíticamente en la dimensión cotidiana y cultural simbólica de la vida social, al observar que no es en la dimensión de “lo político” donde las bandas son eficaces para transgredir la normatividad social, sino en el plano cultural simbólico de “la socialidad”.

Defino la categoría socialidad tal como la plantea Michel Maffesoli (1990) basándose en Simmel, como “forma lúdica de la socialización” que convive con la dimensión “seria” de la socialización. La socialidad es una dimensión de la existencia social rutinaria, cotidiana y refiere a la interacción social como tal en las sociedades complejas, priorizando el senti-

una función “impugnadora”. Hacia adentro permite la agrupación de sujetos con problemáticas comunes, que comparten principalmente una condición de clase (precariedad económica, difícil acceso a la escuela, poca atención por parte de los adultos ocupados en la subsistencia). Y en ese sentido, es una forma de socialización paralela o alternativa a otras instituciones de socialización (al capacitar a sus miembros, bajo sucesivas “estancias”, en las formas, normas, modos y maneras propias del grupo). Es también un grupo que posibilita la suspensión del tiempo creando un presente permanente que pospone la entrada del sujeto en la vida adulta.

⁵ El orden de la socialidad o de la interacción social (Goffman, 1991) puede autonomizarse analítica y metodológicamente para su estudio en tanto existe como ámbito diferenciado de los medios políticos y económicos y exige de mininociones que provengan del paradigma estético para revelar la sensibilidad colectiva contemporánea en megalópolis como el Distrito Federal y Ciudad Nezahualcóyotl, en las cuales se observa la coexistencia entre las agregaciones tradicionales de la acción social y las nuevas colectividades (entre ellas, las juveniles) cuyo vector de agregación y de sentido es la implicación afectivo-pasional.

miento y la experiencia compartidos.⁶ La socialidad juvenil se ha objetivado y se objetiva en diversas formas de agregación entre los pares.

Es precisamente en la emergencia de diversas formas de agregación juvenil, en donde se puede rastrear el origen de un nuevo sujeto social —la juventud— en los países occidentales y en el México moderno. Este acontecimiento puede ser ubicado aproximadamente en los años cincuenta y se concreta en la aparición de “microsociedades juveniles” que se dotan de espacios y tiempos específicos con grados significativos de autonomía respecto de las “instituciones adultas” (Feixa, 1993, 1998).

En el México moderno la socialidad juvenil se ha objetivado en diversas formas de agregación horizontales tales como los grupos y movimientos estudiantiles (porros y politizados) entre los sectores medios, y las bandas (clicas, palomillas, gavillas, pandillas) entre los sectores populares urbanos. Históricamente ha sido posible ubicar la existencia de ciertos grupos de jóvenes urbanos que lograron generar sus propios espacios y tiempos de autonomía, así como estilos de vida distintivos, esto es, “nichos culturales” o culturas juveniles, con grados significativos de autonomía respecto a las instituciones adultas, desde los años cuarenta. En la ciudad de México y en ciudades nortenas fronterizas encontramos en esos años a culturas juveniles urbanas como “los olvidados” y los “pachucos”. En los sesenta y setenta serán más conocidos los estudiantes politizados y los “onderos”; mientras en los ochenta, los “cholos” de las ciudades fronterizas del país, los “chavos banda” y los “punks” del centro (Gaytán, 1986; Gomezjara y Villafuerte, 1985 y 1987; Valenzuela, 1984 y 1988).

Por culturas juveniles entiendo el conjunto de formas de vida y valores, de comportamientos prácticos y cosmovisiones elaborados por colectivos juveniles de una misma generación en respuesta a sus condiciones de existencia social y material, que son expresados mediante la creación de estilos de vida distintivos localizados fundamentalmente en el ámbito del ocio y en los espacios intersticiales de la vida institucional (Feixa, 1993 y 1998; Urteaga, 1998). En este texto uso este concepto para describir las formas de vida y las visiones del mundo característicos y distintivos de una banda punk de Ciudad Nezahualcóyotl cuyos miembros se identificaban fundamentalmente por su posición en el ciclo vital y la generación social de los ochenta.

⁶ Para el desarrollo y profundización de este tema remito a la lectura de una evaluación del conocimiento sobre la organización juvenil que realicé en 1996 (Urteaga, 1996).

Los estudios culturales sobre jóvenes elaborados en este tiempo⁷ señalan dos lugares privilegiados en la construcción identitaria de una buena parte de los jóvenes clasemedios bajos y populares del D. F. y de Ciudad Nezahualcóyotl durante los años ochenta: el rock y las bandas juveniles. Ambos espacios funcionan de ofertas de constitución de sujetos colectivos, provocando la interpelación simultánea de identidades culturales en ámbitos territoriales reales o simbólicos y en las redes de socialidad.

Me he referido constantemente al término identidad. Utilizo el concepto identidad tal como lo ha propuesto Gilberto Giménez (1987, 1992) en varios textos. La identidad es un hecho enteramente simbólico construido en y por el discurso social común y es efecto y objeto de representaciones y creencias social e históricamente constituidas. Es la percepción de un nosotros relativamente homogéneo en contraposición a los otros con base en atributos, marcas o rasgos distintivos subjetivamente seleccionados y valorizados que, a la vez, funcionan como símbolos que delimitan el espacio de la mismidad identitaria.

Como representación social la identidad juvenil se expresa a través de los estilos y se estructura con base en tres principios: el de diferenciación, el de integración de las diferencias y el de su permanencia a través del tiempo (Giménez, 1992). El estilo es la manifestación simbólica de las culturas juveniles y expresa construcciones más o menos coherentes de elementos materiales e inmateriales provenientes de la moda, la música, el lenguaje, las prácticas culturales y las actividades focales que los jóvenes consideran representativas de su identidad como grupo (Feixa, 1998, Urteaga, 1998).⁸

En este texto me interesa compartir algunas reflexiones en torno a la especificidad de los procesos de construcción identitaria y cultural juveniles, y explorar con mayor profundidad la relación entre éstos y la

⁷ Es necesario aclarar, sin embargo, que lo que hace un estilo no es sólo la manera activa y selectiva con que los grupos de jóvenes se apropian, modifican y reorganizan los objetos resignificándolos, sino que lo que organiza una identidad de grupo es esta organización activa de objetos con ciertos valores y actividades (Feixa, 1998).

⁸ En la operacionalidad etnográfica hice uso de la noción de "microcultura" (Wulff, 1988, citado por Feixa, 1998) que se refiere al "flujo de significados y valores manejados por pequeños grupos de jóvenes en la vida cotidiana atendiendo a situaciones locales concretas". Este concepto hace referencia a los grupos informales localizados de jóvenes pertenecientes a las clases subalternas que utilizan el espacio urbano para construir su identidad social y que corresponden a agrupaciones emergentes en otros sectores sociales (tribus o bandas de clase media, estudiantinas, etcétera).

socialidad, definida como el tejido de relaciones y de interacciones sociales que dan sentido y contenido a las “microsociedades” juveniles.

Por el momento propongo que un elemento importante en la constitución de estas microsociedades está en compartir vivencias y sentimientos y que ello puede conducir a un movimiento cultural o político tanto como a una bronca colectiva, un reventón y cualquier otra banalidad. Ilustraré esta hipótesis por medio de la exposición etnográfica del caso de los Mierdas Punks, una de las bandas juveniles más importante en la segunda mitad de los años ochenta en el universo pandilleril juvenil de Ciudad Nezahualcóyotl.

En este texto, escrito de manera etnográfica, retomo las voces de los protagonistas de la banda de los Mierdas Punks y voy revelando los diferentes escenarios por donde transitaron y se construyeron como banda, como identidad y como cultura juvenil⁹ en los años ochenta. En ese sentido, el texto tiene como fondo el proceso por medio del cual una propuesta musical como el rock punk, hegemónica en sus inicios, fue siendo expropiada por jóvenes de los sectores juveniles medios bajos y populares urbanos que habitaban en diversos barrios y colonias de Ciudad Nezahualcóyotl; cómo se construyeron como identidad a partir de identificarse, diferenciarse y aglutinarse alrededor del consumo de la música rock-punk y hardcore hecha por jóvenes de otros países; y, cómo a través de la creación de sus espacios de producción, circulación y consumo de productos culturales en la marginalidad urbana, se insertaron activamente en una identidad generacional juvenil que trascendió las fronteras nacionales, la punk.

Simultáneamente al fondo organizativo punk compuesto por la banda, los colectivos de acción cultural, las tocadas, el slam, voy dando cuenta de otro mundo, el de su socialidad. Es ésta una dimensión algo más compleja de captar por la sutileza de códigos no explícitos, contruidos por los protagonistas con base en los valores interiorizados desde pequeños en el barrio y la familia y que, sin embargo, son redefinidos por medio del sentimiento y la experiencia compartidos en su “rolar” colectivo “en banda”. La importancia de éstos, como veremos en la exposición etnográfica, radica en que orientan su percepción y su acción sobre el mundo.

⁹ Los menos eran hijos de padres defechos, aunque habitantes del centro de la ciudad de México.

Antes de entrar a la descripción de esta microsociedad juvenil, que en este caso he denominado Nezayork porque sus actores principales —los y las jóvenes agregados en bandas o pandillas— así la denominan, presentaré a los Mierdas Punks en el contexto de la sociedad mayor en la que viven, Ciudad Nezahualcóyotl.

Los jóvenes varones de esta banda eran hijos de padres nacidos en otros estados del país¹⁰ que habían migrado siendo muy jóvenes al Distrito Federal, en donde habían encontrado trabajo como obreros, trabajadores, artesanos, o como lo denominaban ellos mismos, oficios “de la clase baja”. En la capital habían encontrado a sus parejas, también recién emigradas de otros estados, y habían habitado en ciertas zonas tuzurizadas del centro del Distrito Federal. La mayoría de nuestros protagonistas nacieron en el D. F. y llegaron a habitar Ciudad Nezahualcóyotl siendo muy pequeños. Sus padres, aún muy jóvenes, migraron a esta ciudad en formación para solucionar su problema de vivienda y pertenecían al Movimiento Urbano Popular, a través del cual consiguieron los terrenos (no sin antes pagarlos) y una buena parte de los servicios con que hoy contaban.

Nuestros protagonistas, sin embargo, vivieron una infancia en una Neza que estaba construyéndose, caracterizada por la precariedad de sus casas, unas supuestas calles o terrenos llenos de tierra o lodo, sin agua, sin luz y con padres ausentes ocupados en la subsistencia o en asambleas del movimiento para dotarse de servicios básicos y educativos. Padres ausentes, abuelos y tíos fuera de su entorno inmediato, responsabilidad de la esfera doméstica en manos de nuestros protagonistas por su condición de ser los hijos mayores de estos recién migrados. Estas y otras referencias a las condiciones que experimentaron durante su infancia marcaron con fuerza la percepción sobre su medio social y cultural cuando entraron a la pubertad y se incorporaron a la microsociedad pandilleril juvenil que existía en Neza.

Aunque yo me aboco a su descripción en la dimensión de la socialidad de sus vidas juveniles, quiero aclarar que ellos y ellas habían terminado la primaria en escuelas locales y, mientras yo los observé, muchos asistían a las secundarias que colindaban con el Distrito o en el mismo Distrito, y algunos menos a la preparatoria, sobre todo al CCH Oriente.

¹⁰ Algunos de ellos sólo sabían de sus abuelos por el relato que sus padres hacían de ellos y porque en algún momento habían ido a visitarlos a sus estados.

También, y particularmente los jóvenes varones, habían trabajado desde niños ayudando a la construcción de sus casas o en la instalación de sus servicios; y entre los doce y catorce años habían sido impulsados por sus familias a trabajar fuera de sus hogares. Los relatos señalan este laboreo esporádico pero permanente, en la misma colonia o en otras de Ciudad Nezahualcóyotl, como ayudantes en oficios menores (talachas, repartidores de agua, limpiaparabrisas, payasos de la calle, etc.). Después de los 18 y hacia los 20 años, la presión familiar porque los varones jóvenes trabajaran en oficios más estables (ayudantes de albañiles, algunas fábricas o empresas de servicios del Estado o del D. F., carpintería, plomería, pintura, etc.) se endurecía. Empero, el contexto laboral de los ochenta en el que estos jóvenes debían insertarse era desolador. Los punks de esta ciudad, así como los cholos en el norte y los chavos banda de la zona poniente del D. F., son parte de la generación de la crisis en México (Valenzuela, 1988, 1991).

Los procesos de inserción laboral de estos jóvenes se habían hecho largos y discontinuos, con el consiguiente alargamiento de la dependencia familiar, pero en un contexto en el cual la familia entera sólo podía sustentarse con el ingreso generado por todos los miembros de la misma que estaban en plena capacidad productiva y con el apoyo (en trabajo doméstico) de los que aún no lo estaban.

Pocos de sus miembros tenían el privilegio de no trabajar y de ser sostenidos para seguir estudiando en la preparatoria. En realidad, esta situación dependía de cuánto el chavo quisiera seguir sus estudios y de que aceptara emplearse por períodos cortos con el objetivo de comprarse lo necesario para la escuela, mientras la familia aportaba la comida. Para algunos chavos, conseguirse una propina o la misma comida diaria implicaba realizar una serie de trabajos domésticos para su familia y las familias de sus cuates. En conjunto, todo esto forma parte de los códigos sociales aceptados en la vida de los barrios populares urbanos. La etnografía que yo presento sólo cubre una parte de su tiempo rutinario, el tiempo de ocio de muchos de ellos (de los que trabajaban) y el tiempo de desempleo de otros. Este movimiento oscilatorio entre empleo y desempleo era compensado por la banda, la cual, como conjunto, balanceaba los frecuentes desequilibrios monetarios que se suscitaban entre sus miembros.

Los jóvenes con los que estuve habían entrado a las bandas juveniles entre los 9 y 12 años de edad aproximadamente. Al principio habían

formado parte de las bandas existentes en su propio barrio, y al poco tiempo habían sido convencidos para ser protagonistas de una nueva banda como la de los Mierdas Punks. Entre otras funciones, la agrupación en banda permite a los jóvenes varones de los sectores populares urbanos construir simbólicamente una identidad estrechamente vinculada a la exploración y experimentación de su masculinidad (tanto en términos sexuales como en el cumplimiento de su papel social de proveedores) en el difícil tránsito de la infancia a la vida adulta.¹¹

LA CONSTRUCCIÓN DE NEZAYORK O DE UN UNIVERSO SIMBÓLICO JUVENIL PANDILLERO

Como sostuve párrafos arriba, el rock y las bandas juveniles fueron espacios que provocaron la construcción simultánea de identidades culturales en los ámbitos territoriales reales o simbólicos y en las redes de la socialidad juvenil en los ochenta.

En ese periodo, en Neza, con mucho mayor claridad que en el Distrito Federal, el rock y la banda fueron los espacios dentro de los cuales una gran parte de los y las jóvenes pertenecientes a los sectores populares urbanos se constituyó colectivamente como parte activa de la generación de los ochenta.

En la vida cotidiana juvenil de Neza es imposible separar ambos espacios pues son sólo uno desde “antaño”, esto es, desde siempre, desde la creación de Nezayork, desde la invención de un universo simbólico juvenil propio que nuestros protagonistas de los ochenta ubicaron en la misma fundación de Ciudad Nezahualcóyotl.

Cuando estudié en Neza el fenómeno de la inserción del rock entre los jóvenes, observé que los protagonistas punks se referían a ella con el nombre de Nezayork. El nombre parecía provenir de la conjunción, en el imaginario urbano, de varias características de la población que había dado origen a Neza como lugar habitacional hacía más de 28 años. Por un lado, refería a la diversidad que había poblado Neza (en su mayoría

¹¹ La riqueza e intensidad de las situaciones que muchos de sus protagonistas viven en este momento banda, les permite a algunos de ellos postergar su entrada en la esfera adulta, al dotarlos de otras alternativas de vida que no sean la asunción temprana de la paternidad.

migrantes de otros estados del país y de manera secundaria, del mismo Distrito Federal), por otro lado, remitía a la condición popular de esta misma población (campesina, artesana, subempleada y obrera); y, por otro, a la condición juvenil de sus habitantes originales. Las últimas dos características (lo popular y lo juvenil) además estaban vinculadas a una supuesta “peligrosidad” de sus habitantes.

Nadie entraba en Neza ni nadie salía más que para trabajar. Aquí los policías eran una comisión de señores a los que les daban un palo y una lámpara. El riesgo de muerte estaba al pedo y la bronca. A raíz de esto Neza se hizo de una famita que te matan gratis a la vuelta de la esquina, y tal vez haya sido así en alguna ocasión. Nezeyork es por cariño. En Nueva York hay lo que llaman “la raza del Bronx”, son los mexicanos de allá. Y hay chavos de Neza que ya se sienten raza del Bronx, por eso dicen que son nezayorkinos.

Esta “peligrosidad”, además, parecía sustentarse en otra característica que distinguía sólo a algunos de sus primeros habitantes, el haber trabajado y vivido en el Gabacho.¹² La “peligrosidad” de la condición juvenil, sin embargo, sólo incluía a aquellos sectores de la población provenientes del Distrito Federal y, particularmente, a aquellos que habían habitado las vecindades o zonas tugurizadas del centro de la ciudad de México.

Precisamente, es entre esta población donde se puede ubicar el origen de Nezeyork. Los jóvenes que hicieron posible este universo pandilleril, llegaron en forma predominante del centro de la ciudad de México, de una zona urbana popular en la que desde los años cuarenta y cincuenta los jóvenes de barrio se congregaban espontáneamente en palomillas o pandillas —organizaciones juveniles que precederían a la forma banda de los ochenta—, algunas de las cuales lograron estilos juveniles muy particulares (pachucos y gatos de barrio). Ellos recrearon en Neza un universo simbólico propio, reproduciendo sus “costumbres”,¹³ esto es, sus “maneras de estar con los demás” (jóvenes), sus formas organizativas rutinarias y gustos musicales.

¹² Nombre con el que la banda y la gente de la calle conocen y enuncian a Estados Unidos.

¹³ Simmel sostiene que la costumbre es una de las formas típicas de la vida social y que la determina. Es la manera de estar con los demás. Es el conjunto de los usos comunes que permite que un conjunto social se reconozca por lo que es: “la costumbre es, en ese sentido, lo no dicho, el ‘residuo’ que funda el estar juntos” (en Maffesoli, 1990:53).

En Neza siempre ha habido agrupaciones de jóvenes por aquí y por allá, bandas, pandillas, gavillas, palomillas, es lo mismo. Yo me siento bien de ser banda, es lo mismo que pandillero. Neza es una ciudad muy grande y cuando empezó lo hizo con un montón de población joven, desempleados, subempleados, obreros, que para desahogar su rutina de estar trabajando las 8 horas y todo eso, en las noches se iban a las tocadas, a las tardeadas, a todo eso (E. T., Neza, 14/08/90).

Una de las tradiciones pandilleriles más importantes en Neza, desde su fundación, es la rockera. Una versión del mito de origen¹⁴ de Neza-york o de la constitución de una microsociedad juvenil en Neza es la que sustenta la versión sobre la “tradicional” relación bandas juveniles / rockanrol en Neza, que dice:

La tradición rockanrolera de Neza pasó por varias etapas. Al principio no había bandas. Después sí, eran pandillas de los que fueron a Avándaro en el 71 y de los que sufrieron la represión del 68 que rockanroleaban la onda psicodélica. Ahora son los más rucos, andan treinteando o cuarenteando. Entonces no tenían nombres, pero se conocían, sabían que a todos les gustaba el rockanrol y ya. Oían a grupos como la Semilla del Amor, a la Love Army, a la Fachada de Piedra, a las Ventanas, al Peace and Love, a la banda Tequila, al Tinta Blanca, puros grupos psicodélicos, jipis, al Javier Báziz, al Mr. Loco, al Músculo del Amor y también a los grandes viejotes: Los Stones, los Beatles, los Kinks... Incluso tenían sus propios grupos de hard rock como el Snoopy, el Perro Fantástico, el Golpe de Estado, el Foramen Magnum, la Jogy Band. También tenían grupos jipis: Medicina Amarga y la Sombra de la Mujer Domingo. Neza se llenó de rockanrol, de música (Ome Toxtli, en C. Feixa, 1991).

¹⁴ En cualquier proceso de construcción identitaria podemos detectar ciertos elementos reiterativos y muy importantes. Entre ellos está el territorio o la apropiación simbólica de un territorio y ello está en relación con otro elemento, el del ritmo interno rutinario que el grupo manifiesta en el uso de ese espacio. Otro elemento importante es la creación de un mito de origen. Este concepto antropológico que remite al principio del mundo ha sido usado con éxito en el estudio de las culturas juveniles contemporáneas en el sentido de origen de la banda o pandilla. Estos mitos tienen muchas versiones, narrativas que expresan la diversidad de un mundo juvenil propio y dinámico, y revela, de alguna manera, la circulación de los discursos dentro de estas microsociedades. Las versiones siempre tratarán de incluir a algunos y de excluir a otros. El mito de Neza-york y el mito de origen de la banda de los Mierdas Punks son muy ilustrativos al respecto.

Pandillas rockeras y jipiosas¹⁵ compartirán el territorio juvenil neyorkino con los “gruexos”¹⁶ y otras agrupaciones juveniles, que sólo a mediados de los setenta la memoria pandilleril identificará por sus nombres. En términos generales, todas estas pandillas compartían dos principios vitales en la existencia de las “bandas de barrio”, y en la permanencia en el tiempo de una identidad pandilleril juvenil: la defensa del territorio y de sus mujeres.¹⁷ Sin embargo, cada pandilla demarcaba su territorio frente a “los otros” a través de la puesta en escena de un conjunto de “atributos, marcas o rasgos distintivos subjetivamente seleccionados y valorizados”, entre los que se encontraban la “facha”, el gusto musical, el baile, el lenguaje, los modos y gestos de comportamiento y los lugares de encuentro y de paseo. Un lugar privilegiado para la ritualización de las relaciones entre las bandas juveniles fue y es la fiesta o la tocada (con “sonido” o en vivo) en calles cercadas o en algún tugurio.

En este interjuego de máscaras colectivas, en el cual no se excluyen el conflicto/“la bronca”/la agresividad, así como tampoco el llegar —vía negociaciones y acuerdos pacíficos— a alianzas duraderas, los jóvenes pandilleros fueron creando un universo simbólico juvenil propio, neyorkino, con estilos juveniles¹⁸ particulares, diferentes a los de las ban-

¹⁵ Jipiosa/o, manera mexicana de decir hippie.

¹⁶ Gruexos. Significa personas de cuidado. De esta manera los rockeros denominaban a los jóvenes organizados en pandillas que vestían como rockeros, pero bailaban “charanga” (cumbias y ritmos afroantillanos).

¹⁷ La relación territorio e identidad en los jóvenes es muy estrecha. La territorialización simbólica de los espacios “públicos” próximos (el barrio, la esquina, el billar) permitió a cada una de esas colectividades juveniles crear espacios “privados” en los cuales compartir modas, signos, música, normas y valores dentro de sus relaciones de amistad; por un lado, usar esas fronteras simbólicas para expresar sus identidades frente a otros comportamientos colectivos juveniles; y, por otro, crear lazos objetivables que les sirvieran para fijar y recordar quiénes eran. Estas dos características, la delimitación del territorio y defensa de las mujeres las denomino principios, pues estudios sobre las pandillas juveniles hechos en otros países las consignan también. Considero entonces que ambos son principios permanentes en la constitución de una identidad pandilleril juvenil.

¹⁸ Un estilo juvenil está compuesto por la vestimenta, el corte de pelo, un lenguaje particular, maneras de caminar y de llevar la facha, gestos y códigos de comunicación (placazos, graffitis, murales, tatuajes), grupos de música (originados en la banda o no) y actividades focales, esto es, todos los conjuntos de objetos materiales e inmateriales que los jóvenes consideran representativos de su identidad como grupo. Sin embargo, la selección activa y selectiva de un conjunto de objetos no basta para definir un estilo, es la relación de sentido entre ese nuevo conjunto de objetos y ciertas actividades y valores que comparte un grupo de jóvenes lo que los distingue en términos simbólicos de otros grupos.

das y pandillas del Distrito Federal. Es aquí, en este universo pandilleril “natural” donde se inserta el punk rock y la imagen de los Sex Pistols y los Ramones¹⁹ que capturarán a los nuevos púberes y adolescentes dispuestos a rockanroleo y andar en banda.

LA REVOLUCIÓN PUNK DENTRO DEL ROCK: EL ORIGEN DEL MOVIMIENTO

El rock punk tiene su origen en la Inglaterra de mediados de los años sesenta entre los adolescentes y jóvenes pertenecientes a las clases trabajadoras en un contexto social y educativo de desempleo, ocio largo y ninguna esperanza para el futuro. La crítica punk al rock sesentero se realiza desde la reapropiación del lado vivencial del mismo. El sonido punk reintroduce en la música rockera la animalidad acústica del rockanrol original de manera mucho más acelerada y a niveles de volumen paroxísticos. Esta música (o antimúsica, como la denominaron sus protagonistas) se apoya en imágenes y comportamientos de parte de los cantantes que provocan agresivamente al público —cortándose el dorso, escupiéndolo e insultándolo—, mientras su vestuario carga una mezcla de símbolos autoritarios (navajas, seguros, cadenas, calaveras) y sus mensajes llaman a la destrucción de todo lo que les molesta y a la auto-destrucción como forma de acceder al reconocimiento en este mundo. En ese sentido, el punk trascendió el género musical rock, transformándose en un movimiento social y político juvenil que salió de los callejones ingleses para capturar con pasión a otros jóvenes del primer mundo que se sintieron identificados por su propuesta estética y ética.

El punk significa basura, despreciable, “gandalla” de éste y no otro sistema. Los mensajes de sus gritos (eso parecen sus primeras canciones) hablan de las instituciones que ellos sienten los están aplastando o intentando “domesticar”: familia, escuela, seguridad social, desempleo. El punk fue un acto social que se expresó como ruptura musical y generacional con la música pop de los sesenta y con la generación sesentera de

¹⁹ Las Pistolas Sexuales o Los Sex Pistols, así como Los Ramones, son dos grupos de rock punk emblemáticos. Sirvieron y sirven aún como símbolos de la identidad punk entre los nuevos y antiguos adeptos.

origen clasemediero, que entonces ya está ubicada en el “sistema” que tanto había criticado.

Consignas como hazlo tú mismo (tu ropa, tu imagen, tu música, tu grabación, tu revista); sé como tú quieres ser (y no como otros quieren que seas); anarquía, fueron consignas nacidas para perecer y que, sin embargo, dieron la vuelta al mundo en menos de dos años y se filtraron en diferentes tiempos y espacios y a través de sus propios canales de difusión,²⁰ entre cientos de jóvenes en condiciones similares de existencia.

CÓMO SE FILTRA EL PUNK EN NEZAYORK

En Neza, el rock punk se filtra a través de ese constante ir y venir del Gabacho (para trabajar, ahorrar y regresar), experiencia de vida que hace parte de la mayoría de los jóvenes y de las estrategias de supervivencia del pueblo. Esta situación ha provocado la aceleración de la circulación de productos culturales como la moda y la música que escuchan y bailan los migrantes mexicanos en Estados Unidos y en Ciudad Nezahualcóyotl. Las novedades musicales en Neza llegan vía los espaldas mojadas,²¹ quienes ponen sus discos y cassettes en las “fiestas/tocadas con sonido”. Así es como el punk-rock se filtró en Neza. Algunos protagonistas ubican entre 1976 y 1977 la presencia del punk en esta ciudad. Dicen que existía un grupo que tocaba punk rock, Los Meceadores sin Valor, liderado por El Pata, y que Los Ramones fueron la primera banda juvenil punk en Neza, denominados así en homenaje al grupo neoyorkino Los Ramones y que andaban vestidos como ellos: chamaras de cuero, pantalones rotos a las rodillas y el pelo largo. También registré la existencia de cuatro bandas “mixtas” (es decir, compuestas por miembros jipis, rockeros y punks): la Grek King Band, los Britannics, los Punks Decentes y Los Rotos.

²⁰ Como cualquier movimiento de ruptura musical dentro del rock, por un buen momento el punk fue rechazado por las industrias discográficas y culturales. Posteriormente, el número de ventas aumentó considerablemente abriendo la entrada al rock punk dentro de la industria y el mercado. Sin embargo, los punks han privilegiado los canales de producción y circulación de sus productos e imágenes que ellos mismos crearon.

²¹ La tradición de sonidos en Neza exige que éstos siempre tengan y pongan al público lo último (la novedad). Algunos espaldas mojadas son actualmente dueños de sonidos y utilizan varios contactos para traer las novedades a sus públicos.

EL MITO MIERDA

La formación de la banda de los Mierdas Punks tiene varias versiones. Se dice que la banda hizo su aparición antes de finalizar los años setenta o a inicios de los ochenta en el municipio de Los Reyes, La Paz, y que apenas contaba con doce integrantes. De ellos se sabe que habían heredado el gusto por el rock pesado y el andar en banda de sus hermanos mayores jipis y rockeros y que eran muy amigos de una banda punk nezayorkina, Los Rotos. Se reunían para escuchar rock pesado y punk, ir a las tocadas en el D. F., ver en vivo a grupos punks formados por chavos “fresas”²² como Dangerous Rhythm, Size, Rompecabezas, los Yap's y andaban vestidos de día y de noche totalmente de negro: pantalones de mezclilla entubados y engrasados (para que semejaran piel), chamarras de cuero viejas y rotas, con unos copetes a “lo rebelde sin causa”, que rápidamente se transformaron en pelos cortitos y parados o “mohicanos”.

El nombre de la banda constituye el mito de origen de los Mierdas en el universo pandilleril nezayorkino.

Circulan varias leyendas sobre cómo le pusieron el nombre a la banda. El Benjas, uno de los que inició la banda, dice que le pusieron así porque había un morrito de seis/siete años que le decían el Mierda, que se les pegaba mucho y de ahí que los Mierdas. Otros güeyes dicen que todos estaban diciendo: ¿Cómo le ponemos a la banda? Estaban que los Vomitados, que los Gargajos, que los Gallos (por las crestas), que a lo último salió Mierdas Punks y que a todos les gustó y se quedó así. Otros dicen que porque iban a los tiraderos de basura a buscar ropa vieja y cadenas e iban totalmente fachsotes. Otros dicen que les empezaron a decir así de otras bandas.²³

²² El rock punk tuvo en México un breve momento transclasista. Como he ilustrado en el libro *Por los territorios del rock* (1998), el rock punk se filtra simultáneamente en el D. F. como en Ciudad Nezahualcóyotl. En el primero es a través de cierta chaviza rockera de clase alta que dada la marginalidad y subteraneidad con que se vivía el rock en México, viajaba al extranjero y traía “lo último”. Algunos de ellos incluso llegan a levantar sus propios grupos de rock punk y a tocar en los escasos y semiclandestinos antros donde el rock mexicano podía compartirse con otros. A estos lugares llegaba chaviza rockera de todas las condiciones sociales. En el D. F., es en la interacción de grupos público de púber adolescente que se daba en las tocadas que los chavos clasemedieros bajos se apropian de la imagen y el sonido punk creando sus propias bandas punketas.

²³ Entre los Mierdas no dicen que así fue la historia, sino más bien circulan varias leyendas, hay varios mitos, circulan muchas historias (Urteaga, 1998).

Ser identificado por las otras bandas con un nombre constituye un principio de identidad y es un reconocimiento público de su existencia. Los Mierdas se diferenciaron de las otras bandas por una serie de características que pueden resumirse en una “facha” y comportamiento agresivos.

Sus pinches fachitas, pieles de leopardo en las chamarras o plumas de avestruz y los manchones, maquillados, unas ojeras de mapache o se partían la cara a la mitad con el maquillaje, un lado blanco y otro negro. ¡Verlos era impactante a los pinches Mierdas! Incluso había un güey que estaba rapado y tenía un mohicano de puros picos de tierra, y cosas así, bien originales. Chamarras hechas por ellos mismos de correas, mallas. Unas botísimas pesadas, para madrearse seguro, clavos, navajas, atravesados así, de los cachetes, con los seguros, la onda autodestructiva. Era una visión bien pesada (Ome Toxtli, en Feixa, 1991).

La facha, gestos y comportamientos autodestructivos de los Mierdas Punks revelan la estrecha relación con la información del punk inglés y gabacho que entonces recibían. Consignas como autodestrucción, suicidio antes de los 25 años, destruye, haz lo que quieras, vístete como quieras, baila como quieras, no feelings, etc., se insertan en el imaginario de estos pandilleros casi púberes, siendo resignificadas como (sé) “bien vicioso” (drogo), “córtate el cuerpo”, “escupe a la gente y madreá”. Ídolos y consignas —consumidos en revistas populares y marginales como *Sonido* y *Conecte*,²⁴ en tocadas de grupos punks nativos, en su contacto con otras bandas de chavos punks, en *discotheques* y otros lugares punks— son receptáculos de una primera expresión de un “nosotros” punk, pues permitieron a cada uno de estos chavos reconocerse en ellos mediante una “estética común”²⁵ y, por su mediación, colmulgar con los que compartían esa identificación.

²⁴ Una vía importante de transmisión del punk en el D. F. y en Neza la constituyeron estas dos revistas semimarginales y rockeras consumidas entre los y las jóvenes clasemedios bajos o populares en las secundarias y preparatorias. Aquellos usarán el material fotográfico publicado para elaborar sus propios botones (pins) y sus diseños de ropa, modificando su facha según las imágenes punks vistas en las revistas, revelando el inicio del proceso de identificación con lo que les era afín.

²⁵ En un sentido etimológico, estética —observa Maffesoli— (1990:137-138) es la facultad común de sentir y experimentar. En este caso, se trata de compartir la experimentación y el sentimiento que les provoca el gustar de un mismo tipo de música y las actitudes que ellos y ellas creen que hay detrás de los sonidos.

Los Mierdas se caracterizarán en este primer momento por entrar con una facha y una actitud agresiva/violenta a las tocadas de Neza con discos de rock punk que impondrán a la fuerza a la demás concurrencia. Facha/maquillaje y actitud son congruentes con el baile loco y extraño que parece más un conjunto de piezas teatrales diminutas cargadas de imágenes bizarras, incluyendo actos como “buscar la bronca” con los miembros de otras bandas y el cortarse las venas, torsos y brazos con navajas de afeitar, dejando espantadas a otras bandas no punks (“discolocos”, “charangueros”, “rockers”), que tenían otras formas de relacionarse entre sí.

Tocaron el TNT y el Síndrome del Punk. Llegaron los Mierdas de Los Reyes todos fachosos. Los demás se retiraron a las paredes, porque nadie antes había visto un punk. Era como ver a los Sex Pistols en vivo. El cantante del Síndrome, que los conocía: “¡Un saludo a los Mierdas Punks!” “¡Toca algo de los Pistols, güey!” Para bailar hacían una rueda y cada quien inventaba sus pasos, movían los hombros y tenían la mano en alto, como si estuvieran activando; el Benjas bailaba y hacía el simulacro de que sacaba una pistola y de que los mataba a todos, punkoso, agresivo. En medio de la tocada toda la banda los veía aterrados pues se empezaban a cortar enfrente de todos. Yo, fue mi primer impactísimo. Era el juego de la autodestrucción. El Lorito se aventaba contra las paredes y se descalabraba él solo. Iba chorreando, gritando “que la maldición de Sid Vicious”. Eran como quince güeyes que bailaban en círculo y una pareja en medio, y de repente, el morro y la morra caían al suelo y se revolcaban agarrándose del cuello, mientras los demás empezaban a darles patadas —dando vueltas— como en una danza apache. Lo del baile era bien simulacro. También bailaban en parejas de hombres, se agarraban las solapas y empezaban a gritar y eso sacaba de onda a todos. Una onda bien bizarra, con maquillajes bien expresivos y los mohicanos rojísimos. Cuando acababa una rola me los quedaba viendo y ellos como que hacían que no conocían a nadie. Traían una onda de que al que no parecía punk no le hablaban, eran bien elitistas dentro del rol [...] (Ome Toxtli, en Feixa, 1991).

En un sentido amplio, las espectaculares imágenes sobre la aparición de los Mierdas en Neza pueden interpretarse como “fotografías invertidas” o “espejos deformantes”, “que reflejan (de una manera distorsionada) las contradicciones de una sociedad cambiante en términos de vida y de valores básicos” (Feixa, 1993:126). El momento fotografiado por los Mierdas es el que le tocó vivir a los sectores populares juveniles de los ochenta en el plano económico, social y educativo.

En Neza no había futuro en muchas formas, nuestras casas estaban amoladas, y como México tiene deuda externa, yo pensaba que no, que mientras no pague la deuda no va a haber futuro para México. Rotten²⁶ decía: “Espero morir a los 25. ¿Para qué preocuparme por el futuro?” Y nosotros teníamos ese rollo, si vamos a morir antes de los 25, pues ya, de una vez, a madrazos, pensábamos que no había futuro para los punks y así lo vivíamos, yo me cortaba las manos o la cara a rayones con vidrios de cerveza, el rol era golpearnos y que saliera sangre, botazos al que estuviera abajo [...] (Podrido, 13/06/88).

En un sentido más restringido, estas imágenes expresan cómo los Mierdas impusieron su dominio simbólico en el mapa juvenil pandillero nezayorkino: usando como elemento delimitador entre “ellos” y los “otros” una máscara que llevaba a extremos la faz violenta de ese universo simbólico.

Sus conductas autodestructivas expresan la fuerte identificación²⁷ de esta chaviza con las consignas del punk inglés “no hay futuro”: ante la imposibilidad de un cambio en el plano de las condiciones económicas, sociales y existenciales, los punks de Neza, al igual que sus antecesores ingleses, invierten/“solucionan” en el plano simbólico —vía las máscaras— “el orden de las cosas”. Sustantivos calificativos como “bizarra”, “terrorífica” y “loca” dan cuenta de un discurso de imágenes construido de manera invertida a como el sentido común (incluido el de otras bandas juveniles de Neza) percibía las cosas.

Una de las preguntas con las que me he encontrado es cómo esta colectividad de jóvenes construye toda una identidad social (la punk) “sin futuro”. Considero que precisamente la construye alrededor de compartir entre sus miembros las sensaciones de soledad y de carencia. Observo que el imaginario infantil y púber de sus miembros, conjunta o superpone sus experiencias de vida en el ámbito parental (familia, vecindario) en donde hay vacío de abuelos y padres ausentes, con las carencias que vivenciaron en el entorno social inmediato (casas en construcción, sin servicios).

²⁶ Johnny Rotten, integrante del grupo Sex Pistols.

²⁷ María Ana Portal (1993:62) observa que “las identificaciones sociales se conforman en un ámbito cultural específico, a partir del cual los sujetos reconocen sus semejanzas con los miembros de su (un) grupo, al tiempo que se distinguen de los sujetos de otros grupos; se construyen así a partir de un doble movimiento: de ‘adentro’ hacia ‘afuera’ y de ‘afuera’ hacia ‘adentro’, en razón de la capacidad de interpelación que tengan ‘adentro’ los significados gestados ‘afuera’”.

LA EXPANSIÓN MIERDA EN NEZAYORK

Durante esta época la banda creció de una manera impresionante llegando a ser, según el Mito Mierda, entre 500 y 600. Ella se expandió principalmente entre los chavitos que recién salían a “rolarla”, los cuales se identificaban con la espectacularidad de sus conductas transgresoras. Entre 1982 y 1985 tuvieron tres “generaciones” de miembros. Los Mierdas definen como “generación” cada nuevo reclutamiento de chavos y chavas en tanto sus miembros se conocen y vivencian intensamente experiencias en conjunto que los marcan como “generación”.²⁸ La segunda generación se forma hacia 1982 y está compuesta por los integrantes “originales” de Los Reyes, más 40 o 50 miembros de la banda de Los Rotos. A la generación del 83 la marcan dos lugares que sirven de puntos de encuentro y desmadre, el Consejo²⁹ y la Clínica 75,³⁰ llegando a ser 250 los miembros; y la cuarta se produce entre 1984 y 1985, cuando los Mierdas llegan a su apogeo como banda en Neza, con 500/600 miembros que se dividen organizativamente “por sectores”³¹ según las Colonias en las que viven sus miembros, dándose cuenta que la banda estaba distribuida en todo Neza: en Las Águilas, Los Reyes-La Paz, Villada, Sor Juana, Esperanza, San Juan, Lago Azul, la Pirules, el Palmar, y que su dominio llegaba a la Aragón e Iztapalapa (en el D. F.).

Varias son las maneras como los MP extienden su dominio como banda entre las colonias de Neza. Aquí quiero destacar el importante papel que cumplen las redes de sociabilidad entre pares que los chavos establecen al interior de los ámbitos de socialización en los cuales viven parte de

²⁸ Indudablemente, la forma en que los MP definen generación es distinta a la reconocida socialmente. Una comparación entre ambas definiciones diría que los MP entienden como generación los “grupos de edad” o “grupos de pares”. En 1991 decían contar con siete “generaciones”.

²⁹ Un local del Consejo Restaurador de Colonos, formado por el movimiento de colonos, padres de los entonces pandilleros/banda, para solucionar problemas referidos a sus terrenos. El local también era prestado para realizar tocadas u otras actividades.

³⁰ Es la Clínica número 75 del IMSS, ubicada en la colonia Agua Azul, coincide el número de esta clínica con el año de 1975, año en que surgieron los Sex Pistols en Inglaterra, los Mierdas que se juntaban en ese lugar se empezaron a llamar Mierdas Punks 75 (y sus placazos eran MP=75) cabalísticamente.

³¹ Los MP alcanzaron en 1985 a tener 12 “sectores” (bandas), cada uno de los cuales tenía su propio nombre y autonomía en sus relaciones con otras bandas con las que compartía territorio.

su existencia como jóvenes. Éstos son la familia extensa (hermanos, primos), la escuela primaria y secundaria y el barrio. En general, las bandas (que luego se convertirían en sectores) de los Mierdas se formaron a partir de “contagiar” con su música y su facha a otros chavos amigos de barrio, de escuela y además a los parientes que tenían en otros barrios.

Sin embargo, en el universo pandillero nezayorkino, donde el rol entre las bandas es el imponerse a los otros llevando las mejores fachas, la imagen más agresiva y violenta (destructiva) y teniendo (o manteniendo) un territorio, la territorialidad cada vez más extensa que los Mierdas alcanzaron a través del crecimiento numérico espectacular de sus miembros (“éramos un putero y por eso no nos hacían nada”) terminó por materializar su ya innegable dominio simbólico.

LA SOCIALIDAD PUNK

Desde un acercamiento a la socialidad punk, esto es, al tipo de sensibilidad, al estilo que especifica las relaciones que establecen los grupos en su interior y con los demás, la interacción social de los MP, como veremos en las páginas que siguen, está marcada hacia el interior del grupo por una lógica que pone el acento en la dimensión afectiva y sensible; mientras hacia el exterior (en su relación con otras bandas punks y no punks de Neza y el D. F.) parece orientarse por otra lógica, la de la diferenciación (y descalificación) del “otro”.

El curioso movimiento entre el conquistar adeptos y miembros e imponer su dominio a otras bandas juveniles a través de la puesta en escena de una máscara terrorífica, reclama una adecuación de la noción de socialidad —“como forma lúdica³² de la socialización”— propuesta por Maffesoli para revelar con mejor exactitud esta tensión. La socialidad entre los chavos y las chavas del Neza pandilleril se objetiva en la construcción de redes amicales con base en la empatía o sintonía, pero también en estrategias destructivas de interacción entre las diversas bandas, pues “lo lúdico” no excluye el conflicto, la bronca y la agresividad hacia la delimitación del espacio propio y ajeno.

³² En el marco del paradigma estético, lo lúdico sería eso que no se preocupa por ningún tipo de finalidad, de practicidad o utilidad; también eso que estiliza la existencia o esa espontaneidad vital que sustenta el “estar juntos sin ocupación” (Maffesoli, 1990: 150).

Para comprender algo de una realidad “astuta e inasible” como la socialidad haré uso de algunas metáforas ancladas en el imaginario de los jóvenes rockeros que les sirven como estrategias para construir diferenciaciones categoriales.

Son dos, las caras de la luna son dos, dice Fito Páez en una rola de uno de sus últimos discos, reactualizando la metáfora pinkfloydesca de la década de los sesenta/setenta.³³ En efecto, la socialidad tiene dos caras y, como la luna o está en su lado claro o está en el oscuro. La oscuridad y la luz no son más que maneras metamorfoseadas de explicar los sentimientos oscuros y claros que cada ser humano expresa en su actuar cotidiano con los otros. Ambas nociones pueden vincularse de manera productiva con los planteamientos freudianos sobre el eros y el tánatos. El primero de ellos, eros, remite a la búsqueda de placer desde las necesidades vitales, y el segundo, a la pulsión de muerte y a la capacidad de autodestrucción.

Cuando la cara luminosa se expresa es posible acceder al lado creativo del ser humano en relación, en colectivo; con la oscura en aspección, se expresa el lado agresivo, cerrado, del grupo. En la primera, las sensaciones y sentimientos afectivos/amorosos se imponen al miedo/terror que provoca la “falta de amor” del lado oscuro del corazón. Lo luminoso se expresa básicamente en las relaciones reinantes al interior de la banda de los Mierdas, en la implicación afectiva-pasional de sus miembros. Lo oscuro se manifiesta en las relaciones de la banda como colectivo con las otras bandas de Neza, en el miedo que se expresa al otro a través de su agresión y destrucción.

Los punkies nezayorkinos, al igual que otros punketas, creyeron acceder a la libertad de “ser” cubriéndose de una máscara agresiva para espantar el miedo interno que suscita estar inmerso en la violencia colectiva y societal de Neza. A punta de madrazos, broncas, abuso de drogas y muertes violentas, los Mierdas llegaron a dominar parte del territorio pandilleril nezayorkino, que en 1985 estaba poblado por 130 bandas y fueron “respetados” hasta por la misma policía.

³³ La rola del rockero argentino Fito Páez forma parte del LD *El amor después del amor*. Fito pertenece a la generación rockera de los ochenta. El grupo de rock progresivo de finales de los sesenta y entrada de los setenta, Pink Floyd, tiene entre sus obras musicales, destinadas a no perecer por generaciones, “El lado oscuro de la luna” metamorfoseando con esa imagen la existencia de dos lados (el claro y el oscuro) en el ser humano y la sociedad.

Los Coquetos eran una bandita de “discolocos” que se juntaban frente al Palacio Municipal. Una vez estaban como 50 de ellos y llegaron como seis de los Mierdas y los Rotos por detrás del Palacio Municipal y los sacaron en tendida a punta de cadenas, piedras y tabiques. Güey que encontraban se lo acababan. Nadie se atrevió a acercárseles. Dicen que los tiras desde el Palacio, sacados de pedísimo y ni las manos metieron [...] Otra vez contra los Porfirios —desde ahí nos tomaron un poco de respeto—, después del revoltijo que se hace con losocolazos, un morro de ellos llega corriendo y confunde al Lalo y al Rápido con los de su banda y agarra el Lalo y le estampa un tabique así en la cara y se la deja plana, le voló la nariz [...] ¡Era nuestra época gandallita, no había quién nos parara! (E. T. 14/08/90; Baco, en Feixa, 1991.)

El precio del “poder” fue muy alto: muertes, carcelazos, traiciones, periodicazos estigmatizantes, pues los actos agresivos provocan en el otro reacciones igual o más agresivas a través de revanchas o venganzas. Las broncas que provocaban los Mierdas les empezaron a ser devueltas en forma colectiva o personal. Muchos de sus miembros fueron declarados muertos en vida por otras bandas, baleados, masacrados o muertos. Muchos de ellos vivían en la paranoia total por un buen tiempo y debían cuidarse siempre de no pasar por territorios enemigos.³⁴ En ese momento la agresividad contra los punks y contra los Mierdas en particular los hacía blancos vulnerables a cualquier revancha:

En la tocada andaba tomándome una cerveza, llegaron Los Rebeldes y nos confunden con los Apestosos porque íbamos todos bien fachosos y con los pelos de punta. Me puse a meter paz: No, que nosotros nunca nos hemos manchado con ustedes... No, que ustedes quieren ser la ley del barrio, nos respondieron. Como a dos metros, un chavo de ellos agarra un botellazo y que lo avienta en plena jeta de otro que empieza a sangrar. Cál-mense, no es para tanto, estamos en el barrio. Nos tiraron un botellazo, luego unas piedras, no, ya pus sobre de ellos. Todos estábamos enojados, nos prendimos y que los correteamos hasta su barrio y que se meten a sus casas y sacan armas. Nosotros no teníamos en ese tiempo pistolas. Nos disparan, mi error fue cubrir con el cuerpo a unos chavitos que iban con nosotros y

³⁴ Aún hoy, que la banda está en extinción y que sus miembros están insertos, de alguna manera, en el sistema productivo y reproductivo de la sociedad, muchos de ellos no pueden ir a determinados barrios y aún se muestran temerosos de las posibles venganzas de “antaño”.

que siento caliente, que me faltaba el aire, que me desmayaba. Me recogieron. Te dieron un balazo. Me espanté muy gacho y perdí el sentido. En el hospital no pudieron sacarme la bala... Cuando salí sentí ganas de venganza, de volverme malo. Yo no había sido manchado con los chavos y ahora aunque no me hicieran nada llegaba con un envase de refrescos, de caguama y ¡plas! en su cara, les daba otra imagen de mí. En ese tiempo me compré un arma con la mafia y hubo otra bronca donde balacearon al Zurdo, un cuate, estaba gruesa la balacera y yo apunto y plas, plas, plas. La violencia en ese tiempo era como moda, todos peleándose por cualquier cosita. Hubo broncas hasta por una mona de activo y por una quemada de cigarro. Hasta la fecha ha habido broncas por pendejadas, por querer ser la ley del barrio [...] (Podrido, en C. Feixa, 1991).

Los códigos de socialidad en esa microsociedad banda nezayorkina remiten al lado oscuro del corazón. El barrio/territorio se lleva a cualquier evento por el que la banda transite pues está interiorizado en sus movimientos, en el caló más próximo, en la manera como se visten y hay que defenderlo de posibles agresiones de parte de otros colectivos. La creencia común en que el ataque (simbólico/físico) adelanta y frena cualquier posible agresión de parte del otro como una de las mejores estrategias para defender el barrio, no permite encontrar salida a las imágenes y vivencias circulares agresivas como “bronca”/“venganza” /nuevamente “bronca”, que cual video de una película que ya se (vi)vio, aburre y tiene un precio muy alto, pérdidas emocionales, culpa por las mismas y por estar vivo.

La socialidad no sólo se vive desde el lado oscuro del corazón, también y simultáneamente desde el luminoso, el amoroso. Son los “momentos divinos” en el que el guerrero baja la espada para encontrar el perdón, la compasión, la paz, la bondad, el júbilo, la aceptación, la entrega, la unión en “el otro” cercano, íntimo, confiable: en la banda. La socialidad interna en la banda parece —como sostiene Maffesoli para los microgrupos europeos— “sacralizarse”. El barrio, los antros, las casas son meras puntuaciones triviales de la socialidad. Sin embargo, son las actividades colectivas de la chaviza que allí habita o transita las que producen una sucesión de ambientes, de sentimientos y emociones (atmósferas) compartidos que sirven de “argamasa” de la identidad de los MP. Son los sentimientos compartidos (amor/odio) que a modo de vínculos invisibles sirven de soporte al “estar juntos”. Maffesoli deno-

mina a esta fuerza agregativa y subterránea de la socialidad contemporánea en las grandes ciudades como “lo divino social”.³⁵

Lo “divino social” es lo que permite a los Mierdas en el contexto juvenil pandilleril nezayorkino (lo frío/lo inhumano) “recrear cenáculos en los que se está caliente” (Maffesoli, 1990). A través del hecho de “estar calientes” la banda domestica (a la vez que se aclimata a) un entorno físico y humano como el de Neza que, sin él, sería imposible habitar. A la vez que se aprende a odiar destruyendo o matando al otro, se aprende a amar, a valorar la vida.

Es en las situaciones duras, penosas y conmovedoras, en aquellas donde se enfrenta a la muerte, donde la banda funciona como una “comunidad emocional”. Es allí donde con mayor fuerza se presta atención a lo que une, a “la unión pura sin otro contenido”, diría Maffesoli (1990: 47), “unión para afrontar juntos de una manera casi animal, la presencia de la muerte, la presencia en la muerte”. Es en el balazo recibido; en la multitud de golpes dados; en la oscuridad de las calles que se deben atravesar corriendo sin ser alcanzado por las bandas enemigas; en el “no me abro” de esta bronca; en el rescate o venganza a un compañero que cayó en manos de otra banda; en los carcelazos y en la no delación; en los silencios cómplices frente a algún acontecimiento nefasto vivido en común; en las muertes (por bronca o por droga) de la banda; en suma, es en las heridas abiertas del grupo donde se viven los sentimientos más profundos que crean y recrean valores más “netos” y por ello “reales”.³⁶

Estaba con las Sioux, con los demás del sector Caravana, estaban tomando, al Lalo le gustó siempre el tequila, llegaron los Dementes a pedir un “paro”: Ahí van. Lalo siempre iba por delante en las broncas, les avienta la botella a los tipos esos, uno de ellos se voltea y así nomás, ¡pas! al pecho y lo tumbó. Cuando vieron el balazo dos/tres se sacaron de pedo y pun, salieron en tendida, entons, el Lalo, así como estaba tirado, alcanzó a agarrar al Rápido: ¡Tú no, puto, tú no me vas a dejar morir solo! Y el pinche Rápido se le queda viendo y se queda, con miedo y todo se quedó el güey [...] (Baco, C. Feixa, 1991).

³⁵ En realidad saca la idea básica de Durkheim y lo ubica como un aspecto de otra característica más abarcadora de la socialidad, la potencia, esto es, “el querer vivir”. Idea que a su vez asume de la propuesta vitalista: “hay vida en vez de nada” como afirmación de querer vivir en sociedad (Maffesoli, 1990).

³⁶ En contraposición a la moral social, la comunidad emocional —fundada en lo “local”, el territorio y la proxemia— crea su propia ética y solidaridad comunitaria.

Son, precisamente, esas experiencias en donde la pulsión por estar juntos y “darse calor, darse codazos, rozarse mutuamente”, esto es, ese “querer vivir” es valorado e interiorizado como tal: “A veces pienso que me puedo morir de otra cosa, de alguna radiación solar, de una bomba nuclear, de cáncer y no le tengo miedo a la muerte, sé que en algún momento me va a llegar. La única realidad es la muerte porque comprendes el valor de la vida” (Podrido, C. Feixa, 1991).

Las situaciones que se viven en común hacen una variedad de atmósferas emocionales que quedan perennizadas en la memoria individual y colectiva de la banda como elementos que forman el sustrato de su identidad.

La memoria de estos jóvenes registra situaciones significativas en términos personales: la primera vez que escuchó a un grupo punk, “los viajes o alucines con el chemo”, los valedores, las situaciones que se viven para tener apodos, el estar juntos escuchando a todo volumen alguna rola, la primera tocada, los revens, la iniciación en la banda, la primera bajada al Tianguis del Chopo, la primera borrachera, las excursiones a Morelos con la banda, el primer faje, la primera experiencia sexual, la novia, el compadrazgo con fulano, la formación del grupo de rock, etc. Sin embargo, ellas valen en tanto son experimentadas y sentidas en colectivo.

Quando con la banda se organizaron las primeras experiencias sexuales de más de uno, muchos no sabían cómo empezar o cómo acabar. Nosotros íbamos a una cafetería muy seguido porque eran nuestros valedores los dueños. Íbamos bien fachosos y los ayudábamos a atender a la gente y te daban una propina acá. Llegaba la Tepo, una nena, y una vez los desgraciados me encerraron con ella en el baño y yo estaba aterrado, viendo que no me dejaban salir. Ella me empieza a abrazar y ya empecé yo también a manosear y empieza todo el coto y me pregunta ¿verdad que no lo has hecho?—, no. Ai me rayé. También conspiraron contra el Zombie, que le avientan a la misma morra y los dejaron encerrados una noche con candado. Al día siguiente los encontraron muertos de hambre. Bueno, la oportunidad, porque todos a esa edad se ponen a presumir: que yo lo he hecho que con dos-tres viejas y no [...] (Baco, en Feixa, 1991).

El grupo de pares tiene una importancia central en este momento de la vida de los chavos. Ante un mundo adulto (familiar, escolar, social) que niega la existencia de los jóvenes, la banda “da valor” a cada uno de sus miembros, posibilitándoles existir afirmativamente como personas.

Rituales como la iniciación en la banda y el slam, que vistos desde fuera serían calificados como violentos y faltos de amor, desde el actor banda son interpretados como signos de amorosa aceptación y reconocimiento que le dicen de su existencia.

Ese año conocí al Zombie, mi compadre a la hora de salirnos a las tocadas. Mi primera borrachera fue con él. Él tenía 15 o 16 años, yo 14, yo le enseñaba música y yo aprendí mañas con él. Somos como hermanos hasta ahora. Una sinceridad a toda prueba, él me decía mis defectos, yo le decía los suyos y después de pelear un rato ya acabábamos de cuates y nos íbamos por ahí a acabar el rol. A veces llegaba temprano con él los domingos, me invitaba un jarro de café, sacaba la grabadora y ahí estábamos todo el día, oyendo "Perro de dos cabezas" de Status Quo a todo volumen, viendo pasar a la gente y tomando café [...] (E. T. 14/08/90).

Uno de los principios de unidad entre la membrecía punk es el "se es Uno Colectivo en la diferencia", esto es, en el respeto a la individualidad de cada uno de sus miembros a través de su aceptación en la facha, actitud, baile. Estos vectores estéticos de agregación están "cargados" por una valoración que tiene en la cima de la aceptación la originalidad, lo espectacular, lo propio (de cada quien). Esta valoración y los códigos éticos arriba expuestos revelan claramente que es la socialidad de tipo empático el principio unificador/integrador de las diferencias identitarias dentro de esta chaviza punk.

La socialidad empática también se produce entre los Mierdas y otras bandas punks que conocen en las tocadas que se realizan dentro o fuera de Neza y, particularmente, cuando "bajan" al Tianguis del Chopo. Desde 1983 conocen a Los Ramones de Tlaxtepec, a los FZ de Azcapotzalco, a los Chuchos (luego, Punks Not Dead) del D. F.³⁷ y otras bandas. Con otras bandas no punks de Neza, los MP harán alianzas. Sin embargo, estas alianzas se caracterizarán por su fragilidad y frugalidad por el contexto pandilleril en

³⁷ Los Chuchos, base de los Punks Not Dead, fueron una banda con carácter metropolitano, en realidad puede ser caracterizada como una metabanda. Se forman en el Chopo con miembros de otras bandas o no afiliados a banda alguna, los cuales habitan o rolan diferentes rumbos del Distrito Federal. El vector de su agregación es su identificación con la imagen y ruido punk. Las características peculiares de los PND como banda fueron no tener territorio físico y no pedir a sus miembros la desafiliación a sus bandas de origen. Los PND se distinguirán de las otras bandas punks autocalificándose como banda metropolitana vs. las bandas "ratoneras" (de barrio).

que se realizan —conflictivo y al parecer marcado por una tensión permanente entre la paz (precaria) y la guerra (casi constante).

EL CHOPO³⁸ Y LOS PUNKS

El 82 llegué al Chopo porque me platicaron en el CCH que existía un tianguis de puros rocanroleros. En el tianguis todo el mundo intercambiaba discos y cassetes, era el espíritu del tianguis, nada de lucro. Luego iba cada sábado al Chopo con mi bonche de discos para intercambiar, recuerdo que por un disco importado te daban dos nacionales. Varias veces me regalaron discos, primero me preguntaban si me gustaba tal grupo, si contestaba con algún comentario, ahí me iba, luego yo regalaba algún cassette como devolviendo el favor, empecé a hablar con todos [...] El Chopo fue la gran escuela, ahí aprendí que más que el vestido y la tocada y todo eso, tenía que convertirse (el rock/el punk) en una forma de vida, los hippies eran eso y luego ya se adaptó al punk [...] (Baco, en Feixa, 1991).

Varias son las funciones simbólicas que cumple el Tianguis del Chopo para los punks del D. F. y los de Neza. Por un lado, es un lugar de intercambio y conocimiento de nuevo material y facha punks. Por otro, es un ámbito de intercambio cultural y simbólico entre ellos y diferentes colectividades rockeras como los jipis, los heavys, los rupestres, etc. Esto permite definir su “nosotros punk” a partir de la delimitación con “otros” rockeros y, simultáneamente, saberse parte de un todo imaginario que trasciende su propia condición punk: un ser rockero (como forma de vida y no sólo por la facha, la tocada). Una manera de ritualizar su existencia como rockeros y punketas, esto es, participar de una identidad mayor, es regresar cada sábado.

Antes del 83 la banda no conocía el Chopo. Nos llegó la noticia que existía un tianguis de rockeros y de punks y de todo eso. La noche anterior a la primera vez que fui no podía dormir, era como una ilusión. Ya bien temprano todos nos fuimos para allá y el Chopo inicia como a las 10. Allí conocemos bandas punks que nunca habíamos visto en la vida: que los PND, los del

³⁸ El nombre del tianguis cultural rockero del Chopo proviene del espacio institucional en el que fue creado en 1980, el Museo del Chopo. Ello ocurrió cuando Ángeles Mastretta fue directora del mismo y permitió la confluencia de seguidores de las músicas “canto nuevo”, “folclore” y rock en la nave central del edificio.

Molino, los de Santa Fe. ¿Qué onda con ustedes? nos decían. Nosotros somos Los Mierdas Punks de Neza. Estuvimos todo el día conectando con los dueños de los puestos. Empezamos a ir todos los sábados. Nuestra bandita se puso a trabajar, a limpiar coches o vidrios o a vender chicles o a cantar en los camiones y llegaba el sábado y a comprar cosas, sonido, discos “con algo diferente” para que en la noche los pusieran los sonidos en la tocada. Llegábamos al barrio a presumir con lo nuevo. Toda la noche escuchábamos el cassette que habíamos comprado. También conocimos a gente como el Ganso, el Chucho (PND), yo los veía más punks que uno. En ese tiempo aún no usábamos los mohicanos, pero ellos ya traían algo así. También su ropa. Nosotros andábamos de chamarra, pantalón negro y camisa blanca con letras y pintura. Ellos tenían ropa gabachilla, con estampados de los Sex Pistols. Nosotros les preguntábamos cómo la conseguían y ellos nos decían que se la habían comprado a dos/tres burgueses... Después los mismos punks marginales como el Chucho y la Zapa o el July (PND) hacían ropa “acá”, chamarras de piel y así, para punks (Podrido, en Feixa, 1991).

Por último, los punks le asignaron al Chopo una fuerte carga simbólica al vivirlo como el lugar que permitió la comunicación constante entre los punks existentes en el Distrito Federal y en Neza y se supieran parte de una comunidad mayor, imaginaria, la punk internacional. El Chopo es vivido —después del año de 1983— como el espacio de interacción social más importante entre los punks porque “no era territorio de nadie”, esto es, era un lugar neutral, carácter que ni los hoyos ni otros “antros” tenían.

Simultáneamente, el tianguis permite una segunda diferenciación identitaria entre las bandas punks de Neza, del Distrito o de algún otro lugar, “nosotros los Mierdas” frente a “los PND”. Los principales símbolos de distinción entre una y otra banda son la facha, el arreglo del cabello y la música que escuchan, emblemas que llevarán a extremos para ser reconocidos y respetados entre sí. A diferencia de los chavos banda, entre los punks se trata de competir colectivamente para distinguirse los unos de los otros, se trata de usar las (mismas) cosas de manera diferente y expresarlo a través del baile, de “la garra”, de posturas y actitudes.

El rol entre los punks era ser original: ponerte una garra, hacerle una rasgada, un cierre, que se viera único. Los Mierdas traían una estética propia, era el efecto de los mohicanos rojos y anaranjados y no se rapaban el pelo como los mohicanos clásicos, era una combinación entre mohicanos y Sid

Vicious. También el hacer cosas hechas, las hombreras, los picos, los tornillos, los pedazos de bota incrustados en la ropa eran parte de la estética mierdera. Usábamos mucho los viniles (pieles sintéticas), las pieles de animales, las botísimas de motociclistas, las del ejército y todo en negro con efectos blancos que brillaban, corazas, chamarras al estilo Mad Max. Los de la San Felipe de Jesús usaban la piel y las botas, también telas desgarradas o imitaciones, muy original. La estética de Tlane era otra onda, una más pistolera (Sex Pistols), grandes sacos, camisas blancas, las corbatotas, los peinados hacia arriba, las ojerísimas y los labios negros. Cada quien hacía su estilo y su originalidad. Cuando se hizo la paz entre los Mierdas y los PND, ellos tomaron mucho de la estética mierdera. Luego, los punks del Distrito se volvieron bizarrísimos. Como que agarraron una combinación de todas las garras que había acá y allá [...] (Podrido, en Feixa, 1991).

LA TRANSICIÓN HACIA SU CONSTRUCCIÓN COMO BANDA CULTURAL Y POLÍTICA

Sábado de Mierda / Nadie es inocente

La salida de la oscuridad, de la autodestrucción, y el tránsito a la luz, a su construcción como cultura y movimiento punk, fue un proceso empujado por varios hechos.³⁹

En primer lugar, la filmación de una película (*Sábado de Mierda*, producida y dirigida por Gregorio Rocha) y un video (*Nadie es inocente* de Sarah Minter) en donde los protagonistas eran los mismos Mierdas Punks y bandas aliadas a ellos: los Reos, los Warrior's, los Adanes, los Fugitivos y los Boys Rockers. La dramatización de su situación como punks les permitió un espejo catártico y liberador de su autodestrucción. Además, la trama de la filmación permite trabajar la idea de la unidad de las bandas contra la policía, contra la autoridad.

Cae la razzia y en el lugar donde se escondieron punks y rockeros había conatos de bronca a cada rato, se para un punk y dice: Allá afuera nos estaban correteando pero aquí estamos solos. Las bandas deben estar unidas contra

³⁹ En este tránsito parecen haber confluído otros factores que faltaría desarrollar y profundizar en mi análisis. Entre ellos, puedo citar la prédica anarquista y socialista que ciertos miembros de la banda absorben en la secundaria y, sobre todo, en el CCH Oriente. Otros reciben también el discurso sindicalista en sus espacios familiares de algunos miembros adultos del Movimiento Urbano Popular.

la policía. Se estrechan las manos y empiezan a caminar todos juntos, punks y rockers, hasta el Peñón. Música de PIL y de Vicente Rojo, el Gato se crucifica de cabeza, otros juegan sobre la cruz, hay una serie de metáforas y se ve el brillo de la ciudad después del holocausto. Ahí acaba el mito, con la idea —bajita la mano— de la unión de bandas (Baco, Feixa, 1991).

Es a través de estos jóvenes realizadores también que los Mierdas conocen los “fanzines”⁴⁰ punks y con ello se empiezan a preguntar por lo que había pasado en el movimiento en los ochenta.

Por primera vez yo conocí los fanzines de España, de Alemania. Veo que el maltrato a los animales, que el símbolo del amor y de la paz —que yo creía que sólo usaban los jipis. Me di cuenta de la realidad, que yo estaba dormido, no sabía si el problema de destruir [...] mejor era destruir a los gobiernos, pensé que eso era más consciente. Empiezo a leer, empieza a cambiar mi mente [...] (Pablo, 13/06/88).

El hardcore

Simultáneamente, las idas al Chopo les descubrirán un mundo punk que había evolucionado desde los inicios de los ochenta. El hardcore⁴¹ les planteaba una nueva facha y otra actitud ante la vida, la de luchar por vivir y no destruirse. Un elemento importante en esta nueva actitud fue su encuentro con los grupos vascos con los que se identifican no sólo porque cantaban en español, sino porque la “realidad” del País Vasco — las vivencias de la chaviza vasca en relación con el Estado y el gobierno español— se les hizo más afín a la que vivían en Nezáyork como jóvenes y como punks.

La Polla y el Eskorbuto metieron conciencia política, fue todo un descubrimiento, además en castellano. El Rafa y el Rápido me introdujeron a La Polla: “güey, hay un grupo nuevo que debes oír, tocan punk-rock y dicen que

⁴⁰ Fanzine es una revista hecha artesanalmente por los fans de un estilo rockero. La palabra proviene de la fusión de magazine y fans = fanzine hecho por los fans.

⁴¹ El hardcore (HC) fue una de las propuestas más radicales en términos musicales e ideológicos del post-punk. Retomaron gran parte de la propuesta hippie y yippie, algunas propuestas de las comunas productivas alternativas (pacifismo, ecologismo) y del renacimiento anarquista de los ochenta, los colectivos, antimilitarismo, antiarmamentismo, anti-religión, antidrogadicción, etcétera.

comas mierda con proteínas”. Iban que ni pintados para los Mierdas. Me prestaron el *Salve* y nos enamoramos de la cinta, la oíamos todo el día. Además, tocan fresco, meten rock pesado, de repente, algo de metal, de pop, de reggae, de hardcore, son un desmadre. Y las letras, con las letras poco a poco fueron entrando las ideas [...] (Baco, en Feixa, 1991; E. T. 14/08/90).

Identificación que experimentan también con grupos nativos como el Solución Mortal y grupos de punk/hardcore del Distrito y Sudamérica, más accesibles para ellos que grupos vanguardistas que cantaban en otro idioma.⁴²

El “Perlazo”

En tercer lugar, el “perlazo” o el encarcelamiento en La Perla de 60 miembros de la banda. En realidad, a los Mierdas Punks les tocó pagar por una acción violenta de la que no fueron responsables. La policía se ensañó contra los MP por una bronca entre la banda de los Warrior's (aliados de los MP) y la banda de Los Búfalos. Simbólica y emocionalmente, fue un golpe terrible para la banda pues si bien la mayoría fue liberada horas después, todos fueron golpeados por judiciales, algunas de sus chavas fueron violadas, salieron fotografiados con armas en periódicos amarillistas del Estado y otros fueron compelidos a firmar un acta declarándose culpables para luego meterlos a La Perla por 8-9 meses, al cabo de los cuales los soltaron “sin culpa por haber sido golpeados y obligados a firmar”.

Los caminos de la luminosidad

Por último, el temblor de 1985 los compelió a vivir una experiencia solidaria con el pueblo de la ciudad de México. El temblor possibilitó a ciertos miembros de la banda cambiar su actitud autodestructiva al recordarles que “todos éramos seres humanos” y a organizarse para ayudar a los más afectados de esa tragedia, los chilangos pobres. Aquella solidaridad fue producto de la “proximidad” nacida de “una necesidad de ayudar a los que sabemos que son pueblo, es gente jodida ayudando a gente jodi-

⁴² Los PND tuvieron un proceso similar con los grupos gabachos y europeos vanguardistas.

da, pues es un compromiso que tenemos entre obreros”. Puedo considerar esta ayuda como la primera acción social de los MP que partió de una ética comunitaria originada en la proximidad con los que consideraron sus semejantes.

Por mediación de estos acontecimientos, los MP se abren al movimiento hardcore punk nacional e internacional y a las ideas anarquistas tomando conciencia de su realidad mayor (explotación capitalista, desempleo, corrupción política, suicidio ecológico, peligro nuclear, homogenización cultural, etc.). El siguiente paso, después de estas experiencias fue, por un lado, involucrarse en el proyecto Bandas Unidas de Neza y en otro paquete de acciones sociales en su propia comunidad. Por otro, “enrollarse” en una prolífica y productiva fase cultural que en el fondo estará regida por los códigos y normas de su propia cultura pandilleril, la competencia con otras bandas punks por crear y tener los mejores grupos de punk, los mejores fanzines, performances, exposiciones artísticas, etcétera.

Un experimento ético: las Bandas Unidas de Neza contra la Tira

Las Bandas Unidas de Neza contra la Tira fueron la segunda acción social de los MP que respondió a una idea ética comunitaria nacida en la proximidad con quienes compartían un mismo territorio (las bandas) y una misma situación (la opresión y represión de la policía del Estado). Este experimento organizativo hizo posible un espacio de convivencia pacífica entre las bandas durante dos años aproximadamente. Las BUN lograron avanzar en crear conciencia sobre los derechos humanos entre los chavos banda, organizando brigadas antitiras (BAT) y círculos de estudio. El sustrato de su éxito estuvo en la función reeducadora que los miembros de la BUN ejercieron para remplazar patrones de comportamiento y actitudes agresivas valorizadas en la banda como positivas (romper las negociaciones y salirse del convivio) por otras (como darse chance de escuchar, por ejemplo).

Se hacían los guantes cuando había alguna fricción loca entre algunos de los miembros del BUN. Se ponían los guantes en “Barca de Oro” los domingos y se daban varios entres de a minuto, unos rounds a puro guantes de box, hasta que decía alguno que ya estuvo y que quería hacer las paces [...] (Baco, en Feixa, 1991).

La BUN llegó a tener una importante presencia dentro de la banda y la sociedad civil en Neza. La postura de los Mierdas en la BUN respecto a las instituciones gubernamentales, partidarias e independientes, fue recibir todo lo que se les ofreciera sin ningún tipo de compromiso ideológico de su parte. La última experiencia de los Mierdas como BUN fue darle vida a un centro cultural organizando la biblioteca, dando clases para adultos y niños y proporcionando asesoría legal a la comunidad, sin cobrar nada. A cambio, utilizaron el local para tocadas, proyección de cine underground, conferencias y presentaciones de revistas, etc. El fuerte activismo de la banda espantó a la directiva católica del centro que terminó echándolos no sin fricciones.

DE COLECTIVOS CULTURALES Y GRUPOS DE PUNK ROCK Y HARDCORE

Simultáneamente a su accionar en las BUN, los MP impulsaron, en el interior de los sectores de la banda, otra forma agregativa proveniente del punk hardcore, los colectivos de acción cultural como espacios vitales de afirmación punk. Ellos fueron una especie de “grupismo”⁴³ originado entre los miembros más identificados e implicados en términos afectivo-pasionales con intereses culturales que deseaban llevar a la práctica y con autonomía para establecer sus propias redes puntuales de contacto cultural y social, pero también extendiendo, con esta actitud, la presencia cultural de los MP en otros espacios.

Los colectivos punks agarraron varias líneas de producción cultural (producción de fanzines o de grupos musicales, videos, programas de radio, performances, exposiciones, tocadas, conferencias o mesas redondas, etc.), que trabajaron conjuntamente con otros sujetos (banda o no banda) interesados en sacar los proyectos. De esta manera los punkies nezayorkinos conocieron y trabajaron con gente muy diversa (fotógrafos, videoastas, impresores, periodistas, académicos, literatos, pintores, músicos, síndicos y otros personajes que iban encontrando en la ruta). La concepción punk sobre “el trabajo” revive su aspecto placentero, lúdico; “la cosa es di-

⁴³ A. Berque observa que en los pequeños grupos contemporáneos se observa la persistencia de un ethos de grupo. Maffesoli (1990:44) propone el término grupismo como el más adecuado a esta forma social en tanto en él, cada miembro, conscientemente o no, se esfuerza por servir al interés del grupo en vez de buscar en él simplemente refugio.

vertirse en colectivo” fomentando el convivio, el reventón y el cotorreo entre los participantes. El colectivo agota su energía en su propia creación o recreación y es así como establece un nexo de unión entre la ética comunitaria y la solidaridad, movilizándolo a su comunidad.

Los primeros colectivos punks surgen en 1986, el “Haz lo que quieras” sale del sector Aguiluchos y el Colectivo Caótico del sector Damnificados-MP y de la banda punk Los Rotos. El primero priorizaría la producción de fanzines, pero también tuvo un grupo de punk/HC, el Gérmes Podridos con rolas originales como “Crisis”, “Televisa te idiotiza” y otras contra el sistema; organizó tocadas alrededor de problemáticas padecidas por la chaviza nezayorkina (contra la represión, contra la contaminación y contra las razzias) y fomentó el convivio entre la banda organizando excursiones.

El Poder, en nuestro país, desde la Colonia hasta nuestros hoyes, ha mantenido sus privilegios y abusos bien cimentados en la ignorancia de nuestro pueblo, que es el que trabaja plusvalías enormes que llenarán las arcas viciosas e insaciables de los encumbrados en este Tártaro llamado el Estado (Colectivo Caótico).

El Caótico priorizó el punk rock para “hacer conciencia entre la banda” echando choros sobre “todo lo que les parecía” (represión, miseria, burocracia, abuso policial, religión, educación deficiente, desempleo, crisis); “en favor de lo que nosotros apoyamos” (huelgas, campesinos, obreros, estudiantes, maestros, amas de casas); proponiendo el abandono del servicio militar, la libertad de expresión y otras cosas más, pues para ellos existe una relación directa entre el poder y la ignorancia.

La postura anarquista, existencial, demócrata e irreverente de los Caóticos ha tenido éxito entre la punketiza que hasta hoy los ha apoyado en las grabaciones de sus tocadas, demos, discos y fanzines.

Existieron de manera efímera otros colectivos que dejaron su huella en algún producto cultural o se involucraron en algún trabajo comunitario. Uno de ellos fue la paternidad que asumieron con “los niños de la calle” de sus territorios. Para sacarlos del “activo” los jalaban a sus eventos, los hicieron protagonistas de un documental de Sarah Minter y fomentaron su creatividad artística levantando con ellos exposiciones culturales. Otro espacio de la creatividad punketa fueron las filmaciones

de los videos *La Neta no hay futuro* de Andrea Gentile y *Submetropolitanos* de Pablo Gaytán.

También colaboraron con los proyectos de un colectivo anarquista preocupado por la cultura nezayorkina rockera y libertaria, TV-Neza y Radio Neza. Este último salió al aire a través de una serie de programas grabados en cassettes que se distribuyeron (vendéndolos y regalándolos) entre la banda. Aquéllos contenían rolas de grupos mexicanos, sudamericanos (peruanos, colombianos y argentinos), rockeros, punks y subterráneos, poesía ambientada con música y choros cortos y claros a la banda sobre las drogas, la tira, el gobierno y la situación política como ellos la percibían.

Los espacios artísticos de expresión privilegiados por la banda fueron el video, las exposiciones de fotografía, plástica, performances, danza, teatro, producción de fanzines⁴⁴ y grupos de punk-HC. Sin embargo, sólo estos últimos suscitaron experiencias colectivas fuertes, intensas, al provocar simultáneamente el baile, el slam y el convivio, esto es, atmósferas que quedaron como impresiones fotográficas en la memoria colectiva Mierda.

Los primeros grupos de punk rock en Nezayork de los que se tiene memoria se ubican entre 1978 y 1979. Hasta 1982 estos grupos tuvieron un sonido punk rock. Entre 1983 y 1985 existieron grupos de transición entre el punk y el hardcore (Los Negativos, Los Dementes, los Desordenados y Los Rotos), mientras, en los grupos de la generación después del temblor predomina el sonido hardcoriano. En esa línea están Gérmes y El Podrido, El Herejía y El Colectivo Caótico. En los noventa saldrían: Fosa Séptica, Suicidio Urbano, Mentas Enfermas, Calibre 22, Escándalo Antisocial, Generación Muerta, Arteria, Asco Social, Emergencia, Zaz, Los Deformes; Degeneración, Afasia, Error Humano, el Holocausto, Vómito Nuclear, además de Tortura Auditiva.

En Neza los grupos se han caracterizado por tocar temas en donde mezclan la violencia entre bandas, la realidad social y política y los sen-

⁴⁴ En cuanto a fanzines, la producción es menos prolífica pero no menos constante. Los esfuerzos se los debemos a los Aguiluchos que insisten en salir y echar choros locos: *Urbanicidio* (que tuvo entre cinco y seis ejemplares), *Rabia Antisocial*, *Degeneración*, *Cráneo Viejo*; *Germen en Caos* (poetas, anarquistas del CCH Oriente con personajes del sector Damnificado-MP), *El Intelectual* (el Pata, el primer punk nezayorkino), *La Grafera* (una obra de arte en cuanto a diseño de un fanzine poético que se expresa gráficamente), *La Uña* (anarquista) y *El Poder y la Ignorancia* (de los Caóticos).

timientos de ahogo y depresión que aquellos hechos externos provocan en los protagonistas. La música hardcore es áspera, pesada y oscura y va a la velocidad de la luz. Los gritantes deben de tener voz potente para romper el ritmo y hacerse escuchar. La actitud que los punkies creen compartir frente al sistema es parte vital de la identificación grupos/auditorio: no aceptación sumisa de la situación en la que viven, rechazo y crítica social y cultural al sistema, no ser como los demás. Al compás de un ritmo que tortura auditivamente a la concurrencia y de letras que la estremecen, se desata el slam, un baile tribal que produce sensaciones de comunidad y alegría que los hacen sentir *uno solo*.

Son muchas otras las actividades culturales y sociales en las cuales los miembros del MP estuvieron involucrados durante los últimos años de su existencia como banda y su ámbito de acción fue siempre el Estado y Neza. Si bien estuvieron presentes cuando se formalizó la existencia de un movimiento punk en el plano nacional, los MP, mucho más anarquizoides que los del Distrito, no prestaron mayor atención al asunto y regresaron a los compromisos con los chavos de sus barrios. Durante los noventa la banda empezó a tener las bajas normales de los miembros que se van casando y “desafanando” del barrio; sus enemigos crecieron ante la merma de la banda y recomenzaron las revanchas con muertes, forzando la salida de otros MP del territorio; otros empezaron carreras delictivas y una minoría queda en la actividad cultural y social comprometida con el barrio, el movimiento punk, el anarquismo, las nuevas bandas, los graffiteiros, la cultura en Neza, la disidencia política y los movimientos sociales. Actualmente, ellos perciben “las cosas” más o menos así:

No hay futuro, pero tratamos de hacerlo nosotros, tratamos de hacer algo por nuestro futuro, vivir, el problema es vivir. Se trata de hacer cosas para que la gente se dé cuenta de que nosotros mismos nos estamos autodestruyendo: música, video, que trate de la realidad, no de las ondas en que anda clavada la gente, que grupos, que modas. Estamos empezando con la comunidad porque donde vive uno debe empezar con su gente, porque en todos estos barrios de Neza deben haber nuevos chavos que traten de empezar una lucha [...] (Pablo 13/06/88; Podrido, en Feixa, 1991).

IDENTIDAD, CULTURA Y SOCIALIDAD JUVENIL: ALGUNAS REFLEXIONES

En las sociedades de máscara,
toda la cuestión consiste en llevar la máscara y causar miedo
o no llevarla y sentir miedo.

Roger Caillois (*Los juegos y los hombres*)

La emergencia de la juventud como sujeto social se expresa en un proceso de redefinición de la ciudad de Nezhualcóyotl en el espacio y el tiempo y se concreta en la aparición en la red urbana dentro de una serie de universos espacio temporales específicos para los jóvenes (rockeros, gruecos, charangueros, discolocos, punks, cholos etc.). Los relatos revelan la praxis pandilleril nezayorkina como un proceso de conquista de los espacios urbanos expresada en una fragmentación afectiva de los espacios públicos (barrio, calles, plazas, antros, hoyos, escuelas, fiestas, tocadas). La territorialización simbólica de estos espacios se da a través de una serie de elementos (“marcas o atributos”) simbólicos, que incluyen ritos de iniciación y aceptación en la microsociedad juvenil que, en conjunto, introyectan en cada uno de los miembros de estas comunidades una idea de quién es, quién ha sido y cuáles son sus posibilidades objetivas. Puedo sostener que antes del surgimiento de los punks, la chaviza nezayorkina vivía los territorios como lugares de interacción social entre pares que les servían para construir afirmativamente su identidad como jóvenes pandilleros y habían levantado estilos de vida distintivos y códigos éticos propios, en suma, una cultura juvenil pandilleril.

Los MP nezayorkinos nacieron como banda en esta microsociedad juvenil a partir de identificarse con la facha, la música, el sé tú mismo y no como otros quieren que seas y la propuesta autodestructiva del punk rock y sus ídolos (Sid Vicious, Rotten), que se adapta a su púber, si no adolescente, manera de concebir la vida y el “mundo” en los barrios marginales urbanos. Al poco tiempo, llevando al extremo las formas organizativas (banda de más de 500 extendida en toda la ciudad), los códigos estéticos (imagen loca) y éticos (destrucción) de la microsociedad pandilleril nezayorkina, lograron dominar una gran cantidad del territorio de la banda en Nezhualcóyotl.

Una serie de acontecimientos puntuales en su trayectoria como banda juvenil y los cambios operados en su propia filiación punketa (el hardcore llama a luchar por la vida y a desechar la autodestrucción), los impulsan a

su transformación de banda de barrio en un movimiento cultural y social caracterizado por una fuerte e hiperkinética producción cultural y musical a través de la cual entran en contacto pacífico con otras microsociedades juveniles al interior y fuera de Neza (D. F., Tijuana, circuito internacional punk) y con propuestas y movimientos sociales urbanos. La etnografía reveló la importancia de la dimensión afectiva en el tránsito que estos grupos punks experimentaron desde la autodestrucción a la conformación de una cultura y un movimiento social.

La apertura al contacto intercultural les permite sentirse parte de un movimiento que trasciende las fronteras nacionales y los ubica como protagonistas del mismo, el Movimiento Punk. Esta situación es resignificada desde los Mierdas Punks como un compromiso cultural y social mayor con su comunidad. Ello se revela en la intensidad de su implicación con lo próximo y lo local, esto es, con los problemas sociales y culturales del barrio, de las bandas (Nezayork) y de la ciudad de Nezahualcóyotl.

La apertura pacífica hacia el otro redundará en la práctica creativa de los MP. Esta actitud se revela en las nuevas formas de organicidad interna alcanzadas en la banda, las cuales permiten una mayor autonomía a los miembros y pequeños colectivos, que según sus preferencias e historias personales, acentuarán ciertos aspectos de su activismo (social, político, cultural o en las redes de socialidad). Durante éstos y los siguientes años, miembros de los MP participarán en varios colectivos y con todos los grupos y personas que les aportarán experiencias culturales que llevarán de nuevo al barrio, a la comunidad.

Desde un acercamiento a su identidad, la construcción del “nosotros” punketa pasó por múltiples “otros” que corresponden a marcos de sociabilidad diferentes y a distintas etapas de su vida como banda. En el primer momento, este “nosotros” los punks se construyó básicamente frente a los otros adultos⁴⁵ (familia, escuela, policía, gente normal, masa), en contraposición generacional a las bandas de rockeros “rucos” y frente a las bandas juveniles nezayorkinas punks coetáneas (bandas de barrio con integrantes “disco”, “charangueros” y “rockeros”).

En un segundo momento, el “nosotros” los punks se construye en tres niveles. Por un lado, existe una concepción más abarcadora, un “nosotros” los rockeros (punks y diversas colectividades rockeras) frente a los jóvenes no rockeros. Por otro, un “nosotros” que incluye a los punks

⁴⁵ La relación con los adultos no ha sido tocada en este texto.

de Neza, del D. F., y los del movimiento internacional, frente a las otras colectividades del movimiento rockero del D. F. (los jipis, los metales, etc.). Y, por último, un “nosotros” más restringido (los punks de Neza) en relación con otras bandas no punks (de Neza y del D. F.) y en relación con otras bandas punks (del D. F.).

En un tercer momento definen dos tipos de “nosotros”. Uno más amplio (el movimiento punk en Neza, del D. F., del país y del mundo, los banda, los rockeros, el pueblo, los estudiantes, los pobladores urbanos, campesinos, amas de casa, etc.) frente al sistema (gobierno, industria cultural, Iglesia, narcotráfico, policía, capitalistas, etc.) y los “ignorantes”, “los masa”, los que le hacen el juego al sistema. El otro “nosotros” es más inclusivo, los punks con nuestra manera lúdica de ser y vivir la vida, en el ahora inmediato, con una rola de fondo y nuestra anarqa, rockanrolera y caótica manera de organizarnos.

La etnografía permitió ingresar al proceso de constitución de su identidad punk y entender el importante papel que desempeña la socialidad —la forma lúdica de socialización entre los pares.

La base de la construcción identitaria punk tiene como vector de agregación la apariencia, la estética, concebida como un medio para reconocerse y experimentar/sentir en común y desarrollar así relaciones empáticas entre los miembros de la banda. La banda posibilita un espacio para el aprendizaje de los códigos pandilleriles básicos que harán que sus integrantes vivan la sensación de estar aprendiendo cosas sobre la vida, el sexo, la amistad, la lealtad, la solidaridad, cuestiones todas que las instituciones no les enseñan. En ella, también se aprenden los códigos y valores éticos para resolver las oposiciones y “procesos de cooperación” entre los mismos jóvenes con quienes se comparte el territorio. Es ésta una microcultura contradictoria en tanto sus protagonistas se debaten entre la violencia, la destrucción, la desesperanza y, al mismo tiempo, entre un profundo amor y respeto a la vida y a la unión para enfrentar la muerte.

La socialidad punk, incluso dentro de su época más destructiva, funcionará como de argamasa afectiva que hará posible las futuras acciones culturales y sociales que desplegarán por medio de nuevas formas organizativas, como colectivos y como movimiento, al interior de ámbitos más próximos (el barrio, los movimientos sindicales, de pobladores, los estudiantes del CCH, etcétera).

Al movimiento punk europeo se le caracterizó en los ochenta de reivindicación furiosa del individualismo frente a la propuesta de salvación colectiva de los movimientos liberadores de los sesenta/setenta. En México no es posible esta caracterización. La banda, con toda su contradicción, es una forma agregativa contemporánea que resuelve en la dimensión subjetiva, afectual, la dicotomía masa/individuo y, en ese sentido, da cuenta de una nueva sensibilidad colectiva en curso en megalópolis como el D. F. y Neza.

GLOSARIO DE TÉRMINOS⁴⁶

A

Activo: Disolvente volátil que inhalado sirve para drogarse, inhalable.

B

Banda: Forma agregativa juvenil característica de los ochenta, pandilla, grupo de amigos.

Barrio: Espacio territorial bajo control de un grupo de jóvenes.

Bascullear: Revisar la ropa o bolsas.

BAT: Brigadas Anti-Tiras.

Bote: Cárcel.

Bronca: Pelea. Problema, pleito.

BUN: Bandas Unidas de Neza

C

Clicas: Grupo de jóvenes, pandilla. Manera como los cholos y los chollillos de fines de los noventa, en Ciudad Nezahualcóyotl, denominan a su forma organizativa.

Cocolazos: Golpes, madrazos.

Coto: Cotorreo, conversación

Cotorreo: (1) Conversación; (2) Las diversas acciones que vive una banda.

⁴⁶ Este glosario ha sido elaborado cotejando los términos que Reguillo (1991) y Valenzuela (1988, en la versión de 1997) incorporan en sus versiones sobre las bandas y los cholos:

CH

Charanga: Nombre que se le pone a los ritmos afroantillanos, mixturados con baladas y otros ritmos.

Charanguero: Nombre con el que los rockeros y discolocos de Neza identificaban, en los ochenta, a los que vestían como rockeros y bailaban charanga.

Chaviza: Muchachos, jóvenes.

Chavo/a: Muchacho (a); joven. Forma genérica mexicana para denominar a los jóvenes.

Chemo: Droga. Nombre que se da al pegamento industrial que se inhala.

Cholo: En los ochenta, el joven mexicano fronterizo pobre, organizado mediante las clicas y las gangas en los barrios pobres. Tiene un estilo de vida que se contrapone a la cultura sajona de los estadounidenses. Utiliza símbolos tradicionales religiosos mexicanos a los que resignifica en la defensa de su identidad. En los noventa, los cholillos están en diversas ciudades de México y en Los Ángeles como estilo juvenil que se expresa por medio de murales y el gusto por las "oldies".

Choro, rollo: Decir algo. Se utiliza para nombrar la acción de escribir, pintar o alguna otra actividad creativa.

D

Descontón, descontar: Golpear

Desmadroso: Salirse de la norma social de cómo comportarse.

Desafanar: Irse, quitarse un problema de encima. No comprometerse.

Discoloco: En los ochenta en Neza se identificaba con este nombre a aquellos jóvenes a los que les gustaba la música disco.

E

Estoperoles: Adornos de metal que se insertan y cuelgan en las chamarras de piel.

F

Facha: *Look*, apariencia, imagen

Fachosote: Que anda muy bien vestido o vestido para la ocasión.

Fanzine(s): Viene de la palabra fan (admirador) y magazine (revista). Son revistas elaboradas a mano.

G

Gabacho: Estados Unidos.

Gabacho (del): Gringo, ciudadano estadounidense.

Gandalla: Aprovechado.

Gato (de barrio): Joven de los barrios populares o clasemedieros de la ciudad de México durante los años cincuenta y sesenta, callejero, con una forma especial de expresarse y moverse.

Garra (s): Ropa.

Gavilla: Pandilla, palomilla.

Gringo: Estadunidense.

Gruexo, grueso: Persona de cuidado; situación difícil (está grueso).

Gruexos: Denominación que las bandas de Neza de los ochenta daban a aquellos jóvenes que vestían pantalones entubados, tenían “mata larga”, bien rockanrolera, pero bailaban charanga.

Güey(es): (1) Expresión para dirigirse a una persona sin particularizar; (2) Dícese como sinónimo de pendejo; (3) (Sí, güey) Estar de acuerdo con la persona con la que se habla; (4) (No, güey) No estar de acuerdo con la persona con la que se habla.

H

Hardcore: Parte del movimiento pospunk. Propuesta radical en términos musicales, ideológicos y políticos.

Heavy: Pesado. Sinónimo de grueso.

Heavy Metal: Rock pesado.

Hoyo (s): Antiguos salones de baile en decadencia, galerones, almacenes vacíos, basureros, teatros en desuso o cualquier espacio abandonado en la ciudad que pudiera servir para realizar una tocada.

Huariques: Tugurio, antro. Espacios juveniles para la fiesta y el encuentro entre pares.

J

Jipiteca: Nombre con el que se conoce a la versión hippie mexicana.

L

Loco/a: Véase desmadroso.

M

Madrazo: Golpe físico.

Mancharse: Abusar de otro.

Mohicano: Tipo de peinado con el pelo largo y parado en el centro.

Morro, morrito: Niño.

N

Neta (la): La verdad.

Netos: Verdaderos, auténticos.

P

Pachuco (a): Joven mexicano o chicano de los años cuarenta y cincuenta. Vestía *zoot suite*, tenía una forma particular de expresarse y actitud desafiante.

Palomilla: Pandilla, grupo de amigos.

Paro (hacer un): Respaldar una acción, ayudar.

Placazos: Modo particular como las bandas de los ochenta denominaron a la inscripción graffiti en los muros, bardas, postes, etc., de la ciudad. También manera de denominar el nombre de la banda pintado en la barda.

Pedo (es un): Problema.

Pedo (está): Borracho.

Pedo (hacerla): Armar un escándalo, provocar.

PND: Punks Not Dead.

Punk (s): (1) Dícese de la persona gandalla, mierda. (2) Palabra que identifica a un movimiento cultural y político.

Putero: Muchos.

R

Raye, rayarse: Resultar muy afortunado en algo.

Razzia: Redada policiaca.

Reven: Fiesta.

Rocker: Joven de clase media o baja que se caracteriza por el gusto a determinado tipo de rock.

Rol (el): (1) Sinónimo de camino, viaje; experiencias a vivir en un viaje (interno o externo) con o sin droga. (2) (Entre los punks): Ser original en ropa, en forma de ser.

Rolar: Vagar, caminar sin objetivo, ir a ningún sitio pero moverse; hacer algo sin ningún fin definido.

Rolas: Canciones de algún estilo rockero.

Rollo (traer): Con ideas.

Rupestre: Se refiere al rock hecho con guitarras de palo y con armónicas. Es una corriente del rock mexicano. Manera como se identifica a los seguidores de este tipo de rock.

S

Slam: Baile característico entre los jóvenes rockeros de los ochenta. Su particularidad radica en que el baile se realiza de manera individual al interior de un grupo, semejando las danzas tribales. A fines de los años noventa esta propuesta dancística se extendió a otros géneros, además de tener sus variantes.

T

Territorio: Zona específica donde una banda actúa.

Tira: Policía.

Tocada, toquín: Fiesta, "reventón" colectivo, se escucha y se baila con un grupo de rock en vivo. En la tocada con sonido, el fondo musical está elaborado por sonidos manejados por un DJ.

Torcer: Ser doblegado, vencido, caer a la cárcel.

V

Vale: Compañero, amigo

Valedor(a): Amigo(a) de confianza, cómplice.

Viaje: Estar bajo el efecto de alguna droga.

BIBLIOGRAFÍA

- FEIXA, Carles (1993), *La joventut com a metafora. Sobre les cultures juvenils*, Generalitat de Catalunya, España.
- (1998), *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, CIEJ/ Causa Joven, México.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1993), "El consumo cultural y su estudio en México. Una propuesta teórica", en García Canclini (comp.), *El consumo cultural en México*, CNCA, Grijalbo, México, pp. 15-42.
- GAYTÁN, Pablo (1986), "Notas sobre el movimiento juvenil. México: institucionalidad y marginalidad", en *Revista A*, UAM-A, Ciencias Sociales y Humanidades, México, vol. VI, núm. 16.
- GEERTZ, Clifford (1987), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México.

- GIMÉNEZ, Gilberto (1987), "La problemática de la cultura en las ciencias sociales", en G. Giménez (comp.), *La teoría y el análisis de la cultura*, SEP, U. de G., Comecso, México, pp. 15-71.
- (1992), "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología", en *Ver-sión*, 2, UAM-X, México, pp. 183-205.
- GOFFMAN, Erving (1991), "El orden de la interacción social", en Winkin, Ives, *Los momentos y sus hombres*, Paidós, España.
- GOMEZJARA, Francisco y Fernando Villafuerte (editores) (1985), *Pandillerismo en el estallido urbano*, Fontamara, México.
- (editores) (1987), *Las bandas en tiempo de crisis*, Nueva Sociología, México.
- MAFFESOLI, Michel (1990), *El tiempo de las tribus*, Ikaria, Barcelona.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (1987), *De los medios a las mediaciones*, Gustavo Gili, México.
- PORTAL, María Ana (1993), "La cuestión de la identidad urbana: una reflexión teórica", en *Boletín de Antropología Americana*, 27, julio, pp. 57-74.
- REGUILLO, Rossana (1991), *En la calle otra vez. Las bandas, identidad urbana y usos de la comunicación*, Iteso, Guadalajara.
- ROSALDO, Renato (1991), *Cultura y verdad. Una propuesta de análisis social*, CNCA/Grijalbo, México.
- URTEAGA CASTRO-POZO, Maritza (1996), "Organización Juvenil", en José Antonio Pérez Islas y E. Patricia Maldonado, *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1996*, CIEJ/Causa Joven, México, tomo II.
- (1998), *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*, CIEJ/Causa Joven y Culturas Populares/CNCA, México.
- URTEAGA CASTRO POZO, Maritza e Inés Cornejo Portugal (1996), "La privatización afectiva de los espacios comerciales por las y los jóvenes", en *Ciudades* 27, julio-septiembre, México, pp. 24-28.
- VALENZUELA, José Manuel (1984), "El cholismo en Tijuana. Antecedentes y conceptualización", en *Revista de Estudios sobre la Juventud*, núm. 1 (NE), México.
- VALENZUELA, José Manuel (1988), *¡A la brava ése!*, El Colegio de la Frontera Norte, México.
- YONNET, Paul (1988), *Juegos, modas y masas*, Gedisa, Barcelona.

LAS MALAS PALABRAS COMO PARADOJAS. LA TRANSGRESIÓN DE LA NORMATIVIDAD SOCIAL Y LA ÉTICA EN LOS JÓVENES

LAURA HERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Casi como podría decirse que los antiguos físicos se dieron cuenta de pronto de que sabían muy pocas matemáticas para poder dominar la física, así puede decirse que los jóvenes se encuentran de pronto en la situación en la que el entendimiento normal, sano, ya no alcanza. Todo se ha enredado tanto que, para dominarlo, haría falta un entendimiento excepcional. Pues ya no basta con poder jugar bien el juego, sino que siempre se plantea la pregunta: ¿hay que jugar este juego y cuál es el juego correcto?

Ludwig Wittgenstein

La juventud, como sabemos, no es una etapa de la vida biológica, sino una construcción cultural de la civilización occidental, cuyo surgimiento se debe, sobre todo, al desarrollo industrial que hizo innecesaria la rápida inserción de los púberes en el mundo laboral. Como señala Carles Feixa, si bien el descubrimiento de esta etapa de la vida se consideró un triunfo de la civilización, también se vio con preocupación su carácter conflictivo desde los inicios del siglo xx. Esta ambivalencia estaba ligada con una escisión entre la actitud conformista y ociosa de los jóvenes burgueses y otra delincencial y rebelde de los jóvenes proletarios, ya que: “Mientras para los primeros representaba un periodo de moratoria social marcado por el aprendizaje escolar y el ocio creativo, para los segundos representaba a menudo su expulsión del mundo laboral y el ocio forzoso” (Feixa, 32).

Sin embargo, a partir de los años cincuenta, esta situación se modifica en tanto el joven irrumpe como sujeto social y se convierte en una amenaza para los principios de la civilización. Es decir, no obstante que desde el inicio del siglo se podía advertir que la rebelión juvenil era una realidad, pero ésta sólo se asociaba a los jóvenes de la clase obrera, con la aparición de los movimientos juveniles que cubren la segunda mitad del siglo, la cultura juvenil y su objetivo radical de demoler la normatividad social, convierten a la juventud en una etapa que socialmente significa la elección entre la adaptación a las reglas sociales o la rebelión en contra de ellas, más allá de distinciones de clase.¹

Esta situación se ve claramente expresada en el ataque del mundo adulto al mundo juvenil en su conjunto, como en esta cita que presenta Feixa del escritor español López Riocerezo, escrita en 1970 y que plantea lo siguiente:

Nuestra civilización occidental se halla amenazada por la invasión vertical de una nueva generación reacia a todo código moral. Los actos de delincuencia juvenil, que tan profusamente se recogen en las páginas de sucesos, no son más que avanzadillas de una era anárquica y primitiva, que se vale del número, del grupo, del anonimato [...] El mal de fondo no reside en las características externas de estos muchachos: su vivir estrafalario, su peinado extravagante, su gusto por la bullanguería, su afición al *rock & roll* o al *twist*, su fervor por el exceso de velocidad y su agrupación en pandillas. El verdadero problema está en que son muchachos indisciplinados, sin ideología ni moral, amigos del desenfreno y cuyas francachelas transcurren al borde de lo asocial, por lo que fácilmente se deslizan hacia el delito (Feixa, 33).

Este trabajo es el reflejo del interés por estudiar la relación que existe entre la condición existencial de ser “joven” y la actitud transgresora de la normatividad social, en particular en lo que respecta al uso de las “malas palabras” (insultos, obscenidades y groserías) que conforman el espacio en el que la sociedad ubica aquello que no puede nombrarse abiertamente. La violencia verbal constituye un aspecto típico del lenguaje de la rebelión juvenil que, si bien siempre había sido común entre

¹ Para una exposición detallada del surgimiento y el desarrollo de la juventud en Occidente, véase el libro *El reloj de arena* de Carles Feixa, especialmente, el capítulo I: “Del neolítico al neón”.

los jóvenes proletarios y el lenguaje popular en general, hasta los años sesenta se generalizó en las clases medias, como parte de la cultura juvenil que surge en esa época y que agrupa a todos los jóvenes, como ya se ha dicho, más allá de las fronteras de clase.

Las “malas palabras” son palabras tabú porque denotan aspectos sexuales y escatológicos o defectos que se consideran contranatura, a los que sólo se puede hacer referencia en nuestra cultura a través de eufemismos, pues conforman la esfera de lo prohibido. De hecho, la palabra “obsceno” significa etimológicamente aquello que está fuera de la escena —social—; de ahí que la “mala palabra”, como señala Arango: “[...] es la que viola las reglas de la escena social; la que se sale del libreto consagrado y dice y muestra lo que no debe verse ni escucharse [...]” (14).

Dado que el uso de palabras prohibidas se vuelve una consigna en la revolución juvenil de los años sesenta, en virtud de que dicho movimiento se propuso romper con todos los prejuicios sociales y luchó por la libertad del cuerpo y la mente, encontramos como primera característica la alta frecuencia de uso, pero, por otra parte —y esto es lo que me interesa particularmente analizar en este trabajo— muchas de estas palabras ya no se usan para referirse solamente a lo obsceno, sino que sirven para expresar nuevos conceptos que cuestionan los valores establecidos, lo que parece ser resultado de que las “malas palabras” son sancionadas desde la moral social que establece un límite riguroso entre lo bueno (lo correcto) y lo malo (lo incorrecto). Esta puesta en cuestión de la moral se inserta dentro de una tendencia general a rechazar el autoritarismo de la moral judeocristiana y su dualidad bien/mal que se empieza a sustituir por una ética individual y, por ende, amoral.²

La transgresión verbal disuelve ese límite dibujado desde el poder cuando usa una palabra obscena para expresar afecto, es decir, algo que

² Luis Racionero señala que Eric Newmann, en su libro, *Psicología profunda y nueva ética*, plantea el final de la moral autoritaria y el nacimiento de una ética individual “donde se reconocen conscientemente los lados malignos de la personalidad, aceptándose e integrándose en una moralidad superior, un hombre abráxico, a imagen de un dios diabólico, de un arquetipo moral que resuelva la dualidad absurda del cristianismo”. Luis Racionero, *Filosofías del underground*, p. 55. Por otra parte, me gustaría añadir que esta ruptura entre moral social y ética individual ya era tema de discusión desde la revolución cultural vienesa del cambio de siglo, la cual fue planteada abiertamente por Otto Weininger en su famosa obra *Sexo y carácter*. Otro precursor del asunto fue evidentemente Fedor Dostoyevski.

corresponde a la esfera de lo bueno, o, como veremos más adelante, también amplía su sentido para referirse a través de ellas a valores positivos como, por ejemplo, el placer o la euforia. Una vez que este doble uso se da en la praxis lingüística, se ha ironizado el límite, ya que la “mala palabra”, es entonces mala y buena al mismo tiempo, con lo cual hemos llegado a una paradoja, cuya virtud consiste precisamente en evidenciar la arbitrariedad del límite impuesto.

Cabe señalar que aunque estoy considerando que los jóvenes son quienes transgreden habitualmente el límite de la normatividad, este comportamiento es característico de la ruptura entre la cultura oficial y la extraoficial desde la época de los carnavales medievales, tal y como apunta Bajtín, quien también señala que los jóvenes estudiantes de la época eran representantes importantes de esta contracultura, junto con los gitanos, los vendedores ambulantes y otros personajes de la marginalidad.³

El vínculo entre la cultura juvenil y la cultura popular se revela de nueva cuenta en la revolución juvenil de la segunda mitad del siglo, en tanto este movimiento construyó mucho de su estilo a partir de actitudes típicas de grupos marginales de la sociedad. Así, los hippies estadounidenses retomaron la música y el slang de los negros. Tal es el caso de la palabra *beat*, de la cual se formó *beatnik* que fue el nombre que tomó el movimiento juvenil antecesor de los hippies, y cuyo significado “golpeado” del inglés estándar se usaba en el slang de los negros para referirse a la carencia de dinero. La extensión se da, en tanto los *beatniks*⁴ se veían a sí mismos como la generación golpeada por la sociedad. Lo mismo sucedió en el caló de los jipitecas mexicanos, quienes heredaron de los pachucos de los años cincuenta mucho de su estilo y de su lenguaje,

³ Refiere Bajtín al respecto que: “La literatura recreativa estudiantil formaba parte, en gran proporción, de la cultura callejera, y se relacionaba, por su carácter social, con la cultura popular, con la que a veces incluso se confundía. Entre los autores del realismo grotesco (la parte escrita en latín sobre todo), había probablemente numerosos estudiantes y ex estudiantes”, en Mijail Bajtín. “El vocabulario de la plaza pública en Rabelais”, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, p. 141, n. 1.

⁴ Los *beatniks*, como se sabe, fue un movimiento de escritores y poetas estadounidenses de los años cincuenta que rechazaron una forma de vida en que los artistas y los intelectuales estaban vinculados con los valores de la academia y sus privilegios sociales, optando, por el contrario, por una vida llena de riesgos en la que la delincuencia y el consumo de drogas fueron centrales en la búsqueda de una vida de profunda libertad espiritual. Sus representantes más destacados fueron William Burroughs, Jack Kerouac, Allen Ginsberg y Carl Salomon.

quienes a su vez tenían un argot abundante en gitanismos y palabras de la germanía española.⁵

Lo que se desprende de este hecho es que existe una complicidad entre los grupos marginales que se observa a lo largo de la historia social de los pueblos, y que se presenta en forma paradójica, ya que se trata de un léxico antiguo que aparenta ser muy conservador porque se mantiene, pero que en realidad cambia constantemente en una transformación y ampliación permanente del sentido. Por ejemplo, la palabra *cabrón*, que literalmente se refiere al “macho cabrío” y, por extensión, a aquel marido que sufre de infidelidad de su esposa (que le ponen los cuernos), también se usa desde hace mucho en el lenguaje popular de México para referirse a una persona mala o que no es de fiar. En el caló de los jóvenes amplió su sentido, pues se usa para destacar la calidad estética de una obra de arte, como cuando se dice: “Te recomiendo ese disco, el grupo que toca está *cabrón*”; pero también sirve para referirse a la dificultad que se presenta para realizar algo exitosamente, como cuando se dice: “Está *cabrón* que pase ese examen porque ponen unas preguntas muy *cabronas*.” Notemos que el sentido primero de la palabra se refería a la burla social que sufre el hombre cuando es engañado por su mujer, pero el caso contrario no estaba considerado, ya que el femenino, *cabrona*, nunca pudo usarse más que para referirse al segundo sentido: la maldad. Estos dos primeros sentidos se remiten siempre al terreno de lo incorrecto —en este caso, la infidelidad femenina—, desde la perspectiva de la moral social.

Puede afirmarse que el primer sentido ha desaparecido en el uso y sólo el segundo permanece; posteriormente, la palabra derivó hacia lo elaborado y lo complejo, tanto en relación con el placer estético que produce una obra muy elaborada, como en la dificultad intrínseca en todo lo que es complejo. Ya no estamos ubicados, ahora, en el espacio de “lo malo”, sino en el de aquello que es valioso porque es complejo ya que su logro constituye un triunfo: eso es lo que se considera como lo hermoso. Sin embargo, la palabra también se usa en el lenguaje juvenil

⁵ Un ejemplo de ello sería la frase *bajita la balsa*, en donde *balsa* es un gitanismo que tiene origen sánscrito y significa “mano”. La expresión era usada entre los pachucos para referirse al robo de carteras con la mano oculta dentro del saco. Actualmente, su sentido se ha ampliado hasta significar algo así como “sin que se enterara”. Para conocer más ejemplos, véase mi trabajo “Acerca de la historia del caló”, *Casa del Tiempo*, UAM, México, diciembre-enero, 1995.

como un vocativo, cuando se saluda, se llama o se alude a una persona a quien se le tiene aprecio o, al menos, con la que se tiene algún tipo de complicidad existencial, como la que se da entre los integrantes de una pandilla. Este uso es típico también en el lenguaje popular cuando en una borrachera entre amigos se dice: “Oye *cabrón*, yo te quiero mucho.”

Es necesario señalar que en el lenguaje popular y juvenil se usan todos los sentidos mencionados (excepto el primero, que ya desapareció), esto es, las palabras son usadas con ambos valores y la ambigüedad se supera en el contexto; pero la ambivalencia del sentido surge una vez que éste se ha invertido, ironizando el límite que destinaba esta palabra hacia el ámbito de “lo malo”. Algo muy semejante ocurre con el uso de la palabra *buey* que se deriva de *cabrón*, en tanto tiene su sentido primero en la infidelidad femenina que sufre un marido (el buey también tiene cuernos). Asimismo, el sentido que tiene ya no se refiere a la infidelidad femenina, sino, por extensión, a la tontería o incredulidad de una persona; de ahí que se pueda decir “Ese *cabrón* es un *güey*”, pero también, al igual que “*cabrón*”, sirva para referirse a las personas como genérico (como también se usa “mono”, y tiempo antes se usó “chango”) cuando se dice: “Conocimos a esos *güeyes* en la playa”, y como vocativo afectuoso en “¿Qué onda *güey*, cómo has estado?”

Este proceso de ironización sucedía ya desde el medievo, como observa Bajtín, quien considera al vocabulario de la plaza pública como un Jano de doble rostro:

Aunque en las alabanzas ordinarias, los elogios y las injurias están separados, en el vocabulario de la plaza pública ambas parecen referirse a una especie de cuerpo único, aunque bicorporal, que es injuriado y elogiado al mismo tiempo. Esto explica por qué en el lenguaje familiar (y sobre todo en las obscenidades) las injurias tienen frecuentemente un sentido afectuoso y laudatorio (149).

Este carácter dual del lenguaje que refleja la dualidad en el plano de los valores, Bajtín lo relaciona con una visión del mundo en la que “se trata de captar el instante preciso en que se produce el cambio, la transición de lo antiguo a lo nuevo y de la muerte al nacimiento” (150). De acuerdo con ello, mientras la cultura oficial es rígida e inmutable, la cultura extraoficial —la popular, la de la plaza pública—, es festiva, carnavalesca; pone el mundo al revés y se burla a través de la ironía de la rigidez de los límites en que se sustenta la cultura oficial. Dice Bajtín al respecto que:

En el curso de la evolución de la sociedad clasista esta concepción del mundo sólo podía expresarse en la cultura extraoficial, porque no tenía derecho de ciudadanía en la cultura de las clases dominantes, dentro de la cual elogios e injurias estaban claramente separados y petrificados, ya que el principio de la jerarquía inmutable, en el que nunca se mezclaba lo inferior y lo superior, era la idea básica de la cultura oficial (150).

Si el poder tiene como fin imponer su voluntad a los otros mediante la violencia, el contrapoder expone su voluntad con la violencia del carnaval, cuya fuerza consiste en su poder disolutorio de los límites. Es por ello que las malas palabras se convierten en el emblema de una rebelión en contra de la rigidez moral que detenta el poder. En palabras de los autores del interesante libro *El arte del insulto*, esto se debe a que:

[...] el insulto es la mejor arma que tiene la gente corriente para defenderse contra los incesantes esfuerzos de todas las esferas del poder para imponerle ideas preconcebidas y hábitos de conducta controlables [...] Si el insultar puede ser un acto social, un poderoso instrumento de regulación interhumana, no es menos un divertido exponente de nuestra facultad lúdica (13).

La violencia verbal es entonces un juego de lenguaje —como diría Wittgenstein— que surge de una forma de vida cuyo sentido está dado en la ironización de los límites como precepto ético. Surge aquí una pregunta relevante: ¿esta condición existencial de transgresión es parte de nuestra naturaleza o se trata de una cuestión meramente social? Al respecto, el trabajo de Norbert Shindler “Los guardianes del desorden. Rituales de la cultura juvenil en los albores de la era moderna”, arroja luz sobre este tema, ya que de acuerdo con su análisis, la transgresión de la normatividad social, por parte de los jóvenes, era considerado en los inicios de la modernidad como una condición natural, derivada del necesario relevo generacional, del ciclo vida-muerte, y que socialmente se toleraba porque formaba parte de un ritual de tránsito hacia el mundo adulto, cuyo sentido residía en el aprendizaje de las reglas y de su violación. Por esta razón, entre los siglos XVI y XVII, en el mundo occidental todavía era borroso el límite entre infancia y juventud, y no será hasta el siglo XIX cuando ese linde se consolide con la instauración de la escuela y el servicio militar obligatorio, ya que entonces la juventud representa un estadio de preparación (domesticación) para reproducir la forma de

vida burguesa, que hace necesario un control moral cada vez más autoritario y rígido del que se hacen cargo estas instituciones sociales.⁶

La tolerancia del mundo adulto hacia la transgresión juvenil cedía el espacio de la calle y la noche para la realización de la ceremonia de iniciación. Los jóvenes eran “los amos de la noche” y “En el centro de la apropiación lúdica y de la relativización de la visión dominante no había procesos individualistas de internalización de las normas, sino mecanismos de aprendizaje colectivos que obedecían a una dialéctica del acatamiento de reglas y de la violación admitida de las mismas” (309). La organización juvenil, al igual que en las pandillas de nuestros días, era un espacio cultural en el que la cohesión garantiza un principio de solidaridad en donde “uno pertenece unido porque conoce al otro desde hace mucho tiempo”. Son interesantes las notas de un joven de la época sobre estas reuniones nocturnas en las que se apunta que: “A partir de mayo, casi cada tarde de sábado solíamos estar al aire libre hasta muy tarde, hacíamos hogueras, nos pasábamos una botella, cantando y tocando la armónica; antes de irnos a casa hacíamos alguna trastada” (314).

Esta descripción corresponde con la de cualquier grupo de jóvenes contemporáneos reunidos en la calle, la diferencia es el modo en que el mundo de los adultos juzga esa conducta, ya que en nuestros tiempos, este tipo de rituales se consideran como amenazantes para el orden social, lo que en opinión de Shindler se deriva de una falta de confianza en el futuro que caracteriza nuestra época y que no existía en los albores de la modernidad; es decir, actualmente ya no puede concebirse a esta conducta como natural.⁷ Esto es, la transgresión de los límites es una tendencia natural y no cultural, puesto que los límites no son naturales sino construcciones culturales —cualquier límite es arbitrario, pues en el

⁶ Esta interpretación no es aceptada por todos los estudiosos del tema, como Phillippe Ariés, para quien en esa época los jóvenes no existían como concepto social, pues desde su punto de vista todo se centraba en la cohesión familiar. Así, él piensa que las agrupaciones juveniles a las que aluden autores como Shindler eran en realidad “sociedades de solteros”. Sin embargo, yo no comparto esa posición, puesto que el hecho de que esas agrupaciones se encargaran de la organización de los ritos carnavalescos, ya señala que tenían una función social amplia y no meramente en el núcleo familiar (véase Feixa, 28).

⁷ A pesar de que, en un nivel muy superficial, parecería que la tolerancia hacia los rituales juveniles todavía se da en nuestra época, cuando por ejemplo se permiten los conciertos de rock o la ropa sigue las pautas del estilo juvenil, esto no es así, ya que lo que se produce es una corrupción del ritual, puesto que éste es usado para manipular a los jóvenes con fines comerciales o políticos. En los albores de la modernidad había una aceptación

mundo no hay límites objetivos—, la transgresión es la respuesta que un individuo rebelde tiene en defensa de lo instintivo que constituye nuestra naturaleza primigenia. Al contrario de lo que algunos piensan, los instintos no se adaptan a las condiciones sociales, sino que son contenidos y reprimidos a través de las instituciones sociales. La marginalidad constituiría precisamente ese territorio liminal en el que se ubican aquellos que no están dispuestos a jugar ese juego.

Siguiendo esta idea, y en conexión con lo que Bajtín señalaba respecto al carnaval, Schindler también lo concibe como una importante dimensión ritual de la cultura juvenil de grupo, siendo los jóvenes —en opinión de este estudioso— sus principales protagonistas como representantes de una visión del mundo “al revés”, característica del carnaval que, a su vez, explica el que muchas de las organizaciones juveniles de la Suiza de la época se dedicaran a organizar los carnavales y tuvieran nombres como los *matti* (los locos) en Graubünden y el “Parlamento de los locos” en Weinfeld (316).

En virtud de que toda transgresión del límite de lo normado se entiende en nuestra cultura como locura, en tanto la conducta que no observa la normatividad social se juzga como antinatural, las pandillas del siglo XX comparten con los jóvenes de los siglos XVI y XVII ese carácter transgresor y marginal —son los locos carnavalescos también— que definen su forma de vida como esencialmente irónica. El concepto de lo “loco” en esta visión del mundo “al revés” rompe los límites del concepto, en tanto ser loco se considera una cualidad desde la psicodelia. Se dice entonces que una buena película o un buen libro están *loquísimos* y se saluda al carnal —al camarada de la pandilla— diciendo: ¿Qué onda *loco*?, de modo que el uso, como insulto, de la palabra “loco” en la norma habitual encontró su paradoja. La psicodelia establecía como consigna la necesidad de romper los límites establecidos para la percepción de la realidad y, por ende, del funcionamiento de la mente a través del uso de drogas alucinógenas, ritual que se incorporó al conjunto de ceremonias transgresoras que definen la cultura juvenil contemporánea y que, en opinión de Racionero, constituye un poderoso método de conoci-

explícita de que el aprendizaje de la normatividad implica el necesario ejercicio de su transgresión. Es evidente que, en nuestros tiempos, cualquier grupo de jóvenes reunidos en una calle es visto como perturbador y a partir de ello se justifica socialmente la represión y extorsión constante que sufren los jóvenes noctámbulos por cuenta de la policía.

miento con consecuencias importantes para la teoría del conocimiento, al ampliar las posibilidades de percepción de la realidad (137).

Dentro de este campo surgen otros conceptos como el de “alucinar”, que lejos de tratarse como un verbo que apunta a una percepción distorsionada de la realidad, se concibe como un verbo del pensamiento que ubica al elemento imaginativo como centro de la actividad mental. En el plano estético, todo lo que “me alucina” es aquello que es interesante porque rompe con los límites de lo que es posible socialmente.⁸

El carácter lúdico de la cultura juvenil de la psicodelia —carnavalesco y dionisiaco— se proyectaba hacia la necesidad de liberar al cuerpo y la mente, de modo tal que el ejercicio libre de la sexualidad fue otra de las rupturas que la juventud estableció con la visión del mundo dominante cuya normatividad tiene la función primordial de contener y limitar los instintos. Como señala Arango, en relación con esta contención, aludiendo a Frazer: “la ley prohíbe a los hombres realizar aquello que sus instintos le impulsan a hacer”, ya que “¡lo que la naturaleza misma prohíbe y castiga no tiene necesidad de ser prohibido y castigado por la ley!” (160).

La recuperación de esa parte instintiva, que la normatividad de la civilización prohíbe, se refleja no sólo en el lenguaje de los jóvenes, sino que se muestra en un retorno hacia lo primitivo. En la época del hippismo esto se reflejaba en el reencuentro con la naturaleza que era el principio de la vida en las comunas que rechazaba a la ciudad y abogaba por un regreso al campo. En el movimiento punk, las pandillas se presentan como “tribus urbanas” cuyos miembros son una especie de guerreros existenciales que se mueven dentro de territorios urbanos que redibujan el mapa de las grandes urbes, a través de la apropiación del espacio de las calles, de sus bardas y solares.

Dado que el instinto no puede desaparecer, como señalaba Freud, lo único que consigue la restricción social es la sumisión del instinto que en el lenguaje se revela en la prohibición de nombrar de manera abierta la sexualidad. Para Arango el psicoanálisis no puede lograr nada si no es rompiendo precisamente con el tabú que impide usar las malas palabras, pues sólo a través de ellas el instinto puede hacerse consciente, “la vigencia del tabú de las palabras —añade Arango— es siempre señal de

⁸ Sobre los verbos de pensamiento en el caló de los pandilleros de la ciudad de México, véase mi trabajo: “La formación de los conceptos en el caló”, en *Lenguaje, discurso, cultura: una anamorfosis*, UAM-Iztapalapa, México, 1997.

neurosis de una sociedad, de malestar en la cultura. La salud no se compece con la represión o la hipocrecía” (181). Podría añadirse, en aras de hacer más claro este punto, que una revolución cultural siempre se vincula con una revaloración del control de los instintos, que da lugar a la expresión de la naturaleza primigenia, nuestra esencia salvaje. La nueva cultura, señalaba Hesse, debe entonces dar “al instinto primigenio emergente una nueva dirección, y tendreis la raíz de una nueva cultura, un orden nuevo, una nueva moralidad” (Racionero, 54).

El uso abierto y frecuente de palabras que se refieren a la sexualidad son rasgo distintivo del lenguaje juvenil, pero lo interesante es que disparan la posibilidad de que sean usadas para establecer una nueva conceptualización de los valores. Así, una palabra como *chingar*, que es un gitanismo cuyo significado era “fornicar”, es un término que en México ocupa un espacio amplísimo de sentido, ya que se puede usar para insultar a otro amenazadoramente, cuando se dice “*chinga tu madre*”, que significa literalmente “fornica con tu madre”, pero cuyo sentido fundamental es el de molestar o perjudicar, como en la expresión “no me *chingues*”, o cuando se usa para el hurto como en “me *chingué* estos libros en una librería del centro”.

Chingarse, por su parte, puede significar que alguien se ha perjudicado, en una expresión como “cuando dijo la verdad se *chingó*”, así como también que un aparato no funciona en “ya se *chingó* la televisión”. Sin embargo, por extensión apunta a lo opresivo y lo incómodo cuando se usa para referirse al trabajo como la *chinga* o a la acción de trabajar como *chingarle*. Asimismo, el plano de la violencia sexual que implica el incesto del insulto “*chinga tu madre*”— que sería la expresión central para los mexicanos—, hace posible que la extensión del sentido se dirija hacia la violencia social en general, bajo la idea de un castigo; esa sería la razón de que se les llame a los golpes *chingadazos*.

No obstante esta lista de usos que apuntan a lo negativo, existen otros que, por el contrario, se dirigen hacia lo positivo, como cuando el adjetivo *chingón* sirve para señalar que algo o alguien es destacado, por ejemplo al decir “ese guitarrista es un *chingón*”, “esa película es *chingonómica*” o “esa novela es una *chingonería*”. Más aún, el adverbio, *chingo*, sirve para hablar de una cantidad grande de cualquier cosa. De nueva cuenta observamos este movimiento irónico que va de lo bueno hacia lo malo y viceversa, sin encontrar un límite claro entre ambos valores, en este caso porque el concepto de violencia que se atribuye a la

marginalidad es puesta al revés al aplicársele al propio trabajo, núcleo de la explotación capitalista, o cuando se ve positivamente el rock o cualquier forma de expresión estética juvenil, que el mundo adulto considera antiestética por violenta.

Para concluir, me gustaría señalar que el estudio de la juventud desde una perspectiva puramente sociológica parece estrecho, pues mucho de lo que nos permitiría comprender las conductas juveniles dentro de la sociedad implica la necesaria inclusión del aspecto cultural, ya que a partir de esa mirada más ancha el concepto de juventud puede abarcar la esfera de lo ético-estético —los valores— que a su vez constituye la esencia de un estilo o forma de vida. La ética de los jóvenes, en ese sentido, se podría sintetizar como la revisión permanente de los límites que impone la sociedad a través de la normatividad, pero no para imponer otros límites, sino para mostrar, mediante la ironía, que son arbitrarios y, que por lo tanto, siempre que son puestos en duda se resuelven en liberadoras paradojas, de la misma manera en que Sócrates postulaba a la ironía como un precepto ético. Desde mi perspectiva, esta manera de reflexionar daría nuevo cauce a cuestiones tan intrincadas como es el caso de la llamada desideologización de la juventud.

Me parece sumamente importante que quienes investigamos el tema de la juventud tengamos la capacidad de mirar a los jóvenes desde una pluralidad de ángulos, pues creo que su rebeldía se dirige precisamente contra la imposición de esa mirada unilateral que se determina desde el poder. Por ello, es pertinente afirmar que el sentido de la cultura juvenil es ante todo el de constituir una crítica de la cultura que resulta imprescindible en estos tiempos oscuros en que vivimos, pues el mundo que los jóvenes quieren, como dicen los indios de Chiapas, es un mundo en el que quepan muchos mundos.

BIBLIOGRAFÍA

- ARANGO, Ariel C. (1986), *Las malas palabras*, Leega, México, Madrid, Buenos Aires.
- BAJTÍN, Mijail (1990), "El vocabulario de la plaza pública en Rabelais" (cap. 2), de *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Alianza Editorial, Colec. Alianza Universitaria, 43, México, pp.131-176.

- FEIXA, Carles (1998), *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, SEP y Causa Joven, México.
- RACIONERO, Luis (1987), *Filosofías del underground*, Anagrama, Barcelona (5ª ed.).
- SHINDLER, Norbert (1996), “Los guardianes del desorden. Rituales de la cultura juvenil en los albores de la era moderna”, en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt, *Historia de los jóvenes*, tomo I: *De la antigüedad a la edad moderna*, Taurus, Madrid, pp. 303-363.
- LUQUE, Juan de Dios, Antonio Pamies y Francisco José Manjón (1997), *El arte del insulto. Estudio lexicográfico*, Península, Barcelona.

ESTUDIANTES Y CULTURA ESCOLAR EN LA SECUNDARIA

ETELVINA SANDOVAL FLORES*

La vida escolar no es sólo un sistema de reglas y regulaciones unitario, monolítico y riguroso, sino un terreno cultural caracterizado por diferentes y variados grados de acomodación, impugnación y resistencia (McLaren, 1984: 227).

En México la secundaria es un nivel educativo sobre el que existe una amplia coincidencia en la necesidad de transformarlo;¹ en ese sentido, su reciente ubicación como parte de la educación básica ha sido acompañada de una propuesta educativa que pretende fortalecer conocimientos y habilidades “básicos”, articularla con la primaria e incidir con una nueva óptica en su gestión y organización escolar; todo esto en el contexto de su también reciente obligatoriedad y de una serie de políticas internacionales y regionales que guían la tendencia de los cambios en educación básica (la secundaria incluida).² También ha tenido una ex-

* Investigadora de la Universidad Pedagógica Nacional.

¹ Diversos diagnósticos más o menos recientes hablan de su problemática: desigualdades en el servicio, aprovechamiento deficiente, separación entre el conocimiento escolar y las demandas sociales, desarticulación entre la educación secundaria con la primaria y la media superior (Guevara, 1992), orientación enciclopedista y acumulativa del currículo, prácticas memorísticas en la enseñanza y la evaluación, alta reprobación en determinadas materias y falta de significación en los contenidos que transmite (Rockwell *et al.*, 1989). También en el Programa de Modernización Educativa 1989-1994 se alude a ella en los siguientes términos: “La secundaria es el mayor reto pedagógico /que/ demanda con urgencia una definición precisa que le dé sentido frente a las necesidades sociales y represente un claro avance para los estudiantes” (p. vii). Un análisis más reciente sobre los problemas de la secundaria se encuentra en Ibarrola (1996).

² La educación también ha entrado al proceso de globalización, y en ese sentido se adopta una serie de medidas comunes a otros países, como son la ampliación de los años

pansión considerable en su matrícula, cuyo mayor auge se dio en la década de los setenta,³ y de la que se espera alcanzar una cobertura total los diez primeros años del próximo milenio.

No obstante estas características, la secundaria ha sido un espacio poco investigado en nuestro país y esa falta de conocimiento repercute en la eficacia de muchas de las propuestas que impulsan las nuevas políticas educativas, pues suelen estar ajenas a las especificidades de este nivel.⁴ Además, como producto de su proceso histórico, la secundaria conserva aún tradiciones y prácticas correspondientes a niveles más altos del sistema educativo, al mismo tiempo que enfrenta nuevas exigencias derivadas de su reciente estatuto de educación básica. Todo ello le confiere una característica particular: es un espacio indefinido entre la educación primaria y el bachillerato, un puente que posterga la inserción en el mundo laboral pero que tampoco capacita adecuadamente para continuar el trayecto hacia una escolaridad superior.⁵

Para los alumnos, el ingreso a la escuela secundaria implica enfrentarse a un ámbito que si bien mantiene algunos rasgos escolares comunes y familiares, difiere en organización, reglas, trato y consideraciones hacia ellos. La secundaria, que conserva tradiciones vinculadas a su origen como los programas sobrecargados de información y el férreo control disciplinario, representa para los pequeños alumnos un espacio de incertidumbre que paulatinamente van dominando con la construcción de recursos para moverse en ella.

correspondientes a la educación básica y la orientación de formar en competencias básicas que permitan acceder a los conocimientos que la escuela no está en capacidad de otorgar.

³ "Entre 1970 y 1980 la matrícula de secundaria se incrementó, en el nivel nacional, en 175.3%, lo que en términos absolutos significó atender a casi dos millones más de alumnos" (Santos, 1996: 114).

⁴ En el marco de las transformaciones de la educación básica y ante el escaso conocimiento sobre la secundaria, las autoridades educativas han tendido a equiparar las características de la escuela primaria con las de la secundaria.

⁵ Hay que recordar que la secundaria se crea a partir de una división de la preparatoria con el fin de dar a sus estudiantes elementos que les permitieran acceder al mundo del trabajo en un plazo más corto del que implicaba cursar los estudios completos de ésta, al mismo tiempo que permitirles continuar estudios superiores. No obstante, actualmente, en el ámbito laboral los estudios de secundaria son poco reconocidos para su acceso, y por lo que toca a la continuación de estudios superiores, en los hechos se niega su valor al aceptar que los egresados de secundaria tienen una mala preparación, como lo demuestra el examen de admisión a bachillerato que recientemente implantó el Ceneval.

En este escrito voy a enfocarme en los estudiantes de la escuela secundaria, y para ello me referiré en primer lugar a algunas de las concepciones que en este nivel se ha construido a través de su proceso histórico, concepciones que han pasado a formar parte de una cultura escolar fuertemente enraizada y que definen muchas de sus prácticas actuales en la relación escuela-alumnos. Con este antecedente, en un segundo momento analizaré la manera en que los estudiantes viven su estancia en la escuela secundaria, asumen o se enfrentan a las normas de la institución, se apropian de las reglas necesarias para sobrevivir en ella, otorgan significado a esta escolaridad, y participan desde los límites que tiene su papel de alumnos en la construcción de la vida escolar y la cultura de la escuela. La intención es analizar la acción de los estudiantes en el ámbito restrictivo de la escuela secundaria, sus posibilidades y límites para influir en la construcción de la vida escolar, al mismo tiempo que destacar algunos elementos que nos permitan pensar en ciertos componentes del proceso formativo de los alumnos en los planteles de este nivel, pues la escuela es un espacio institucional en el que los jóvenes adquieren múltiples aprendizajes sociales que rebasan e incluso llegan a tener más peso que los estrictamente académicos.

Las reflexiones aquí presentadas forman parte de una investigación etnográfica recientemente concluida,⁶ que aborda la construcción social de la escuela secundaria a partir de la intervención de los sujetos que en ella confluyen y en donde me interesaba mostrar las condiciones en que se mueven tanto maestros como directivos y alumnos, así como las prácticas y relaciones que con base en estas condiciones construyen cotidianamente, con el fin de analizar las tradiciones que forman parte de la cultura escolar de este nivel y la manera en que son apropiadas, recreadas o subvertidas por estos sujetos. Aquí retomo parte del análisis referido a los estudiantes.

EL PUNTO DE PARTIDA: LA MIRADA A LA ESCUELA Y SUS ESTUDIANTES DESDE UNA VISIÓN CULTURAL

En el estudio de la cultura en la escuela podemos encontrar dos vertientes: la sociológica y la antropológica. Desde la sociología, dos posicio-

⁶ Tesis "Escuela secundaria: institución, relaciones y saberes", doctorado en Pedagogía, Filosofía y Letras, UNAM. México.

nes han influido en la conceptualización de la escuela y su vínculo con la cultura. Una de ellas es la de Durkheim, cuyas ideas las encontramos expresadas actualmente en diferentes enunciados institucionales sobre el papel que debe desempeñar la educación; para este autor la escuela debía interiorizar en las nuevas generaciones normas comunes: “La sociedad no puede vivir si entre sus miembros no existe una suficiente homogeneidad, fijando de antemano en el alma del niño las semejanzas esenciales que exige la vida colectiva” (Durkheim, 1975: 69). Es decir, sus planteamientos se refieren a la existencia de una cultura (en el sentido de singularidad) que a la escuela corresponde transmitir, y si bien reconoce la existencia de variaciones locales y cambios históricos de la cultura, también asume que éstas deben moldearse a las representaciones colectivas necesarias para el funcionamiento de toda sociedad. Frente a esta postura, la visión sociológica de Bourdieu tuvo una gran influencia para pensar de manera distinta y crítica el papel de la escuela en la transmisión de la cultura; la reproducción que se da a través de la socialización diferencial y la distribución desigual del capital cultural cuestionaron la idea de homogeneización cultural durkheimiana y marcaron nuevos caminos para el análisis y conceptualización de la cultura en la escuela.

Desde la antropología y en una postura que cuestiona el funcionalismo, el estudio de la escuela desarrollado en otros países también ha puesto en el centro a la cultura escolar, considerando la existencia de diferentes significados y concepciones entre los grupos que ahí confluyen y donde el sector estudiantil cobra relevancia.⁷ En consonancia con la realidad sociocultural que enfrenta la escuela en estos ámbitos, el análisis de las relaciones conflictivas en el espacio escolar ha signado muchos de los estudios etnográficos que diversos investigadores han realizado y en donde los estudiantes son vistos como portadores de una cultura propia que se enfrenta con la que la escuela propugna. El con-

⁷ Me refiero a estudios desarrollados en Estados Unidos e Inglaterra donde los problemas de estudiantes provenientes de minorías étnicas que se expresan en las escuelas ha implicado el análisis de sus adaptaciones socioculturales (Montero, 1994; Trueba, 1988) o el de procesos de resistencia a la cultura dominante representada por la escuela (Willis, 1977; Everhart, 1993). En México, en cambio, los alumnos son un área de investigación poco abordada, como lo consigna el estado del conocimiento sobre el tema donde se considera que ésta “no se ha constituido como un campo de estudio por derecho propio” (Cervajal *et al.*, 1996: 27).

cepto de "conflicto cultural",⁸ que permitió ver desde otra óptica la participación de los estudiantes en la escuela, es el más representativo de esta posición que sostiene la separación de ambas y su convergencia en el choque.

Una variante de este esquema, que amalgama la visión sociológica (específicamente la teoría de la reproducción) con la antropología de la educación, es el de la resistencia cultural, donde se identifican procesos que imbrican los saberes culturales de origen de los estudiantes, con las condiciones generadas en la misma escuela; es decir, se prioriza la interculturalidad, aunque se sigue concibiendo lo conflictivo de la relación en función de los parámetros escolares rígidos, cuyo resultado es la resistencia. Un estudio clásico en esta línea es el de Willis, que analiza las formas culturales de oposición de muchachos de clase obrera frente a la escuela. Sus hallazgos son impactantes, porque encuentra en estos procesos culturales, además de contenidos de identidad y afirmación, un sentido de perpetuación de las condiciones de sometimiento que llama "autocondena": "Sin embargo, esta /condena/ se experimenta, paradójicamente, como un verdadero aprendizaje, como afirmación y apropiación e incluso como una forma de resistencia" (Willis, 1977: 14).

Otro trabajo que ejemplifica esta posición es el de Everhart (1993), quien en su análisis sobre la construcción de estrategias de resistencia por parte de los estudiantes habla del enfrentamiento de dos tipos de conocimiento: el "reificado", transmitido por la escuela, que sirve para apuntalar el sostenimiento del sistema social, y el "regenerativo", que se construye desde los estudiantes como una forma de oposición y que es diferente al que la escuela pretende transmitir, lo que da pie a que hable del mundo de los estudiantes.⁹ No obstante, el autor llega a conclusiones

⁸ Según este modelo, "Dados los contrastes entre las culturas de grupos étnicos y la cultura representada por la escuela, se generan situaciones de incomunicación entre maestros y alumnos que, finalmente producen el fracaso escolar" (Rockwell, 1992: 7). En su planteamiento, esta autora cuestiona tal posición.

⁹ Everhart señala que el conocimiento "reificado" es el que privilegia la institución y se materializa en objetivos, programas, formas de trabajo y concepciones sobre la formación de los educandos; y el conocimiento "regenerativo" es el construido por los alumnos en sus redes particulares de relación, cargado de significados propios que van configurando un mundo estudiantil ajeno a los adultos de la escuela. El planteamiento del autor es que si bien ambos conocimientos conviven en la escuela y se complementan mutuamente, al tener como sedimento perspectivas culturales y condiciones estructurales distintas conllevan una separación.

similares a las de Willis, al reconocer los límites que el conocimiento regenerativo tiene, pues más que una cultura de liberación, es una fuerza productiva de reproducción cultural.

Si bien la intencionalidad de los investigadores que asumen la postura teórica, de conflicto o resistencia cultural para analizar la acción de los estudiantes en la escuela, es encontrar alternativas que reivindiquen a las clases sometidas a las que la escuela parece no considerar, y buscan los contenidos de transformación que sus acciones contestatarias contienen, sus resultados nos llevan a verificar la marginalidad de las acciones de estos sujetos. También parecen ubicarse en un ámbito de denuncia sobre la negatividad de la escuela y por lo tanto en un callejón sin salida para plantear perspectivas, pues nos colocan en un círculo vicioso: resistencia estudiantil = mundos separados = perpetuación del sometimiento. Al mirar la escuela como la portadora de una cultura dominante, se minimizan procesos diferentes a los de conflicto/resistencia en el tránsito de los estudiantes por la escuela, como son los de adaptación, apropiación o acomodación, así como los diversos sentidos y significados que la vida escolar tiene para ellos. Asimismo se considera a los maestros como transmisores acrílicos de la cultura escolar (y finalmente de la cultura dominante), borrando los matices que como sujetos imprimen a su acción de formadores.

Con la idea de rescatar estos procesos (que pueden convivir con los de resistencia y choque cultural) y la acción de los sujetos, me inclino por analizar la dinámica cultural que se genera en la escuela, posición que sostiene que no es posible hablar de una cultura escolar unívoca, o de dos culturas perfectamente definidas y contrapuestas, sino más bien de la confluencia de diversos saberes culturales en el marco de condiciones institucionales específicas e históricas, donde la interacción de los sujetos va marcando los sentidos de la relación escolar. La dinámica cultural así entendida, se relaciona con el concepto de apropiación (Heller, 1977), donde el sujeto particular se apropia de los conocimientos, usos y costumbres que le son necesarios para sobrevivir en el medio en que se desenvuelve y cómo a partir de esta apropiación contribuye a la construcción de su mundo inmediato.

Así que pienso la cultura en la escuela "...en términos de un diálogo, en el cual la comunicación intercultural constituye un espacio de construcción de nuevos significados y prácticas" (Rockwell, 1992: 19), concepción que me permite recuperar la complejidad de las relaciones,

el intercambio de esquemas culturales diversos, la influencia de las tradiciones, el sentido de los cambios, y los significados heterogéneos que contienen las acciones de los sujetos.

En este sentido, el concepto que utilicé para analizar la participación de los alumnos de secundaria como sujetos es el de apropiación y saberes, que parte de la actividad del sujeto frente a su mundo inmediato, en el cual requiere “aprender a usar las cosas, apropiarse de los sistemas de usos y de los sistemas de expectativas, para conservarse en el modo necesario y posible... en un mundo constituido” (Heller, 1977: 21). La escuela secundaria, con su historia, tradiciones, cultura y formas históricas y particulares de organización es el mundo constituido en el que los estudiantes necesitan reformular muchos de sus saberes adquiridos en su tránsito por la primaria y adaptar otros, en suma, requieren apropiarse de los sistemas de usos de este espacio para conservarse como alumnos. En este proceso construyen estrategias cuyo sentido en ocasiones puede ser la resistencia, en otras la aceptación o la acomodación; es en todo caso un proceso dinámico donde se construyen “modelos de comportamiento paralelos y alternativos” (Heller: 23), cuya característica es la heterogeneidad.

BREVE ACERCAMIENTO A UNA ESCUELA DEL ESTUDIO

Para hablar de los estudiantes en la escuela analizo parte del material empírico de la investigación mencionada, que consta de registros ampliados de observaciones y entrevistas realizados en distintos periodos a lo largo de dos años escolares.¹⁰ Es conveniente aclarar que en mi proyecto consideraba inicialmente el estudio de tres secundarias del D. F. de las llamadas “generales”.¹¹ pues me interesaba trabajar en escuelas que, de acuerdo con la visión de los usuarios, tuvieran prestigios con-

¹⁰ El trabajo de campo lo realicé en los años escolares 92-93 y 93-94. En el primer año abarcó tres semanas en cada una de las escuelas seleccionadas. Para el siguiente año escolar me concentré de marzo a julio en una de las escuelas. El archivo consta de 160 registros ampliados.

¹¹ Las modalidades que imparten educación secundaria en México son: telesecundaria, secundaria técnica, para trabajadores y general. Esta última, objeto de mi estudio, constituye 68.9% del sistema en el D. F. (Prontuario Estadístico, 1995-1996, SEP.)

trastantes.¹² Sin embargo, las condiciones objetivas que exige el trabajo etnográfico en cuanto a la presencia prolongada del investigador en el lugar, aunado al hecho de ser una investigación individual, fueron construyendo paulatinamente mi universo empírico planeado, y me llevaron a concentrarme en una de ellas. El análisis que ahora presento está basado fundamentalmente en el material de esta escuela, aunque incorporo también, de manera tangencial, reflexiones sobre las otras dos escuelas donde realicé trabajo de campo con menor intensidad.

La escuela de la que hablaré centralmente se encuentra ubicada en una colonia de la periferia de la ciudad y en la delegación política con mayor densidad escolar en el D. F. Fue fundada hace 24 años y desde su inicio adquirió un prestigio de plantel “conflictivo”, que según los maestros fundadores se dio porque el alumnado se integró desde el principio con alumnos que no habían alcanzado cupo en otras escuelas cercanas, lo que les lleva a decir que es una escuela de “rechazados”. Esta característica ha continuado hasta la actualidad, pues la oferta de lugares siempre ha sido mayor que la demanda; incluso en el año escolar que más solicitudes tuvieron éstas no llegaron ni a la mitad del cupo.¹³

A ello se añade el bajo promedio que los alumnos que ingresan a esta escuela obtienen en el examen de admisión para secundaria, información que proporciona el SAID¹⁴ y, que según la oficina de orientación se ubica en el rango más bajo de calificación;¹⁵ esto, que también es co-

¹² Un interés manifiesto en mi proyecto de investigación era poder hacer comparaciones entre escuelas que desde categorías socialmente construidas por los usuarios, se consideraban “buenas”, “regulares” o “malas” escuelas.

¹³ Según datos proporcionados, fue en el año escolar 93-94 cuando tuvieron más solicitudes de ingreso: 215. Sin embargo, la escuela tiene cupo para 480 alumnos de primer año en los dos turnos, por lo que en esta ocasión señalada como “la mejor” se recibieron más de la mitad de alumnos que no habían solicitado este plantel.

¹⁴ El SAID es el Sistema Automático de Inscripción y Distribución, organismo creado hace varios años que se encarga de calificar los exámenes de admisión y distribuir a los alumnos en las distintas escuelas. Con esto, cada escuela dejó de decidir sobre el alumnado que recibía, pues es el SAID el que envía la relación de alumnos que deben ser inscritos en cada plantel, así como los datos de la calificación que obtuvieron en el examen.

¹⁵ La oficina de orientación me mostró los promedios que en el examen de admisión habían obtenido los alumnos que fueron enviados de otras escuelas para completar el cupo de ésta. En ellos se encontraban los rangos en que se ubicaban los alumnos en cuestiones tales como “Aptitud para el aprendizaje, Aptitud verbal, Matemáticas, Aptitud para el razonamiento abstracto”, entre otras. La mayoría de los alumnos estaban ubicados en el menor rango, lo que fortalecía la idea de que la escuela tenía, de entrada, malos alumnos.

nocido por los maestros, favorece la idea de que los alumnos tienen deficiencias de origen. En cuanto al aprovechamiento escolar existe una reprobación de 30% en Matemáticas y de más de 20% en Español, Física y Química e Inglés. Contradictoriamente, no hay muchos alumnos que reprobren el año, básicamente por dos causas: la primera es que en secundaria se consideran reprobados en el año aquellos alumnos que tienen cuatro a más materias reprobadas. Muchos de ellos las tienen al terminar el año, pero existen los exámenes extraordinarios que se aplican antes de la inscripción, con lo que los alumnos pueden librar el requisito de pasar alguna(s) materia(s) para inscribirse en el siguiente grado; por ello si bien no hay una alta reprobación formal, sí existe un buen número de alumnos que adeudan materias. La segunda causa está relacionada con las formas de operar de esta escuela, donde las orientadoras detectan a los alumnos en peligro de reprobación el año, es decir, a los que llevan varias materias reprobadas y hablan con los padres para convencerlos de que se los lleven de la escuela. Algunos de estos alumnos regresan el siguiente año escolar, pero la mayoría no lo hace, tal vez porque se inscriben en otro plantel o tal vez porque abandonan sus estudios.

En el turno matutino (donde realicé el trabajo de campo) hay 700 alumnos distribuidos en 18 grupos, seis por cada grado. La mayoría de ellos proviene de lugares cercanos: un antiguo pueblo, que ahora se ha convertido en colonia y una unidad habitacional de trabajadores de bajos ingresos (trabajadores de limpia, policías, empleados públicos). La ocupación de los padres se ubica mayoritariamente en empleos de escaso salario o en el sector informal: "Los padres son albañiles, obreros, o tienen algún otro oficio... no tenemos ningún padre profesionalista", dice una orientadora. Los docentes se quejan de que los padres descuiden a sus hijos y no los apoyen en el trabajo escolar, lo que según afirman es porque "ambos trabajan".¹⁶ Asimismo dicen que los alumnos están mal alimentados: "Muchos llegan a la escuela sin desayunar y constantemente presentan dolor de cabeza o de estómago."

Tanto maestros como alumnos coinciden en que la escuela tiene mala fama y que por tal razón es poco solicitada, aunque también afirman que en los últimos años ha mejorado. Hablan de que anteriormente

¹⁶ La idea de que ambos padres trabajan, arraigada entre los maestros, se contradice con los datos que en la escuela me proporcionaron y en donde 80% de madres referían dedicarse al hogar.

había casos de pandillerismo, drogadicción y alcoholismo entre los alumnos, aunque también afirman que en la actualidad esto casi ha desaparecido, por lo menos en el turno matutino.

La escuela se encuentra muy deteriorada y presenta grandes carencias: la biblioteca está clausurada; falta material para talleres y laboratorios; las bancas son insuficientes y de las que existen la mayoría no tienen paletas; los pizarrones son casi inservibles y el aseo de la escuela es deficiente. Durante los dos años escolares en que realicé trabajo de campo en distintos periodos pude ver los esfuerzos de un director recién llegado por mejorar el mantenimiento de la escuela: mandó quitar las láminas que existían en los salones como sustituto de los vidrios y con la cooperación de los padres compraron cristales, así, los salones cambiaron radicalmente de aspecto, pues anteriormente eran muy oscuros. Logró por medio de gestiones que la escuela fuese considerada en el programa "Escuela Digna", con lo que la Delegación proporcionó pintura para el exterior y la compostura de los baños de los alumnos que estaban clausurados desde el temblor de 1985. También, y como resultado de presiones que hizo junto con los padres y maestros en la Delegación, consiguió algunas bancas, un televisor, una videocasetera y una banda de guerra para la escuela.

Muchas de estas mejoras fueron deteriorándose al paso del tiempo, tanto por la destrucción que de ellas hacían los alumnos como por la falta de cuidado que imperó cuando este director cambió de escuela. Ahora hay muchos vidrios rotos, bancas incompletas, leyendas en las paredes y la falta de material continúa. Aunque de cualquier manera se puede decir que la escuela está mejor que cuando la conocí.

Seguramente hay muchas escuelas secundarias en México con las condiciones que ahora describo y creo que esto no depende unívocamente del rumbo donde se ubican, pues hay escuelas cercanas que no presentan estas características; incluso una de las escuelas de mi universo empírico que es considerada como "prestigiosa", está ubicada en un barrio pobre y la imagen física de la escuela es totalmente opuesta a la que ahora comentamos. Lo que he podido percibir es que el director tiene una fuerte influencia en la construcción del prestigio de su plantel y que éste se basa en buena parte en su aspecto físico (para cuya mejora el director debe invertir mucho tiempo) y en las normas disciplinarias que cada escuela construye.¹⁷

¹⁷ Esta idea la desarrollo más ampliamente en un capítulo de mi tesis donde analizo el papel de los directores en la organización escolar.

Esta escuela no ha tenido directores emprendedores (salvo el caso que mencioné y que sólo duró dos años en el cargo) y, según los maestros, tampoco ha tenido directores “enérgicos”, lo que aunado a la percepción que los docentes tienen de trabajar con alumnos de bajo rendimiento ha favorecido la mala fama del plantel.

LA ESCUELA Y SUS CONCEPCIONES SOBRE LOS ESTUDIANTES

En la escuela secundaria los alumnos son considerados declarativamente sujetos centrales del esfuerzo educativo, y es bajo esta consideración que se estructuran todas las actividades;¹⁸ así, maestros, directivos y padres de familia se refieren a la importancia de sus acciones en beneficio de los alumnos. No obstante, en la organización escolar y las prácticas que devienen de ella, se les ubica en un papel subordinado: menores de edad bajo la conducción de los adultos que deciden por ellos en lo referente al conocimiento que requieren y a las normas pertinentes para su formación, y en donde las inquietudes de los alumnos propias de su edad y del contexto cultural en que viven son ignoradas. En términos generales podríamos decir que esto es producto de un proceso histórico que fue marcando concepciones en relación con los objetivos de este nivel escolar y las características de sus estudiantes. Estas concepciones permanecen como el sedimento sobre el cual se generan algunas prácticas y normas que marcan la orientación de la escuela secundaria en el presente. Aquí me referiré a dos de ellas: *el conocimiento acumulativo* y *el discurso sobre la adolescencia*.

El conocimiento acumulativo

En México los planes de estudio para secundaria han mantenido históricamente una constante: tienen un número excesivo de materias que se traduce en términos concretos en una acumulación de conocimientos. Se espera que los alumnos asimilen una gran cantidad de información de cada una de las materias que, por otra parte, raras veces se relacionan

¹⁸ Véanse los objetivos de los nuevos planes de estudio para la escuela secundaria.

entre sí.¹⁹ Los diferentes planes de estudio han oscilado entre 10 y 12 materias por grado para las cuales se han destinado entre 30 y 35 horas a la semana, tendencia que se continúa hasta la actualidad, pese a que recientemente se ubicó a la secundaria en el nivel de educación básica y a que se busca articularla con la primaria.

El problema de fondo se encuentra en la indefinición que ha signado los objetivos de la educación secundaria: nace como un nivel al que muy pocos tienen acceso y además vinculado a la educación superior, la preparatoria, considerada “antesala de la universidad”. Muy pronto intenta dársele una identidad que hasta la fecha no se ha consolidado del todo; se le ha concebido en distintos momentos como propedéutica y terminal; como espacio de formación para el mundo del trabajo y, recientemente, como continuación de la educación primaria, aunque —seguramente por los niveles de escolarización a los que puede acceder la mayoría de la población—, persiste el objetivo de “facilitar la incorporación productiva y flexible /de los estudiantes/ al mundo del trabajo” (SEP, 1993:12). El número de materias y contenidos que constituyen los planes y programas de secundaria son aspectos que han estado en debate permanente, en tanto la indefinición del “para qué” del nivel persiste. Así, se espera que los alumnos asimilen conocimientos tanto de cultura general como de capacitación para el trabajo (“para la vida”) sin que exista un equilibrio adecuado entre ellos, pues no hay una orientación clara sobre las prioridades. La lógica que prevalece es darles un poco de todo para que puedan desenvolverse indistintamente en el mundo laboral o en la continuación de sus estudios.

Como resultado, en la secundaria los alumnos se encuentran con un buen número de asignaturas y la exigencia de responder a 11 o 12 maestros distintos, que consideran que “su materia” es muy importante en su formación, especialistas²⁰ que se reivindican como tales al profundizar en los contenidos y dejar trabajos y tareas sin considerar que al mismo tiempo otros diez maestros piden lo mismo a los alumnos (Quiroz, 1991).

¹⁹ Quiroz (1992), ha analizado este aspecto bajo la categoría de conocimientos “no significativos” para el alumno.

²⁰ La especialización de los maestros de secundaria se origina en su formación en la Normal Superior, donde se profundiza en la enseñanza de una materia. En las últimas dos décadas esto se ha acentuado en virtud de que han ingresado a la docencia en este nivel profesionistas sin formación pedagógica. En el D. F. se reconoce que 70% de los maestros están en esta condición.

Al estudiar la vida cotidiana en la escuela secundaria he encontrado que esta situación genera obstáculos para la apropiación del conocimiento académico, pues existe un nivel de significación de los contenidos muy diferente entre quien los transmite y quien los recibe. Así, en la transmisión de conocimientos se generan lógicas distintas entre los alumnos y los docentes; en los primeros existe una escisión entre lo que la escuela les proporciona y sus requerimientos, intereses y condiciones; por lo tanto cumplen de manera formal en la escuela sin vincular el conocimiento que reciben con la utilidad para su vida cotidiana. Los maestros, anclados en su “conocimiento especializado”,²¹ intentan transmitirlo a sujetos que, por situaciones obvias de su formación, no pueden ser especialistas de cada área de conocimiento.

En la vida diaria de la escuela esto se traduce en exigencias que los alumnos intentan cumplir de la mejor manera posible; no obstante los maestros se quejan de la falta de interés de estos: “no estudian”, “no trabajan”, “no traen el material o el libro”, “están mal preparados”, “no cumplen con las tareas”, son expresiones recurrentes de los docentes. En una reunión con padres de familia para la firma de boletas de un grupo, una maestra les decía:

Les dejé un trabajo para calificar el mes y no lo hicieron [...] amplié el plazo y tampoco lo entregaron [...] seguido no entran y si entran no traen el libro ¿así cómo van a aprender? [...] No saben nada, cuando vemos problemas de física y les pongo una división con punto [...] ¡híjole!, como ya está el puntito ya no supieron qué hacer [...] ni siquiera eso saben. Cuando doy la clase les pregunto si entendieron, dicen que sí y cuando llega el examen y se sacan cero y dicen: “es que yo no le entendí” (Obs. Junta con padres de familia).

Considerando que el problema se ubica en los estudiantes —al margen de la sobrecarga curricular o del significado que los jóvenes les asignen a los conocimientos que reciben—, en la escuela se buscan formas de incentivar el cumplimiento de los alumnos, esto se hace por medio del cuadro de honor, donde mensualmente aparecen los que sacaron el mejor promedio de la escuela, o de las gráficas de aprovechamiento

²¹ Sostengo que el conocimiento profesional, el ser experto en una materia, constituye una identidad del magisterio de secundaria que funciona como una defensa frente a sus precarias condiciones de trabajo y el descenso de estatus profesional que el trabajo docente de este nivel ha experimentado en los últimos 25 años.

por grupo. También es común solicitar el apoyo de los padres de familia para que vigilen en casa el trabajo de sus hijos; los maestros asesores les piden que revisen sus cuadernos para percatarse de que trabajan, que estén al pendiente de sus horarios, que acudan a la escuela con regularidad para enterarse de sus calificaciones, y también les adjudican la responsabilidad directa del buen o mal aprovechamiento de sus hijos, pues consideran que los alumnos son por naturaleza “irresponsables”.

Sus hijos van a ser lo que ustedes quieran que sean [...] ustedes no los atienden, su pretexto es que “yo trabajo”, “yo tengo más hijos”, o lo que es peor “ya no sé que puedo hacer con él” [...] Pues si ustedes no saben qué hacer con ellos y son sus hijos, la escuela menos. Luego me dicen: es que yo lo pongo maestra /a estudiar/ pero es que él no quiere [...] Ora sí, aquí quién manda ¿el burro o el arriero? [...] Toda esta flojera de sus hijos es reflejo de que no se les ha atendido [...] o porque de verdad ustedes no saben cómo hablarles, ya sea por las buenas, por las malas o como quiera que sea (Obs. Junta con padres de familia).

Desde este punto de vista, los alumnos son dejados de lado en los problemas de aprendizaje que les competen, aunque de manera contradictoria es recurrente escuchar de los maestros que su papel es fomentar actitudes de responsabilidad en los estudiantes, y por regla general tratan de hacerlo en la medida de sus posibilidades. De ahí la importancia de las exigencias en el trabajo, que encuentran su principal obstáculo en la multiplicación de las tareas, producto de la sobrecarga curricular, que se agrava ante la falta de trabajo colegiado entre los docentes, que es otra de las características de este nivel educativo.

El discurso sobre la adolescencia

El carácter de la secundaria como “escuela para los adolescentes” postulado en México por Moisés Sáenz y una noción de adolescencia planteada en términos biológicos y psicológicos que generaliza la imagen del estudiante al margen de su contexto social y cultural específico, ha marcado una concepción en torno a la relación con los alumnos que se concreta en la presencia de múltiples normas dirigidas a ellos. En tanto categoría social históricamente construida, el concepto sobre la adolescencia y sus efectos en las prácticas escolares ha sido cuestionado

en su carácter de representación homogénea, no exenta de un fuerte contenido ideológico,²² que sin embargo constituye uno de los núcleos duros de la identidad del nivel.

La idea de trabajar con adolescentes que por el hecho de serlo son conflictivos e irresponsables, lleva a una sobrevaloración de la norma para controlar su conducta. Si bien las normas existen para todos los actores de la vida escolar, en el caso de los alumnos tienen el agregado de acarrear sanciones que son formalmente incuestionables; por ejemplo, para fomentar la puntualidad, se impide la asistencia a la primera clase a los alumnos que llegan con retardo, y aunque hayan llegado a las 7.30 (hora en que comienzan las clases), son sancionados, pues su deber es estar por lo menos cinco minutos antes; de igual manera no pueden entrar a clases si no traen credencial. Estos alumnos permanecen en el patio o en una sala de la escuela, la primera hora en el caso de los retardados y todo el día los que no llevaron credencial; de tal manera que fomentar el hábito de la puntualidad y el cumplimiento de una norma escolar (llevar diariamente la credencial) parece más importante que su formación académica.

De entrada, los estudiantes tienen conocimiento de la existencia de un reglamento escolar que deben firmar en el momento de su inscripción, al igual que su padre o tutor, y comprometerse a cumplirlo. Este reglamento

²² Algunos autores han criticado este concepto de adolescencia que permea buena parte de las actividades en la secundaria. Levinson (1992) plantea que el discurso de la adolescencia, apropiado por los maestros, justifica la idea de que los alumnos poseen características negativas para el aprendizaje en virtud de la etapa biológica por la que atraviesan, lo que "puede sugerir algunas razones del fracaso del aparato escolar". Everhart (1993: 384) por su parte, al referirse a la noción de adolescencia que impera en las escuelas secundarias señala que la conceptualización de adolescente, tal como se maneja en la actualidad: "Un estadio particular del desarrollo humano que requiere atención especializada", es producto de un desarrollo histórico vinculado a situaciones políticas y económicas, donde los jóvenes se convirtieron en mano de obra excedente y seres dependientes y pasivos que, para hacerse adultos tenían que mantenerse ligados al Estado por medio de una mayor escolarización. Es entonces más una construcción ideológica sustentada en un discurso psicológico y pedagógico que no es ya congruente con las necesidades actuales de la escuela. Lesko (1992) critica los estereotipos que desde la biología y la psicología se han construido sobre los adolescentes, en tanto que su resultado ha sido negarlos como sujetos culturales. Bourdieu (1990: 165) al referirse a los estereotipos sobre la juventud dice que: "Hablar de los jóvenes como una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes y referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye una manipulación evidente."

está basado en uno general para todas las secundarias, pero cada escuela le hace las adaptaciones que considera necesarias. El reglamento es en realidad una larga relación de las obligaciones de los alumnos, que van desde los horarios que deben cumplir, la forma de proceder cuando faltan a clases, pasando por el arreglo personal (“corte de pelo casquete regular, peinado convencional”, para los varones; y para las niñas la prohibición de “usar cosméticos o peinados estafalarios”) y las sanciones a las que se harán acreedores en caso de “mala conducta”. Las palabras “correcta, ordenada, decorosa y respetuosa” aparecen para nombrar el comportamiento que se espera de los alumnos hacia los adultos de la escuela. Un pequeño apartado habla de los derechos que tienen, aunque en realidad parecieran más bien obligaciones con otra redacción. Así, por ejemplo son derechos de los alumnos: “Elevar respetuosamente las peticiones ante maestros o autoridades, individualmente o por medio de representantes”, o “Conocer e informarse de las disposiciones superiores para su debido cumplimiento”. Si bien los alumnos leen el reglamento al momento de ingresar a la escuela y lo vuelven a firmar cada año consecutivo, muy pocos lo conocen en realidad; es más bien la experiencia o la información de sus compañeros y el trato con los maestros y otras autoridades de la escuela lo que les hace tener idea de las reglas que deben cumplir y cómo operar con ellas. Y es que en la vida diaria de la escuela, las reglas y las sanciones por su violación, no son constantes, varían dependiendo del sujeto que las aplique (no es la misma sanción la que otorga un prefecto que un subdirector o director), dependen también de la imagen que se tenga del alumno y de la reincidencia en la falta. En ocasiones la sanción por violación a la misma norma es diferente, se minimiza o amplifica según el criterio de quien la aplica o de a quién se le aplica. Dos casos de una misma escuela nos permitirán ilustrar esto: el primero, el de un alumno al que encontró el prefecto viendo revistas pornográficas, por lo que consideró ameritaba pasarlo directamente con la subdirectora. Ésta se alarmó, recogió las revistas como prueba y suspendió de inmediato al alumno hasta que se presentaran sus padres. El alumno salió de la escuela y nunca regresó. Dos meses más tarde, la madre se presentó para saber “cómo iba su hijo en la escuela”, pues había notado algunas cosas raras en su comportamiento: llegaba muy temprano, no hacía tarea y se mostraba evasivo. En la escuela se le informó que su hijo ya estaba dado de baja por faltas. El segundo caso, el de un alumno que fue encontrado destruyendo una banca, fue atendido por la orientadora, quien luego de darle una ligera reprimenda lo envió a su salón.

En estos casos podemos ver que las reglas se aplican de manera diversa e inestable, sus variaciones dependen del contexto en que se da la acción y del criterio de la persona a quien le corresponde tratar cada caso. El aprendizaje que los alumnos van construyendo ante tal situación es que “la norma no tiene norma”; por experiencias propias o de sus compañeros aprenden a manejarse de manera diferente frente a cada autoridad según perciban que es tolerante o exigente; la catalogación de los adultos en la escuela y sus reacciones, son saberes que circulan entre los alumnos. Pero también aprenden que sus inquietudes de adolescentes no tienen cabida en la escuela pues son consideradas como desviaciones inadmisibles.

Para controlar la conducta de los adolescentes, la escuela crea mecanismos específicos, como son los “cuadernos de reporte conductual” por grupo, en los que cada alumno tiene una hoja donde se van consignando las faltas que comete; conducta, en este concepto es igual a mala conducta.²³ Pero además estos reportes son poco claros y están regidos también por la inestabilidad o discrecionalidad para consignarlas. En ellos podemos leer aspectos tan generales como: “habla mucho en clase”, “no trajo el cuaderno”, “estaba molestando a sus compañeros”, “constantemente no cumple”, entre los más generalizados que no permiten realmente saber en qué consiste la mala conducta del alumno y menos sus causas y motivaciones. Sin embargo, este cuaderno permite al maestro o autoridad que lo utiliza hacer juicios sobre el alumno: una hoja llena de reportes, aunque sean tan generales como los mencionados, lleva a catalogarlo como “problema”. La manera de proceder con estos estudiantes es hablar con sus padres, aunque se reconoce que esto no da ningún resultado en la mayoría de los casos. Encontramos entonces que las normas escolares funcionan para exigir a los alumnos una buena conducta de acuerdo con los parámetros consignados en su reglamento, que los conceptos sobre su transgresión no son claros y que en estos casos son los padres y no los alumnos los que deben poner una solución, pues ellos por su condición de adolescentes carecen de responsabilidad.

Otra vertiente del discurso sobre la adolescencia es el de justificar con él la falta de interés de los alumnos frente al trabajo académico; así la reprobación es producto de la flojera, la falta de material se equipara a

²³ Los cuadernos de reporte conductual sólo consignan lo que en la escuela se considera mala conducta. No hay casos contrarios registrados.

descuido y la mala conducta a desatención de los padres en la educación de sus hijos. Dentro de este discurso, la condición de adolescente es representada en la escuela a través de los siguientes rasgos:

- Irresponsabilidad, incumplimiento.
- Falta de interés en el estudio, apatía.
- Tendencia a violar las normas.
- Sentido gregario.

A estos estereotipos generales se añaden los particulares de la población escolar del plantel, que en esta escuela referían pertenencia a familias desintegradas, problemas familiares recurrentes, trabajo juvenil o participación en bandas del barrio. Los maestros incluso hablaban de cómo las bandas se formaban y actuaban al interior del plantel:

En la tarde hay más bandas, en la mañana tenemos una, la de “los chilacos” [...] Tienen sus reglas para ingresar, una de ellas es romper tres bancas o tres vidrios [...] el alumno se compromete a romper tres bancas, dice cuáles y al día siguiente amanecen rotas, entonces la banda sabe que cumplió su palabra y puede pertenecer a ella [...] o romper vidrios, se suben a un salón que esté vacío cuando no hay vigilancia, rompen rápidamente los vidrios y salen corriendo [...] Cuando los otros alumnos suben a ver qué pasó se confunden con ellos (Entr. Mo. Mat.).

Y aunque también reconocen que la mayoría de alumnos no forma parte de estos agrupamientos, y que en el turno matutino “no hay banda gruesa” como las de la tarde, consideran que sí influyen en el ambiente de la escuela y en su deterioro, por lo que las medidas disciplinarias se justifican.

Con estas ideas como trasfondo, cada maestro enfrenta la relación con sus alumnos adolescentes, aplicando para ello criterios derivados de su experiencia y saberes adquiridos en su trabajo docente; algunos privilegian el rigor, otros el acercamiento a ellos y otros deciden ignorarlos con el fin de no desgastarse. Cualquiera que sea el caso también encontramos que en la vida cotidiana escolar, este discurso se matiza en muchos casos por la existencia de un componente afectivo en la relación maestro-alumno (“ellos se acercan, te platican sus problemas”), aunque al mismo tiempo va acompañado de exigencias que los docentes consideran necesarias en la formación de adolescentes. Representativo de esta dualidad (afectividad-discurso sobre la adolescencia), es el siguiente fragmento de un texto elaborado por un maestro de secundaria, donde

reflexiona sobre los alumnos con quienes ha trabajado durante muchos años y cuya formación le preocupa:

Mientras el adolescente no pueda formarse una imagen de sí mismo, no podemos considerarlo en verdad un ser autorresponsable, dado que no sabe quién es y no sabe de qué modo hacerle frente a la responsabilidad de ser él mismo. No quiero decir que no deban exigírsele actitudes de responsabilidad a un adolescente, quiero decir que es necesario prever que será con frecuencia irresponsable [...] En la generación de un adulto responsable, la normatividad escolar tiene una clara obligación, la previsibilidad. Si el adolescente no sabe quién es, debe saber por lo menos lo que se espera de él (Valencia, 1996: 223).

No obstante, es necesario reconocer que el discurso homogéneo sobre la adolescencia y la normatividad que de él se deriva, es ineficaz en muchos casos para atender la problemática de los alumnos y sus inquietudes. Es decir, se habla de la adolescencia negándola al mismo tiempo en sus expresiones particulares derivadas del contexto social del que provienen los estudiantes. Las bandas, la destrucción de la escuela, la "apatía" de los alumnos por el estudio, sus inquietudes sexuales, son aspectos que se catalogan como expresiones de su edad conflictiva y la falta de atención paterna, a los que la escuela responde fortaleciendo sus medidas disciplinarias y generalizándolas, aunque se trate de púberes con distintas características: los alumnos de primero están más próximos a la infancia que los de tercero, por ejemplo. La generalización también obtura la posibilidad de que la escuela considere los elementos culturales del contexto social de sus estudiantes que, vinculados a su condición de jóvenes, imprimen especificidades a su conducta, que pueda incorporarlos en la organización escolar con miras a apoyar efectivamente su proceso educativo; aunque también hay que reconocer que algunos maestros intentan hacerlo.

VIVIR (Y SOBREVIVIR) EN LA ESCUELA SECUNDARIA. LOS ALUMNOS

El ingreso a la secundaria marca un cambio en los saberes de los que los alumnos se habían apropiado en su paso antecedente por la escuela primaria; aquí inician otros aprendizajes como el tener que responder a maestros distintos y a sus exigencias variadas; atender a demandas de

las que nunca antes se habían preocupado como el control de sus calificaciones, y enfrentarse a un discurso nuevo en el que, por considerársele un sujeto en etapa de conflictividad y cambio, se le imponen restricciones. En este trayecto se van apropiando de otros saberes, necesarios para desenvolverse en este nuevo ambiente con el menor conflicto posible, con la particularidad de que estos saberes se constituyen también en aprendizajes sociales, que tienen impacto más allá de los límites de la escuela, pues influyen en la visión del mundo y la noción de valores que los jóvenes van construyendo.

Como hemos visto, la escuela secundaria no es de entrada —en virtud de algunos de los rasgos arraigados en su cultura escolar— un ámbito cordial para los púberes que ingresan a ella. Sacristán señala que las discontinuidades o rupturas entre niveles escolares tienen su base, más que en la planificación general del currículo, en la diferencia existente entre culturas escolares correspondientes a cada nivel. Por ello, el paso de primaria a secundaria constituye para los estudiantes un proceso de transición en el sentido proteico de transformarse, de adaptarse a las nuevas condiciones para sobrevivir “que implica ruptura y la existencia de momentos críticos de perplejidad, inquietud, zozobra, transformaciones y procesos de adaptación personal” (Sacristán, 1996: 17 y 73). Así, vivir (y sobrevivir) en la escuela secundaria, constituye para sus estudiantes un proceso de adaptación a este ambiente, pero al mismo tiempo implica una lucha por adaptarlo a sus condiciones particulares, sus expectativas, intereses y exigencias. En ese sentido, los estudiantes, aún constreñidos por la normatividad, agobiados por las exigencias derivadas de una sobrecarga curricular, explícitamente limitados para decidir sobre su vida escolar con base en la concepción que de ellos se tiene de adolescentes irresponsables, y por todo ello aparentemente vulnerables; son también interlocutores y partícipes en la construcción social cotidiana de la escuela. Interlocutores, porque aunque se les coloque en un papel subordinado, se requiere construir acuerdos con ellos (generalmente implícitos) para que las actividades escolares marchen. Partícipes, porque al lado de los sujetos con autoridad jerárquica en la escuela (maestros y directivos), los estudiantes son parte importante de la armazón que da vida a cada plantel.

Analizar esta influencia estudiantil (que reconozco limitada), implica mirar a los estudiantes actuando en las condiciones objetivas del mundo escolar, y sobre todo implica no pensar en ellos como un sector

homogéneo, pues entre los estudiantes encontramos tanto los que se adaptan como los que se resisten, los que chocan y los que colaboran, los que sobreviven y los “problema”, es decir, no es una “cultura estudiantil” vs. una “cultura escolar”, sino una dinámica que se genera entre saberes culturales disímbolos que se encuentran y se negocian en el espacio escolar. Por ello, lo que aquí expondré son tendencias más o menos generalizadas sobre algunos significados estudiantiles en torno a la escolaridad, y las exigencias que basadas en estas significaciones los alumnos le plantean a la escuela, pero que a su interior presentan variantes y discontinuidades.

Algunos significados de la escuela para los estudiantes

Pese a la idea muy generalizada entre los maestros de la falta de interés de los alumnos por el estudio, puede decirse que para ellos la escuela constituye tanto un espacio de superación personal como de encuentro con amistades y que ambas cosas son valoradas como las razones principales por las que encuentran gusto de su estancia en la secundaria.

Para muchos, llegar a este nivel educativo ha representado un esfuerzo y su permanencia en él significa un costo económico para sus padres al que deben responder en beneficio propio. En los significados que han construido sobre su paso por la secundaria encontramos las valoraciones culturales de su entorno: la escuela es la posibilidad de trascender el nivel de vida que actualmente tienen; estudiar la secundaria es el camino de la superación, el requisito para estudiar una carrera, conseguir un empleo o, como afirman muchos de ellos, “ser alguien en la vida”. Esta última frase es recurrente en las entrevistas con estudiantes, expresa la valoración que tienen de la educación, constituye el discurso paterno apropiado que los insta a superarse para ser algo diferente a sus padres. En ese sentido, la escuela secundaria es para ellos un valor en sí mismo, es el paso necesario para remontar su marginalidad y obtener el documento que les permita continuar su escolaridad para ser “alguien”, no el sujeto anónimo, no el trabajador de segunda, no el obrero o el vendedor ambulante. “Alguien” es el profesionalista, el que sabe, el que estudió la secundaria para continuar sus estudios, aunque éstos sean sólo los de una “carrera corta”, el que por sus estudios puede conseguir un buen trabajo. En consecuencia, la escuela es vista no como el presente,

sino como el paso necesario al futuro: es un espacio que les permitirá trascender su nivel actual de vida, y requisito para continuar estudiando, o para obtener un trabajo mejor que el de sus padres.

Con estos significados y frente a las exigencias de la escuela que en el grado límite de incumplimiento puede llegar a expulsarlos, construyen estrategias específicas. Así, los préstamos de materiales, libros, y uniformes de educación física, son la salida que los estudiantes encuentran para cumplir formalmente con la exigencia de los maestros frente a las limitaciones económicas de sus padres que les impiden comprar todos los materiales que se les piden. El préstamo de tareas, o el hacerlas durante algunas clases cuya dinámica lo permite, es una estrategia para cumplir con las exigencias de las distintas materias; también saben que es necesario cubrir ciertos requisitos de forma para alcanzar una buena calificación como la presentación, limpieza, ilustraciones o dar respuestas apegadas al texto. Es decir, los alumnos se apropian de un concepto de aprobación social vigente en la cultura escolar, poco relacionado con los contenidos académicos.

Esto se fortalece ante la carga de trabajos acumulados por cada materia, pues la mayoría de maestros considera importante además de dejar tarea, la elaboración de trabajos individuales o por equipos. Es decir, la escuela, ignorando el contexto particular, considera que el alumno lo es de tiempo completo y que además cuenta con las condiciones económicas para cumplir con lo que se le pide. Sin embargo, esto no es totalmente así; algunos alumnos trabajan por la tarde, y la mayoría dedica su tiempo libre a sus amistades ("a la banda", dicen ellos), aspecto que forma parte de la cultura juvenil y del barrio de donde provienen, cuya consideración está totalmente fuera de las concepciones escolares. El trabajo, las amistades fuera de la escuela y la influencia de las industrias culturales que influyen en los estudiantes (televisión, videojuegos) y que ocupan una buena parte de su tiempo libre, son vistos como interferencia para el cumplimiento escolar y cuestionados por los maestros.

Como para estos alumnos es importante permanecer en la escuela, buscan, por cualquier vía, la manera de no reprobar. Así cumplen de manera discriminada, respondiendo de manera diferenciada a cada maestro según lo cataloguen de exigente o "barco". Las calificaciones, expresión concreta de la evaluación escolar, son manejadas por los alumnos, no como producto de su aprendizaje, sino como el número que necesitan

para aprobar. Suman las calificaciones que llevan y sacan la cuenta de lo mínimo que necesitan para pasar cada materia. Sobre esto es interesante mencionar que los maestros se muestran inconformes ante la nueva forma de evaluar que, para abatir la reprobación, la SEP implantó recientemente:

La nueva forma de evaluación, donde tenemos que poner 5 como calificación mínima, hace que muchos alumnos pasen aunque no sepan nada [...] la calificación es bimestral y el resultado final es a promedio simple [...] Los alumnos sacan bien sus cuentas y entonces con un 10 que se saquen en el primer bimestre ya pasaron, porque súmale 10 en un bimestre y 5 en los otros cuatro, dan 30 [...] entre cinco da seis [...] ¡tenemos que ponerle seis de calificación! [...] yo tuve alumnos que sacaron 10 en el primer bimestre y ya no quisieron hacer nada en todo el año, se la pasaban echando cotorreo y pasaron con seis, pero no saben nada de nada (ent. Ma. Civ.).

Otro aspecto importante es el de las relaciones con sus pares. En una pregunta hecha en diversas entrevistas respecto a lo que les gustaba de la escuela, era constante la referencia a los amigos, aunque generalmente aclaraban que ésta no debería interferir con el estudio:

Por supuesto, lo que me gusta de la escuela es estar con los amigos, echar cotorreo, pero eso sí, cada quién cumpliendo con sus deberes en la escuela... (Entr.ao. 1o).

Me gusta la convivencia entre compañeros y aprender cosas nuevas, que aunque en ocasiones se nos hace aburrido permanecer 50 minutos sentados, estamos conscientes que es por nuestro bien (Entr.ao. 3o).

“En realidad no me gusta nada, lo único es estar con mis compañeros” (Entr. Ao 2°).

Las relaciones entre los muchachos no son siempre armónicas, muchas veces contienen un alto grado de agresividad, al que los alumnos deben adaptarse, ignorar o enfrentar, son, en todo caso, parte del “relajo” que se modera precisamente por las normas. Por ello no consideran las exigencias escolares necesariamente como arbitrarias, las conciben más bien como parte de las reglas necesarias para aprender mejor y para regular la convivencia, algunos dicen que “sirven para formarnos”, e incluso piensan que en ocasiones deberían ser más estrictas, aunque se manifiestan en contra de algunas de ellas, sobre todo las que tienen que

ver con su arreglo personal, o con su aplicación arbitraria.²⁴ No obstante, la manera de asumir la norma influye en las relaciones y valoraciones que se construyen entre los alumnos y sirven para catalogarlos: los que aceptan todas las reglas, los que se oponen a ellas y los que las aceptan o no dependiendo de las circunstancias.

EL SENTIDO DE IDENTIDAD Y LAS EXIGENCIAS DE LOS ESTUDIANTES

Los alumnos se apropian también de un sentido de pertenencia de su plantel; se identifican como parte de una escuela y asumen con ello su prestigio. De esta escuela dicen que les gustaría que se “acabara con la mala fama” y al mismo tiempo señalan cosas que quisieran que cambiaran; entre ellas aspectos materiales como tener buenas bancas o mejorar la limpieza de salones y sanitarios.

Otro ámbito de identidad (en el sentido de identificación) es el grupo, en su construcción influye la organización escolar y las percepciones que los maestros se van formando de cada uno. En esta escuela se integran los grupos, a su ingreso, con base en las calificaciones tanto de la primaria como del examen de admisión y se conservan como tales durante los tres años de la educación secundaria. Los grupos van adquiriendo una fama que los marca como colectivo y dependiendo de la tendencia dominante (que no siempre es la mayoritaria) se catalogan como buenos o malos. Esta clasificación se relaciona con los grados de resistencia o acomodación que el grupo presenta a las reglas y que se traduce necesariamente en mejores o peores calificaciones. Si bien estos grupos no son homogéneos, los estudiantes encuentran en ellos un espacio donde pueden expresarse como sujetos colectivos frente a las cosas que les incomodan de la escuela; porque ellos también tienen exigencias vinculadas a sus expectativas frente a lo que la escuela debe ofrecerles. La primera de ellas es el trabajo del maestro, pues si ellos van a la escuela a aprender, consideran que el maestro debe enseñar. En contradicción con lo que piensan muchos maestros, los estudiantes afirman que no les gus-

²⁴ Esta apreciación coincide con algunas investigaciones sobre la secundaria mexicana; así Guzmán (1988), en un estudio sobre la disciplina escolar encontró que la mayoría de alumnos tiene una actitud de aceptación formal de las reglas disciplinarias al valorarlas como justas, y de algo similar habla Zubillaga (1998).

ta estar en clase sin “hacer nada”, califican el trabajo de sus maestros: “algunos no enseñan porque les gusta, sino porque lo tienen que hacer”, e incluso sus actitudes: “entra tarde o falta muchas veces y le gusta perder el tiempo para no dar clase”. Aceptan la actitud exigente de los maestros siempre y cuando los consideren eficientes y responsables y se oponen a las exigencias que les hacen aquellos poco comprometidos con su trabajo. Es decir, se va creando una actitud de reciprocidad, que depende de su percepción sobre el trabajo de cada maestro.

En una junta con padres de familia pude observar cómo los alumnos contradecían a un maestro que se quejaba de la falta de cumplimiento del grupo, poniendo de manifiesto que él tampoco cumplía.

La reunión era con los padres de familia, para informarles de las calificaciones de sus hijos. Los alumnos también están presentes, parados alrededor del salón, escuchando. El maestro de una materia se queja de que todo el grupo salió reprobado en el mes, regaña de manera muy fuerte al mismo tiempo a los padres y a los alumnos; empieza a enumerar todas las cosas que les ha pedido y en las que no le han cumplido. Un alumno levanta entonces la mano y de manera un poco retadora, aunque al parecer no muy decidido le dice: Maestro, ¿por qué no nos calificó con cuaderno? (se refiere a que el maestro sólo consideró el examen para poner la calificación sin incluir otros aspectos, como es práctica común en la secundaria).

El maestro, descontrolado, dice que él nunca califica el cuaderno y el mismo alumno pregunta: ¿Y por qué a los de /otro grupo/ sí se los calificó? El maestro niega, todos los alumnos empiezan desde el anonimato a apoyar a su compañero, hay murmullos. Tiene que intervenir la asesora para aclarar a los padres que los alumnos buscan una justificación y que los maestros tienen mucho trabajo y en ocasiones no pueden revisar todos los trabajos (Obs. junta padres).

En este caso, a pesar de la imagen de exigente que el maestro quiere imponer a los alumnos y que se refleja en la calificación, éstos se rebelan (en la medida de sus posibilidades) frente a lo que consideran una arbitrariedad: si él había acordado con el grupo considerar varios aspectos para la calificación y no lo hizo, tampoco debe evidenciarlos frente a sus padres y adjetivarlos de flojos o irresponsables. Con ello, los alumnos parecen decir que si hay reglas para ellos también debe haberlas para el maestro si él los califica, ellos también lo hacen.

Los alumnos no son sólo objeto de la reglamentación por parte de la escuela y los maestros, ellos también construyen reglas que aplican a sus docentes. Los maestros expertos dicen que una de sus estrategias para controlar el grupo es “ponerles desde el principio reglas claras y cumplirlas”. Esta máxima es aplicada también por el grupo de estudiantes, que a principio del año ponen a prueba la resistencia de los maestros para controlarlos. Por regla general son los novatos el blanco propicio: les hacen bromas pesadas, se salen de la clase, hablan e ignoran sus órdenes. Esto dura hasta que perciben qué clase de maestro es y si cumple o no con sus expectativas de superación.

La actitud diferencial de los alumnos con los docentes pudo verse en uno de los problemas que la escuela consideraba más fuerte: la inasistencia de los alumnos a clases. En ocasiones era de todo el día pues se ponían de acuerdo para no entrar, pero lo más común era faltar a determinadas clases y aprovechando que por regla general algunos grupos no tenían maestro, se confundían entre ellos. Los maestros se quejaban de las inasistencias frecuentes, pero también era visible que con ciertos maestros siempre entraban todos los alumnos y esto no era debido sólo a que el docente fuera muy exigente, sino que los estudiantes asumían que junto a la exigencia mostraba interés y compromiso en su trabajo.

Podemos ver entonces que en la evaluación, que tiene un fuerte peso en muchas de las prácticas escolares en secundaria, los alumnos también se comprometer, al calificar de manera implícita a los docentes. Luna (1994) habla de la existencia del “expediente escolar”, que es una construcción que los maestros hacen de cada uno de sus alumnos, en donde integran toda aquella información que les permite tomar decisiones para la orientación de la enseñanza y las medidas de orden en el trabajo.²⁵ Si bien el expediente es una construcción informal y no documentada, permite al maestro ir adecuando sus estrategias en clase al incorporar las particularidades de los sujetos con los que trabaja.

Dadas las condiciones del trabajo docente en secundaria, a los maestros les es casi imposible integrar un expediente con estas características de todos y cada uno de sus alumnos, por lo que éste se centra por regla general en el grupo (es un buen o mal grupo, cumplido o incumplido, etcétera) y también llegan a tener un mejor conocimiento de algunos alumnos (generalmente de los extremos), pero no de todos.

²⁵ La autora realizó su investigación en escuelas primarias.

Los estudiantes en cambio, tienen mayores posibilidades de construir el expediente de cada maestro, en él está implícita una evaluación de cada uno que incluye la forma en que trabaja, su nivel de exigencia o permisividad, sus prioridades para calificar, su carácter, su nivel de compromiso o desapego al trabajo, entre otras. Esta información permite a los alumnos regular su conducta, anticiparse a los requerimientos docentes, buscar intersticios donde sus demandas e intereses puedan expresarse y ser aceptados, e incluso también influir en la orientación de la clase y en sus normas. Es además, una información que circula entre los estudiantes y que va definiendo el prestigio de los docentes y las actitudes que los grupos asumen ante ellos.

ACUERDOS Y NEGOCIACIONES

Los distintos aprendizajes sociales que los alumnos van adquiriendo en su paso por la escuela se ponen en juego en las actividades de la vida escolar, en ellas podemos encontrar la construcción cotidiana de acuerdos y negociaciones entre las autoridades formales de la escuela (fundamentalmente los maestros) y los estudiantes. Los acuerdos generalmente no son explícitos, pero son necesarios para la marcha de las actividades escolares. Se fundan en negociaciones donde los intereses de las partes están presentes con mayor o menor peso y, sus significados están casi siempre relacionados con las concepciones sobre la importancia de lo escolar para los sujetos. Por ejemplo, durante el desarrollo de las clases, vemos una gama de formas de estructurar las relaciones y actividades en el aula, que no parten sólo de la decisión del maestro, pues éste debe considerar necesariamente quiénes son sus alumnos y, en ese sentido cuáles son los límites de sus exigencias. Los estudiantes, como vimos, también esperan algo de los docentes, aunque por razones obvias, las expectativas son diversas. Esta situación genera tensiones que se resuelven o no, en función de la construcción de acuerdos implícitos, que logren incorporar la mayor parte de los intereses en juego. Los docentes tienen interés en no desgastarse tanto, mantener el respeto de los alumnos, su atención, el orden que les permita dar su clase y, muy probablemente propiciar el aprendizaje de contenidos. En cuanto a los estudiantes, la enumeración es más variada: aprender con facilidad, obtener una buena calificación, ganar un lugar frente a sus compañeros, mostrar va-

lentía, arrojo o simpatía frente al resto del grupo, evitar reprobación, gusto o disgusto por la materia, etcétera. En medio de estos intereses están obligaciones que provienen de roles institucionales: enseñar y aprender. Atenderlas implica fijar reglas aceptadas por todos, y de algún modo, también construidas entre todos.

PARA FINALIZAR

De lo aquí expuesto podemos resumir algunas cuestiones. La escuela secundaria, como institución, ha construido históricamente una serie de concepciones que tienden a regular la actividad de los estudiantes. Entre ellos podemos encontrar las normas institucionales, que tienen su base en el “discurso de la adolescencia” y la organización de los contenidos con sus formas específicas de transmisión, cuyas prácticas consideran todavía el nivel como espacio de especialización de conocimientos. Estas concepciones, producto de la cultura escolar, se expresan en la estructura organizativa de la secundaria, donde los estudiantes son formalmente relegados del “mundo de los adultos” que intenta regular y decidir sobre esta estructura. No obstante, los alumnos como sujetos se apropian en diversos grados de la normatividad e influyen sobre ella, construyen así un conocimiento sobre lo escolar donde están presentes sus saberes culturales y sus expectativas educativas. Por ello, más que una imposición unidireccional, existe una interinfluencia entre los intereses de la escuela y los de los alumnos que se negocia día a día.

No obstante, reconozco que la secundaria es un nivel que requiere de cambios profundos, de un cuestionamiento razonado de sus concepciones, tradiciones y prácticas. En ese sentido, y respecto a los estudiantes, que es el tema aquí tratado, hace falta volver la mirada a los alumnos, quitarles la etiqueta de adolescentes homogéneos y considerar las particularidades que esta etapa de la vida tiene ahora. Los límites entre niñez y adolescencia, así como entre juventud y adultez, han cambiado socialmente y eso debería llevar a replantearnos las características actuales del adolescente de secundaria y sus problemáticas, que seguramente difieren de la época en que la secundaria fue instaurada y en donde la categoría de “escuela para los adolescentes” fue uno de sus pilares de identidad. Junto con ello, también volver la mirada al contexto social de los alumnos que influye en la variedad de culturas juveniles de las

que son partícipes. No es posible desde la escuela seguir negando su influencia y catalogar sus expresiones como desviación a la norma. Ellas están ahí, irrumpen en el espacio escolar y es necesario considerarlas para apoyar efectivamente el proceso de formación de los estudiantes.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, P. y J. C. Passeron (1977), *La reproducción*, Ed. Laia, Barcelona.
- BOURDIEU, P. (1990), "La juventud no es más que una palabra", en *Sociología y cultura*, Grijalbo-CNCA, Serie Los Noventa, México.
- CARVAJAL y Spitzer (coords.) (1996), "Alumnos", en *Sujetos de la educación y formación docente*, Ducoing y Landesmann (coords.). Serie La investigación educativa en los ochenta. Perspectiva para los noventa, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, México.
- DURKHEIM, Emile (1975), *Educación y sociología*, Ed. Colofón, México.
- EVERHART, Robert B. (1993), "Leer, escribir y resistir", en *Lecturas de Antropología para Educadores*, Honorio M. Velasco, Javier García y Ángel Díaz (edits.), Ed. Trotta, Madrid.
- GUEVARA NIEBLA, Gilberto (1992), *La catástrofe silenciosa*, Fondo de Cultura Económica, México.
- GUZMÁN GÓMEZ, Carlota (1988), *Los alumnos ante la disciplina escolar: ¿Aceptación o rechazo? (Estudio de caso)*, tesis de maestría, Flacso, México.
- HELLER, Agnes (1977), *Sociología de la vida cotidiana*, Ed. Península, Barcelona.
- IBARROLA, María de (1996), "Siete políticas fundamentales para la educación secundaria en América Latina. Situación actual y propuestas", en *La educación secundaria. Cambios y perspectivas*, IEEPO, Oaxaca, México.
- LESKO, Nancy (1992), "Sujetos de la ciencia: el concepto de los adolescentes como el 'otro' en la investigación etnográfica", en *Investigación etnográfica en educación*, Mario Rueda y Miguel Ángel Campos (coords.), UNAM, México.
- LEVINSON, Bradley A. (1992), "Conflicto y colectividad: Un reporte desde la secundaria", en *La gestión pedagógica de la escuela*, Justa Ezpeleta y Alfredo Furlán (coords.), Unesco/OREALC, Santiago de Chile.
- LUNA, Ma. Eugenia (1994), *Los alumnos como referente básico en la organización cotidiana del trabajo en el aula*, tesis DIE, núm. 21, DIE-Cinvestav, México.
- MCLAREN, Peter (1984), *La vida en las escuelas. Una introducción a la pedagogía crítica en los fundamentos de la educación*, México, Siglo XXI.

- MONTERO, Martha (1994), "La adaptación sociocultural de adolescentes latinos en escuelas secundarias", en *La etnografía en educación. Panorama, prácticas y problemas*, Rueda, Delgado y Jacobo (coords.), UNAM-University of New Mexico, México.
- Poder Ejecutivo Federal (1989), *Programa para la modernización educativa 1988-1994*, México.
- QUIROZ, Rafael (1991), "Obstáculos para la apropiación de los contenidos académicos en la escuela secundaria", en *Revista Infancia y Aprendizaje*, núm. 55, Madrid.
- ROCKWELL, Elsie (coord.), R. Mercado y R. Quiroz (1989), "La educación básica y media básica. Diagnóstico y estrategias de innovación", documento de trabajo para la consulta nacional sobre la modernización de la educación, DIE-Cinvestav, México.
- ROCKWELL, Elsie (1992), "La dinámica cultural en la escuela: la reflexión actual en México", en *Cultura en la escuela*, Elba Gigante (coord.), Serie Pensar la Cultura, México, Conaculta (en prensa).
- SACRISTÁN, Gimeno (1996), *La transición a la educación secundaria. Discontinuidades en las culturas escolares*, Ed. Morata, Madrid, España.
- SANDOVAL, Etelvina (1998), "Escuela secundaria: institución, relaciones y saberes", tesis de doctorado en Pedagogía, UNAM, Filosofía y Letras, México.
- SANTOS DEL REAL, Annette (1996), "La secundaria: modalidades y tendencias", en *La educación secundaria. Cambios y perspectivas*, IEEPO, Oaxaca, México.
- SEP (1993), *Educación Básica. Secundaria. Plan y Programas de Estudio 1993*, México.
- SEP (1996), *Prontuario Estadístico. Inicio de cursos 1995-1996. Educación Secundaria*, Dirección General de Planeación y Programación en el D. F., México.
- TRUEBA, H. (1988), "Culturally Based, Explanations of Minory Students. Academic Achievement", en *Anthropologic and Education Quarterly*.
- WILLIS, Paul (1977), *Aprendiendo a trabajar: cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, AKAL eds., Madrid, España.
- ZUBILLAGA, Cristina (1998), "Los alumnos de secundaria ante la disciplina escolar", en *Todo por hacer. Algunos problemas de la escuela secundaria*, Patronato SNTE para la cultura del maestro mexicano, A. C., México.

LA INGRATITUD DE LA CALLE O LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA CÁRCEL

ALEJANDRO STUARDO*

*La calle es la ley de la selva. Uno nunca sabe con qué se va a encontrar allí.*¹

PRESENTACIÓN

Las principales interrogantes a partir de las cuales arranca la presente reflexión pueden ser expresadas en términos de la perplejidad que a este observador le ha producido el verdadero “giro copernicano” registrado en la conversación social de lo público en las últimas décadas en nuestro país: Chile. En efecto, desde el periodo dictatorial hasta el momento actual ha habido un cambio notable en el diario tematizar la situación nacional.

En el primer momento referido (dictadura militar) se podía observar al menos dos voces centrales; la del propio régimen militar, y su autojustificación en función de un “enemigo interno” (comunismo, terrorismo, subversión, etc.) del cual habría habido que defender la integridad nacional, y la de sus opositores que denunciábamos el atropello sistemático a los derechos humanos y ciudadanos que lo anterior suponía, contradiciendo la versión que definía la existencia de una “guerra” y de un “enemigo interno”.

* Licenciado en Sociología de la Universidad de Chile, investigador de Guernica Consultores, Chile.

¹ Afirmación propuesta por un estudiante al intentar explicar, en un curso de comunicación social, la inseguridad con que las personas del gran Santiago tematizan el lugar de la calle.

En la actualidad se escucha más bien una sola versión que, contadas excepciones, hegemoniza la conversación social de la realidad nacional. Ésta se refiere, nada más y nada menos, que a la existencia de una verdadera “emergencia” nacional, relacionada con un aumento explosivo de la delincuencia y, en consecuencia, con un aumento igualmente explosivo de la inseguridad ciudadana.

Lo anterior resulta particularmente cierto en lo que a las grandes ciudades —en especial Santiago— respecta. En efecto, de manera cada vez más consensual los habitantes de las grandes ciudades del país —en especial los santiaguinos— sienten que la calle es un lugar ingrato y peligroso y, aunque el propio domicilio también es significado como inseguro, es en la calle en donde se juega con mayor claridad la condición de selva con que se asocia la vida en la ciudad.²

Al desarrollo de este sentimiento contribuyen de modo importante los medios de comunicación en su quehacer notable sobre la “realidad urbana”, presentando una imagen prototípica de ciudad (Santiago) agresiva, contaminada, violenta y peligrosa. El espacio noticioso, cuyo paradigma se presenta de mejor modo en el medio audiovisual, tiende de modo creciente a presentar una visión prácticamente cinematográfica de una realidad urbana (nacional) altamente caótica y angustiante.

A través de esta imagen, buena parte de los chilenos asocia realidad urbana con crisis y colapso. La tele/visión (también la radio/escucha y la diario/lectura) del país alerta y tensiona a la manera de la mejor producción de acción policial o de terror. Esta visión entre/tiene efectivamente a sus televidentes, en el centro de emociones intensas que van desde la mera incertidumbre hasta el franco terror.

Santiago, la ciudad, el país, la realidad tienden a ser representados en general en el relato de los medios, y en la opinión pública que en su entorno se conforma, como situaciones dramáticas, respecto de las cuales se destaca y reitera aquellos rasgos épicos o trágicos. Héroes y villanos participan de un guión común que refiere el presente y futuro del ser-en-el-mundo de la ciudad y sus habitantes. Narrativa ciudadana en la que diferentes actores y

² Aun cuando en este trabajo, con el objeto de intentar un abordaje general, se habla indistintamente de la ciudad, se hace referencia con este término —de modo principal— a las grandes ciudades del país cuyos ritmos y rutinas sirven, no obstante, como referente para las representaciones sociales vigentes entre los habitantes de la mayor parte del país.

acontecimientos convergen y cobran sentido, en torno a un mismo argumento central: la fragilidad del orden cotidiano, las razones de su indefensión y, muy centralmente, la identificación de las fuerzas que le amenazan. De paso, el relator de tan amenazante realidad se constituye en un interlocutor confiable para la escucha ciudadana, que tiende a ver en éste algo así como un vigía de los riesgos del entorno, en especial de la ciudad.

Con la finalidad de definir un punto de partida, denominaremos genéricamente la temática más recurrente de los relatos enunciados, del mismo modo en que hemos titulado este trabajo: “*la ingratitud de la calle*”; sentimiento urbano, narrativa medial, lugar común desde el cual la presente reflexión propone partir.

Las preguntas que nacen del asombro indicado se refieren, centralmente, al modo en que se ha producido este proceso, a los intereses a él subyacentes y a sus consecuencias para el proyecto de país que de allí se desprende. La motivación principal que activa este breve esfuerzo reflexivo se relaciona con la preocupación que en su autor genera el curso de los acontecimientos que es posible desprender, e incluso observar empíricamente, del “consenso” señalado y su despliegue: la construcción social de la cárcel, tanto en su dimensión simbólica: ciudadanos aterrorizados y refugiados en sus “fortalezas” propias (muros, rejas, armas, alarmas, seguros y, básicamente, desconfianzas recíprocas) como en su fase práctica: crecimiento efectivo de la población penal y cambios significativos en su estructura.

Todos los antecedentes propuestos por los propios “defensores de la seguridad ciudadana”,³ encargados de activar la alarma pública desde el mismísimo momento en que se avecindaba la “transición a la democracia” experimentada en los últimos años en el país, demuestran que efectivamente se ha producido un “aumento de la delincuencia” —violencia juvenil y narcotráfico como imágenes centrales— figuras abstractas de gran funcionalidad práctica.

De modo menos claro, dichos antecedentes permiten también afirmar que tal aumento, en cuanto a la población encarcelada, ha estado relacionado principalmente con el narco/comercio (personas de origen

³ Básicamente La Fundación “Paz Ciudadana” y el periódico *El Mercurio*, líderes de una opinión pública que, actualmente, es reproducida por la casi totalidad de las autoridades y los medios de comunicación pública.

humilde que comercializan drogas, en especial mujeres/madres jóvenes), el narco/consumo (jóvenes igualmente pobres que son encarcelados por consumir drogas) y las diversas modalidades de delitos contra la propiedad y las personas, vinculadas al consumo de drogas, en especial pasta base de cocaína que muchas veces, por realizarse bajo sus efectos, son excesivamente violentos en relación con los montos comprendidos.⁴

En definitiva, la reflexión que se propone sugiere que el temor a la delincuencia le permite en la actualidad, a la sociedad chilena, confirmarse ante sí como un todo coherente y con sentido por negación de lo temido más que por afirmación de un proyecto común. El principal resultado de este modo de hegemonía sociocultural, además del temor ciudadano que genera y sobre el cual se basa, es el crecimiento de la población penal, en especial entre los jóvenes y adolescentes —hombres, mujeres y madres— más pobres del país.

EL LUGAR DE LA CALLE. PUBLICIDAD/CIUDADANÍA

Siguiendo el planteamiento de un destacado filósofo chileno, relativo a la dinámica cotidiana de la existencia humana, la rutina de una ciudad puede ser pensada en función de tres momentos clave, desde el punto de vista de la estructura cotidiana que ella contiene.⁵ Así, en el diario acontecer de la existencia, es posible distinguir tres lugares fundamentales: el *domicilio*, el *trabajo* y la *calle*. Estos tres lugares serán aplicados aquí al estudio de la *rutina ciudadana*, esto es, la dinámica habitual de la ciudad/ciudadanía (Gianinni, 1997: 23-33).

El domicilio

Es “*el punto al que se regresa siempre y desde cualquier horizonte*”, representa el “*eje de todo el proceso*” de la estructuración cotidiana de la vida (ciudadana). En la medida en que los seres humanos, al igual que

⁴ Entre otros, véase Bavestrello y Cortés, 1997.

⁵ En el sentido propuesto por Agnes Heller, que indica lo cotidiano como aquel momento del pensamiento que se caracteriza por su alto grado de irreflexividad o, en la conceptualización propuesta por Manuel Canales, el lugar del discurso en el cual no existe distancia entre lo dicho y quien lo dice.

otros seres vivos, somos siempre —más allá de contingencias eventuales— *seres domiciliados*, el domicilio constituye el lugar a partir del cual *cada individuo empieza a rehacer la historia de la especie, a construir su mundo, a levantarlo, a tejerlo, a atisbar sus horizontes y crear, dentro de ellos, los surcos circulares de su biografía cotidiana* (Gianinni, 1997).

En este sentido, el hábitat es más que un simple amparo frente a las inclemencias del entorno; es el lugar en que se desempeña más decididamente la re/creación de la identidad del individuo y su continuidad en el tiempo, de modo que el “ser domiciliado” puede ser considerado como el *centro de toda individualidad*.

Es el retorno al domicilio lo que le permite al sujeto recuperarse para sí y, desde su ser propio, entregarse a los afanes del trabajo y de la calle, lugar en el cual, como se describe más adelante, se desempeña su dimensión pública o colectiva, de modo que es posible “*suponer que el domicilio es indicio y símbolo fuerte de la singularidad humana, así como la calle símbolo de su universalidad, de su sociabilidad*” (Gianinni, 1997).

El trabajo

Es un hito cotidiano tan relevante como el domicilio; es el tiempo/lugar en que, más allá de la intimidad de éste, se demanda la actividad productiva del individuo, demanda que activa su presencia pública y su *público desempeño*.⁶ Lo laboral constituye una actividad humana (ciudadana) fundamental, y se orienta a la alteridad mediata o inmediata de la *familia, la sociedad, la historia o la humanidad* (Gianinni, 1997). En esta óptica el trabajo sitúa, en cuanto a su sentido básico, en un polo opuesto al domicilio; lugar y tiempo de *despliegue para la alteridad* que posibilita el repliegue de la propiedad.

⁶ En el contexto de este trabajo, la idea de lugar se refiere primordialmente a una concepción situacional, basada en la acepción latina del término *locus*: “lugar, sitio, posición social, estado, situación, ocasión, pretexto, momento, punto, cuestión, tema” (García de Diego, 1960).

La calle

Vía pública, es por excelencia el lugar/tiempo en que se desarrolla la vida de un colectivo social definido. En tanto lugar de tránsito y conexión entre los diversos “mundos privados”, es en la calle donde se realiza con mayor propiedad la común existencia de los habitantes de la ciudad y, en este mismo sentido, donde se produce y reproduce *ciudadanía*, a pesar del cada vez más relevante papel desempeñado por los medios de comunicación de masas, en la construcción de las representaciones sociales que preponderan en una sociedad.⁷

Al menos, es en la calle en donde se observa con mayor claridad esa “articulación espontánea” que permite pensar en un todo social. La calle, en consecuencia, lugar de tránsito e interacción, hace de escenario prioritario a las prácticas sociales expresivas de identidad y orden social. Por otra parte en la calle, en tanto instancia primordial de lo público, se expresan mediante sus consecuencias, decisiones institucionales que afectan la vida ciudadana, que determinan la vida común. Desde una determinada política económica (de vivienda, educacional, etc.) hasta una agenda electoral, tienen como instancia última de incidencia y expresión el lugar común: la calle.

No sorprende entonces que sea en este espacio que se expresen, además, los conflictos y tensiones sociales. La acción callejera viene habitualmente a (re)presentar ante el conjunto de la ciudadanía aquellas situaciones no resueltas en la particularidad de las negociaciones institucionales. El desborde de las instituciones y mecanismos regulares se muestra generalmente en la calle. Tampoco asombra que habitualmente sea tan controlado el planteamiento callejero de voces disidentes o sub/versiones. Generalizando, se podría afirmar que la orientación más o menos democrática de un Estado definido, se expresa en el nivel de represión que ejerce sobre el lugar de la calle.

⁷ “La calle cumple así el oficio cotidiano de comunicar estos extremos: el lugar del ser para sí (domicilio) con el lugar del ser para otros (trabajo). Propiamente hablando, es el medio primario, elemental de la comunicación ciudadana” (Gianinni, 1997: 23-33).

La ciudad

Cuya acepción latina se refiere a la vez a conjuntos de edificios y de ciudadanos, como toda creación humana, expresa y determina a la sociedad que la produce, tanto en la realización de sus prácticas productivas como en el ejercicio de su sociabilidad.⁸ En esta óptica, la ciudad puede ser entendida como contexto y expresión de la cultura en que participan sus habitantes; artificio y artefacto que es tanto escenario —que condiciona a sus actores cursos posibles de acción— como obra —que propone a sus observadores caminos posibles de comprensión— de la sociedad a la que corresponde.

La ciudad es una de las creaciones humanas más relevantes que, construida en función de la reproducción material y simbólica de los grupos sociales que la habitan, hace de contexto —y expresa— a la práctica del vínculo público en un determinado grupo y época social. La ciudad, conjunto de edificios, ciudadanos y prácticas sociales localizadas (domicilio, calle y trabajo), representa el escenario social por excelencia —incluso en su versión pueblerina— y su significación cotidiana contribuye grandemente a la definición que de sí —escenario, actores y obra— se hace en una sociedad.⁹

LA INGRATITUD DE LA CALLE

Expansión territorial y “desorden” urbano

Tras la percepción bosquejada en la presentación al describir lo que en este planteamiento se entiende por la “ingratitude de la calle”, se encuentra la efectiva ausencia de planificación del crecimiento urbano que, dejado de lado por las políticas de Estado durante décadas, se ha traducido en una expansión irracional de las ciudades, sin mayor intervención estatal para la habilitación de espacios públicos con estándares básicos de calidad de vi-

⁸ Entendida como modo de vinculación intersubjetiva —y sus representaciones— preponderante en un conjunto humano definido.

⁹ “La sociedad no es la masa de individuos que la componen, el suelo que ellos ocupan, los objetos que usan o los movimientos que realizan; sobre todo la sociedad es la idea que ella se forma de sí misma. La sociedad ideal no está fuera de la sociedad real; es parte de ella” (Durkheim, 1966: 470).

da urbana. Puesto el énfasis en la “superación del déficit” habitacional, el norte ha sido la construcción de cuantiosas “soluciones habitacionales” de mediana calidad que, con la lógica del bajo costo, han ocupado extensas superficies urbanas, generalmente en sectores periféricos, sin mayor planificación de accesos a centros laborales, recreativos o de servicios etc., que las de propias empresas constructoras o comerciales.¹⁰

Las ciudades, en especial las de mayor población, han crecido principalmente en cantidad de habitantes, domicilios y superficie, aumentando así su tamaño y complejidad, sin desarrollarse en cuanto sistemas urbanos amigables, capaces de articular, organizar y potenciar la vida común —pública— de sus habitantes. La ciudad tipo actualmente existente en el país falla, entonces, tanto en su condición de *artefacto* productivo como, y principalmente, en su dimensión de *artificio* para la convivencia.

Desde el punto de vista de los sectores de menores ingresos, a lo anterior se suma que la calidad del hábitat propio dificulta de modo significativo una compensación y alternativa a la ausencia de un hábitat común organizado y funcional. Desde este mismo punto de vista, la estructuración de la ciudad “sucedió” en las últimas décadas ha significado una drástica segregación territorial, en un contexto de ordenamiento urbano que mucho tiene que ver con la asociación establecida entre programas de “erradicación de la pobreza” y ubicación periférica de los más pobres.

Uno de los resultados más inmediatos de esta lógica consiste en una separación más o menos drástica de los grupos socioeconómicos, con el consecuente distanciamiento ciudadano entre ellos. En el extremo, si se considera la cuestión de las representaciones sociales, lo anterior ha derivado en el endurecimiento de los tradicionales estigmas y falsas imágenes existentes en la sociedad chilena. Este distanciamiento ha llegado a tal extremo que se dificulta cualquier aspiración de integración ciudadana que, según se ha observado en el último tiempo, no se relacione con los “éxitos nacionales” en materia deportiva.¹¹

¹⁰ “Como se sabe, los treinta años de vida del MINVU han estado centrados en la reducción del déficit habitacional. Sin embargo, en este escenario “viviendista” y no obstante los logros alcanzados en los últimos años, el desarrollo urbano fue relegado a un segundo plano, de tal forma que desde una perspectiva histórica la deuda del MINVU en este contexto es alta” (Larraín Navarro, 1996: 43).

¹¹ Huelga decir que en los últimos años, en Chile, los eventos callejeros de mayor envergadura y efervescencia —y también de agresión— social han estado exclusivamente ligados al fútbol o al tenis.

Desde el punto de vista del conjunto de los ciudadanos, el “desorden” aludido se ha constituido en una ordenación altamente contraria a la interacción y convivencia del todo social, tendiéndose más bien a la estructuración de “ciudades propias” dentro del conjunto mayor, proceso en el cual se destacan los énfasis policiales propuestos por ciertos alcaldes de los sectores “altos” de la ciudad de Santiago, para la construcción de la “seguridad ciudadana”.¹²

Colapso arterial y agresión ciudadana

En el contexto de una ciudad desarticulada y segregante, cada día millones de chilenos, en especial santiaguinos demandados por responsabilidades sociales —principalmente laborales— deben transitar por las vías públicas de la ciudad. Cada día, en especial laboral, se observa un conglomerado humano que en las “horas pico” realiza significativos esfuerzos por abordar —del modo más expedito posible— su trabajo, su domicilio, su hogar.

En la calle —dominio de la ley del más fuerte— el propio bienestar no está asegurado y depende primordialmente de la magnitud y volumen de los sujetos/objetos circulantes. Así, es posible distinguir una jerarquía práctica de “pasos preferenciales” que —al menos en lo que al peatón respecta— viene a invertir las orientaciones reglamentarias formalmente vigentes.¹³

Dicha jerarquía comprende desde el desvalido peatón que en sus obligadas incursiones en el torrente automotor, debe conducirse profundamente a la defensiva, hasta las omnipotentes maquinarias del transporte colectivo que —en sus diversos formatos y dimensiones— dominan el escenario del tránsito diario, ante los ojos precavidos y no pocas veces agresivos de las especies de menor envergadura.

La construcción de esta jerarquía parece encontrarse siempre en proceso, de modo que el conjunto automotor practica rutinariamente, en su loca carrera, el código del más fuerte, o al menos el más osado, en

¹² Piénsese en la proliferación de rejas y condominios que, extremando el razonamiento, podría permitir hablar incluso de la emergencia de “barrios interiores” e incluso de “ciudadelas” particulares a las que sólo les faltaría cercar sus fronteras y controlar el ingreso de ciudadanos “extranjeros” y “nativos”.

¹³ Principalmente la Ley y el Reglamento del Tránsito de la República de Chile.

una competencia que en ocasiones bordea los límites de toda racionalidad. A lo anterior se añade la no menos intensa, hacinada y aplastante estampida que la masa emprende al inicio y término de la jornada, agravada probablemente por las muy precarias condiciones de transporte público que, al menos en Santiago, es usual observar.

A la vez, la propagación de temores y desconfianzas en relación con la vida pública —junto a la profundización del valor del consumo como medio de gratificación individual e integración social— actúa como impulso para un uso cada vez más extendido de medios de transporte propio (automóvil) que, en el afán de obtener comodidad y seguridad personal, contribuye a agravar las serias deficiencias de las arterias disponibles para una adecuada circulación.

El discurso social de la inseguridad

En la óptica de esta observación los aspectos “objetivos”, que podría señalarse para contribuir a explicar la ingrata vivencia de la vía pública (y de la vida pública) indicada, se vuelven actualmente más relevantes precisamente en la medida en que existen emociones “negativas”, a partir de las cuales se las significa y vivencia como claros indicadores de crisis e ingratitud. De este modo, no es extraño observar asociaciones más o menos indirectas entre la calle y diversas situaciones de riesgo, entre las cuales aquellas relativas a los “accidentes” de tránsito no resultan irrelevantes, especialmente para los grupos más indefensos (niños, jóvenes, mujeres, ancianos, etcétera).

Sin embargo, la calle es asociada también a otros factores de riesgo que, aunque de menor visibilidad, no resultan menos peligrosos. Según las conversaciones ciudadanas hoy circulantes, en la calle están las “malas juntas”, “la droga” y, por sobre todo, la delincuencia: el peligro por antonomasia. En efecto, junto a la anhelada celeridad del tránsito callejero, que en su habitual inviabilidad se traduce en desagrado, angustia, impotencia y muchas veces agresión, se encuentra de modo muy central una disposición a la sospecha y la desconfianza respecto de los actores —y sus lógicas— que ocupan el escenario de la calle.

Se trata, en el lenguaje en boga, de un sentimiento de inseguridad ciudadana, de una particular disposición a experimentar la ciudad como un lugar de riesgo e incertidumbre, muchas veces, vital. Algunas encuestas de

opinión tienden a mostrar una subjetividad alarmada que, muy centralmente, focaliza en el lugar público —la calle, el centro de la ciudad— los temores y desconfianzas enunciados. Por ejemplo, en un estudio realizado durante 1997 se encuentra que los lugares vividos con mayor incertidumbre son “el centro de la ciudad” y “los medios de transporte público” y, con menor frecuencia, las “calles de su barrio” y “su casa o departamento”.

¿DÓNDE SE SIENTE MÁS INSEGURO?¹⁴

De acuerdo con otros estudios consultados, cuando se indaga en torno a la significación que para las personas tiene la cuestión de la seguridad humana, es posible identificar un discurso de la inseguridad que aborda el concepto desde su ausencia o negación.¹⁵

En este sentido, se constata la expresión de una visión *atemorizada* que permite diferenciar, a lo menos, tres fuentes principales de ansiedad y tensión;

- El temor/miedo al delincuente/delincuencia cuyo tratamiento deja ver un temor a los otros en general.
- El temor/miedo a la inestabilidad laboral/socioeconómica, en cuyo abordaje se observa el temor a la exclusión social.
- El temor/miedo a la ausencia de sentido, en cuya tematización se percibe el temor al caos/locura social.

En un planteamiento esquemático, el referido discurso social de la seguridad/inseguridad humana contiene en su despliegue los siguientes elementos centrales.

De los elementos señalados, es el temor a la delincuencia el que se sitúa en un lugar central del discurso social de la inseguridad y, aunque el temor a la exclusión y al sinsentido socavan intensamente la tranquilidad social, produce un fuerte consenso más allá de las diferencias con que las otras dos fuentes de angustia son tematizadas por los diversos grupos socioeconómicos.

¹⁴ Fuente: elaborado sobre la base de Actitudes y Normas Culturales Sobre la Violencia en el Gran Santiago (OPS y SUR Profesionales, 1997).

¹⁵ En lo principal, véase PNUD, 1998.

Es en definitiva la tematización de la delincuencia sobre la que se condensa el conjunto de inseguridades que caracteriza la experiencia de lo público, constituyéndose así la figura del delincuente en verdadero elemento de catarsis para las emociones ciudadanas, sobre las que se configura una cultura del aislamiento, la desconfianza y el temor.

CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA CÁRCEL

¿No será acaso que la sociedad guarda en su memoria el rostro de los marginados: indios y mestizos, jóvenes y mujeres, desposeídos sobre los cuales ella edifica su propia seguridad ciudadana? (López, 1993.)

Crisis de ciudadanía, delincuencia y pobreza

La “crisis de ciudadanía” enunciada, entendida como la preponderancia de la sospecha en la interacción social, es base y resultado del quehacer de los medios de comunicación de masas que coinciden en subrayar una imagen de país dominado por una actividad delictual de tal magnitud que se trataría de una verdadera “emergencia nacional”, frente a la cual a la indefensión de los ciudadanos se sumaría la total insuficiencia e incapacidad de los organismos del Estado para su enfrentamiento.

Aun cuando en este contexto no resulta factible discutir la mayor o menor “validez objetiva” de la imagen de inseguridad ciudadana —proliferación de la delincuencia e inoperancia de su control estatal— difundida por los medios, cabe subrayar la incidencia que este discurso alarmado tiene sobre las prácticas sociales a las que se refiere. En efecto, dada la espectacularidad del fenómeno delictivo desarrollada por los medios, no resulta descabellado pensar que la alarma pública puede cumplir también una función de estimulación para quienes —desde la confianza del ciudadano corriente— resulta verosímil el que se está frente a una situación “objetivamente descontrolada”.

Los casos que diariamente se analiza en los “noticiarios” suelen mostrar no sólo la inoperancia de los organismos policiales y la indecisión del gobierno para enfrentar la “ola de delincuencia”, sino que también de/muestran la “facilidad” con que se puede cometer un crimen (especial-

mente económico) y burlar la acción de la ley. Estos planteamientos pueden no resultar indiferentes para las muchas personas —especialmente jóvenes— que, desde la exclusión económica y el anonimato social, pueden descubrir en ellos una valiosa oportunidad: “Profecías que se autorrealizan, a través de la instigación pública a cometer delitos mediante meta-mensajes como ser: la impunidad es absoluta; los menores pueden hacer cualquier cosa; los presos entran por una puerta y salen por otra; los jueces son débiles, etcétera” (Cervini, 1990: 11).

La perversión encubierta en este discurso es que, en alguna medida, viene a confirmar uno de sus supuestos centrales relativos a la naturaleza violenta del mundo popular, supuesto que ha sido formalizado en tanto representación social acerca de la “violencia de los pobladores” cuya lógica se expresa en el siguiente esquema (Tironi, 1990: 188):

La pobreza	<i>Induce</i> ⇒	a la frustración
La frustración	<i>Induce</i> ⇒	a la violencia
Luego, simplificando:		
La pobreza	<i>induce</i> ⇒	a la violencia.

Si bien es cierto que la imposibilidad de integración social de acuerdo con los cánones socialmente aceptados constituye una encrucijada difícil de sortear, la “violencia” no es una cualidad particularmente desarrollada en el mundo popular como queda demostrado por la pacífica tolerancia ejercitada durante largos años de un régimen autoritario, cuyo sello distintivo fue precisamente su clara orientación antipopular:

En síntesis: *i)* los pobladores no se caracterizan por índices elevados de orientación a la violencia ni de frustración; *ii)* entre éstos y la clase media no hay un patrón netamente diferenciado; y *iii)* mientras la frustración se incrementa levemente con la pobreza, la predisposición a la violencia tiende más bien a disminuir.¹⁶

¹⁶ “Ello dificulta la tarea interpretativa y lleva a suponer, por ejemplo, que el chileno ‘moderno’ es menos violento que el ‘tradicional’ y que el paso de una sociedad no diferenciada a otra más diferenciada iría acompañado de un proceso de creciente pacificación. En esto, al menos, ha consistido la promesa del paradigma de la modernización, a lo largo de la historia de este siglo. Sin embargo, al avanzar en la investigación ha sido necesario sacudirse de dichas categorías y comprender que los procesos de modernización conducen a la impersonalización creciente de la violencia y con ello a su universalización. Por lo mismo, la mitigación de la violencia que nos ‘amenaza’, no es tanto un problema técnico ni de diferenciación de esferas sociales, sino más bien, un problema ético” (Tironi, 1990).

La asociación unilateral entre delincuencia, violencia y crimen deja fuera, por otra parte, una amplia gama de delitos cometidos por otros grupos sociales (“de cuello blanco”) que no siempre se constituyen en cosa pública y que, en ningún caso, se esgrimen como argumentos para demostrar el carácter naturalmente violento de dichos grupos sociales.

La consecuencia fáctica de este razonamiento está dada por el olvido de las situaciones de fondo que generan tanto las condiciones de pobreza y exclusión que, sin duda, hacen de contexto al asunto delictual —en su cara más visibilizada— como la fragilidad ética y cultural de una sociedad que, centrada en el éxito económico propio, deja fuera a importantes sectores de su población (López, 1993):

El problema real se origina en una estructura de mercado donde su motor y principal aliciente, el consumo, margina a más de la mitad de la población; cuyas oportunidades de empleo y mejoras salariales en un esquema de optimización de los costos sociales de la producción, con miras a la competencia externa e interna de productos, son nulas (Fortunatti, 1993).

Como en las barras deportivas, donde la existencia de un “enemigo común” permite al propio grupo reforzar sus grados de cohesión e identidad, la imagen de los delincuentes (pobres) facilita a la sociedad la reconstitución de sus vínculos. Ello puede hacerse particularmente cierto en un contexto ciudadano marcado por la desconfianza, la sospecha y el temor. “A lo largo de nuestra investigación, el fenómeno social de la violencia ha ido emergiendo, pues, como una realidad anclada en las gramáticas sociales con ayuda de las cuales se estructura (se conserva y se reforma) el orden societal” (López, 1993).

Doctrina de seguridad nacional e (in)seguridad ciudadana

La principal función social que resulta de la “apocalipsis delincencial”, y del discurso de la (in)seguridad ciudadana articulado en su entorno, es la negación de la promesa fundacional de los gobiernos posdictatoriales, referida a la posibilidad de articular convivencia social más allá del principio del terror sobre el cual se intervino, se reorganizó y alteró profundamente la sociedad chilena durante la dictadura militar.

“La alegría ya viene”, eslogan de las campañas concertacionistas, es una de las afirmaciones más radicales que se ha efectuado en las conversaciones ciudadanas de las últimas décadas. Por su intermedio se formuló una promesa de importancia central para la historia del país que, no obstante, aparece cada vez más lejana y utópica, en una conversación dominada por un discurso de la inseguridad, centrado en la alarma pública de la delincuencia, y en una práctica urbana de ingratitud y agresión ciudadana.

A partir de la asunción de gobiernos democráticos en el continente, y debido a los cambios en el escenario internacional, la Doctrina de Seguridad Nacional pierde trascendencia, el tema del terrorismo es sustituido por la delincuencia y, para hacer referencia al orden y seguridad públicos, se empieza a utilizar con gran frecuencia el concepto de “*seguridad ciudadana*” (Caro, 1994).

La densidad de la imagen de la delincuencia como problema común y como “alteridad radical”, que viene a justificar la construcción de un Estado policial, resulta ser mucho mayor que la del “marxismo-leninismo” (también comunismo, terrorismo, etc.) con que se justificó la práctica de un Estado militar. En el primer caso, se posibilita mucho mayor identidad social que en la segunda situación, en especial en un contexto histórico en que la definición del “enemigo interno” que se proponía al conjunto social, representaba a sectores importantes de la ciudadanía.

En definitiva, la instalación en el país de un discurso de la (in)seguridad ciudadana, centrado en la figura —abstracta— de la delincuencia facilita la continuidad de un orden social basado en miedos y temores más que acuerdos colectivos. Como es evidente, ciudadanos atemorizados y encarcelados —real o simbólicamente—, junto con resultar de fácil manejo, constituyen una demanda de “dureza” en la intervención del Estado que hace imposible la realización de la poética radical contenida en la promesa fundacional de la transición democrática; no sólo la alegría no vino, sino que en su lugar se (re)instaló el temor.

En una lectura extremadamente sintética la estructura del argumento señalado se presenta en el siguiente esquema:

1973	1973-1988		1988	1989-1998	
<i>Golpe de Estado</i>	<i>Terrorismo de Estado</i>		<i>Plebiscito</i>	<i>Transición a la democracia</i>	
	Dimensión reactiva	Dimensión fundacional		Primer Periodo	Segundo Periodo
Exterminar el cáncer marxista	Orden social basado en el temor al enemigo interno: (comunismo)		a) La alegría ya viene	Orden social basado en los acuerdos sociales	
	Doctrina de Seguridad Nacional		b) Yo, o el caos	Orden social basado en el temor al enemigo interno: (delincuencia)	

Inevitablemente queda pendiente un cúmulo de preguntas relativas a los contenidos y proyecciones de las situaciones enunciadas, de entre las cuales cabe subrayar las siguientes.

¿Es que la sociedad chilena no se encuentra preparada para definirse a sí misma en función de objetivos menos reactivos, que defenderse del caos o de los diversos “enemigos internos” construidos socialmente en las últimas décadas —marxismo, comunismo, delincuencia, etcétera?

¿No se oculta tras la demanda de un Estado policial, y fuertemente carcelario, un proyecto de país incapaz de asumir los conflictos y dificultades sociales de un modo más racional y solidario?

¿Cuáles son las proyecciones de un país articulado principalmente en función de la promesa esplendorosa del consumo y la amenaza aterradoradora del desborde delincencial?

¿Será acaso que los objetivos de cambio y justicia social contenidos en las “ideas fuerzas” con que tradicionalmente se estructuró el quehacer político del país (“Gobernar es educar”, “La revolución en libertad”, “La vía chilena al socialismo”, etc.), deban ser en el futuro remplazados por prioridades menos solidarias, tales como “Gobernar es encarcelar”?

BIBLIOGRAFÍA

- BAVESTRELLO, Yolanda y Pablo Cortés (1997), *Mujeres en conflicto con el sistema penal*, Chile, Ministerio de Justicia, División de Defensa Social/ Servicio Nacional de la Mujer, Sernam/Gendarmería de Chile, Unicrim.
- CARO, Isaac (1994), "La inseguridad urbana: expresiones y causas", en Carlos Contreras (comp.), *El desarrollo social, tarea de todos*, Santiago, Comisión Sudamericana de Paz, Seguridad y Democracia.
- CERVINI, Raúl (1990), "Incidencia de las Mass Media en la expansión del control penal en Latinoamérica", en *Revista de Ciencias Penales*, Santiago, Instituto de Ciencias Penales de Chile, ICP, Editorial Conosur.
- DURKHEIM, Emile (1966), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- FORTUNATTI, Rodolfo (1993), "Más allá del umbral: trabajo y violencia estructural en Chile", en *La violencia en Chile. Estrategias de pacificación*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales, Ilades.
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente (1960), *Diccionario Ilustrado Latino-Español*, Barcelona, Editorial SPES, S.A.
- GIANINNI, Humberto (1997), *La 'reflexión' cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago, Editorial Universitaria.
- LARRAÍN NAVARRO, Patricio (1996), "La Consulta Nacional sobre política de desarrollo urbano en Chile: descripción de un proceso", en *Chile urbano*, Santiago, Programa de Gestión Urbana, PGU.
- LÓPEZ, Francisco (1993), "La violencia una gramática social perversa", en *La violencia en Chile. Estrategias de pacificación*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales, Ilades.
- OPS/SUR Profesionales (1997), *Proyecto ACTIVA*, Santiago, División de Organizaciones Sociales, DOS, Organización Panamericana de la Salud.
- PNUD (1998), "Seguridad humana", en *Paradojas de la modernidad*, PNUD.
- TIRONI, Eugenio (1990), *Autoritarismo, modernización y marginalidad*, Santiago, SUR Profesionales.

VISIONES Y VERSIONES. LOS JÓVENES Y LAS POLÍTICAS DE JUVENTUD

JOSÉ ANTONIO PÉREZ ISLAS*

No se puede ver que no se ve lo que no se ve.

Heinz von Foerster

PUNTO DE PARTIDA Y TRAYECTORIA

Para predecir el futuro hay que construirlo.

X-Files

La relación entre institucionalidad y juventud ha sufrido un proceso paulatino y constante de distanciamiento entre uno y otro. Las instituciones sociales llámense escuela, partido político, instancias de gobierno o aun de la misma familia (aunque en menor medida), cada vez le dicen menos a los jóvenes de nuestras sociedades actuales (Luengo G., 1996).

¿Por qué esta distancia entre la institucionalidad y los jóvenes?
¿Dónde se fracturó la relación, que si bien nunca fue plenamente armónica, ahora se plantea con una total desconfianza del uno hacia el otro?
¿Cuál debería ser el futuro de las políticas de juventud para que tuvieran los impactos que se desean?

En este breve espacio trataré de caracterizar cuál ha sido la trayectoria reciente de la relación entre las instituciones sociales y los jóvenes, haciendo hincapié especial en las instancias públicas, supuestamente responsables de diseñar y coordinar las acciones en favor de este seg-

* Sociólogo, coordinador del Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud del Instituto Mexicano de la Juventud.

mento de la población.¹ Se contextualizará este análisis en América Latina, como marco para entender lo que ha sucedido en México, que a pesar de sus propias especificidades, ha transitado por caminos similares en materia de juventud a los de otras latitudes del continente.

Empezaremos por el principio, que a veces más bien ha sido el final (en el doble sentido del término) de las políticas de juventud, preguntándonos sobre qué sujeto/actor es el objetivo de estas políticas, cuál es su mirada desde la institucionalidad; enseguida abordaremos cómo se han desarrollado históricamente las políticas de juventud y qué han logrado o han dejado de obtener, es decir, cuál ha sido la mirada adulta sobre los jóvenes; para terminar haciendo una reflexión sobre ciertas opciones que podrían intentarse, a manera de iniciar una discusión que debería ser parte central de la agenda nacional.

El punto de partida que propongo surge de la teoría elaborada a finales de los años sesenta por E. T. Hall (1997: 56-124) que afirma que la mirada es síntesis; influida profundamente por la cultura, cada uno de nosotros ve de diferente manera, según sea el género, la ubicación jerárquica o las experiencias adquiridas. La visión es el último sentido que desarrolla el hombre, el más especializado, el más eficaz para la recopilación de información y en ocasiones también para transmitirla. Por lo tanto, nuestro mundo visual contendrá no sólo lo que percibimos (física y simbólicamente) sino también lo que eliminamos: "Es llave en el arco del entendimiento humano el reconocer que en ciertos puntos críticos el hombre sintetiza la experiencia, o sea que el hombre aprende al ver y lo que aprende influye en lo que ve" (Hall, 1997: 85).

En este sentido, las relaciones entre instituciones y jóvenes han estado signadas por las diversas miradas que se han construido desde las diferentes posiciones de poder que ocupan cada uno en momentos históricos concretos, significando y resignificando sus perspectivas en función de la misma interacción establecida.

¹ Un estudio con mayor profundidad requeriría hacer lo propio de la relación entre juventud y la familia, la escuela, los medios masivos de difusión, los partidos políticos y las instituciones jurídicas. Todas ellas han contribuido, dentro de sus propios ámbitos, a generar esta relación complementaria o contradictoria entre las nuevas generaciones y las generaciones adultas; y todas ellas deberían, como veremos más adelante, ser parte de una política de juventud que se pretenda integral.

LA MIRADA JUVENIL

El problema ya no es el hacer homogéneos y “coherentes” diferentes puntos de vista; el problema es comprender cómo puntos de vista diferentes se producen recíprocamente.

Mauro Ceruti

La estructura jerárquica entre jóvenes y adultos que observamos hoy en la sociedad humana, en realidad solamente repite lo que la etología ha descubierto en las sociedades de primates y de los homínidos (Solana R., 1996: 19-25); en los primeros, los rangos, estatus y papeles dividen a los machos adultos de las hembras y de los animales jóvenes; en estos últimos, se produce un proceso de *juvenilización*, periodo dedicado a jugar, explorar y asimilar de modo innovador y perfeccionador los saberes adultos.

Este periodo, nos dice Edgar Morin (1992: 95 ss.), favorece en los homínidos la cerebralización y la complejización sociocultural, imbricando de tal manera los procesos biológicos con los culturales, donde es imposible separar lo que es individuo, sociedad y especie. Así se produce una relación totalmente articulada entre: “el *homo faber* y el hombre mitológico, entre el pensamiento objetivo-técnico-lógico-empírico y el pensamiento subjetivo-fantasmagórico-mítico-mágico; entre el hombre racional, consciente y capacitado para autocontrolarse y el hombre irracional, inconsciente e incontrolado” (Solana R., 1996: 30).

Esto encuentra estrecha relación con la sociedad adulta donde, como advertiría Jorge Luis Borges (1984: 29): “El sustantivo se forma por acumulación de adjetivos”; la sociedad ha encasillado a sus jóvenes con tantos calificativos, que ha construido una serie de máscaras sobre lo que se piensa o se supone que es la juventud; según esto los jóvenes son irresponsables, rebeldes, violentos, incontrolables, en una palabra, son lo instintivo, lo que está fuera de cauce (Morin lo llamaría *lo demens*, que posee el hombre), sin reconocer que esto forma parte complementaria de la cultura.

Esta búsqueda por *encauzar* el torrente juvenil ha generado una serie de contradicción que marcan al proceso de juventud; la primera se refiere a que, mientras biopsicológicamente el joven está apto para ejercer su protagonismo social, la misma sociedad no le otorga el certificado de actuación hasta que está *normalizado*; es decir, hasta que es un

adulto racional, responsable, controlable. Pero los mecanismos tradicionales de incorporación a la edad adulta han dejado de funcionar: la escuela ya no garantiza la incorporación al mercado de trabajo en condiciones óptimas para su desarrollo; así el empleo cuando se obtiene, no facilita la autonomización de la casa paterna (debido a los bajos ingresos) y, por lo tanto, la constitución de un nuevo núcleo familiar; en este sentido, si no se logra la separación de la autoridad paterna, se permanece en una situación de dependencia o semidependencia (ser y no ser a la vez), lo cual se puede repetir al infinito para cada uno de los contextos institucionales donde el joven actúe (escuela, partido político, Estado), convirtiéndose la contradicción el centro de la condición juvenil.

Lo joven adquiere desde la institución un estatus de indefinición y de subordinación; a los jóvenes se les prepara, se les forma, se les recluye, se les castiga y pocas veces se les reconoce como *otro*. En el mejor de los casos, se les concibe como *sujetos sujetados*, con posibilidades de tomar algunas decisiones, pero no todas; con capacidad de consumir pero no de producir, con potencialidades para el futuro pero no para el presente.

Nos dicen Herrero y Navarro (1997: 75) que la experiencia de los jóvenes ante las instituciones

[...] es un escenario de total extrañamiento: frente a sí mismo y a su propio cuerpo, frente a los espacios que habita, los roles establecidos, las normas, los valores (heredados o inducidos). Todo lo familiar se le presenta, ahora, como un escenario cuyo sentido aparece como algo “ajeno e independiente a mi existencia”. Ante tales condiciones, extrañamiento y “no pertenencia” se hacen casi sinónimos.

Este extrañamiento produce, en un primer momento, un proceso de negación para después ser resignificado y apropiárselo a su manera, reconstituyendo toda la amplitud simbólica cultural de su tradición. Esta apropiación no es algo que se da en un momento y ahí termina, sino que requiere de un quehacer continuo que sólo se da en la cotidianidad; y lo cotidiano —nos siguen diciendo Herrero y Navarro—, “no es lo meramente presente, sino lo que es resignificado y adquiere sentido todos los días” (1997: 73 ss).

He aquí la segunda contradicción, no sólo la institucionalidad le ofrece a los jóvenes un camino que ya no pueden recorrer para incorporarse a la vida adulta, sino lo que se les ofrece como *rutina* (por marcar

un concepto opuesto a “lo cotidiano”), se les proporciona como objeto ajeno y acabado, con el cual ellos nada tienen que ver, no se sienten identificados, no se oyen interpelados.

Es decir, el joven ya no se reconoce en *el otro* (el adulto) y, por lo tanto, busca identificarse con otros *otros*, que las más de las veces son sus mismos pares o en el peor de los casos, son los modelos de los medios de difusión masiva (los únicos que han sabido enajenarles y devolverles sus manifestaciones ya transformadas/comercializadas).

La *alteridad* es el medio por el cual los jóvenes generan su propia identidad, que se procesa no de manera lineal sino como un *videoclip*, con fragmentos caóticos de la vida cotidiana que van formando tantos escenarios como contextos diferenciados donde se mueve el joven. Esto deviene en la fragmentación de las identidades colectivas apareciendo como contraparte las llamadas *identidades restringidas*, que llaman a la individuación, pero no, como algunos afirman, a la individualidad (¿Generación X?), ya que siempre se elaboran referentes que permiten afianzar estas identidades con símbolos, los cuales posibilitan a los individuos no verse escindidos de su propia comunidad (Soto y Nateras, 1997: 16-19).

De esta forma, la vida cotidiana se ve regulada por dos dimensiones: 1) la dimensión personal de la política; y, 2) la dimensión política de lo personal. El nuevo movimiento social es, en rigor, una búsqueda de identidad en lo colectivo, en tanto que se basa en el derecho a la diferencia y desemboca con la búsqueda de los derechos igualitarios (Soto y Nateras, 1997: 20).

Este movimiento se percibe en escasas ocasiones por la institucionalidad, donde por su misma condición sedentaria, le es más difícil adaptarse al cambio. Así permanecen los estereotipos sobre los jóvenes concebidos en una sola dimensión estática, sea como estudiantes, como chavos banda, como campesinos, etcétera, sin articular el resto de las identidades que confluyen personal y colectivamente en los jóvenes.

Adicionalmente al interés por la temática juvenil, escribía ya alguna vez (Pérez Islas, 1996), tiene mucho que ver con la visibilidad del actuar social de los jóvenes; en otras palabras, sólo cuando los jóvenes son “problema” es cuando se piensa en ellos y a veces más con el sentido común que con información certera y cercana sobre lo que piensan y sienten en realidad.

Esta contradicción de puntos de vista (de miradas) entre el mundo adulto y el mundo joven, han llevado a intentar distintas formas de institucionalidad que, la mayor parte de las veces, no penetra en los horizontes y procesos juveniles que se han descrito.

LA MIRADA INSTITUCIONAL

El saber consiste en poder obrar adecuadamente.

Humberto R. Maturana

Bien afirma Alain Touraine (1996: 37-39) que la sociedad posee una doble y contradictoria representación de su juventud: o deposita en ella su total confianza como instrumento de la modernización (supone que va a tener una vida mejor, con una educación más completa, una mayor calidad de vida, etcétera) o, por el contrario, la percibe como un sector marginal y hasta peligroso para la paz social.

Lo preocupante es que estas *representaciones-tipo* son la base sobre las cuales se diseñan políticas públicas, sobre todo desde las instituciones gubernamentales pero, en ocasiones, también desde las organizaciones políticas, las instituciones académicas y las organizaciones no gubernamentales, convirtiéndose a fin de cuentas en un juego de espejos, donde los jóvenes son lo que se dice sobre ellos, mientras que lo que ellos son, no se dice; en otras palabras, las categorías construidas desde las instituciones poco se refieren a las condiciones reales que viven los diferentes y heterogéneos grupos juveniles de una sociedad.

Pocas veces se ha prestado la suficiente atención a estas conceptualizaciones de lo joven, presuponiendo que todos entendemos lo mismo y que todo este sector poblacional transita por los mismos procesos. La escasa o nula explicitación del sujeto de atención o del grupo por intervenir, deviene en un imaginario social que muchas veces se convierte en imaginiería social, por su escaso sustento real y conceptual.

Si a estas representaciones o estereotipos se añaden las escasas conexiones que existen entre el conocimiento sobre los jóvenes (que se produce escasamente en universidades y centros de investigación, por cierto, también de manera dispersa) y los que toman decisiones políticas y administrativas, todo confluye para generar un coctel que podríamos llamar “confusión”, sobre lo que se pretende hacer *a/ante/bajo/con/contra/de/desde/en/entre/hacia/hasta/para/por/según/sin/sobre/tras* los jóvenes.

La misma escuela, que ha sido la institución que más sistemáticamente ha reflexionado sobre el tema, pocas veces se ha planteado el asunto desde la perspectiva juvenil. Los sistemas pedagógicos, la relación maestro-alumno, las estructuras administrativas, todo, se piensa desde la mirada adulta que busca *formar a los que apenas empiezan a vivir*. La experiencia, la institucionalidad siempre desean encauzar el torrente que significa la juventud mediante una educación que genere pasividad y obediencia (cf. Casillas, 1998: 12-27).

Cuatro han sido a mi modo de ver las tendencias generales que han permeado esta mirada institucional sobre los jóvenes:

- Concebir a la juventud como una etapa transitoria, y por lo tanto, “una enfermedad que se cura con el tiempo”; trivializando su actuación (Herrero y Navarro, 1997: 77) como factor fundamental de renovación cultural de la sociedad.
- Enviarla al futuro, creyendo que los jóvenes ya tendrán su oportunidad cuando sean adultos, por lo tanto, ahora sólo son la “esperanza del futuro”, mientras, hay que entretenerlos.
- Se les idealiza, o todos son buenos o todos son peligrosos, que no es más que la otra cara de la descalificación de su actuar y la preocupación sobre su control.
- La homogeneización de lo juvenil, persistiendo la idea de los roles totales que hace buen tiempo han dejado de actuar, elaborando acciones y programas que tienen que ver con todo y a la vez con nada.

Particularmente, en el contexto latinoamericano, estos presupuestos conceptuales, que se han convertido más bien en prejuicios implícitos, han definido, *sin querer queriendo*, las políticas de juventud. De lo anterior, se han construido cuatro “tipos ideales” hegemónicos (bajo la perspectiva weberiana) que se podrían sintetizar así (Rodríguez, 1996: 5-12).²

El modelo de educación y tiempo libre con jóvenes “integrados”

Aunque con sus propias particularidades según el país de que se trate, este modelo surge en la década de los cincuenta bajo el contexto de los

² Sigo en lo general el esquema propuesto por Ernesto Rodríguez, aunque con algunas modificaciones de interpretación.

procesos de industrialización, poniendo el énfasis en la incorporación creciente de los sectores juveniles a los sistemas educativos nacionales, fundamentalmente en el nivel de instrucción básica. La apuesta gubernamental en materia de políticas que tenían que ver con los jóvenes, estaba centrada en la movilidad social que representaba el acceso a mejores niveles de escolaridad, lo que permitiría a las nuevas generaciones el acceso a mejores niveles de escolaridad, lo que permitiría a las nuevas generaciones el acceso a los beneficios que el desarrollo prometía.

En paralelo, dentro de las escasas instituciones específicas para la atención juvenil que existían durante los años cincuenta y que se fueron multiplicando en la década siguiente en el continente latinoamericano, se instrumentó una estrategia preocupada por brindar oportunidades para el uso adecuado del llamado "tiempo libre", que incluían actividades deportivas, recreativas y culturales cuyo fin era complementar las actividades escolares y evitar que los jóvenes cayeran en conductas "peligrosas" (drogas, relaciones sexuales irresponsables, etcétera).

En el trasfondo de este modelo se presuponían dos situaciones: la primera, que los jóvenes dividían su tiempo entre la escuela y cómo "pasarla bien" y la segunda, que todos los jóvenes se encontraban integrados a este proceso educativo-formal de preparación para ser adultos. No contemplándose en esta perspectiva a otros sectores excluidos del propio sistema escolar, a quienes en el peor de los casos sólo se identificaba con actividades delincuenciales.

De hecho esta concepción va a producir el primer "matrimonio", la juventud ligada a las instituciones deportivas, marcando en definitiva a las políticas públicas en esta materia, en todo el mundo, "como si el único problema de la juventud fuese el realizar actividades físicas y deportivas, y como si el deporte estuviese únicamente reservado a los jóvenes" (Langlais, J. L., 1984: 58). Así encontramos en América Latina los ministerios o instancias similares de "la juventud y el deporte" (Colombia, Bolivia y Costa Rica hasta 1975 conservaban estas denominaciones) y en los que no se explicitaba el análisis de sus programas, revelando así una inclinación hacia esta perspectiva, como en el caso de México y su Instituto Nacional de la Juventud (INJM) (OEA, 1975).

El modelo de control social de sectores juveniles "movilizados"

Este segundo modelo gestado en la década de los sesenta surge como respuesta a las crecientes movilizaciones juveniles que se dieron en esa época, básicamente estudiantiles, que más tarde empezaron a influir en la formación de agrupaciones políticas vinculadas con las ideologías de izquierda y que en algunos casos alimentaron los movimientos guerrilleros, pero también a las nuevas manifestaciones culturales que se empezaban a difundir en torno al rock.

Las respuestas de las instituciones gubernamentales, en la mayoría de los casos, del continente latinoamericano fue acrecentar y/o trasladar las funciones de control social que clásicamente cumplían los ministerios del Interior a las instancias más específicamente ligadas a la promoción juvenil. En Argentina, por ejemplo, el gobierno militar prohibió la actividad política en la universidades (recordar en 1966 "La noche de los bastones largos"). Acciones similares ocurrieron en Brasil con la supresión de la autonomía universitaria en 1964; la noche de Tlatelolco de 1968 en México, y la ocupación militar de tres universidades autónomas de Venezuela en 1969 (Rodríguez y Dabezies, 1991: 162). Esta estrategia se centró en tratar de impedir, por un lado, que los movimientos estudiantiles salieran de sus campus universitarios para vincularse a otras movilizaciones sociales.

A pesar de que esta política cumplió con sus fines en algunos casos, en otros, las luchas de los estudiantes se vincularon a reivindicaciones y propuestas más generales que cuestionaban el poder del Estado, haciendo que las preocupaciones sobre lo específicamente juvenil se diluyeran en otros temas vinculadas con la justicia social, la paz, etcétera.

Por otro lado, una vez pasados los momentos álgidos de los movimientos universitarios, esta política se transformó en acciones más sutiles de control, donde se detectaban a los líderes y organizaciones estudiantiles, buscando su cooptación simple y llana o, en el mejor de los casos, ofreciendo espacios para que sus inconformidades pudieran negociarse tempranamente y no cundieran hacia otros grupos o ámbitos. Adicionalmente, las preocupaciones institucionales se centraron en combatir y desprestigiar las prácticas que comenzaron a desafiar las "buenas costumbres"; como en Argentina, donde la policía allanaba albergues transitorios, se detenía a parejas jóvenes en situaciones "comprometidas" o era usual pasar la noche en la comisaría por el solo hecho de tener cabello largo o por

asistir a conciertos de rock (Balardini, 1998: 108-111). En México, aunque no se dio una persecución como tal, a decir de Maritza Urteaga (1998: 102-103), el concierto masivo de Avándaro en 1971 “significó para los rockeros lo que Tlatelolco al movimiento estudiantil del 68”, pues al rock mexicano se le prohibió presentarse en vivo y transmitirse por la radio, las disquerías vetaron la grabación de este tipo de música y el gobierno clausuró cuanto lugar se atrevía a presentar rock.

La herencia de este modelo influyó para que durante un periodo importante se identificara casi exclusivamente como sujeto de atención al “estudiante” clasemediero, que se convirtió en sinónimo de “joven”, dejando de priorizarse a otros sectores juveniles que no se apegaban a este estereotipo.

El modelo de enfrentamiento a la pobreza y la prevención del delito

La famosa “década perdida” de los ochenta comenzó a extraviarse cuando en el continente latinoamericano, después de los regímenes populistas le siguieron los gobiernos militares; así, cuando regresaron los estados democráticos hubo que recomponer economías en recesión y totalmente endeudadas, encontrándose con grandes sectores sumidos en la pobreza.

En el ámbito de la juventud, los nuevos protagonistas surgieron de los sectores llamados populares urbanos, La famosa consigna del movimiento estudiantil de mayo del 68 en París, *la calle vencerá*, se hizo realidad en nuestro continente, aunque en un sentido totalmente distinto, pues la calle venció al volverse única posesión de las originalmente llamadas pandillas juveniles, que adquirirían diversas denominaciones en los diferentes países: bandas, maras, etcétera.

Aunque la primera reacción de los gobiernos y de la sociedad en general fue identificar a estos grupos como meros delincuentes, pronto, ante los notorios problemas generados por los programas de ajuste económico, se instrumentó una serie de acciones de combate a la pobreza, que compensatoriamente transferían, en forma directa, recursos a los sectores más empobrecidos.

Algunas políticas que incidían en los jóvenes se insertaron en este marco, muchas de ellas diluidas dentro de las líneas generales, otras, dirigidas con mayor especificidad a la población juvenil, pero todas con dos aspectos en común: ser concebidas como mecanismos para prevención de

delitos y, ser instrumentadas por instituciones distintas a las responsables de los programas para jóvenes, mostrando una realidad que ya en ese momento era un secreto a voces: la total debilidad institucional que poseen los organismos públicos dedicados “especialmente” a la juventud.

Aquí se insertan los programas instrumentados por los llamados “fondos de inversión social” que se desarrollaron primigeniamente en Costa Rica (1975) y más tarde en Bolivia (1986), pero que se generalizarían en toda América Latina durante los inicios de la década de los noventa; su propósito era obtener recursos —principal aunque no exclusivamente de organismos externos— para canalizarlos a programas y proyectos sociales específicos, donde las instituciones gubernamentales no los ejecutaban, sino que actuaban como intermediadoras para la selección, financiamiento y fiscalización de organizaciones privadas y sociales responsables de dichos proyectos. La mayoría de los ámbitos que cubrían tenía que ver con la educación, la salud, la capacitación o el saneamiento básico de comunidades pobres y/o rurales, incluyéndose entre los sectores por atender a los jóvenes (CEPAL, 1997: 106-109).

Quizá México fue el único país donde la institución gubernamental para jóvenes logró en este periodo instrumentar un programa según el modelo; el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (crea) a partir de 1984 impulsa el Programa de Fomento Económico (focrea) dirigido a jóvenes de escasos recursos (urbanos y rurales) que integraba, junto al Sistema Plan Joven (tarjeta de descuentos), el proyecto de Empresas Juveniles y el de la Promotora Juvenil de Servicios, a través de los cuales organizaba asesoraba y financiaba a grupos de jóvenes para que desarrollaran de manera autogestionaria sus propios empleos (Pérez Islas, 1995: 175).

Rodríguez (1996: 10) llama la atención sobre un aspecto que en los años ochenta comenzó a preocupar a las sociedades latinoamericanas: el narcotráfico, donde es obvio que se coopta a importantes grupos de jóvenes, tanto en la producción, elaboración, distribución y comercio como en su consumo. Pocos estudios existen al respecto para saber con precisión el impacto en los sectores juveniles de esta actividad; sólo podemos ver algunos efectos como el caso de los “sicarios” de Colombia, jóvenes dedicados al secuestro y homicidio por encargo, vinculados o no a los cárteles de la droga, pero a la vez cumpliendo una función de defensa del espacio y de sobrevivencia en los barrios marginales (Salazar J., 1994).

En este tema, tanto las políticas públicas generales como las específicas de juventud tienen un valladar difícil de superar, que se ha acentuado hasta la actualidad debido a los niveles de pobreza que a la fecha siguen persistiendo.

El modelo de la inserción laboral de los jóvenes “excluidos”

En la década de los noventa empieza a generalizarse este nuevo modelo en América Latina que pretende superar el estilo reactivo que tenían los anteriores. Su preocupación central es incorporar a jóvenes excluidos a los mercados de trabajo formales mediante capacitación en periodos cortos y vinculados con las necesidades de empresas específicas.

Este modelo iniciado en Chile y después replicado en otros países sur y centroamericanos ha tenido el aporte financiero de instituciones internacionales como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), y aunque en la concepción básica que sobre el sector juvenil se puede observar, hay un avance significativo respecto a los otros modelos, no está exento de contradicciones.

Entre los principales avances logrados está su concepción de los jóvenes como un sector estratégico para el desarrollo de los países, superando los estrechos límites de las políticas compensatorias, que parecían más bien resultado de los “cargos de conciencia” que sobre la justicia social generaba la aplicación de los ajustes económicos. Otras características novedosas es su focalidad específica hacia el sector juvenil y los importantes montos que se invierten en los proyectos (en Chile alcanzan, en su primera etapa, los 83 millones de dólares) (MTPS, 1994: 22).

El modelo, además, concierne por primera vez en la capacitación a los sectores sociales (organizaciones no gubernamentales, universidades, etcétera) y a los empresarios privados en la contratación temporal de los capacitandos. El Estado se retira así del papel de ejecutor directo (tal y como empezó a hacerlo en los fondos de inversión social) y centra sus funciones en el diagnóstico, diseño de la oferta, financiamiento, administración, regulación, evaluación y monitoreo (Cinterfor/ OIT, 1997: 22-34).

Otros países adoptaron el modelo chileno con similares estrategias como Proyecto Joven en Argentina que se inicia en 1994 con el objeto de capacitar a 100 mil jóvenes de escasos recursos (Mitnik, F., 1997: 103-141) y, ProJoven en Uruguay, que también se comienza a diseñar desde

1994 y se implanta a partir de 1996 por tres años, susceptibles de renovación, siendo su meta atender a 5 000 jóvenes durante el primer año y 2 000 adicionales al siguiente (Lasida y Pereira, 1997: 183-217). Por lo que respecta a México, un proyecto de estas características nunca se ha desarrollado; en materia de empleo juvenil persisten las acciones aisladas.

No obstante, la crítica principal se refiere a que, pensados en su origen como un instrumento que podía modificar sobre todo las tendencias de desempleo juvenil (las tasas de desocupación de los jóvenes duplican las tasas generales de la población), la realidad ha demostrado que su impacto se queda en ser nuevos mecanismos de capacitación, que poco inciden en las condiciones de empleabilidad juvenil (Medina C., 1996).

De hecho, los logros obtenidos en algunos países como Chile se producen gracias al mejoramiento global de la economía nacional, que se vuelve un prerrequisito para que este tipo de programas tenga éxito y no al revés, es decir, que estas acciones modifiquen las tendencias económicas generales en materia de ocupación de los jóvenes. Al mismo tiempo, en su mayoría estos programas han sido aplicados bajo la responsabilidad de los ministerios de Trabajo o de Planificación, donde las instancias especializadas en la atención de los jóvenes poca injerencia han tenido, lo que refuerza su debilidad institucional dentro de los gobiernos (Cinterfor/OIT, 1997).

Bien afirma Rodríguez (1996: 12) que estos modelos ideales propuestos, nunca se pueden observar en la realidad en su estado puro, sino más bien todos, de alguna manera, se han ido combinando y a veces acumulando al paso del tiempo, siendo destacados en algún momento dado, según los intereses de las "clases dirigentes" o la perspectiva de los funcionarios en turno; lo que genera, algunas veces, acciones diferentes y hasta contradictorias.

Sobre la concreción de estos modelos en México ya se ha hecho en otros lugares una revisión de lo realizado (Pérez Islas, 1995 y 1996b), por lo que sólo valdría comentar algunas de las conclusiones principales:

- El Estado mexicano moderno (1940 a la fecha) se ha preocupado de tres aspectos básicos de sus jóvenes:³ la instrucción, el control y el deporte/recreación; lo que a pesar de todo, no es mucho pero de

³ No habría que olvidar también todas las políticas de salud que de igual manera han abatido las tasas de mortalidad infantil; cuyo objetivo si bien son los niños y pocas acciones tienen en las edades subsiguientes, son un requisito indispensable para la salud juvenil.

ninguna manera poco. Fuera de eso, las políticas de juventud se han restringido a una institución que, dependiendo del momento, pudo lograr mayores o menores logros con sus acciones (el Instituto Nacional de la Juventud —INJM/Injuve— y el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud —CREA— quizá en su momento fueron los que mejores cuentas entregaron); pero siempre sus líneas de trabajo estuvieron supeditadas al funcionario en turno y a su comprensión y compromiso con el tema.

- La mirada del Estado mexicano sobre sus jóvenes ha pasado así de la juventud “divino tesoro” en la década de los cincuenta, la juventud “divino problema” de los sesenta; la juventud “divina desconocida” de los setenta; la juventud “divina delincuente” de los ochenta; a finalmente la juventud “divino desmadre” de los noventa.
- Dos aspectos llaman la atención, en esta última década, sobre las preocupaciones que la sociedad mexicana tiene sobre sus jóvenes (que no necesariamente coinciden con las de ellos). La primera, el acento que ha puesto sobre el tema de las adicciones; una revisión realizada en el periodo de la administración de Salinas de Gortari, cuando prácticamente el Estado mexicano se retira de la atención a los jóvenes y se fragmentan los programas en multiplicidad de pequeñas áreas en diversas dependencias (Pérez Islas, 1995: 97-112), nos muestra que tanto desde el ámbito gubernamental como del privado y del social, se invierte una buena cantidad de recursos financieros, materiales y humanos en asuntos de prevención y tratamiento del consumo de drogas, preocupados, a mi modo de ver, más por las consecuencias que por las causas.
- La segunda cuestión, también vinculada con el retiro gubernamental en la atención a jóvenes, es que el vacío dejado posibilitó el interés de organizaciones civiles y universitarias por discutir y actuar programas de juventud, abriéndose un abanico muy interesante de vertientes. Las mismas organizaciones juveniles antes sobrepolitizadas adquirieron nuevas perspectivas de trabajo sobre temas específicos: ecología, sexualidad, trabajo comunitario, etcétera (Serna H., Leslie, 1997: 51-57).

En síntesis, podría decirse, para concluir este apartado, que las dos miradas diferentes y opuestas sobre jóvenes e instituciones han abierto una brecha entre ambos actores; no solamente caminan en paralelo, sino

que están viendo en direcciones distintas; entonces la pregunta sería: ¿es posible buscar puntos de referencia comunes para lograr la integración social, que es a fin de cuentas el objetivo de ambos? Se intentará a continuación aportar algunas ideas al respecto.

CONSTRUIR NUEVAS MIRADAS

En el momento en que un miembro de un sistema de interacción cambia su visión del sistema, existe la posibilidad (o el peligro) de que cambie todo el sistema.

Fritz B. Simon

La rápida revisión histórica realizada sobre las diferentes *miradas* que se han adoptado en torno a la juventud, nos llevaría inexorablemente a concluir con Mario Bini que “la historia de la juventud aparece como la historia de una *clase peligrosa* que se confronta con la sociedad adulta, y cómo ésta, a través de sus instituciones, busca transformarla en una *clase trabajadora*” (1981: VI-VII).

¿Será posible cambiar esta mirada? Sobre todo si observamos, como lo hemos apuntado antes, que en la actualidad esta búsqueda para integrar a las nuevas generaciones tiene grandes contradicciones por resolver; sobre todo en una estructura social que está en proceso de transformación al pasar de ser una sociedad vertical, basada en las clases sociales, a una sociedad horizontal, conformada por centros y periferias; donde lo importante ya no es saber si se está *arriba* o *abajo*, sino si uno se encuentra *dentro* o *fuera*. Es decir, si estamos hablando de participación o exclusión (Touraine, 1992: 201-207).

Existen dos ámbitos donde habría que ubicar el análisis sobre la relación jóvenes-institucionalidad: uno que podríamos llamar *externo*, relacionado con el contexto general de las políticas sociales y el entorno económico donde se están desarrollando; y el otro *interno*, vinculado con la propia construcción de las políticas de juventud y su perspectiva de operación. Veamos cada uno de ellos.

La política social y las políticas de juventud

Si entendemos por políticas sociales al “conjunto de instituciones, programas y mecanismos [prestados o regulados por el Estado] cuyo denominador común es que sus componentes están orientados a incidir en las condiciones de vida, la socialización y la reproducción de la población” (Duhau, 1995: 62); las acciones del Estado que se implementen en este campo estarán incidiendo en lo fundamental en la constitución de la ciudadanía del sector juvenil.

Pero independientemente de la exposición conceptual, histórica y política que implica referirse a la “reforma del Estado”, en términos concretos y en pocas palabras, esto ha significado una estrategia de racionalización de los recursos públicos, consistente en cambiar la vieja forma de intervención económica estatal sustituyéndola por una nueva, centrada en la vinculación con el exterior, cuyos dos objetivos principales son: crear una economía de mercado competitiva a nivel internacional y transformar los instrumentos de intervención del Estado, estrictamente en funciones de regulación (Millán, R. y F. Valdés, 1996: 146-147).

En esta nueva etapa que se ha dado por llamar del Estado neoliberal, parece ser que se están superando las concepciones maniqueístas que contraponían al Estado con el mercado; percibiéndose más bien que nos encontramos ante un nuevo “acomodo de poder”; donde si bien la participación estatal se retira de las decisiones microeconómicas, su intervención en los ámbitos macroeconómicos es decisiva para las opciones a que se enfrentan los diversos actores en el mercado.

A la actitud reactiva que antes tenía el Estado para aminorar los sesgos del mercado, se pasa ahora a una actitud de reforzamiento de ciertas esferas, necesarias para apoyar el ciclo económico, beneficiando a ciertos actores y relegando a otros. Lo cierto es que en periodos de crisis los mismos actores del mercado demandan la intervención estatal para conseguir sus objetivos. El resultado es, en pocas palabras, otro tipo de Estado y otro tipo de mercado, diferentes a los anteriormente conocidos.

En el ámbito de lo específicamente social, el modelo del “Estado de Bienestar o benefactor” en América Latina nunca se pudo desarrollar de la misma manera y amplitud como sucedió en Europa y en Estados Unidos, donde las políticas sociales generadas impulsaron dos tipos de acciones: las de *seguridad social* (para la protección del ingreso de los trabajadores y para la regulación de la entrada y salida del mercado de

trabajo) y los programas de *asistencia social* (beneficios no ligados a la aportación de un seguro social, pero que al ser convertidos en derecho pasan a formar parte de la primera).

En los países latinoamericanos más bien habría que hablar de “Estado de seguridad social limitada” como lo ha llamado Duhau, dado que el seguro social, por la escasa generalización de la condición de trabajador asalariado, no ha tenido una cobertura amplia y los programas de asistencia social han sido orientados a mitigar las situaciones de pobreza genérica. Además de que el estatuto de ciudadanía en el continente ha estado conformado por regímenes populistas, autoritarios o dictatoriales cuyas políticas sociales se negociaban o estaba mediadas por representaciones sectoriales que generaban sistemas de seguridad social muy fragmentados (Duhau, 1995: 65-76).

Es en este contexto donde se debe ubicar la actual discusión de las políticas sociales generales y específicamente las de juventud, muy diferente del debate que existía en las décadas de los años cincuenta o de los setenta en el continente latinoamericano; en los primeros centrado en torno a la ciudadanía social y, en los segundos, en la relación entre consumos colectivos y acumulación de capital (Vilas, 1995: 16-20).

La acumulación basada en la ampliación del mercado interno buscó promover el empleo, el salario remunerador y, por consecuencia, el consumo individual y colectivo; además de estar estrechamente ligado a la ampliación de los espacios de participación política y social; donde los ciudadanos adquirieron entonces la titularidad de los derechos a los servicios y satisfactores de salud, educación, vivienda, recreación, etcétera.

En ese momento y con diferencia de ritmos, según los contextos nacionales de cada país, los actores protagónicos fueron el Estado, los sindicatos y la empresa privada; la política social se desarrolló mediante los sindicatos que atendían a sus agremiados y a los grupos “pasivos” (amas de casa, niños, jóvenes y a los jubilados o pensionados), mientras que el Estado dedicaba recursos a los que no se encontraban en el mercado formal (desempleados e incapacitados). Esto permitió la incorporación de amplios sectores, sobre todo urbanos, a las instituciones, lo cual benefició en particular a las nuevas generaciones (niños y jóvenes), mediante el acceso a la educación y a los servicios de salud, dotando al mismo tiempo de una amplia legitimidad al Estado (Vilas, 1996: 113).

En los jóvenes, las políticas sociales generales crearon condiciones para su acceso al empleo y al salario; esto se tradujo fundamentalmente

en la preocupación por erradicar el analfabetismo, expandir la enseñanza básica e impulsar la instrucción media y superior, además de atender la enseñanza técnica; “[...] el papel fundamental que se le atribuyó a la educación para el logro de un mejor futuro convirtió a la política educativa en un elemento importantísimo de acuerdos y conflictos sociales y de legitimación política” (Suárez Z. 1994: 17).

Durante esta etapa el proceso de gestación de las políticas transcurre dentro del aparato de Estado (el gobierno) y se pone especial énfasis en la etapa de formulación, siguiendo las reglas del procedimiento de asignación presupuestal a las distintas fases de sus programas que se saben ya institucionalizados (Moreno, 1994: 113). Por lo tanto, la relación con los sectores juveniles se da a través de presupuestos para sus organizaciones corporativas, sea ligadas a los partidos políticos (fundamentalmente con las del Partido Revolucionario Institucional) o con las organizaciones estudiantiles (sobre todo las oficiales).

En este sentido, el llamado Estado de bienestar tiene muchas aristas criticables, de entre ellas destacan (Duhau, 1997: 187; Moreno, 1994: 113):

- El estilo burocrático, donde poco caben la innovación y la competencia por fondos.
- Una relación corporativista con los grupos que atiende, donde la asignación del gasto se orienta de acuerdo con las presiones que hacen los grupos clientelares.
- Una administración centralista y vertical que destina los presupuestos según una asignación histórica del gasto, con una definición muy ambigua de los grupos destinatarios.
- El énfasis en políticas sectoriales y su consecuente ausencia de iniciativas articuladas, lo que genera superposición de clientelas.

Estas críticas las asume el nuevo modelo como la base para impugnar, sobre todo, los dos principios básicos del Estado de bienestar: el acceso universal y el papel redistributivo de las políticas sociales. A partir de aquí, cuatro factores marcarán una nueva forma de hacer política social (Millán, R. y F. Valdés, 1996: 148-149):

- a) La escasez pública, donde se asume que el Estado no puede por sí sólo hacerse cargo de todas las variables que constituyen el equilibrio social.

- b) La crisis de eficiencia en la administración y gestión de las instancias generadoras de coberturas sociales.
- c) La suspensión de los mecanismos tradicionales de formación de consensos entre los diferentes actores sociales.
- d) La ruptura de la homogeneidad de los sectores por atender, impuesta por las formas corporativas de agregación tradicionales.

La política social, entonces, se convertirá en el conjunto de decisiones y acciones económicas y asistenciales dirigidas a asegurar “la igualdad de oportunidades de los individuos”, pero no del bienestar general. Los servicios que se brinden los podrán ofrecer tanto el Estado como otros agentes privados, con un horizonte temporal de corto plazo. Así, la característica principal de un “bien público” será que sus beneficios sean indivisibles, por lo tanto, sólo quedarán como tales y exclusivos del Estado: la seguridad y la defensa nacional, algunas acciones de salud preventiva y la impartición de la educación básica; fuera de esto, todo es vendible y comercializable (Moreno, 1994: 114-116).

A partir de aquí se instrumentarán tres líneas de acción (Vilas, 1996: 119-125):

- La privatización: que implica prácticamente el abandono del concepto “servicio público”.
- La focalización: contra el principio del universalismo que tenían las anteriores políticas. Concepto que implica, además, selectividad y un uso más eficiente de los escasos recursos que el Estado posee.
- La descentralización: para que sobre todo las instancias locales (fundamentalmente el municipio y en algunas países ciertas organizaciones no gubernamentales) se encarguen de la ejecución, aunque la definición siga elaborándose centralmente.

De esta manera, los Estados nacionales adquieren otro perfil:

- Abandonan sus funciones de promoción e integración social, contribuyendo a la definición de ganadores y perdedores.
- El concepto de desarrollo social se diluye y se sustituye por el de compensación social.
- El paradigma de la política social es básicamente el combate a la pobreza, sobre todo la pobreza extrema.

En la práctica esas decisiones no se encuentran libres de conflictos y problemas; por una parte, la privatización no necesariamente ha mejorado la calidad de los servicios y sí en cambio acentúa la estratificación de los usuarios; por otra, la focalización no ha superado las relaciones clientelares y tampoco ha concentrado sus impactos en los sectores más pobres como se esperaba, debido a la forma de selección de los grupos destinatarios, donde no necesariamente los más pobres son los más organizados; mientras que en materia de descentralización, la formación deficiente de las capacidades organizativas y administrativas en los niveles municipales o locales han complicado o impedido que asuman sus nuevas responsabilidades de manera eficiente (Vilas, 1996: 119-125).

Como podemos observar en este esquemático recorrido, no todo es blanco, ni todo es negro y la reforma del Estado en materia de políticas sociales tiene mucho camino por andar.

Los mecanismos institucionales de gestión tradicional no han sido sustituidos todavía por organismos que permitan un nuevo arreglo entre los diversos actores y las instancias estatales de la política social (Millán, R. y F. Valdés, 1996: 152-153). Por otra parte, aunque en este nuevo modelo sí se puede percibir en ciertos casos una mayor participación de la población en las instancias locales de gestión y con mayor éxito, otros elementos necesarios están ausentes en los grupos sociales más necesitados como serían: la organización, el sentido de eficacia y adecuados cimientos de educación organizativa.

Estamos pues ante una reducción de la amplitud de la política social, que presenta el problema de la asignación social de responsabilidades, que sólo es posible resolver mediante cuatro elementos:

- Una institucionalidad correlativa, donde el Estado y sus políticas públicas sean más decisivas que el propio mercado, en la redefinición entre perdedores y ganadores (Vilas, 1996: 131).
- Una cultura política y asistencial determinada que redefina también los principios de solidaridad y su relación con los derechos colectivos e individuales; es decir, con la constitución y formas de acceso a la calidad plena de ciudadano de todos los sectores.
- Un nuevo acuerdo a propósito de la reglas de equidad, que tendrán que equilibrar necesariamente las relaciones entre políticas universales y políticas particularistas (Millán, R. y F. Valdés, 1996: 150-151).

- La regulación mediante principios jurídicos, del acceso a los beneficios que deberían brindar las políticas sociales, para que no puedan ser modificadas por simples decisiones administrativas y donde el acceso a estos beneficios sea un derecho y no una mera posibilidad (Duhau, 1997: 204-205).

En la actualidad la reciente preocupación sobre el deterioro social que se ha suscitado en los gobiernos y en los mismos organismos internacionales, tiene que ver con los problemas de estabilidad política y gobernabilidad que pueden obstaculizar la consolidación de regímenes en “transición democrática”, lo cual marca las nuevas tendencias de las políticas sociales.

No obstante, esta nueva situación, donde lo social se considera un aditamento de lo económico, se reduce en la práctica a sólo combatir la pobreza extrema; donde los efectos de la compensación no logran subsanar (menos en la población joven con amplios rezagos de atención) los impactos que produce el esquema global de acumulación; aun cuando se logre mayor eficiencia en la gestión y aplicación de los recursos en algunos programas a nivel local.

Este estira y afloja entre el Estado y el mercado rebasa la esfera económica y se coloca centralmente en el ámbito de lo político-cultural de las relaciones sociales, dentro de un nuevo proyecto de reintegración social, distinto al anterior paradigma que se diluyó. He aquí que las políticas específicas de juventud deberían de cobrar una importancia central, porque ahora de lo que se trata es de diseñar los nuevos mecanismos de inserción social y cultural de las generaciones jóvenes.

De nuevo Vilas nos advierte que en el fondo el debate se realiza entre cuatro ámbitos: la *forma* como los recursos sociales son asignados y apropiados; *quiénes* efectuarán dicho reparto; los *criterios* para asignarlos y las *condiciones* de cómo los actores participan en el reparto. No obstante, “lo sustantivo del debate se refiere a los ‘actores’; por lo tanto, el cómo, el cuánto y el para qué deben ser siempre ubicados en el contexto de los actores” (Vilas, 1995: 9).

Los espacios en este sentido, donde los actores compiten por los recursos y por los objetivos son precisamente el Estado y el mismo mercado. Y el triunfo o derrota que se pueda alcanzar será directamente proporcional a la estructura de poder en la sociedad y al perfil de los actores dominantes en ella.

Esta transición en las políticas sociales ha generado la aparición de nuevos actores sociales, destacando la participación de una amplia gama de asociaciones de jóvenes, comunales, civiles, empresariales y, sobre todo, de agencias de financiamiento multilateral. En este marco la banca internacional hegemoniza muchos de los enfoques y alcances que se diseñan, estableciéndose una lucha por parte de algunas organizaciones para preservar ciertos márgenes de autonomía operativa y de eficacia, que no siempre se logra.

Esta nueva interrelación entre organizaciones civiles, bancos y gobiernos, no sin grandes problemas (clientelismos, modificación de pautas culturales, falta de sistematicidad, etcétera) han posibilitado también abrir ciertos espacios de lucha social para la resolución de problemas cotidianos y la eventual democratización y posibilidad de cambio.

Sin embargo, las alternativas para el trabajo con jóvenes siempre se deben plantear desde situaciones específicas y en función de escenarios de poder particulares y concretos, donde muestran una viabilidad real, pero que no deben de ser descontextualizadas del marco general de acumulación en que se mueven.

Lo cierto es que estamos ante una nueva realidad, donde si bien han cambiado los objetivos, instrumentos y alcances de las políticas sociales, lo trascendente es que han cambiado las relaciones de poder entre los actores de estas políticas. Y sobre estos actores es que tendremos que enfocar nuestro análisis en el caso concreto de las políticas de juventud: el Estado, la sociedad y los propios jóvenes.

El problema, entonces, es pensar cuál es camino más adecuado para hacer centrales las hasta ahora marginales, políticas de juventud, en el contexto de los nuevos modelos de políticas sociales y de reforma del Estado.

Muchos se han ido con la finta de que en el nuevo contexto de la globalización y la hegemonía del mercado, el problema principal es el tamaño del Estado; pero como subrayaba recientemente un grupo de políticos de América Latina de centro e izquierda: "Defendemos un Estado fuerte y democratizado, no el Estado que tenemos o que tuvimos". Así mismo afirmaban:

[...] se debe fortalecer o reconstituir, según sea el caso, la soberanía interior del Estado, su capacidad para llevar adelante las políticas votadas por las mayorías. Es el Estado como poder público, como ejecutor de la volun-

tad democrática [...] Necesitamos un Estado fuerte, actuante y refinanciado como condición de posibilidad, no como enemigo, de una economía democratizada de mercado (*Nexos*, 1998: 61).

Sólo un Estado así puede pensar en responder ágilmente a las demandas de sus ciudadanos; sólo un Estado así puede pensar en sus jóvenes; en construir para ellos estrategias de largo plazo y horizontes de futuro que vayan más allá de un periodo presidencial; puede pensar en la fortaleza de sus instituciones sociales, recordemos que como ciudadanos los jóvenes se vinculan con las estructuras de poder, es decir con el Estado, mediante cuatro de sus instancias: la escuela, el hospital, las obras públicas y la policía; y esta última nunca debe encabezar a las otras tres.

Desde siempre el Estado, mediante su política social, ha sintetizado su tarea en la construcción del orden civil, que en materia de juventud significa asegurar la plena integración de los jóvenes a la ciudadanía. Ésta es la primera y última razón de ser de las políticas específicas dirigidas hacia ellos.

Para lo cual se necesitan dos condiciones que ya habíamos planteado: la primera, una *institucionalidad horizontal adecuada*, que norme, coordine e impulse programas específicos y coherentes para los jóvenes, operados corresponsablemente en la totalidad del Estado y no en una sola institución; y la segunda, *un cuerpo jurídico integral* (leyes, reglamentos, normas) que establezcan claramente los derechos de los jóvenes, para que ninguna decisión meramente administrativa o personal pueda modificarlos, ni sea concesión graciosa del gobernante en turno.

El segundo actor fundamental en las políticas de juventud surge como consecuencia del ajuste que ha sufrido la política social, donde estamos en presencia de una redefinición en el eje público-privado, lo que se traduce en un cambio en los contenidos de la llamada *ciudadanía social*, en orden a la constitución de nuevos actores con capacidad de intervención en las decisiones desde la llamada sociedad civil.

Este reconocimiento de las propias organizaciones sociales como interlocutores pone en escena un impresionante arsenal de recursos generados desde el propio ciudadano, validándolo como sujeto con capacidad para el diseño de las políticas sociales.

Así aparece una nueva orientación en dichas políticas, impulsada por la emergencia de las organizaciones civiles que se dirige a la creación de un segmento de bienes y servicios, públicos y privados autogestionados.

Estas manifestaciones se colocan en la externalidad y en la autonomía respecto a los sistemas tradicionales de representación; su exigencia es el horizonte del presente y su forma de relacionamiento colectivo son las redes armadas a partir de compromisos y lealtades acotados, temática y temporalmente.

Esta acción colectiva reubica el lugar de la política social, al politizar temas que no son del todo privados, pero tampoco rigurosamente públicos (el cuerpo, la sexualidad, la seguridad, el medio ambiente, etc.) ampliando los listados convencionales de las agendas públicas (Incháustegui y Martínez, 1996: 61-74).

Estamos, pues, ante un cambio de los referentes estructurales y culturales de las políticas de juventud, donde en lugar de continuar preocupándonos exclusivamente por las políticas públicas, deberemos generar políticas integrales con la participación plena de las organizaciones civiles.

En este sentido, el esfuerzo del Estado debe consistir en reconocer la capacidad de agregación simbólica (de integración social) de las demandas de las ONG e ir más allá de los límites de sus presupuestos y de sus recursos financieros, incluyendo todos aquellos recursos con los que cuenta la ciudadanía.

Esta nueva vertiente no está exenta de riesgos, como ya se ha visto en otros países del continente latinoamericano; en ocasiones las ONG han obstaculizado y a veces usurpado el espacio político que alguna vez perteneció a las organizaciones populares, convirtiéndose en meras agencias de disputa por los recursos gubernamentales o internacionales que se ofrecían (Arellano-López y Petras, 1994: 72-87); de esta manera lo que pretendía ser un fortalecimiento de la sociedad civil sólo consolidó la sociedad mercantil.

Por eso el reto es que, para fortalecer a la llamada sociedad civil, también es necesario fortalecer al Estado, dado que la capacidad institucional es dependiente del grado de involucramiento de los sujetos concernidos, lo cual remite centralmente a la deliberación colectiva de la sociedad para "actualizar lo político en la política". El tema no sólo es la lucha por los derechos, sino erigir una esfera pública en la sociedad cuyo objetivo sea la constitución de poderes en cada uno de los actores que contribuyan a la conformación de la agenda pública (Cunill Grau, 1997: 54-69).

Concluyendo esta parte, diríamos que el diseño de políticas integrales de juventud tiene que pasar de ser políticas gubernamentales a ser en realidad políticas públicas en el pleno sentido de la palabra, con dos ele-

mentos en el nuevo contexto son indispensables: *actores diversos y fortalecidos y el establecimiento de agendas consensadas* para priorizar las demandas juveniles, que ataquen centralmente las causas y no los efectos. Sin embargo, las opciones siempre se deben plantear desde situaciones específicas y en función de escenarios de poder particulares y concretos, donde muestran su viabilidad real.

Las políticas de juventud y su concreción

Si los dos pilares del viejo modelo de desarrollo se han derrumbado: el pleno empleo y la solidaridad sistémica, y ambos tocaban directamente la incorporación de los jóvenes a la sociedad; parece que es claro que las políticas de juventud no solucionarán por sí solas un problema que la economía en conjunto no puede resolver (Tokman, 1997).

Pero esta conciencia de estar inmersos en una nueva lógica de Estado y de mercado, no creo que nos deba paralizar para intentar opciones que modifiquen la creencia que lo económico puede avanzar con independencia de lo social.

Se han elaborado dos propuestas para buscar caminos alternativos en el nuevo contexto económico, ambas asumen que es necesario trabajar con el nuevo acomodo de poder que se está dando entre los recientes actores que luchan en los espacios del Estado y del mercado.

La primera propuesta surge de modificar la perspectiva tradicional que concebía a los jóvenes sólo como "objetos de políticas" o como un "sector vulnerable", afectado por la crisis, quienes por "justicia social" debían de recibir acciones compensatorias. Proponiendo que se debe asumir a este sector *como un actor estratégico del desarrollo de un país*; dada su relevancia como recurso humano altamente capacitado para adaptarse a las nuevas reglas del juego en el escenario internacional (globalización, competitividad, reconversión productiva, etcétera) y al adecuado aprovechamiento que implicaría su propensión al cambio cultural y de participación social en su calidad de ciudadanos, dentro de los procesos de fortalecimiento de la sociedad civil que se vienen presentando (Rodríguez, 1996 y 1998).

Este enfoque plantea que las políticas de juventud deberían tener seis características fundamentales:

[...] *integrales* (en el sentido de procurar encarar la problemática juvenil en todos sus componentes y con una perspectiva de conjunto, en el marco de las estrategias globales de desarrollo); *específicas* (en el sentido de responder con precisión a las múltiples aristas de dicha problemática, sin esquemas preconcebidos); *concertadas* (comprometiendo a todos aquellos actores relevantes); *descentralizadas* (brindando una fuerte prioridad a los esfuerzos en el plano local); *participativas* (con un gran protagonismo juvenil); y *selectivas* (priorizando a los jóvenes del estrato popular urbano y rural, y a las mujeres jóvenes en particular) (Rodríguez, 1996: 14).

Volviendo a los cuatro ámbitos que más arriba se mencionaban como los temas centrales del debate sobre políticas públicas, en el tema de la juventud se tendrían que modificar las miradas institucionales sobre:

- La *forma* como los recursos son asignados respecto a los temas prioritarios de lo juvenil; dejando los programas vistosos (redituables políticamente no lo inmediato) o los eventos desconexos, y sustituyéndolos por programas a mediano y largo plazos, que incidan directamente en los procesos de incorporación de los jóvenes a la sociedad (de legislación, de empleo, de vivienda, etcétera).
- *Quiénes* efectuarán el reparto de esos recursos; si éstos cada vez son menos gubernamentales y más públicos (es decir, con mayor participación de organizaciones privadas y sociales, incluso internacionales) necesitan de estructuras plurales que eviten los clientelismos y las preferencias por ciertas tendencias políticas.
- Los *criterios* que se seguirán para el reparto; dejando la discrecionalidad de los administradores o de los “políticos profesionales”, estableciendo reglas claras y transparentes para el concurso en los programas, pero a la vez con suficiente flexibilidad y permanente actualización, dada la informalidad de ciertas formas agregativas que se producen en los sectores juveniles.
- Las *condiciones* como los distintos actores participarán en ese reparto, para evitar nuevas formas de paternalismo y/o sectarismo que son tan frecuentes, dada la fuerte fragmentación y en ocasiones confrontación de las diversas agregaciones juveniles u organizaciones civiles.

La segunda propuesta ha sido planteada por Touraine a partir de reflexionar sobre la contradicción que implica hablar de participación so-

cial como objetivo, dentro de una sociedad donde los jóvenes se hallan excluidos o marginados, sin buscar nostálgicamente revivir un neopopulismo. Para lo cual formula el siguiente camino:

[...] hay que orientar para ello las intervenciones públicas —y también las privadas— en un sentido distinto del que se suele escoger. En vez de soluciones colectivas e institucionales, hay que buscar los medios que permitan iniciativas individualizadas y psicológicas. En vez de buscar la integración social de los jóvenes pensando en la paz social, más que en los propios jóvenes, hay que fortalecer en estos la capacidad de ser actores de su propia vida, capaces de tener proyectos, de elegir, de juzgar de modo positivo o negativo, y capaces también, más sencillamente, de tener relaciones sociales, ya se trate de relaciones de cooperación, de consenso o conflictivas (1996: 41).

Para lograr esto, es decir, para producir un actor social, se necesitan tres ingredientes (Touraine, 1996: 43-44):

- *Tener objetivos personales*, las más de las veces arrancados por el sistema de producción y de consumo de masas, donde la principal dificultad es la transformación de deseos oníricos en proyectos realistas. La institución que proporciona este *trust* es fundamentalmente la familia, pero también los educadores.
- *Capacidad de comunicarse con los demás*, donde el problema es de lenguaje pero también de información; el joven debe aprender cuál es su propio espacio y reconocer con quién puede establecer alianzas, negociar o contra quién debe defenderse. Aquél papel de la escuela es definitivo.
- *La conciencia de ciudadanía*, que implica no sólo conocimiento de la historia, la geografía del país en que se vive, sino sobre todo que los jóvenes perciban que influyen en las decisiones que afectan su vida colectiva, que pueden hablar y ser escuchados. Aquí las instituciones públicas tienen la responsabilidad principal.

El camino que busca esta propuesta de política de juventud es el fortalecimiento del individuo; un camino indirecto y con resultados menos espectaculares a corto plazo que la vía tradicional que parte de un profundo sentimiento de confianza en la sociedad. Con ciertos riesgos pues puede situar al joven frente a la sociedad y no en ella, pero a la vez

se fortalece la capacidad de acción de los jóvenes, contribuyendo a su “desarrollo personal integrado”, en otras palabras, “a intensificar la integración de su experiencia y la vinculación de esa experiencia a proyectos” (Touraine, 1996: 42).

Estos dos enfoques, a primera vista contrarios (uno hacia lo macro y otro a lo micro), a mi modo de ver pueden buscar una complementariedad si poseen como punto de partida la percepción del propio joven concreto y específico. Como hemos visto, los prejuicios o estereotipos están en la base de políticas inadecuadas e ineficientes.

La “prisa operativa” ha generado la dispersión de los impactos y la degeneración de los objetivos de programas y acciones. Si los actores sociales se encuentran en el centro del debate y en la construcción de alternativas viables de la acción social, el conocimiento de quién es el “otro” y la comunicación con él se convierte en el punto de referencia decisivo para saber quién soy yo.

La mejor condición simbólica de quiénes son los jóvenes es quizá la respuesta de Herrero y Navarro (1997: 81): ellos son los *salvajes tatuados*; pues al apropiarse semánticamente de los espacios sociales, establecen la condición de posibilidad para que la cultura y la sociedad se mantengan renovadamente vivas; son los *salvajes tatuados*, porque a la vez que destruyen lo anquilosado, siguen llevando las marcas de lo anterior; llevando a cabo su papel fundamental de productoras y reproductoras de cultura.

Y cerrando el círculo con el epígrafe inicial de Heinz von Foerster, tendríamos que pasar revista a nuestra miradas sobre los jóvenes, porque de lo contrario: *no podremos ver que no vemos lo que no vemos*. El mismo Foerster plantea que el diálogo es: “verse con los ojos del otro” y los universos de discurso posibles nunca se definen exhaustivamente, se construyen por las relaciones de antagonismo, complementariedad y cooperación que se establecen entre los múltiples puntos de vista en juego (Ceruti, 1994: 43).

Y por si queda alguna duda del camino a seguir sólo sugeriría con Carlos Fuentes (1997):

¿Y ahora de qué vamos a vivir?

Esta pregunta se la hace el famoso coronel a quien nadie le escribe, al final del no menos célebre cuento de Gabriel García Márquez;

¿Y ahora de qué vamos a vivir?

Pues de sueños y milagros, de deseos incandescentes, de rebeliones frustradas y de amores cumplidos, de memorias inmortales y de las purititas ganas de creer.

Vamos a vivir de un solo poder, el de la imaginación, verdadera tierra de libertad [...]

BIBLIOGRAFÍA

- ARELLANO-LÓPEZ, Soni y James Petras (1994), "La ambigua ayuda de las ONG en Bolivia" en *Revista Nueva Sociedad*, núm. 131, Caracas, mayo-junio, pp. 72-87.
- BALARDINI, Sergio: "Subcultura juvenil y rock argentino" en *Revista Jóvenes*. Cuarta época, año 2, núm. 6, Causa Joven/CIEJ, México, enero-marzo, pp. 102-113.
- BINI, Mario (1981), "Gioventud e identificazione", en J. R. Gillis, *I giovani e la storia*, Oscar Sturio Mondatori, Milán, pp. VI-XXII.
- BORGES, J. Luis (1984), *Narraciones*, ed. Origen/Amgsa, México.
- CASILLAS, Miguel A. (1998), "Notas sobre la socialización en la universidad", en *Revista Jóvenes*, Cuarta época, año 2, núm. 7, Causa Joven/CIEJ, México, abril-diciembre, pp. 12-27.
- CEPAL (1997), *La brecha de la equidad. América Latina, el Caribe y la Cumbre Social*, ONU-CEPAL, Santiago de Chile.
- CERUTI, Mauro (1994), "El mito de la omnisciencia y el ojo del observador" en P. Watzlawick y Peter Krieg (comps.), *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Gedisa Ed., Barcelona, pp. 32-59.
- Cinterfor/OIT (1997), "El empleo y la capacitación para el empleo de jóvenes en América Latina", en OIJ, *Encuentro Internacional sobre Juventud, Educación y Empleo en Iberoamérica*, Río de Janeiro, julio.
- CUNILL GRAU, Nuria (1997), *Repensando lo público a través de la sociedad*, CLAD-Nueva Sociedad, Caracas.
- DUHAU, Emilio (1997), "Las políticas sociales en América Latina: ¿del universalismo fragmentado a la dualización?", en *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM-IIS, año LIX, núm. 2, abril-junio, pp. 185-207.
- FUENTES, Carlos (1997), "¿Y ahora de qué vamos a vivir?", en el periódico *La Jornada*, México, 8 de marzo, p. 3.
- HERRERO, L. y Ramiro Navarro (1997), "Perdiendo tiempo y ganando espacio. Replanteando la adolescencia desde lo cotidiano", en *Revista Jóvenes*, Cuarta época, año I, núm. 4, Causa Joven/CIEJ, México, abril-junio, pp. 72-81.
- INCHÁUSTEGUI, Teresa y Alicia Martínez (1996), "Política social y cambios de finales de siglo: contexto y valores en la relación con los nuevos actores",

- en *Las políticas sociales de México en los años noventa*, Instituto Mora/UNAM/Flacso/Plaza y Valdés, México, pp. 61-74.
- LANGLAIS, J. L. (1984), "La política de juventud en Francia", en *Políticas de juventud y administraciones públicas*, Ministerio de Cultura/DGJ, Madrid, pp. 55-68.
- LASIDA, J. y J. Pereira (1997), "Projoven: encuentro y negociación entre la capacitación y el mercado", en *Jóvenes, formación y empleabilidad*, Boletín Técnico Interamericano de Formación Profesional, Cinterfor/OIT, núms. 139-140 (segunda época), Montevideo, abril-septiembre, pp. 183-217.
- LUENGO G., Enrique (1996), "Valores y religión en los jóvenes", en J.A. Pérez Islas, y E. Patricia Maldonado (coords.), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1996*, (tomo I), Causa Joven/CIEJ, México, pp. 66-136.
- MEDINA C., Gabriel (1996), *Análisis de una política social como espacio articulador de expectativas laborales (Potencialidades del Programa Chile Joven)*, tesis de grado, Flacso, México.
- MILLÁN, René y Francisco Valdés (1996), "La reforma del Estado: reflexiones sobre la política social", en *Las políticas sociales de México en los años noventa*, Instituto Mora/UNAM/Flacso/Plaza y Valdés, México, pp. 145-153.
- MINISTERIO DEL TRABAJO Y PREVISIÓN SOCIAL (1994), *Creando oportunidades: el Programa de Capacitación Laboral de Jóvenes*, MTPS, Santiago de Chile.
- MITNIK, Félix (1997), "Proyecto Joven: la capacitación laboral como herramienta de equidad social", en *Jóvenes, formación y empleabilidad*, Boletín Técnico Interamericano de Formación Profesional, Cinterfor/OIT, núms. 139-140 (segunda época), Montevideo, abril-septiembre, pp. 103-141.
- MORENO, Pedro H. (1994), "Elaboración de la política social y transformación del Estado", en Manuel Canto y Pedro H. Moreno (comps), *Reforma del Estado y políticas sociales*, UAM-Xochimilco, México, pp. 111-118.
- MORIN, Edgar (1992), *El paradigma perdido. Ensayo de bioantropología*, Kairós, Barcelona (4a. edic.).
- NEXOS (1998), "Después del neoliberalismo: un nuevo camino", en *Nexos*, año 21, vol. XXI, núm. 243, México, marzo, pp. 57-65.
- OEA (1975): *Juventud y Desarrollo*. Washington, D. C.
- PÉREZ ISLAS, J. A. (1995), *Informe México sobre políticas de juventud (1988-1994)*, OIJ, México.
- (1996), "Apuntes para una historia de la investigación sobre jóvenes en México", en suplemento *Jóvenes* del periódico *El Nacional*, México, 30 de mayo, p. II.
- PÉREZ ISLAS, J. A. (1996b), "Historia de amor como no ha habido otra igual", en R. Cordera et al., *México Joven. Políticas y propuestas para la discusión*, UNAM/SAE, México, pp. 81-87.

- RODRÍGUEZ, Ernesto (1996), *Cooperación regional en políticas de juventud. Lineamientos estratégicos y propuestas operativas*, OIJ, Asunción, Paraguay, febrero.
- (1998), “Investigaciones y políticas de juventud en América Latina. Interrelaciones y desafíos”, en J. A. Padilla H. (comp.), *Construcción de lo juvenil. Memoria de la Reunión Nacional de Investigadores de Juventud*, Causa Joven/CIEJ, México, pp. 81-121.
- RODRÍGUEZ, E. y B. Dabezies (1991), *Primer Informe sobre Juventud en América Latina*, Conferencia Iberoamericana de Juventud, Madrid.
- SALAZAR J., Alonso (1994), *No nacimos pa'semilla*, Centro de Investigación y Educación Popular, Bogotá.
- SERNA H., Leslie (1997), “Globalización y participación juvenil”, en *Jóvenes, Revista de Estudios sobre Juventud*, Causa Joven-CIEJ, Cuarta época, año 2, núm. 5, México, julio-diciembre, pp. 42-57.
- SOLANA R., José Luis (1996), “Bioculturalidad y homo demens. Dos jalones de la antropología compleja”, en *Gazeta de Antropología*, núm. 12, Universidad de Granada, pp. 19-33.
- SOTO R., Juan y A. Nateras D. (1997), “Dilemas contemporáneos de la identidad y lo juvenil. Territorialidad, modernidad y cultura”, en *Revista Jóvenes*, Cuarta época, año I, núm. 4, Causa Joven/CIEJ, México, abril-junio, pp. 12-29.
- SUÁREZ Z., Ma. H., *Educación-empleo en México: elementos para un juicio político*, UNAM/CRIM-Miguel Ángel Porrúa, México.
- TOKMAN, Víctor E. (1997), “El trabajo de los jóvenes en el post-ajuste latinoamericano”, en *Revista Iberoamericana de Juventud*, OIJ, núm. 2, Madrid, enero, pp. 26-37.
- TOURAINÉ, Alain (1992), “Frente a la exclusión”, en *Sociológica*, año 7, núm. 18, México, enero-abril, pp. 201-207.
- (1996), “Juventud y democracia en Chile”, en *Revista Iberoamericana de Juventud*, OIJ, núm. 1, Madrid, julio, pp. 36-48.
- URTEAGA C. P., Maritza (1998), *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*, Causa Joven/CIEJ-CNCA/Culturas Populares, México.
- VILAS, Carlos M. (1995), “Después del ajuste: la política social entre el Estado y el mercado”, en C. M. Vilas (coord.), *Estado y políticas sociales después del ajuste. Debates y alternativas*, UNAM/Nueva Sociedad, Caracas, pp. 9-29.
- (1996), “De ambulancias, bomberos y policías: la política social del neoliberalismo (notas para una perspectiva macro)”, en *Las políticas sociales de México en los años noventa*, Instituto Mora/UNAM/Flacso/Plaza y Valdés, México, pp. 111-141.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- AUGILAR, Miguel Ángel *et al.* (1995), "Televisión y vida cotidiana. Una aproximación cualitativa", en *Visión 5. Vida urbana y comunicación*, México, UAM-Xochimilco, pp. 123-155.
- AGUIRRE BELTRÁN, G. (1992), *El proceso de aculturación y el cambio socio-cultural en México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ALMOND, G., Verba (1963), *The civic culture*, Princeton University Press.
- ARANGO, Ariel C. (1986), *Las malas palabras*, Leega, México, Madrid, Buenos Aires.
- ARANGUREN, J. L. (1986), "La juventud europea a lo largo de cuarenta años", *Papers de Sociología*, 25: 19-22.
- ARIÈS, Philippe (1975), *Geschichte der Kindheit*, Munich.
- ATKIN, Lucille, Noemí Ehrenfeld y Susan Pick (1996), "Sexualidad y fecundidad adolescente", en A. Langer y K. Tolbert (comps.), *Mujer, sexualidad y salud reproductiva en México*, México, The Population Council-Edamex, pp. 39-84
- AUGÉ, M. (1996), *Dios como objeto*, Barcelona: Gedisa.
- BAJTÍN, Mijail (1990), "El vocabulario de la plaza pública en Rabelais" (cap. 2) de *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Alianza Editorial, colec. Alianza Universitaria, 43, México, pp. 131-176.
- BAKHTIN, M. (1994), "Forms of time and of the chronotope in the novel", en *The Dialogical Imagination*, Austin, University of Texas Press.
- BARRUTI, M. *et al.* (1990), *El món dels joves a Barcelona. Imatges i estils juvenils*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, Projecte jove.
- BAVESTRELLO Yolanda y Pablo Cortés (1997), *Mujeres en conflicto con el sistema penal*, Chile, Ministerio de Justicia, División de Defensa Social/Servicio Nacional de la Mujer, Sernam/Gendarmería de Chile, Unicrim.
- BELASCOAIN, R. *et al.* (1986), *D'esquena al mirall. Estudi dels joves a Vilanova*, Barcelona, Ajuntament de Vilanova.
- BENJAMIN, W. (1980), *Immagini di città*, Turín, Einaudi.
- BERGER, P y T. Luckman (1993), *La construcción social de la realidad*, Argentina, Amorrortu Editores.

- y Hansfried KELLNER (1985), *La reinterpretación de la sociología. Ensayo sobre el método y la vocación sociológicos*, España, Espasa-Calpe.
- BERNARDI, Bernardo (1985), *Age Class System*, Nueva York, Cambridge University Press.
- BONFIL BATALLA, G. (1987), “La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos”, en *Revista Papeles de La Casa Chata*, año 2, núm. 3.
- BOURDIEU, Pierre y Loïc J. D. Wacquant (1995), *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.
- BOURDIEU, P. (1990), “La ‘juventud’ no es más que una palabra”, en *Sociología y cultura*, México, Conaculta/Grijalbo, pp 163-173.
- (1990), “La opinión pública no existe”, en *Sociología de la Cultura*, CNCA/Grijalbo, Colección los Noventa, México.
- (1988), *La distinción*, Madrid, Taurus.
- BOURDIEU, P y J. C. Passeron (1977), *La reproducción*, Laia, Barcelona.
- BUSTAMANTE, J. A. (1994), “Los flujos migratorios de México a Estados Unidos”, en *Demos, Carta demográfica sobre México* 7.
- CALVO, T. (1982), “Estudio sociológico y antropológico sobre la juventud gitana”, de *Juventud*, Madrid, 5, 59-86.
- (1995), *Crece el racismo, también la solidaridad. Las actitudes de nuestros jóvenes ante otros pueblos y culturas*, Madrid, Tecnos.
- CANGUILHEM, G. (1971), *Lo normal y lo patológico*, Siglo XXI, México.
- CARDUS, S., J. Estruch (1984), *Les enquestes a la Joventut de Catalunya*, Barcelona, Generalitat de Catalunya.
- CARO, Isaac (1994), “La inseguridad urbana: expresiones y causas”, en Carlos Contreras (comp.), *El desarrollo social, tarea de todos*, Santiago, Comisión Sudamericana de Paz, Seguridad y Democracia.
- CARVAJAL y SPITZER (coords.) (1996), “Alumnos”, en *Sujetos de la educación y formación docente*, Ducoing y Landesmann (coords.), Serie La investigación educativa en los ochenta. Perspectiva para los noventa, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, México.
- Centros de Integración Juvenil (1996), *Programas de prevención del consumo de drogas centrados en factores de riesgo*, Informe de investigación núm. 96-68, México.
- (1982), *Una respuesta integral al fenómeno de la farmacodependencia*, México.
- Cepal (1991), *La suerte de las madres adolescentes y sus hijos: un estudio de caso sobre la transmisión de la pobreza en Santiago de Chile*, Santiago, agosto.
- CERVINI, Raúl (1990), “Incidencia de las Mass Media en la expansión del control penal en Latinoamérica”, en *Revista de Ciencias Penales*, Santiago, Instituto de Ciencias Penales de Chile, ICP, Conosur.

- CISNEROS, C. *et al.* (1999), "Extraños y extranjeros: aproximación metafórica a la psicología política", en *Psicología política latinoamericana*, UIC-Plaza y Valdez, México.
- CISNEROS, C. (1999), "De la conversación: visibilidad y espacio", en *Diversidad: aproximaciones a la cultura en la metrópoli*, Aguilar y Cisneros (eds.), UAM/Plaza y Valdez, México.
- Conapo (1997), *La situación demográfica de México*, Conapo, México.
- Conasida (1996), *sida-ETS*, vol. 2, núm. 2.
- CONCHA, Eastman, Fernando Carrión, Germán Cobo (comps.), *Ciudad y violencias en América Latina*, Gestión Urbana, vol. 2, Quito, PGU.
- DAVIES, S (1995), "Ley internacional ¿La solución final?", en P. A. O'Hare, R. Newcombe, A. Matthews, E. C. Buning, E. Drucker, *La reducción de los daños relacionados con las drogas*, Grup. Igia, Barcelona, España.
- DOUGLAS, Mary y Baron Isherwood (1990), *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*, México, Grijalbo-CNCA.
- DURKHEIM, Emile (1975), *Educación y sociología*, Colofón, México.
- (1966), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Barcelona, Anagrama.
- EASTON, D. (1965), *A framework for political analysis*, Prentice Hall, N. J.
- Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (1992).
- EHRENFELD LENKIEWICZ, Noemí (1994), "Educación para la salud reproductiva y sexual de la adolescente embarazada", en *Salud Pública de México*, núm. 36, pp. 154-160.
- (1977), *Embarazo temprano y sexualidad en adolescentes: en torno a la maternidad*, mimeo., en revisión.
- ERIKSON, E. (1978), *Sociedad y adolescencia*, México, Siglo XXI.
- ESCOHOTADO, A. (1997), *Historia de las drogas*, tomos 1, 2 y 3, Alianza Editorial, Madrid, España.
- EVERHART, Robert B. (1993), "Leer, escribir y resistir", en *Lecturas de Antropología para educadores*, Honorio M. Velasco, Javier García y Ángel Díaz (comps.), Trotta, Madrid.
- FEIXA, Carles (1998), *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, SEP y Causa Joven, México.
- (1996a), "Sexualidad y cultura juvenil", conferencia impartida en El Colegio de México, México.
- (1996b), "El Estudio de la juventud: técnicas de investigación. Del diagnóstico a la intervención", conferencia impartida en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad de Iztapalapa, México.
- (1995), "Tribus urbanas y chavos banda. Las culturas juveniles en Catalunya y en México", en *Nueva Antropología*, Revista de Ciencias Sociales, núm. 47, México, pp. 71-93.

- (1993), *La joventut com a metafora. Sobre les cultures juvenils*, Generalitat de Catalunya, España.
- (1992), “De las bandas a las culturas juveniles”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 15 (V), México, Universidad de Colima, pp. 139-170.
- (1990), “Cultures juvenils, hegemonia i transició social. Una història oral de la joventut a Lleida (1936-1989)”, tesis doctoral, Estudi General de Lleida, Universitat de Barcelona.
- (1990a), “Púberes, efebos, mozos y muchachos. La juventud como construcción cultural”, en VV.AA., *Juventud y sociedad: del neolítico al neón*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, pp. 19-58.
- (1989), “Pijos, progres y punks. Hacia el estudio antropológico de la juventud urbana”, en *De Juventud*, núm. 34, Instituto de la Juventud, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 69-78.
- (1985), “Joventut i identitat. Assaig d'etnologia de la joventut a Lleida”, tesis de licenciatura, Universitat de Barcelona, Estudi General de Lleida.
- FERRAROTTI, F. (1981), *Storia e storie di vita*, Bari, Laterza.
- FEYERABEND, Paul (1993), *Tratado contra el método*, México, Rei.
- FIRPO, Arturo (1980), “Prólogo”, en G. Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona, Petrel, pp. i-x.
- FORTUNATTI, Rodolfo (1993), “Más allá del umbral: trabajo y violencia estructural en Chile”, en *La violencia en Chile. Estrategias de pacificación*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales, Ilades.
- FOUCAULT, M. (1982), *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber*, México, Siglo XXI.
- FUENZALIDA, Valerio (1994), “Televisión para el joven en transición”, en Cortés y Cottet (coords.), *Primer Informe Nacional de Juventud*, Chile, Mideplan-INJ, pp. 423-433.
- GADAMER, Hans-Georg (1993), *Verdad y método*, II, España, Sígueme.
- GAMELLA, J. F. (1990), *La historia de Julián*, Madrid, Popular.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1996), “Ciudades y ciudadanos imaginados por los medios”, en *Perfiles Latinoamericanos*, año 5, núm. 9, México, Flasco, pp. 9-24.
- (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- (coord.) (1993a), *El consumo cultural en México*, Col. Pensar la Cultura, México, CNCA.
- (1993b), “Introducción: antropología y estudios culturales”, *Alteridades*, núm. 5, México, UAM-I.
- (1993c), “El consumo cultural y su estudio en México. Una propuesta teórica”, en N. García Canclini (comp.), *El consumo cultural en México*, CNCA/Grijalbo, México, pp. 15-42.

- (1991), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.
- (1991b), “Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina”, en *Iztapalapa*, Revista de Ciencias y Humanidades, año 11, núm. 24 extraordinario, UAM-Iztapalapa, México.
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente (1960), *Diccionario Ilustrado Latino-Español*, Barcelona, SPES, S.A.
- GARCÍA ROBLES, Jorge (1985), *¿Qué transa con las bandas?*, México, Posada.
- GARFINKEL, Harold (1984), *Studies in Ethnomethodology*, Cambridge, Polity Press.
- GAYTÁN, Pablo (1986), “Notas sobre el movimiento juvenil. México: institucionalidad y marginalidad”, en *Revista A*, UAM-A, Ciencias Sociales y Humanidades, vol. VI, núm. 16, México.
- GEERTZ, Clifford (1987), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México.
- (1964), “Ideology as a Cultural System”, en Apter (ed.), *Ideology and discontent*, Nueva York, Free Press, pp. 47-76.
- GERGEN, Kenneth (1992), *El Yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*, España, Paidós.
- GEORGOUDI, M. (1983), “Modern dialectics in social psychology. A reappraisal”, en *European Journal of Social Psychology*, núm. 13, pp.77-93.
- GIANINNI, Humberto (1997), *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago, Universitaria.
- GIDDENS, Anthony (1995), *Beyond left and right*, Cambridge, Polity.
- , Jonathan Turner y otros (1990), *La teoría social, hoy*, México, Conaculta-Alianza, Col. Los Noventa.
- (1986), *The constitution of society*, Los Ángeles, University of California Press.
- GIMÉNEZ, Gilberto (1992), “La identidad social o el retorno del sujeto en sociología”, en *Versión*, 2, UAM-X, México, pp. 183-205.
- (1987), “La problemática de la cultura en las ciencias sociales”, en Giménez, G. (comp.), *La teoría y el análisis de la cultura*, SEP, Universidad de Guadalajara, Comecso, México, pp. 15-71.
- GIULIANO, Luca (1979), *Gioventoe e istituzioni nella Roma antica*, Roma, Artística.
- GOFFMAN, Erving (1971), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Argentina, Amorrortu.
- GLOCKNER, J. (1996), *Los volcanes sagrados*, México, Grijalbo.
- GOFFMAN, Erving (1991), “El orden de la interacción social”, en Winkin, Ives, *Los momentos y sus hombres*, Paidós, España.
- GÓMEZJARA, Francisco et al. (1985), *Pandillerismo en el estallido urbano*, México, Fontamara.
- (1987), “Las bandas en tiempo de crisis”, en *Nueva Sociología*, México.

- GOULDNER, A. (1973), *Sociología actual: renovación y crítica*, Alianza Editorial, Madrid.
- GUEVARA NIEBLA, Gilberto (1992), *La catástrofe silenciosa*, Fondo de Cultura Económica, México.
- GUZMÁN GÓMEZ, Carlota (1988), *Los alumnos ante la disciplina escolar: ¿aceptación o rechazo? (Estudio de caso)*, tesis de maestría, Flacso, México.
- HABERMAS, Jürgen (1989), *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra.
- (sin fecha), “La moda ¿fenómeno moderno?”, en Paula Croci *et al.*, *Los cuerpos dóciles, hacia un tratado sobre la moda*, La Marca: Buenos Aires.
- (1976), “Moralentwicklung und Ich Identität”, en *Zur Rekonstruktion des Historischen Materialismus*, Frankfurt.
- HALL, E. (1994), *La dimensión oculta*, Siglo XXI.
- HAWKINS, J. D., R. F. Catalano, J. Y. Miller (1992), “Risk and Protective Factors for Alcohol and Other Drug Problems in Adolescence and Early Adulthood: Implications for Substance Abuse Prevention”, *Psychological Bulletin*, vol. 112, núm. 1. 64-105.
- HELLER, Agnes (1993), *Teoría de los sentimientos*, Fontamara, México.
- (1977), *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona.
- HERDER, G. J. (1986), *Obra Selecta*, Alfaguara, Madrid.
- HILB, Claudia (comp.) (1994), *El resplandor de lo público. En torno a Hannah Arendt*, Caracas, Nueva Sociedad.
- IBÁÑEZ, Jesús (1994), *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*, Madrid, Siglo XXI.
- IBÁÑEZ, Tomás (sin fecha), “La mirada ‘emergente’ y su aplicación al estudio de una categoría social como por ejemplo la juventud”, *Estudi General 7 Temes sobre adolescència y joventut*, Catalunya.
- IBARROLA, María de (1996), “Siete políticas fundamentales para la educación secundaria en América Latina. Situación actual y propuestas”, en *La educación secundaria. Cambios y perspectivas*, IIEPO, Oaxaca.
- INEGI (1994), *Principales resultados*.
- IRVINE, J. I. (1994), “Cultural Differences and Adolescent Sexualities”, en *Sexual Cultures and the construction of adolescent identities*, Philadelphia, Temple University Press.
- IZQUIERDO, Rafael (1996), “Juventud y empleo: entre la escuela y el trabajo”, en Cordera y Becerra (coords.), *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*, México, UNAM, pp. 117-146.
- JAMESON, Frederic (1993), “Conflictos interdisciplinarios en la investigación sobre cultura”, *Alteridades*, núm. 5, México, UAM-I.
- KETT, Joseph (1990), “Descubrimiento e invención de la adolescencia en la historia”, en *Journal of Adolescent Health*, núm. 14, pp. 664-672.

- KLICKEROVA, M., I. Feyerabend, R. Hofstetter (1997), "In the search for a post-communist syndrome: a theoretical framework and empirical assessment", en *Journal of community and applied social psychology*, vol. 7, núm. 1, Wiley & Sons, Ltd., Inglaterra.
- KUHN, Thomas (1982), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, Col. Breviarios.
- LARRAÍN NAVARRO, Patricio (1996), "La Consulta Nacional sobre Política de Desarrollo Urbano en Chile: descripción de un proceso", en *Chile Urbano*, Santiago, Programa de Gestión Urbana, PGU.
- LASH, Scott (1997), *Sociología del posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu.
- LECHNER, Norbert (1995), *La dimensión subjetiva*, Taller de Teoría Política impartido en Flasco-Sede México, mayo.
- (1995b), "Por qué la política ya no es lo que era", en *Nexos*, México
- (1990), *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LESKO, Nancy (1992), "Sujetos de la ciencia: el concepto de los adolescentes como el "otro" en la investigación etnográfica", en *Investigación etnográfica en educación*, Mario Rueda y Miguel Ángel Campos (coords.), UNAM, México
- LEVINSON, Bradley A. (1992), "Conflicto y colectividad: un reporte desde la secundaria", en *La gestión pedagógica de la escuela*, Justa Ezpeleta y Alfredo Furlán (coords.), Unesco/OREALC, Santiago de Chile.
- LIPOVETSKY, Gilles (1995), *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama.
- LOMNITZ, Larissa (1977), *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI.
- LÓPEZ, Francisco (1993), "La violencia, una gramática social perversa", en *La violencia en Chile. Estrategias de pacificación*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales, Ilades.
- LUNA, Ma. Eugenia (1994), *Los alumnos como referente básico en la organización cotidiana del trabajo en el aula*, tesis DIE, núm. 21, DIE-Cinvestav, México.
- LUQUE, Juan de Dios, Antonio Pamies y Francisco José Manjón (1997), *El arte del insulto. Estudio lexicográfico*, Península, Barcelona.
- LUTTE, Gérard (1991), "La adolescencia en la historia", en Lutte, G., *Liberar la adolescencia: la psicología de los jóvenes de hoy*, Colección Biblioteca de Psicología, núm. 168, Barcelona, Herder, pp. 21-35.
- LYOTARD, Jean-François (1989), *La condición posmoderna*, México, Cátedra.
- MAFFESOLI, Michel (1995), *Modernidad, racionalismos y vida cotidiana*, seminario impartido en El Colegio de México, septiembre.
- (1993), *El conocimiento ordinario. Compendio de Sociología*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1990), *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.

- MARIÑO, Ma., M. Romero, Ma. E. Medina-Mora (1996), "Juventud y adicciones", en J. A. Pérez, E. P. Maldonado (coord.), *Jóvenes, una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1996*, Causa Joven/Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, tomo II, pp. 11-89.
- MARSHALL, T. H. (1965), *Class, citizenship and social development*, Anchor Books, Nueva York.
- MARTÍN BARBERO (1995), *Pre-textos. Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*, Cali, Centro Editorial Universidad del Valle.
- (1993), "La comunicación en las transformaciones del campo cultural", en *Alteridades*, núm. 5, México, UAM-I.
- (1987), *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, G. Gili.
- MATURANA, Humberto (1995a), *El sentido de lo humano*, Chile, Dolmen.
- (1995b), *Emociones y lenguaje en educación y política*, Chile, Dolmen.
- y Sima Nisis (1997), *Formación humana y capacitación*, Chile, Dolmen.
- MAYOR, F. (1997), *La juventud frente a las drogas*, Tribuna Iberoamericana.
- McLAREN, Peter (1984), *La vida en las escuelas. Una introducción a la pedagogía crítica en los fundamentos de la educación*, México, Siglo XXI.
- McLUHAN, M., B. R. Powers (1991), *La aldea global*, Gedisa, México.
- MEAD, Margaret (1985), *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Planeta.
- MEDINA, Gabriel (1997), "Itinerario con destino desconocido. Los jóvenes rumbo al mundo del trabajo", en *Revista Jóvenes*, núm. 3, México, Causa Joven, pp. 94-106.
- (1996), *Análisis de una política social como espacio articulador de expectativas laborales (Potencialidades del Programa Chile-Joven)*, tesis para optar al grado de maestro en Ciencias Sociales, México, Flacso.
- MELUCCI, Alberto (1997), *La identidad como construcción: vida cotidiana y acción colectiva*, conferencia impartida en Flacso-Sede México, 1º de octubre.
- (1989), *Nomads of present. Social movements and individual needs in contemporary society*, Philadelphia, Temple University Press.
- (s/d), *En busca de la acción*, mimeo.
- MENÉNDEZ, E. (1997), "El punto de vista del actor. Homogeneidad, diferencia e historicidad", en *Relaciones*, núm. 69, pp. 239-270.
- MIDEPLAN-SENCE (1997), *Orientaciones juveniles sobre el trabajo*, Informe de avance núm. 1, Chile, Ministerio de Planificación y Cooperación, Programa de monitoreo de la Política Social, mimeo.
- MILLE, C. (1993), "Drogas. Dependencia e identidad", en *Suplemento del periódico El Nacional*, lunes 31 de mayo, p. 10.

- MITTERAUER, Michael (1992), *A History of Youth*, Blackwell Publishers, Inglaterra.
- MONOD, J. (1976), *Los barjots. Ensayo de etnología de bandas de jóvenes*, Barcelona, Seix Barral.
- MONTERO, M. (1995), "Modos alternativos de acción política", en *Psicología de la acción política*, O. D'Adamo, V. García, M. Montero (comps.), Paidós, Buenos Aires.
- MONTERO, Martha (1994), "La adaptación sociocultural de adolescentes latinos en escuelas secundarias", en *La etnografía en educación. Panorama, prácticas y problemas*, Rueda, Delgado y Jacobo (coords.), UNAM-University of New Mexico, México.
- MUNNÉ, F. (1995), "Las teorías de la complejidad y sus implicaciones en las ciencias del comportamiento", en *Revista interamericana de Psicología*, 29, 1.
- MUÑOZ, A. (1985), "El ceremonial comunicativo y la expulsión de la palabra", *Los Cuadernos del Norte*, 29.
- MUÑOZ, Sonia (1992), "Mundos de vida y modos de ver", en J. Martín-Barbero y Sonia Muñoz (coords), *Televisión y melodrama. Géneros y lecturas de la telenovela en Colombia*, Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- MUSTO, D. F. (1994), "Drogas: entre la vena y el paraíso", en *Semanario de Política y Cultura, Etcétera*, 21 de abril, México, pp. 27-30.
- NEGROPONTE, N. (1996), *Ser digital*, Océano, México.
- NORTH, Douglas (1993), *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- OFFE, Claus (1990), *Contradicciones del Estado de bienestar*, Colección Los Noventa. México, CNCA/Alianza Editorial.
- (1988), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Ed. Sistema, Madrid.
- Oficina Panamericana de la Salud (1985), *La salud del adolescente y el joven en las Américas*, Washington, OPS.
- O'HARE, P. A; R. Newcombe, A. Matthews, E. C. Buning, E. Drucker (1995), *La reducción de los daños relacionados con las drogas*, Grup. Igia, Barcelona.
- OPS/SUR Profesionales (1997), *Proyecto ACTIVA*, Santiago, División de Organizaciones Sociales, DOS, Organización Panamericana de la Salud.
- OROZCO, Guillermo (1991), *Recepción televisiva*, México, Proicom, Universidad Iberoamericana.
- ORTH-PEINE, H. (1984), *In Bedingungen der Identitätsbildung in sozial geschichtlicher Perspektive*, Dissertation, Bielefeld.
- PADGETT, T. (1997). "The Nafta Generation", *Times*, Londres, abril 14, vol. 149, núm. 15.

- PARSONS, Talcott (1968), *La estructura de la acción social*, España, Guadarrama.
- PASSERINI, L. (1984), *Torino operaia e fascismo: una storia orale*, Roma-Bari, Laterza.
- PÉREZ, R. (1995), "México intoxicado (1870 a 1920)", en Revista *Addictus*, año 1, núm. 5, marzo-abril, México, pp. 21-27.
- PIKE, K. L. (1954), "Language in relation to a unified theory of the structure of human behavior", Glendale, Summer Institute of Linguistic.
- PNUD (1998), "Seguridad humana", en *Paradojas de la Modernidad*, PNUD.
- Poder Ejecutivo Federal (1989), *Programa para la modernización educativa 1988-1994*, México.
- POL, Enri et al. (1996), *Proyecto: ciudad, identidad y sostenibilidad*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- PONCE DE LEÓN, E. (1997), "De jóvenes, sociedad y drogas. De la reflexión crítica a una metodología de prevención significativa", en *Revista Jóvenes*, 4a. época, año 1, núm. 3, enero-marzo, pp. 84-93.
- POPPER, K. (1978), *La sociedad abierta y sus enemigos*, Amorrortu, Buenos Aires.
- PORTAL, María Ana (1993), "La cuestión de la identidad urbana: una reflexión teórica", en *Boletín de Antropología Americana*, 27 julio, pp. 57-74.
- PORTER, Alejandro (1996), "Las ciencias en conflicto: tipos y funciones de la transgresión interdisciplinaria", en *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 42, El Colegio de México, pp. 595-626.
- QUIROZ, Rafael (1991), "Obstáculos para la apropiación de los contenidos académicos en la escuela secundaria", en *Revista Infancia y Aprendizaje*, núm. 55, Madrid.
- RACIONERO, Luis (1987), *Filosofías del underground*, Anagrama, Barcelona, 5ª ed.
- RAMÍREZ, E. (1991), *De jóvenes y sus identidades. Socioantropología de la etnicidad en Euskadi*, Madrid, CIS.
- REGUILLO, Rossana (1996), *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*, Universidad Iberoamericana/ITESO, Guadalajara.
- (1993), "Notas críticas sobre los movimientos sociales: una perspectiva gramsciana", *Iztapalapa*, núm. 30, julio-diciembre. México, UAM-I.
- (1991), *En la calle otra vez. Las bandas, identidad urbana y usos de la comunicación*, ITESO, Guadalajara.
- ROCKWELL, Elsie (coord.), R. Mercado y R. Quiroz (1989), "La educación básica y media básica. Diagnóstico y estrategias de innovación", documento de trabajo para la consulta nacional sobre la modernización de la educación, DIE-Cinvestav, México.
- (1992), "La dinámica cultural en la escuela: la reflexión actual en México", en *Cultura en la escuela*, Elba Gigante (coord.), Serie Pensar la Cultura, México, Conaculta.

- RODRÍGUEZ, Ernesto (1995), *Capacitación y empleo de jóvenes en América Latina*, Uruguay, Cintefor.
- ROMANÍ, Oriol (1994), entrevista en *Addictus*, año 1, núm. 3, julio-agosto, México, pp. 19-21.
- (1992), “Marginación y drogodependencias. Reflexiones en torno a un caso de investigación-intervención”, en F. Álvarez-Uría (ed.), *Marginación e inserción. Los nuevos retos de las políticas sociales*, Textos Universitarios, Endymion, Barcelona.
- (1982), “Droga i subcultura. Una història cultural del ‘haix’ a Barcelona”, tesis doctoral, Facultat de Geografia i Història, Universitat de Barcelona.
- ROMANÍ, O., J. Funes (1985), *Dejar la heroína*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- ROMANÍ, O., J. Contreras, O. Homs, C. Feixa (1986), *Projecte per a l'estudi de la joventut a l'àrea metropolitana de Barcelona*, Caixa de Barcelona, mimeo.
- ROSALDO, Renato (1991), *Cultura y verdad. Una propuesta de análisis social*, CNCA-Grijalbo, México.
- (1990), “Social analysis in history and anthropology”, Harvey J. Kaye y Keith McLelland (comps.), *E. P. Thompson: Critical Perspectives*, s. e., mimeo.
- ROUX, Gustavo I. (1994), *Ciudad y violencia en América Latina*, Gestión Urbana, vol. 2, Quito.
- SACRISTÁN, Gimeno (1996), *La transición a la educación secundaria. Discontinuidades en las culturas escolares*, Morata, Madrid.
- SALAZAR R., Diego (1995), “Adolescencia, cultura y salud”, en Maddaleno, Munist, Serrano *et al.* (eds.), *La salud del adolescente y del joven*, Washington, Organización Panamericana de la Salud, Publicación Científica núm. 552, pp. 15-26.
- SÁNCHEZ, A. (1997), *Territorios virtuales*, Taurus, México.
- SANDOVAL, Etelvina (1998), “Escuela secundaria: institución, relaciones y saberes”, tesis de Doctorado en Pedagogía, UNAM, Filosofía y Letras, México.
- SANTOS DEL REAL, Annette (1996), “La secundaria: modalidades y tendencias”, en *La educación secundaria. Cambios y perspectivas*, México, IIEPO, Oaxaca.
- SARLO, Beatriz (1994), *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y video cultura en la Argentina*, Argentina, Ariel.
- SARTORI, Giovanni (1992), *Elementos de teoría política*, Madrid, Alianza Editorial.
- SARTRE, J. P. (1981), *Baudelaire*, Ariel, Buenos Aires.
- SAVATER, F. (1996), “Tesis sociopolíticas sobre las drogas”, en J. García-Robles, F. Ramírez (comp.), *Drogas. La prohibición inútil*, Milenio, México.
- SCHUTZ, A., *Estudios sobre teoría social*, Amorrortu, Buenos Aires.

- Secretaría de Salud / Consejo Nacional Contra las Adicciones (1995), *Directorio de instituciones mexicanas que atienden problemas de adicciones*, México.
- (1995), *Guía para el diseño y desarrollo de programas preventivos en materia de adicciones*, México.
- SCOTT, J. W. (1995), “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en M. Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG/Porrúa.
- SEP (1996), *Prontuario estadístico. Inicio de cursos 1995-1996. Educación secundaria*, Dirección General de Planeación y Programación en el D. F., México.
- (1993), *Educación básica. Secundaria. Plan y Programas de Estudio 1993*, México.
- SHINDLER, Norbert (1996), “Los guardianes del desorden. Rituales de la cultura juvenil en los albores de la era moderna”, en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt, *Historia de los jóvenes*, tomo I: *De la antigüedad a la edad moderna*, Taurus, Madrid, pp. 303-363.
- SIMMEL, Georg (1987), *Sociología: ensayo sobre las formas de socialización*, Madrid, Alianza Editorial, 2 vols.
- SSA, DGI, INEGI (1995), *Anuario estadístico del estado de Puebla*.
- STUARDO, Alejandro (1997), *Estudio sobre la calidad del módulo de formación para el trabajo en el Subprograma Capacitación y Experiencia Laboral en empresas. Resumen ejecutivo*, Chile, Folico, mimeo.
- SUÁREZ, E.; D. Krauskopf (1995), “El Enfoque de Riesgo y su aplicación a las conductas del adolescente. Una perspectiva psicosocial”, en M. Maddaleno, M. Musist et al. (eds.), *La salud del adolescente y del joven*, Washington, OPS, Publicación Científica, núm. 552.
- TAYLOR, S. y R. Bogdan (1996), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Barcelona, Paidós.
- TIRONI, Eugenio (1990), *Autoritarismo, modernización y marginalidad*, Santiago, SUR Profesionales.
- TOURAINÉ, Alain (1994), *Crítica a la modernidad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1984), *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba.
- TRÍAS MERCANT, S. (1967), “Apuntes para una clasificación de grupos juveniles”, *Revista del Instituto de la Juventud*, 13: 61-95.
- TRUEBA H. (1988), “Culturally Based, Explanations of Minority Students. Academic Achievement”, en *Anthropologic and Education Quarterly*.
- TURNBULL, Colin (1984), *Los pigmeos, el pueblo de la selva*, Barcelona, Vergara.
- TURNER, Ralph (1968), “La concepción de sí mismo en la interacción social”, en Gordon y Gergen (eds.), *The self in social interaction*, Nueva York, Wiley and Sons, traducción de Gilberto Giménez, mimeo.

- TURNER, V. (1988), *El proceso ritual*, Madrid, Taurus.
- UCP (1996), *Programa Nacional de Capacitación de Jóvenes (síntesis descriptiva)*, SENCE-Ministerio del Trabajo y Previsión Social, Chile, mimeo.
- URTEAGA, Maritza (1998), *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*, CIEJ/Causa Joven y Culturas Populares/CNCA, México.
- e Inés Cornejo (1996), “La privatización afectiva de los espacios comerciales por las y los jóvenes”, en *Revista Ciudades. Culturas del espacio público*, núm. 27, México, pp. 24-28.
- (1996a), “Organización juvenil”, en Pérez y Maldonado (coords.), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México*, México, Causa Joven, pp. 150-261.
- VALENZUELA, José Manuel (1997), *A la brava ése: identidades juveniles en México: cholos, punks y chavos banda*, El Colegio de la Frontera Norte, México.
- (1984), “El cholismo en Tijuana. Antecedentes y conceptualización”, en *Revista de Estudios sobre la Juventud*, núm. 1 (NE), México.
- VALERA, Sergi y Enric Pol (1994), “El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental”, en *Anuario de Psicología*, núm. 62, vol. 3, Barcelona.
- VAN GENNEP, A. (1960), *The Rites of Passage*, The University of Chicago Press.
- VANCE, C. (1991), “Anthropology Rediscovered Sexuality: a Theoretical Comment”, *Social Science and Medicine* 33, núm. 8: 875-84.
- YONNET, Paul (1988), *Juegos, modas y masas*, Gedisa, Barcelona.
- WALKENHORST, H. (1997), “Youth, democracy and European identity”, en *Democracia y generación joven*, Praga, IPSA.
- WALLERSTEIN, Immanuel (coord.) (1996), *Abrir las ciencias sociales*, Comisión Gulbenkian para la restructuración de las ciencias sociales, Siglo XXI/UNAM, México.
- WEEKS, J. (1991), *Sexuality*, Nueva York, Routledge.
- WHYTE, W. F. (1972), *La sociedad de las esquinas*, México, Diáfora.
- WILLIS, Paul (1977), *Aprendiendo a trabajar: cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, AKAL, Madrid.
- ZOLO, Danilo (1994), *Democracia y complejidad*, Argentina, Nueva Visión.
- ZUBILLAGA, Cristina (1998), “Los alumnos de secundaria ante la disciplina escolar”, en *Todo por hacer. Algunos problemas de la escuela secundaria*, Patronato SNTE para la cultura del maestro mexicano, A. C., México.
- ZULAIKA, J. (1989), *Chivos y soldados. La mili como ritual de iniciación*, Bilbao, Baroja.

Aproximaciones a la diversidad juvenil

Se terminó de imprimir en agosto de 2000
en los talleres de Encuadernación Técnica Editorial, S.A.

Calzada San Lorenzo 279, loc. 45 al 48,
Col. Granjas Estrella, 09880 México, D.F.

Composición tipográfica: Literal, S. de R.L. Mi.

Se imprimieron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.

La edición estuvo al cuidado del Departamento
de Publicaciones de El Colegio de México.

Uno de los principales desafíos que tiene actualmente la producción del saber social es develar nuevas aproximaciones epistemológicas para desplazar los horizontes cognitivos. Es una tarea que implica una mirada crítica a sus propias premisas y estructuras y, por extensión, conlleva arriesgar caminos teóricos y metodológicos que, a pesar de no tener una institucionalidad consolidada en la academia, permitan hacer explícitos aspectos de la realidad social que aún desconocemos o mal entendemos.

En el contexto de asumir el desafío de modificar las plataformas y *modus* del saber científico, este libro desarrolla variados análisis del sujeto joven o, para usar una categoría más inclusiva, de la "condición joven" de los individuos. Es una apuesta por cuestionar el paradigma psicobiológico que a lo largo del siglo xx dominó en los estudios sobre juventud. Inaugurar una manera distinta de abordar lo juvenil conlleva, por un lado, abandonar los parámetros etarios y psicobiológicos como determinantes de las fronteras de la condición joven y, por otro lado, resaltar los aspectos socioculturales que condicionan su emergencia en tanto sujetos sociales diferenciados, destacando los procesos históricos que asisten a su configuración social.

El cambio de paradigma no es un proceso lineal, ordenado ni explícito; de ahí que esta compilación aspira contribuir a un cambio que está en curso, a través de plantear problemas en distintos niveles de reflexión. Algunos otorgan prioridad a la discusión teórica y otros al análisis de procesos concretos. Sin embargo, todos buscan revelar dimensiones de la condición joven para ampliar la comprensión de los sujetos jóvenes, que en la construcción del sentido social son un sector significativo de la población mexicana y latinoamericana.



